

DE LA AUTORA *BEST SELLER*

LENA VALENTI



LLEGA EL FINAL DEL THRILLER EROTICO MAS ESPERADO

**AMOS Y
MAZMORRAS**

PARTE VIII

LA LUCHA POR EL TRONO SERÁ ATROZ.
¿TENDRÁ LA REINA UN REY A SU ALTURA?

Recuerdo todo de Sharon. Cada día. Cada hora. Cada minuto junto a ella. Tengo grabado en mi mente el primer día que la vi y me quemó a fuego en la piel el día que la dejé. La memoria es una losa inapelable, sobre todo cuando ya no se tiene aquello que te hizo feliz y dichoso. En mis manos, Sharon era una ovejita inocente frente a la astucia del lobo. Mis lecciones y mis caricias la convirtieron en alguien peligroso y adictivo para mí, cuyo oscuro magnetismo me sometía a pesar de que yo era el dominante.

Pasó de ser oruga a mariposa Monarca, cuyas alas desplegadas podían provocar maremos en Japón y huracanes en Nueva Orleans.

Seguiré aquí, al acecho, disfrazado como un súbdito leal, esperando el momento en el que me deje cazar de nuevo por mi Reina de las Arañas.

PALABRA DEL PRÍNCIPE

Capítulo 1

—No seas paranoico. Es mi gato —contestó Sharon agitada—. Y siéntate, por Dios —lo empujó hasta el sofá donde las noticias sobre la muerte del latino y la desaparición de Alejandra eran emitidas como flashes cegadores. Al margen de la antipatía que Prince le despertara en esos instantes, primaba más la importancia de la tragedia de sus amigas, por eso lo dejó entrar cuando, en otras circunstancias, le habría cerrado la puerta en las narices—. Cuéntame qué sabes. ¿Cómo sabes dónde vivo?

—Porque me lo dijo Rizzo, la hermana menor de Nina.

«Esa bocazas», pensó Sharon.

—Me llamó hoy por la mañana para decirme que no sabían nada de su hermana desde la noche pasada. Que hoy era el cumpleaños de su madre, y que era raro que Nina no hubiese vuelto a primera hora. Y ahora, al ver la noticia —sus ojos negros se clavaron en el televisor de pantalla plana, y perdieron parte de su luz ante las imágenes del cuerpo de su amigo cubierto por un cobertor plateado.

Prince estaba nervioso. La angustia ahogaba su estómago como una serpiente constrictora.

Un gato peludo de color negro y ojos amarillos se asomó entre los barrotes de acero de la baranda que asomaba a la planta inferior. Miró a Prince y después buscó a su dueña con la mirada. Cuando la encontró, bostezó y bajó las escaleras de madera hasta llegar al salón.

—¿Desde cuándo tienes un gato? —preguntó incrédulo.

—Eso a ti no te importa —contestó tajante. ¿Qué hacía Prince despierto a estas horas?

Prince no replicó y se limitó a observarle con gesto contrariado.

—¿Qué come? ¿Humanos? Está gordo —señaló.

—Prince, si has venido aquí a meterte con Rey...

—¿Rey? ¿En serio? —Siempre pensó que quería tener un perro, nunca imaginó que Sharon prefiriese los gatos. Aunque, bien mirado, cuadraba con su nuevo carácter de Dómina esquiva y altiva.

—¿Qué haces despierto a estas horas? —quiso saber.

—¿Y tú?

—Me he desvelado.

—Yo también.

Como ninguno de los dos iba a revelar la razón de su insomnio y su desvelo, Prince decidió centrarse en lo que le había llevado hasta allí, sin mirar lo elegante que era su hogar y la zona tan *cool* en la que estaba ubicado dentro de la ciudad de Nueva Orleans, así que le explicó lo que sabía.

El día anterior recibió la llamada de José, diciendo que estaba preocupado.

Antes de vivir en Miami y conocer a Alejandra, su amigo residió en Toronto, donde tuvo serios problemas financieros y, para mejorar su situación, sucumbió al dinero fácil. Pidió un préstamo a personas con las que jamás debió tener relación a cambio de que, cuando necesitaran su ayuda, él se la daría.

José pensaba que nunca le pedirían nada porque, el tiempo pasaba, él no tenía nada que les interesase y nadie reclamaba su presencia en ningún lado. Llegó a creer que se habrían olvidado de él.

Pero Prince sabía que nadie olvidaba un préstamo personal, y si ese préstamo no se pagaba dentro de los plazos, acababan cobrando intereses de la peor de las maneras.

Al parecer, a José le pidieron algo que él no estaba dispuesto a dar, y ayer noche, junto a Alejandra, decidieron dejarlo todo, coger carretera y manta y huir, pues temían por su seguridad.

Sharon le sirvió una copa de coñac y se puso otra ella. Necesitaba entrar en calor. Ambos lo necesitaban.

Contempló a Prince por debajo de sus largas pestañas.

Estaba destrozado. Su cabeza gacha y abatida no insinuaba otra cosa que una profunda tristeza. José era un muy buen amigo, y alguien le había

arrebatado la vida.

—¿No sabías nada acerca de las deudas de José? —preguntó Sharon.

Prince negó con la cabeza.

—Sabía que necesitaba un trabajo, por eso le ofrecí llevar la *Mamasita*. Pero no me imaginé que tuviera deudas de ese calibre con nadie.

—¿Y no tienes ni idea de a quién le debe dinero? ¿No te nombró a nadie? ¿Nada?

—No —bebió de golpe la copa de coñac y desvió la mirada hacia ella. Dejó la copa vacía sobre la mesita de centro y se levantó del sofá con determinación—. Como sea. No puedes quedarte aquí sola. Recoge tus cosas.

Sharon no supo si la orden le sentó fatal o si le hizo gracia. Nadie se las daba ya, era al contrario. Y ver que Prince se sentía capaz aún de imperar en ella la ofendió. Pero también estaba asustada. Saber lo de José la había afectado mucho, y comprender que Alejandra podría correr la misma suerte, la dejó temblando interiormente.

Alejandra era su amiga. De las pocas que tenía. Ella, Thelma y Nina eran las personas con las que más hablaba. El ser Dóminas y fuertes en un mundo tan sexual y de tanta testosterona las había unido.

Sin embargo, a Thelma la perdieron en el torneo de Dragones y Mazmorras en las Islas Vírgenes. Y por el modo en que se dio, fue una pérdida traumática, dura e inolvidable, pues la hizo reflexionar sobre el tipo de personas que frecuentaban su mundo, hasta que llegó a la conclusión de que pudo haberle sucedido también a ella.

A raíz de su asesinato, los de más peso del mundo BDSM, entre los que estaban ella y Prince, se cuadraron para no prestarse a eventos frívolos, lúdicos ni nada parecido, ya que, lamentablemente, siempre había gente enferma y sin filtro que no entendía lo que era en realidad la dominación y la sumisión. Esos individuos con problemas mentales y malicia en su espíritu acababan manchando su mundo, dándole una reputación insana que nadie merecía.

Por esa razón, Sharon y unos cuantos más, intentaron dar una vuelta de tuerca y crear un evento de puertas abiertas, sin ánimo de lucro, para recaudar fondos para una casa de acogida que Sharon tenía entre ceja y ceja.

Pero aún así, siempre habían pirados y coleaban problemas alrededor. De

una manera o de otra, sucedía algo que enturbiaba la noche. Una pelea, una denuncia de una chica, gente ebria que confundía una reunión de bedesmeros con un local de striptease y prostitución... Como si el BDSM fuera una reunión de moteros de Ángeles del Infierno y al final tuviera que haber algún tipo de conflicto violento.

Debido a eso, y también gracias al dinero que había ganado por participar en el torneo y por ser quien era, consiguió ahorrar mucho y recoger el capital suficiente como para poder vivir bien, invertir y, en un futuro que esperaba próximo, montar un negocio que le diera beneficios. Pero adoraba ser Ama, ser Dómina... Le encantaba tenerlo todo bajo control, pues muchas cosas de su vida se le habían escapado de las manos. Su infancia, su felicidad, su corazón... demasiado había perdido por haber cedido las riendas y entregarse a ciegas, y no quería que le volviese a suceder.

Y ahora sus amigas Alejandra y Nina habían desaparecido casi al mismo tiempo. ¿Una terrible casualidad? ¿Fatalidad? O, ¿acaso tenían relación? Fuera como fuese, no necesitaba que Prince la protegiera.

—¿Qué has dicho? —Sharon esperaba haber oído mal.

—Que recojas tus cosas. Nos vamos.

No. No había oído mal. Muy por el contrario, escuchaba demasiado bien. Sonrió con frialdad y tomó a Rey entre sus brazos, que pedía la misma atención que aquel repentino e inesperado invitado.

—No me voy a mover de aquí.

—Sharon —dio un paso al frente—. Te vas a venir conmigo, lo quieras o no. No me gusta el cariz que está tomando esto.

—Ni a mí me gusta el cariz de tus órdenes —acarició el cogote de Rey con parsimonia—. Estoy tan asustada y nerviosa como tú. Siento muchísimo lo de José, y me preocupa mucho lo que pueda haberle pasado a Alejandra o a Nina... y, espero... —cerró los ojos con consternación—. Ojalá las encuentren. Pero nada de eso tiene que estar relacionado conmigo. Tal vez Nina aparezca de aquí a unas horas con una buena resaca. A ella le gusta mucho la fiesta.

Ojalá fuera eso. «Ojalá que ella esté bien», pensaban los dos internamente, pero en el intercambio de miradas decían otras cosas, pues intuían que después de lo de José, las malas noticias vendrían la una

encadenando a la otra. Era la Ley de Murphy: si algo podía salir mal, saldría mal.

—Sharon —las aletas de la nariz se le distendieron—. Haz lo que te digo.

Fue la gota que colmó el vaso para ella. Nadie le daba órdenes en su casa, y menos él. Puede que la situación fuera extraña y angustiosa, pero no iba a perder los nervios o a dejarse llevar por la histeria incomprensible de Prince.

¿Qué demonios le importaba a él lo que le sucediera a ella? Ella no le importaba lo más mínimo, lo demostró cuando decidió creer lo peor de ella, cuando la encontró rota y atada a aquel potro del demonio.

No. Prince no pintaba nada en su casa.

—Quiero que te vayas —le dijo sin más—. No me gusta cómo me hablas —avanzó hasta la puerta de la entrada con Rey en brazos y la abrió invitándole a salir—. Un detalle que te hayas preocupado por mí. Gracias. Pero ya te puedes ir.

El Príncipe la miró de arriba abajo con gesto indescifrable.

La tensión de su mandíbula reflejaba que no estaba de acuerdo con aquella decisión, pero tampoco podía pelearse con Sharon y obligarla a irse de su casa.

Ella ya no le obedecía y era totalmente independiente y capaz.

Arrastró sus pies hasta la salida, echó un último vistazo a aquella casa elegante y soberbia como su dueña y se fue a regañadientes.

Sharon cerró la puerta blindada blanca y apoyó la espalda en la madera.

Esa visita era surrealista.

Las imágenes que seguía emitiendo la televisión la dejaban helada.

Y el pensamiento que cruzaba su mente la inquietaba: José muerto, Alejandra y Nina desaparecidas... ¿Acaso ella debía sentirse en peligro?

¿Y por qué tuvo que abrirle la puerta a Prince?

Capítulo 2

Supuso que había momentos en los que debía tragarse la contrariedad y el orgullo y dar un paso al frente.

Y, muy probablemente, aquel era uno de esos.

A Prince Steelman ya no había nada que le sorprendiera. Nada le dejaba con la boca abierta. Sin embargo, conocer la noticia de la muerte de José y la desaparición de su mujer unida a la de su amiga, eran coincidencias desagradables que le hacían intuir lo peor; y él siempre creyó tener buena intuición.

La cuestión es que, al ver las noticias, lo primero en lo que pensó fue en ella. En Sharon. Se puso enfermo al pensar que pudiera sucederle algo, aunque después de lo que le hizo no debería de importarle.

El problema era que costaba mucho arrancarse a alguien del corazón, aunque fuera una perra traicionera.

Prince condujo el Porsche a toda velocidad. Sabía donde debía dirigirse. No se quedaría tranquilo hasta pedir segundas opiniones, aunque vinieran de la segunda persona que más le había decepcionado.

Lion Romano era un policía del FBI. No un programador informático. Le mintió desde el principio.

Se dio cuenta en el torneo, cuando el parte de la policía informó que fue herido por un cuerno de Wenger al intentar interceder en la escabechina que querían hacer los sádicos de la Old Guard con pobres inocentes.

Él, en cambio, no sabía nada de la verdadera cara del torneo ni de los villanos. Y le avergonzaba haber formado parte de las criaturas, de su juego, como si fueran simples títeres en sus poderosas manos. Dios... habían estado muy ciegos.

¿Y Lion? Lion estuvo en poder de la verdad siempre. Era un héroe. Un jodido héroe...

A veces, cuando se iba a dormir, y su ego se relajaba en los brazos de Morfeo, Prince recordaba las palabras de su amigo, cuando se dieron de puñetazos en la Dungeon Annaberg, la mazmorra de los campos de azúcar de las Islas Vírgenes, después de que Sharon se hiciera un trío con él y con Cleo.

Aquella secuencia y lo que sucedió después era algo que no se podía quitar de la cabeza, y lo asaltaba siempre que bajaba la guardia.

No era la primera vez que se pegaban, hacía casi año y medio de la última vez, cuando los encontró en la sala de la sumisión. Le dio tal puñetazo a Lion que le partió la ceja, además, llevaba un sello que le había regalado Sharon con una inscripción en su interior.

Prince abrió la guantera y tomó una cajita negra de piel entre sus enormes dedos. La abrió y divisó el sello con la M de Master. Lo acarició con el pulgar y después releyó la inscripción de su interior. Ni siquiera sabía cuántas veces la había leído. Lo hacía a diario, como un ritual masoquista, porque le dejaba peor de lo que ya estaba.

«Te has ganado mi corazón. Tuya es mi alma».

Eso rezaban las palabras grabadas en el metal.

Paró el coche en la acera. Eran las cinco de la madrugada. Fijó su mirada al frente y recordó lo dicho por Lion todas las veces tensas e incómodas en las que luego coincidieron. Ya no había amistad. Solo rencor y un profundo respeto como Amos.

Nada más.

* * *

—¿¿Qué hacéis?! —gritó Sharon asustada—. ¡Parad!

Lion sostuvo a Prince por el pecho para darle un puñetazo en toda la cara.

—¡Para, King! —pedía Sharon, espantada por la agresividad y la violencia de Lion.

—¡No a ella! ¡A ella no! —gritaba Lion, con los ojos llenos de lágrimas y

sin dejar de golpear a Prince, pues se pensaba que había sido él quien poseyó a Cleo por detrás—. ¡No tenías derecho a tocarla!

Sharon se llevó las manos al rostro.

Pero, entonces, Prince le dio un rodillazo en el vientre, y Lion quedó doblado en el suelo, sin respiración. Se encaramó encima y aprovechó para golpearle.

—¡Tú empezaste! ¡Tú empezaste! ¡Me traicionaste! ¡Eras mi amigo! —gritó Prince.

—¡Yo no te traicioné! —exclamó Lion; volvió a recuperar la posición y a colocarse encima.

—¡Te follaste a mi mujer! —gritó con el rostro compungido—. ¡Os reísteis de mí!

—¡Ninguno de los dos lo hicimos!

—¡Lion! Por favor... —suplicó Sharon entrelazando los dedos y rezando para que no dijera nada—. Por favor, cállate.

—¡¿Qué tiene que callar?! —le gritó Prince—. ¿¿Que para ti no es suficiente con uno!?

Sharon apretó los dientes y negó con la cabeza.

—No sigas, Prince —le pidió la mujer sobrecogida. Nunca la había visto tan triste.

—Entonces, ¡¿qué?!

—Sharon nunca se acostó conmigo. ¡Nunca se acostó con nadie! —aseguró Lion.

—¡King! —gritó Sharon con todas sus fuerzas.

Lion la miró con disgusto, a caballo entre la decepción y la impotencia.

—¿Por qué le sigues protegiendo? No se lo merece. No te merece... ¡¿Por qué no te defiendes?!

—Basta, por favor. —El hermoso rostro acongojado de la Dómina suplicaba por que aquello fuera solo un mal sueño. Por que pudiera despertarse y seguir con sus juegos desinteresados y sin emociones.

—Dile la jodida verdad. ¡Haz que se arrodille y te lama las botas, joder! ¡Haz algo! —la apremió Lion soltando a Prince a disgusto, como si el simple hecho de tocarlo le diera asco.

—¿Qué...? —Prince no entendía nada. Se incorporó sobre los codos, y

miró a uno y a otro. Confuso. ¿De qué hablaban? Encima tendrían la osadía de hacerle creer que las cosas no sucedieron como él las vio.

Sharon se limpió las lágrimas y las miró sorprendida. Hacía tiempo que no lloraba; y no podía creer que todavía tuviera fuerzas para ello.

Prince le rompió el corazón; lo exterminó. Las cosas ya no le dolían como antes, excepto la vieja herida. La que acarreaba su alma; el alma que compartía con el amor de su vida hasta que él decidió menospreciarla. Hasta que decidió no creerla y la partió en dos.

—No vale la pena. Ya he dejado de luchar —susurró el Ama, dándose media vuelta.

—¡No puedes abandonar así! —protestó Lion.

—Pues lo he hecho. Tenéis que dejar de pelear. Y Lion...

—¿Qué?

—No ha sido Prince quien ha hecho el trío contigo y tu pareja. He sido yo. —Le miró por encima del hombro, con una expresión de disculpa, pero también de confidencia. Ella había visto los verdaderos sentimientos de Lion por Cleo; y no iba a permitir que Prince le rompiera el corazón. Entendía el sentimiento de posesividad hacia una persona y el no querer compartirla porque ella había sentido lo mismo por su ex pareja—. Tu corazón de Amo sigue entero y a salvo —sonrió con un leve toque de pundonor. Se alejó del camino de arena en el que había surgido aquel duelo de caballeros inesperado—. Ahora, solo hace falta que la reclames; porque esa chica no tiene ni idea de lo que sientes por ella. Y no es justo. Ni para ti. Ni para Nala.

Lion se levantó del suelo estupefacto, pero también agradecido. Que hubiera sido Sharon, cambiaba las cosas radicalmente para él. No había sido otro hombre en el cuerpo de Cleo, sino un juguete controlado por una Dómina. Definitivamente no era lo mismo.

Pero el shock, la angustia y la presión sufrida, seguían ahí. La tensión de saber que estaba en el interior de la mujer que amaba, al tiempo que otro también disfrutaba de ella a la vez, le había hecho llorar de rabia como un puto adolescente.

No se lo iba a perdonar a ninguno de los dos. No por ahora. Para Prince ya le estaba bien que sintiera algo así, así sabría a qué sabe la traición.

Prince se levantó con lentitud, limpiándose la arena del cuerpo y la sangre del labio partido. Se recogió el pelo largo y negro en un moño bajo y, con la cabeza cabizbaja, se fue por donde se había ido Sharon.

—Déjala en paz, Prince —pidió Lion con un tono que no aceptaba réplica.

—¿A quién?

—A las dos. Deja a mi mujer; y deja tranquila de una vez a la tuya. Suficiente le has hecho ya.

** * **

¿Suficiente le había hecho ya? Como si él fuera el malo de la película cuando todavía no sabía cómo pudo salir de la tormenta de dolor y depresión que lo cubrió durante tantísimo tiempo.

Fijó los ojos en la puerta de la casa que tenía a mano derecha. Cuando le abrieran la puerta, si es que se la abrían, se llevarían una sorpresa, probablemente, desagradable.

Recordó entonces la conversación que tuvo con Lion en su parquin, cuando les ayudó a revisar los videos de las cámaras de seguridad para identificar al secuestrador de Sophie, la mujer de Tigretón, el único ganador del torneo.

** * **

Mientras Nick entraba en el Evoque precipitadamente para abrir su portátil de abordaje y dejar todo a cargo de su magia de hacker, Lion regresó de nuevo a la cabina. Prince lo miraba todo con interés.

—Y pensar que a todos os he visto en pelotas —susurró él riéndose de la situación—. Debe de ser divertido hacerse pasar por otra persona que no eres, ¿verdad?

Lion conocía a Prince perfectamente y sabía por dónde iban los tiros. Era el rey de la insinuación.

—Se necesita talento para eso.

—Y tú tienes de sobra, ¿verdad, King? —Lo miró de reojo mientras jugaba desapasionadamente con un par de monedas entre los dedos—. Un día eras como un hermano para mí y al otro... Al otro te follaste a Sharon.

Lion cerró la puerta a sus espaldas y se encaró a Prince.

—Tu problema es que no ves la realidad, y sabes que algo de lo que viste aquel día no cuadraba. Yo sí sé lo que pasó. Y Sharon, por supuesto. Y hasta que no estés dispuesto a escuchar la verdad, seguirás creyéndote tu propia mentira. Y es una pena, Prince. Ella y tú hacíais una pareja increíble...

—¡No me hables como si no lo supiera! —Se levantó de la silla como un vendaval y estampó a Lion contra la pared, cogiéndolo del cuello de la camiseta—. ¡Sé quién era Sharon para mí! Pero al parecer yo no era nada para ella.

—Eso es mentira.

—Entonces, ¡cuéntame la verdad!

—La única verdad es que si alguien salió herido esa noche, fue ella. Pero creo que eso es algo que ya empiezas a comprender, ¿eh?

No lo sabía. No sabía si quería empezar a creer en aquella posibilidad. Porque creerlo, sería reconocer que estaba equivocado. Y eso dolía más que todo lo demás.

—Cuéntame lo que pasó —le pidió Prince.

Lion negó con la cabeza y obligó a Prince a soltarle con un empujón que lo desequilibró.

—No, tío. Yo no soy quien debe contártelo. No es a mí a quien debes creer. Ella intentó explicártelo, pero tú no le dejaste. Ahora ya no tiene ganas de hablar... pero, si yo la continuase amando —abrió la puerta del despacho—, como creo que tú lo haces, insistiría día tras día. Toma. —Le puso la imagen del retrato del japonés que buscaban—. Si lo ves, llámame, por favor. Es peligroso.

Cerró la puerta tras de sí y dejó al Amo criatura, al Príncipe de las Tinieblas, al que había sido uno de sus mejores amigos, pensativo y víctima de sus propios remordimientos.

Los demonios de la duda jamás lo abandonarían.

* * *

Por supuesto que no le abandonarían. Ya hacía tiempo que pensaba en su pasado, en su vida... en la trágica noche en la que él y todo lo que amaba, se rompieron en mil pedazos. ¿Cómo podía desvanecerse algo tan poderoso?

Abrió la puerta del Porsche y la cerró suavemente. La calle Tchoupitoulas era silenciosa y no convenía llamar demasiado la atención.

Caminando hasta la casa pensó en el último encuentro con Sharon. El que tuvieron en el Cat's Meow, en la noche temática.

* * *

Sharon se quedó quieta ahí de pie, frente a Prince. El amo la miró de arriba abajo, sin decir ni una palabra.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —preguntó ella con frialdad—. Hace mucho tiempo que no te pasas por el Cat's Meow.

—Ah, bueno... —Suspiró—. Solo quería recordar viejos tiempos. —La repasó concienzudamente—. ¿Hay algo nuevo e interesante que ver?

—No. Nada. —Sharon se dio la vuelta, dispuesta a alejarse de él. Los tres orangutanes la resguardaban.

—¿Llevas a estos de seguridad porque tienes miedo de mí? —preguntó Prince en voz alta.

Sharon lo ignoró por completo y entró de nuevo en el local, en el que se sintió completamente fuera de lugar y más sola que nunca.

¿Cuándo podría ver a Prince sin que se le encogieran el corazón y el estómago?

Aturdida por verlo otra vez, dejó atrás a los guardaespaldas y se metió en el baño de señoras. Los traía locos, lo sabía más que bien, pero necesitaba huir y se sentía realmente mal por sentirse como siempre lo hacía cuando se encontraba con él. Más aún después de su último encuentro en el Temptations.

Se encontraba a Prince en casi todas partes, como si se multiplicara.

No había nadie en el baño de chicas, así que se apoyó en el lavamanos y esperó a que los latidos acelerados de su corazón fueran a menos. Debía recordar como concentrarse, como frenar la ansiedad y la vergüenza de los juicios abiertos de Prince, porque él no dudaría en volver a acusarla y a menospreciarla en cuanto tuviera oportunidad.

La puerta del baño se abrió. Prince entró como un vendaval, cerró la puerta tras de él, cogió a Sharon de la muñeca y tiró de ella hasta hacerla entrar en uno de los baños.

—¿Qué haces, animal? —le recriminó.

Prince cerró con pestillo. Cuando la encaró, un brillo febril y tempestuoso moteaba su mirada de ónix. La furia se encendía con un chispazo. Pero era el deseo lo que abrasaba más allá del odio y el rencor.

Sharon lo empujó para que la dejara salir, pero él, duro como la piedra, no se movió.

—¿Para qué tienes a tres gorilas contigo si ni siquiera ven cuando un hombre entra en el baño de señoras?

—Déjame salir ahora mismo o me pongo a gritar —lo amenazó.

—A mí no me engañas ni me intimidas, Reina —espetó—. Tú y yo sabemos que no harás nada que te ponga en evidencia.

—Tienes razón. —Sonrió falsamente—. Así que déjame salir o te quedas sin huevos.

Prince la estampó contra la pared de madera del baño y se pegó a ella.

—Puedes fingir todo lo que quieras. Puedes encontrarte conmigo y hacer como que no existo, puedes cambiar de acera cuando te cruces conmigo, incluso puedes hacer oídos sordos a mi nombre, Sharon. Pero tú y yo sabemos que lo que pasó en el Temptations...

—¡No hables de eso, maldito! —Intentó removerse contra él, pero no pudo.

—Tú sabes que quien te folló durante horas fui yo. Quien te dominó fui yo. Quien te poseyó fui yo. Y lo hice sin condón —le recordó—. ¿No te da que pensar? ¿Y si esperas un hijo mío?

—Mala suerte. —Alzó la barbilla con desdén—. Mi amiga, la Roja, ya me acompaña. Y estás como una cabra si crees que seguiría adelante con un

embarazo como ese. No tendría un hijo contigo jamás. Ahora, si me disculpas. —Hizo un gesto esperando a que Prince la soltara.

—No vayas de dura conmigo, Sharon. No finjas. Nos conocemos. No te importó fingir en el Temptations, ¿verdad? No te importó fingir que no sabías quién era ni te importó entregarte a mí... Seiscientos mil dólares es mucho dinero, ¿no? Conozco a muchas que hacen casi lo mismo, pero cobran tarifas de cincuenta dólares.

Sharon sacó una mano inesperada y le arreó una bofetada descomunal, que le marcó la cara y también la memoria.

—La última vez que me llamas puta. La última. —Lo señaló con el dedo. Movida por la vergüenza y la impotencia que Prince le provocaba, empezó a pelear con él—. ¡No te atrevas a echarme en cara lo que hago, cuando tú haces lo mismo! ¡Tú has hecho domas y has cobrado por ello! ¡Has jugado en el torneo y te has tirado a lo que has querido! ¡Y también te han pagado, cretino! ¡Yo he tenido una razón! ¿Cuál es la tuya? Cada vez que abres la boca, escupes un billete de los grandes, tienes dinero y vienes de una familia rica. Pero, igualmente, cobras por las domas. Así que no me vengas con juegucitos de doble moral. ¡Hipócrita!

—¿Para qué quieres ese dinero? —la presionó, ignorando sus insultos—. Debe de ser para algo importante, como para haber aceptado acostarte conmigo de nuevo.

—¡Haz el favor de dejarme tranquila! —susurró ella, con la vena del cuello hinchada y los dientes blancos apretados.

—No sé para qué es, pero, si quieres, podemos repetir otra noche y te daré seiscientos mil más. Sin nada de besos en la boca, justo como tú y Julia Roberts en *Pretty Woman* pedís. —Sonrió con maldad.

Sharon se quedó mirando a Prince, como si estuviera frente al mismísimo diablo. Era tan hermoso, tan guapo, tan perfecto, pero... tan cruel y estaba tan ciego que en ese mismo momento le dio lástima. Y sintió pena por ella misma también, porque, incluso conociendo todos los defectos de Prince, no podía dejar de lado aquellos sentimientos tan contradictorios que tenía hacia él, tan pesados como una aleación de metales.

Se colocó la máscara de reina del BDSM y sonrió, mirándolo como si todo lo alto que fuera no tuviera importancia alguna, porque para ella era

un pigmeo.

—¿Seiscientos mil dices? —Sharon se apartó de él, poniendo en práctica su actitud de «no me llegas ni a la suela de los zapatos»—. ¿Recuerdas que era una fiesta para recolectar fondos? Me puse un precio, pero la verdad es que ni tú ni nadie puede pagarme para que me acueste con él. Considérate afortunado, porque, por un poco de chatarra, pudiste disfrutar de mí. Fue todo un regalo real, ¿no crees? Al fin y al cabo, tú eres un príncipe y yo soy la Reina.

Un músculo de impotencia palpitó en la barbilla de Prince. Hundió la mano en el pelo de Sharon y le echó la cabeza hacia atrás. Él intentó besarla para castigarla, pero ella lo apartó y retiró el rostro.

En ese momento, dos mujeres entraron en el baño. Sharon aprovechó la distracción para empujar a Prince con fuerza, sacárselo de encima y abrir la puerta del lavabo.

Salió de un salto, con rapidez y agilidad, recolocándose la ropa y echándose la larga melena rubia sobre un hombro.

No miró atrás.

No pudo ver la cara de pasmo y hastío que se le quedó a Prince después de escuchar sus duras palabras.

Ni tampoco los ojos de un hombre que deseaba, como un condenado, el mismísimo beso de la diosa Lujuria.

** * **

Saltó la valla del jardín, y con lentitud y sigilo subió los peldaños del porche. Sabía que Cleo vivía ahí porque Rizzo se lo había dicho. Sí, era una auténtica bocasuelta la menor de las Lafayette. Cuando la llamó para decirle que Nina estaba desaparecida y que no contestaba a las llamadas, le preguntó si sabía donde encontrar a King.

Rizzo le dijo que vivía con Lady Nala en Tchoupitoulas Street. Así que no tardó en averiguar el número exacto.

Aquella casa llena de plantas y colores, tenía la misma vida y energía que el pelo rojo de Cleo. Sí, sin ninguna duda, hablaba mucho de quién era la

simpatiquísima Lady Nala. Le caía bien. Odiaba a su pareja. Pero ella le caía bien.

Alzó la mano para golpear la puerta con los nudillos, pero antes de que la carne golpeará la madera, la puerta se abrió de par en par, y apareció Lion en calzoncillos y camiseta de manga corta, con cara de desafío y muy pocos amigos.

Lo miró de arriba abajo y le espetó:

—¿Qué coño haces tú aquí?!

Lion Romano no estaba contento de verle.

Saltaba a la vista. La ceja que él le partió se alzó de manera insolente, incrédula ante lo que veía. Echó un vistazo a su reloj, como si necesitara cerciorarse de que la hora era la que él imaginaba.

Eran las cinco y media de la madrugada.

—Me debes un favor. Y vengo a cobrármelo —dijo Prince imperativo.

Unas manos pálidas y menudas rodearon el bíceps moreno de Romano, y una mata de pelo rojo se asomó por encima de su hombro. Acto seguido dos enormes ojos verdes y curiosos se fijaron en Prince y se abrieron de par en par al verle.

—¿Prince?

Ese fue el único momento en el que el Príncipe sonrió cálidamente, en cuanto la vio. Cleo era distinta. Con ella había podido hablar en alguna ocasión, y le gustaba su forma de ser.

—Hola, Lady Nala.

Cleo llevaba su camiseta para dormir, la que ponía «El cuerpo de la policía está así de bueno». Él lo leyó y su sonrisa se hizo más auténtica.

—Sí. Somos polis —dijo Cleo intentando poner en orden los pelos de su cabeza—. Pero eso ya lo sabrás —se encogió de hombros.

—Sí. Ya lo sé —contestó Prince.

—¿Qué quieres? —preguntó Lion arisco. No solo por verle, sino por haber interrumpido su sueño.

—Tenéis que poner el canal de las noticias.

Cleo y Lion se miraron y al mismo tiempo se dieron la vuelta para dirigirse al salón.

Prince, que no había sido invitado a entrar, esperó a que alguien le diera

el visto bueno.

—¡Entra, no te quedes ahí como un pasmarote! —le dijo Cleo.

Le llamó la atención un gato de los sueños que era un paraguero. Y las plantas, de tantos colores... Esa casa tenía vida propia.

En el salón, una tele tan grande como la de él, emitía las imágenes en bucle que había visto ya muchas veces sobre el degüello de José. Fijó la vista en un terrario en el que había un camaleón con un ojo hacia Canadá y el otro hacia Texas. Frunció el ceño. ¿A quién le gustaba esa cosa tan fea?

—Es Ringo —anunció Cleo cruzada de brazos, atendiendo a la televisión con el mando de la tele entre sus dedos.

—Ah —Prince desvió la mirada del hipnótico reptil y volvió a ver la secuencia de las noticias.

La neblina que sobrevolaba el agua, las luces de las linternas, los comentarios de los policías, la zona acordonada, el coche de José vacío y su cuerpo tendido boca arriba entre el agua tintada de rojo y la arenilla de la orilla del río, cerca del acuario Audubon, a unos metros del canal del ferry.

—José. ¿El chef de *la Mamasita*? —preguntó Lion sorprendido.

—Sí. Y todavía no han encontrado a Alejandra.

—Joder... ¿Y crees saber por qué les han hecho esto? —Lion aún no intuía por dónde iba Prince.

—Sí —contestó Prince—. José debía dinero a unas personas. Le pidieron que le devolvieran el favor hace poco y él no aceptó. Intentaban huir. Pero no lo consiguieron.

—¿Qué tipo de personas? —inquirió Lion concentrado en sus palabras.

—No lo sé. No las conozco.

Cleo meneó la cabeza haciendo negaciones.

—¿Y por qué has venido? —quiso saber la joven—. ¿Qué quieres?

Prince se relamió los labios y clavó sus intrigantes ojos en Romano.

—Nina también ha desaparecido.

—¿Qué? —el agente del FBI se acercó a él—. ¿Cómo sabes tú eso?

—¿Nina? ¿Nina Lafayette? —Cleo se hacía cruces.

—Sí. Aún no sale por las noticias —arguyó señalando la tele de plasma—, pero no tardará mucho... Rizzo me llamó ayer por la mañana para decírmelo.

—Es muy raro. Son dos Amas —murmuró Lion frotándose la nuca. De repente, la revelación se reflejó en su rostro—. ¿Qué sabes de Sharon?

Prince supo que Lion había llegado a la misma conclusión que él. A veces, se sorprendían leyéndose la mente, como los buenos amigos que una vez fueron.

Nina, Alejandra y Sharon tenían muy buena relación. Ellas habían sido las maestras de la Reina de las Arañas en el arte de la dominación y no era ningún secreto.

Temió por la seguridad Sharon.

—¿Sharon está bien? —quiso saber Cleo ansiosa.

—Sí. Hace un rato la he ido a ver. No le pasa nada ni ha visto nada extraño a su alrededor. No sé muy bien por dónde van los tiros —quiso dejarles claro—. Pero me temo que las desapariciones no son casuales. Puede que Sharon esté en peligro.

Lion asintió. Se frotó la barbilla reflexivo.

—Sí. Es posible —ratificó—. ¿Y qué esperas que hagamos?

—Si os tengo que contratar lo haré.

—No vamos a aceptar tu dinero —espetó Lion disgustado.

—Quiero que encontréis a Alejandra y Nina, y que protejáis a Sharon —decretó muy serio—. Sois polis, ¿no?

—Ahora no ejercemos, exactamente. Estamos en una larga excedencia —explicó Cleo—. Han sido muchas cosas las que hemos vivido en estos últimos meses —desvió la mirada hacia Lion—. Aunque, podríamos hacer una excepción. Tú ayudaste con el caso de Sophie —carraspeó llamando la atención de su pareja—. Creo que nosotros también podemos involucrarnos, ¿no crees, Lion? —remarcó con su tono remilgado.

Romano, conocido como King en el mundo bedesemero, parecía entretenido con el nerviosismo aparente en Prince.

—Así que... ¿has ido a ver a Sharon?

—Sí, hace un rato.

—¿Y qué te ha dicho? —arqueó las cejas.

—Me ha dado una sutil patada en el culo —contestó sin más.

—Normal. No aprendes.

Cleo sonrió, aunque el gesto desapareció al ver la gravedad de lo

sucedido y de lo que estaba por suceder.

—No estoy aquí para que me juzgues —añadió Prince—. Os estoy pidiendo colaboración. Nina y Alejandra son mis amigas. Ya he perdido a José —dijo afectado—, y lo último que quiero es que a Sharon la metan en algo así...

—Vaya, vaya —murmuró Cleo—. ¿Será que el Príncipe de las Tinieblas aún tiene un cachito de corazón?

—Pensad lo que queráis —contestó sin mostrar ninguna emoción—. ¿Qué decís? ¿Os interesa? ¿Me ayudáis con esto? O tengo que recurrir a una agencia privada.

—Nosotros somos esa agencia privada —decretó Lion—. Ya no trabajamos para el Gobierno. Vamos por libre.

Y era cierto, después de todo, y aprovechando el pellizco que habían recibido de las misiones en las que estuvieron involucrados, decidieron que no iban a trabajar para nadie. Solo para ellos mismos.

—¿Entonces? Tengo prisa —insinuó Steelman que no estaba dispuesto a perder el tiempo.

Lion y Cleo se comunicaron mentalmente, como hacían las parejas altamente afines. Hubo una época en la que él y Sharon hacían lo mismo. Con solo una mirada ya sabían lo que pensaban el uno y el otro.

Ahora era diferente. Habían muchas capas de decepción y odio entre ellos.

—Vamos a intentar averiguar qué está pasando —dijo Cleo con solemnidad—. Y no vamos a aceptar un solo dólar tuyo. Conocemos a las personas que han desaparecido y también a la que más te preocupa —advirtió dejándole claro que no eran tontos. Prince estaba muerto de miedo por Sharon. Admitirlo y buscar ayuda era el primer paso—. Y también nos preocupa a nosotros.

—Te debo un favor, ¿no? —le recordó Lion.

Cleo puso los ojos en blanco, aludiendo al orgullo de los dos machos que no estaban dispuestos a admitir que, a pesar de todo, todavía les unía un delgado hilo de la amistad.

—Vamos a tirar de contactos para recibir el informe de las pruebas que tienen —explicó Romano tomando el teléfono inalámbrico entre sus dedos—

y así comprender hasta dónde nos llevan —informó dándose la vuelta para hacer una llamada.

—Hablaré con Magnus y Tim. Ellos aún siguen en la local. Tal vez sepan algo —le explicó Cleo.

Él asintió conforme, con la vista fija en la espalda de su ex amigo. Les estaba agradecido por ayudarlo, no lo iba a negar.

—¿Quieres tomar un café? ¿Desayunar? —Cleo lo veía cansado y era muy hospitalaria—. Son las seis. Conozco a gente que desayuna a estas horas —se encogió de hombros lanzándole una mirada compasiva.

Prince negó con la cabeza amablemente, tomó la mano de Cleo y le dio un beso en el dorso, como hacían los caballeros con las damas.

La joven sonrió divertida.

—Tus modales todavía me descolocan —adujo Cleo.

—Consecuencias de vivir con un cromañón —dijo Prince.

—Bueno hay cromañones que se disfrazan de príncipes encantados, y hay príncipes con alma de cromañón. Tú y Lion no diferís mucho en eso.

«Touché», pensó Prince. Le encantaba Cleo.

—Gracias, por ayudarme, leona —admitió en confidencia con ella—. Por favor, en cuanto sepáis cualquier cosa, no dudéis en decírmelo.

—No te preocupes. Sé que no lo vas a pedir, y puede que tampoco lo necesites, pero, ¿quieres un consejo?

—¿Tuyo? Por supuesto —aceptó adulator.

—Vigila a Sharon. No la pierdas de vista.

—Eso mismo iba a hacer.

—Esto no tiene buena pinta —matizó con convencimiento—. He visto cosas horribles e impensables y he perdido el rastro de personas que me importaban de un día para otro. Así que hazte cargo de ella. Mientras tanto, déjanos el día de hoy para organizarnos. Tengo que llamar a mi hermana, a Markus y a Nick... Cuando tengamos las cosas claras, te avisamos.

—De acuerdo. Gracias otra vez —le dijo virando para salir de la casa—. Ah, y Cleo.

—¿Sí?

—Tienes un lagarto muy curioso.

—No es un lagarto —protestó ella—. Es un camaleón.

—Lo que tú digas —murmuró saliendo de la casa y cerrando la puerta con suavidad.

Le gustaba aquel hogar. Era muy cálido, como Cleo, y muy seguro, como Lion.

Y tenía que hacer que Sharon estuviera igual de segura, pues todos temían que estaba en peligro, aunque aún no sabían de qué o de quién.

Con la idea de plantarse en la puerta de su edificio y seguir cada paso del Ama, se metió en el Porsche y se dirigió de nuevo hasta el centro de la ciudad.

Ellos dos habían roto su relación, y probablemente, él no debería inmiscuirse tanto en sus cosas ni en su bienestar.

Pero la cruda sensación del miedo y del desamparo lo azotaban y lo dejaban indefenso ante la posibilidad de que ella corriese la misma suerte que las demás Dóminas.

No lo iba a permitir.

Porque un Amo, a veces, a pesar del tiempo y la distancia, seguía siendo un Amo.

* * *

Cementerio de Saint Louis

Allí, en aquel cementerio repleto de tumbas del siglo XVIII y XIX por encima del nivel del suelo, en el que las lluvias y las inundaciones hacían estragos sacando a relucir los grises y blanquecinos féretros, Sharon se escondió entre la multitud reunida.

Todos vestían de negro. Llovía sobre el cementerio, como si los dioses lloraran la muerte de ese hombre, afectados por la pena de saber que la vida de uno de sus hijos había sido robada y arrebatada. Aquel era el mayor de los pecados.

Así, medio oculta entre los corpulentos cuerpos de los Amos y Dómines, gente de la noche, del mundo de la dominación y de la sumisión, que se habían convocado allí para despedir al chef, al sumiso y al amigo, Sharon

buscaba cobijo, un rincón por el que poder llorar la pérdida fría y cruel de un compañero.

Esas cosas la superaban.

La muerte, los entierros, las despedidas. Entristecían al alma y la ponían de luto injustamente.

Con disimulo, alzó la cabeza y buscó a Prince entre la multitud. No le costó nada encontrarlo, ya notaba su persistente mirada sobre ella.

El Amo bajó la cabeza, tan o más afectado que el resto. Llevaba americana negra y pantalones negros, y una especie de fular que rodeaba su cuello.

Allí también se encontraban Lion y Cleo, Sophie y Nick, Markus y Leslie. Los seis juntos, serios y en silencio, mantenían la barbilla pegada al pecho mientras escuchaban las palabras del cura.

—José era creyente. Y como tal, su alma será recibida en los brazos del Señor...

A Sharon las palabras del cura le sonaban huecas y vacías. Si alguien debía hablar de José debía ser Alejandra, no ese hombre vestido de blanco. Ella era la única que poseía su alma, no el Señor. Alejandra era su señora, la mujer que lo amaba hasta el punto de darle todo lo que él necesitaba. Pero después de día y medio, Alejandra seguía desaparecida y las esperanzas de encontrarla con vida eran pocas.

Sharon cerró los ojos, ocultos bajo sus gafas de sol. No hacía sol, pero a nadie le gustaba llorar ante los demás. Por eso, todos ocultaban sus ojos rojos e hinchados tras los cristales tintados de sus lentes.

Prince se veía tan mal... Casi tanto como ella. José era un muy buen amigo de Prince. Y Alejandra era la Dómina que la acogió, le ofreció sus conocimientos y su amistad, junto con Nina, y la ayudó a salir de las tinieblas y a sobrevivir al fuego.

Ellas la hicieron fuerte. Y ahora, ninguna de ellas estaba allí. Y era como sentirse coja. ¿Prince se sentiría así? Una ola de compasión y asertividad la recorrió.

No le dio el pésame como era debido cuando estuvo en su casa. La visita fue tan extraña y surrealista que la pilló en frío. Aunque, había tenido otras oportunidades de hablar con él, porque Prince la estaba siguiendo.

No era tonta.

Él creía que no se daba cuenta, pero sí lo hacía. La vida le había enseñado a ser precavida y a estar en guardia, y notaba cuándo alguien la controlaba, y más si era él.

Uno siempre tenía que mirar a sus espaldas, porque nunca sabías quién podía darte una puñalada. A ella se la habían dado dos veces.

Y una era totalmente incontrolable. Dos era responsabilidad suya. Y, si se la daban una tercera, directamente era imbécil.

No iba a cometer los mismos errores nunca más. Por eso sabía que llevaba dos noches quedándose en su Porsche, vigilando sus entradas y salidas.

Prince creía que algo malo iba a pasarle. Y Sharon no lo entendía. Ella no tenía problemas con nadie. Sin embargo, no podía negar que se sentía inquieta y que todo lo que acontecía a la desaparición de sus amigas y al asesinato de José adquiría un tono misterioso que salpicaba al mundo de las Dóminas.

Con aquella idea en mente, recordó los consejos y las duras lecciones junto a Nina y Alejandra; y también recordó el día en que la Dómina mulata la tatuó de por vida.

Inconscientemente se frotó el tatuaje en su antebrazo izquierdo. Aquel candado era su declaración de intenciones. Mejor tener el corazón cerrado y a buen recaudo.

Nina se lo dijo en muchas ocasiones. «Uno siempre tiene en sus manos entregarse del todo o no hacerlo. Pero si decides darte, Sharon, asume las consecuencias de que un día, alguien te pueda romper el corazón».

Sí. Ya lo sabía. Pero había cambiado su forma de pensar y su modus operandis. Ya no se entregaba, ahora eran los demás quien se lo tenían que dar todo y confiar en que ella les daría lo que sus almas pedían a gritos.

Por eso todos repetían. Por eso todos querían estar con ella. Porque sabía lo que necesitaban, ya que ella, una vez, necesitó exactamente lo mismo y disfrutó de la dicha de tenerlo.

—Amén —dijo el cura.

—Amén —repitieron todos.

—Amén —dijo ella en voz baja.

Sharon se subió las gafas por el puente de la nariz, echó un último vistazo a Prince y a Lion, y se alejó del tumulto de lágrimas y condolencias en lo que se iba a convertir aquella amarga despedida.

Lloraría en la soledad de su ático. O en el silencio de su coche.

Ahí, donde nadie la viera, sería capaz de expresar la angustia por no saber si sus amigas seguían vivas, y la tristeza de comprender que, de estarlo, Alejandra no querría vivir sin José.

Dejó atrás las lápidas con mensajes melancólicos y epitafios de todo tipo; algunas flores ya estaban muertas, como los cuerpos de las tumbas que decoraban. Tarde o temprano las retirarían de los monumentos de piedra ornamentales entre los que destacaban; ángeles, niños cogidos de las manos, mujeres contemplativas... Esculturas que con su pétrea expresión eterna querían alargar el recuerdo y la vida de aquellos que ya no la tenían.

Así era la muerte. Reina de los cementerios, y dictadora de la vida.

Se cubrió con el paraguas pues empezaba a llover con fuerza. Introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta y tomó las llaves de su coche entre los fríos dedos.

—Sharon.

Se detuvo en seco al oír la voz de Prince a sus espaldas. No se dio la vuelta para encararlo, y utilizó el paraguas como un escudo tras el que poder ocultar su tristeza y su aflicción por todo lo ocurrido.

—¿Qué?

—Tenemos que hablar.

Prince estaba a un metro de ella, cubierto por un paraguas negro.

—Sí, tenemos que hablar del hecho de que estés controlándome como lo haces —dijo ella.

—No te estoy controlando —repuso él—. Cuido tus espaldas. Ya que tus gorilas no tienen ni idea de cómo protegerte.

Esta vez Sharon se dio la vuelta y alzó la barbilla para mirarle a la cara, retirando un poco la cúpula del paraguas.

—Mis gorilas solo me protegen en los locales. Y siempre de salidos como tú. Fuera de ellos soy una más. No soy un objetivo de nadie.

Prince sonrió incrédulamente. Ella nunca sería una más.

—Estás equivocada. Puede que lo seas.

—¿A qué te refieres?

—A que hemos descubierto algo sobre la muerte de José y sobre quién puede tener a Alejandra y a Nina; vivas o muertas —recalcó amargamente.

Ella lo miró anonadada. ¿Estaban dando por hecho que el que ambas estuvieran desaparecidas no era una fatal casualidad?

—¿Cómo dices? —preguntó estupefacta—. ¿Quiénes? ¿Qué habéis descubierto?

—Ven conmigo y te lo explicaré.

Capítulo 3

Volvía a estar en esa casa donde juró no volver a poner un pie. Pero, para su sorpresa y su tranquilidad, Cleo y Lion les esperaban en la entrada, el uno al lado del otro, creando una estampa de pareja perfectamente avenida y sin secretos.

Tal vez un día los tuvieron. Pero ese día ya era pasado.

Sharon salió del coche con la elegancia que se suponía en una reina y guardó el paraguas, pues ya no llovía.

Prince llegó hasta ellos antes que ella, y los tres la esperaron con paciencia.

—¿Reunión de ex alumnos? —preguntó soberbia al reunirse con el inesperado trío.

Cleo elevó las cejas con diversión, esperando una respuesta ácida de Prince que no llegó.

—Esto va a ser muy entretenido —le dijo a Lion en voz baja.

—Lady Nala, King —los saludó altiva—. ¿Qué hacéis aquí?

—Les he contratado yo —contestó Prince dándole la espalda para abrir la puerta de su casa.

—¿Por qué? —miró a uno y al otro extrañada.

—Porque —repuso mirándola levemente por encima del hombro—. Es muy necesario que escuches lo que tienen que decirnos.

—¿Tú has pedido ayuda a Lion? ¿A Lion, tu archienemigo? —No se lo podía creer, de ahí su gesto de asombro.

—Sí —dijo sin más.

—¿No me digáis que Prince os ha convencido con su paranoia sobre mi seguridad? —dijo ofuscada a punto de darse la vuelta e irse, harta de su

incomprensible y excesiva preocupación. ¿Por qué no la dejaba en paz? Aun así, sentía curiosidad sobre lo que habían descubierto.

—No ha hecho falta que nos convenciera —explicó Romano con un tono que no dejaba lugar a dudas—. Todavía nos faltan datos concluyentes, pero me temo que sabemos dónde podrían estar Alejandra y Nina. Y, si estamos en lo cierto, lo más adecuado —la advertencia reverberaba en su voz— es pensar en que la siguiente en desaparecer puedas ser tú.

Ella parpadeó atónita ante la dureza y la verdad de aquellas palabras. Creía firmemente en Lion y en su profesionalidad. Si él decía algo así, debía de ser cierto.

—Sharon —Cleo Connelly, con aquellos luceros verdes por ojos y una cola alta y roja de rizos alborotados la miró como si viera algo de conciencia y miedo en su mirada—. No vamos a hablar aquí afuera —miró a los alrededores—. Deberías entrar con nosotros. Tienes que escuchar lo que queremos proponerte.

La rubia dejó caer su escepticismo en Prince, que esperaba impaciente y soberbio en la entrada de su castillo.

¿Proponerle? ¿A ella? Le encantaban las pruebas y los desafíos, y odiaba no ver el derivar de la situación. Si la informaban debidamente, sabría cómo proceder y vería la jugada en su totalidad.

El control era lo más importante. Y lo necesitaba en ese instante, no estaba dispuesta a perder las riendas porque mucho había perdido ya con la desaparición de sus dos mejores amigas.

De acuerdo. Les escucharía. No perdía nada más.

Solo tiempo.

* * *

—Caramba —murmuró Cleo admirando el interior de la vivienda—. Es tan bonita como me imaginaba.

—Gracias —contestó Prince sonriéndole amistosamente.

—Pero, ¿dónde están las vampiresas y los lobos? —sonrió a Sharon con disimulo.

A la rubia le hizo gracia el comentario, aunque se abstuvo de devolverle el gesto.

La turbaba estar allí de nuevo. El interior de la guarida del Príncipe olía igual que siempre; a hombre, a guerrero y a limpio con un leve toque sutil y picantón que aún reconocía. El olor del peligro y de la dominación.

Sharon no entraba en esa casa desde la aciaga noche en el Temptations.

Cuando Prince la echó de su vida, nunca regresó a recoger su ropa ni sus objetos; ni sus libros ni nada de lo que tuvo en aquel hogar compartido que tantísimo amó. Era demasiado lacerante darse cuenta de que la felicidad de la que gozaba se había volatilizado sin más.

Nunca pensó que lo que Prince y ella tuvieron fuese tan frágil y quebradizo. Tan imperecedero como un beso fugaz.

Confiaba en su relación a ciegas, creía en él más que nadie, y pensaba que las cadenas que los unían eran gruesas y de acero, forjadas en la fidelidad y la lealtad, por eso la sorpresa y la decepción fue tan grande.

En eso pensaba Sharon mientras tomaba asiento en la barra de bar y apoyaba un codo sobre la tarima de madera como si aquello no fuera con ella. Vestida de negro excepto por los tejanos, sus botas de caña alta de piel y su camisa negra y larga, le daban el aspecto de una amazona. Era Dómina hasta para las situaciones más casuales, aunque aquella no tuviera nada de relajada ni casual.

Prince sirvió unas cervezas a Lion y a Cleo.

Sharon lo controlaba todo con el rabillo del ojo. Cuando le tocó su turno, esperó sin titubear ni apartar la mirada a que él adivinase o presupusiera lo que le apetecía.

—¿Un café solo con hielo y un poco de Baileys? —preguntó Prince.

Sí. Lo sabía. Lo había adivinado. Habían malas costumbres que no podía eliminar de sus hábitos. Pero solo por no darle el gusto de creer que la seguía conociendo negó con la cabeza. Ya no era la misma.

—Un Gin, gracias —dejó de mirarle como si le aburriese verle, y vertió toda su activa atención en Lion y Cleo—. Soy toda oídos. ¿Qué es lo que tenéis que decirme?

—Prince nos contó que Nina y Alejandra desaparecieron casi al mismo tiempo —explicó Lion jugando con el culo de la botella de su cerveza—. Y

nos pidió que le ayudáramos a averiguar si seguían vivas y dónde podían estar.

—Ajá —asintió ella.

—Teníamos que contrastar las pruebas obtenidas del cuerpo de José y de la escena del crimen —continuó Cleo—. Así que hemos movido nuestros contactos para que nos pasaran el informe del forense. Tim y Magnus, no sé si los conocerás. Tal vez te suenen porque son miembros de la policía local de...

—No sé quienes son —contestó Sharon cortante. Le ahorraría saliva. No era buena para relacionarse con nadie fuera de las mazmorras. Tampoco se fijaba en nadie. No le interesaban hasta el punto de querer indagar en sus vidas.

—Ah, bueno —murmuró Lion—. Da igual. Nos pasaron el informe del médico legista, y después nos colamos en la morgue para consultar el primer exámen tanatológico. José tenía restos biológicos de ADN bajo las uñas...

—Eso quiere decir que peleó con su o sus agresores y que tenía restos biológicos de sus atacantes —simplificó Cleo.

—Gracias, Cleo —Sharon parpadeó absorbiendo la información.

—Sí, lo sé —la pelirroja blanqueó los ojos y se encogió de hombros—. A veces cree que todo el mundo entiende lo que dice.

—Señoritas —Lion les llamó la atención—. Atentas. El análisis toxicológico demuestra que había consumido una rara combinación de LSD, MDMA y mandrágora en polvo.

—Conozco el LSD y la mandrágora —dijo Sharon. No los había probado, pero recordó que Nina le habló de la segunda como una sustancia muy afrodisíaca—. Ni idea de lo que es el MDMA.

—José no consumía drogas. Ni él ni Alejandra —sentenció Prince muy serio, apoyado en la vitrina de bebidas.

—Es una droga recién llegada al mercado —continuó Lion—. La llaman «sexflip». Está hecha de la droga de la empatía, que es el MDMA; de LSD, que da una brutal fogosidad interna y unas ganas de tener relaciones sexuales incontrolables. Y después, le han añadido mandrágora, que aumenta la lívido.

—Quieres decir que es una droga meramente sexual —entendió Sharon.

—Sí. Pero nada de «meramente». Es una puta bomba. Se ha encontrado

polvo blanco en el coche, en las cejas de José y por encima del cuello de su camiseta —enumeró Lion—. Eso indica que se la echaron por encima.

—Le obligaron a inhalarla —concluyó Cleo.

Sharon tenía una bola en el estómago que le oprimía los pulmones y le dificultaba respirar. ¿Quién haría algo así al simpático chef? ¿Lo habría visto Alejandra? ¡No quería ni imaginárselo!

—Pero... —murmuró Sharon cruzándose de brazos. Necesitaba entrar en calor—. ¿Por qué le harían eso si la intención era matarlo?

Cleo, Lion y Prince se miraron con preocupación. Ellos sabían la verdad, y acababan de sacarla de la ecuación. Y no le daba la gana quedarse al margen.

—¿Qué más hicieron? —preguntó Sharon con solemnidad—. Hay más, ¿verdad? Contádmelo.

—Sí —dijo Prince. Bebió parte del vaso de whisky que se había servido—. Violaron a José. Lo sodomizaron y lo degollaron cuando se estaba corriendo —dejó golpear el vaso de golpe contra la mesa.

* * *

Sharon corrió hasta el baño antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Levantó la taza del sanitario y vomitó sin más, recogiendo el pelo largo y rubio con una mano.

La imagen atroz golpeó su estómago con fuerza.

Era horrible que alguien obligara a uno a sentir algo que no quería sentir. Pero peor era violarle, obligarle a correrse y en ese momento de vulnerabilidad y vergüenza notar cómo un cuchillo cortaba tu garganta y tu vida.

La mano cálida de Cleo tocó su hombro. Dio un respingo y la miró extrañada. No se acostumbraba al contacto por sorpresa.

—Toma —le ofreció un clínex.

Sharon lo tomó sin ocultarse. Era denigrante todo.

Solo podía pensar en ellas. Temía por sus amigas. Si a José le habían hecho eso, fuera quien fuese, ¿qué serían capaces de hacer a unas mujeres?

La sensación nauseabunda y deprimente del mal y de la injusticia la arrolló con tanta violencia que no pudo evitar que le asomaran las lágrimas.

—Sé que es duro. Sé que ahora estás pensando en Alejandra y en Nina.

Sharon asintió y se limpió la boca con el pañuelo de papel.

—Sí.

—Me pasó lo mismo cuando mi hermana Leslie desapareció. Fue por ella que me metí en el torneo de Dragones y Mazmorras DS. Yo no era sumisa ni Ama.

—No hace falta que lo jures —murmuró desaprobándola ligeramente.

Cleo se encogió de hombros, ignorando el tono puntilloso de la Dómina.

—Queríamos encontrarla. Pero nunca nos imaginábamos la trama con la que nos dimos de bruces después.

—Como sea. Te infiltraste para hallar a tu hermana. Eso es muy valiente.

—Sí —asumió como si fuera lo más normal del mundo—. Mi hermana era agente del FBI e investigaba la trama de trata de blancas que manipulaban parte de los Villanos. Allí conoció a Markus, el Amo del Calabozo, que resultó ser un agente doble de la SVR y que también estaba infiltrado por asuntos algo más personales.

—Markus —repitió Sharon esforzándose en recordar—. ¿El Amo Mohicano? ¿El tatuador?

—Sí. Ese mismo.

—Madre mía... —Sharon intuía que lo sucedido en las Islas Vírgenes iba a traer cola, pero no se imaginaba cuánta gente jugó a las dobles identidades para meterse en el ajo y actuar desde dentro con la finalidad de desarticular el torneo y a sus Villanos—. Supongo que al final nunca conoces del todo a las personas —asumió mojándose la nuca con agua del grifo.

—Por supuesto que no. Y es muy difícil aprender a confiar, pero tienes que hacerlo o te vuelves loca.

—¿Qué me estás pidiendo con eso?

—Que confíes en nosotros. Aunque te cueste.

—Me cuesta —afirmó Sharon.

—No hace falta que lo jures —se la devolvió Cleo—. Mira Sharon: a Alejandra y a Nina podría sucederles lo mismo, o puede que no. No lo sabemos.

—¿Estáis seguros de que Nina está desaparecida? Yo la he llamado y no me ha cogido el teléfono. Pero tal vez lo haya perdido, o simplemente esté en algún otro lugar.

Cleo la miró con compasión.

—No. Nina faltó al cumpleaños de su madre cuando nunca lo hace. Su familia no habla con ella desde hace tres días, cuando hablan a diario. Sé que da miedo —reconoció Cleo.

—Es como una maldita pesadilla —cerró los ojos y apoyó la cabeza en la pared del baño.

—Lo que está claro es que José ha sido la víctima de algo que puede ser mucho más grande, Sharon. Están analizando el ADN hallado debajo de sus uñas y cuando tengamos su identidad sabremos cómo proceder.

—¿Qué hijo de perra pudo violarle y hacerle eso? —repitió Sharon incrédula.

—O hija de perra.

—¿Cómo dices? ¿Crees que fue una mujer?

—No se han hallado restos de semen ni de líquido preseminal. No hay sustancia que indique que se lo hicieron con condón. Y sí un lubricante conocido para todo tipo de dildos de goma. O se lo hizo un eunuco o le obligó una mujer.

Sharon sacudió la cabeza de un lado al otro, muy consternada. ¿Una mujer? ¿Qué mierda?

—¿Un Ama? ¿Una Dómina?

—Podría ser. En la cuneta hay rastro de las ruedas de otro coche. Los neumáticos pertenecen a un todoterreno antiguo: creemos que un Jeep Cherokee. Markus, Leslie y Nick están intentando localizarlo. Según el exámen del perito en la escena del crimen, hay constancia de las huellas de al menos tres o cuatro personas más. No son números de pies grandes. Una de ellas llevaba tacones. Tal vez solo fueran tres, y la cuarta era Alejandra.

—Dios... —murmuró caminando de nuevo hasta el taburete de la barra de bar donde un preocupado Prince y un silencioso Lion la esperaban expectantes.

—¿Estás mejor? —preguntó Prince.

—No —contestó ella a secas—. ¿Sabes lo que le han hecho a José?

¿Cómo voy a estar tranquila? —le preguntó como si él no fuera consciente.

—Por supuesto que sí. No olvides que yo pedí que investigaran lo sucedido.

—Lo más probable es que las agresoras fueran mujeres —continuó Cleo—. No podemos obviar esa posibilidad y además, nosotros creemos firmemente que lo eran. Y más, después de lo que averiguamos a continuación.

Prince ofreció parte de su whisky a Sharon. El pelotazo la haría entrar en calor y atenazaría sus nervios.

—Bebe esto —le pidió.

Sharon miró a Prince como si no se creyera lo que oía. No quería whisky ni iba a obedecer ni a aceptar nada que viniera de él. Apartó el vaso de su vista para continuar hablando con Cleo.

—¿El qué? ¿Qué averiguasteis?

—No estamos seguros —convino Lion—, pero es posible que, antes de Alejandra, José tuviera un Ama. Prince nos ha contado que Alejandra nunca marcaba y no era partidaria de los piercings genitales.

—Sí, es verdad. A Alejandra no le gustaban —admitió Sharon. Por eso sabía que nunca podría estar con Prince.

—Entonces, eso refuerza nuestra teoría. José tenía cuatro agujeros en la base perianal, bastante grandes, señal de haber llevado dos *guiches* durante mucho tiempo. Antes de Alejandra.

Los guiches eran piercings, mayormente en forma de aros, que se colocaban en la zona libre que había entre los testículos y el ano.

—Es posible que esos agujeros tan grandes se deformaran por el mal uso de los abalorios —explicó Lion.

—O porque tenía un Ama demasiado cruel —apuntó Prince.

A veces, a los sumisos, se les colgaba peso de los aros genitales como forma de castigo. Aunque habían algunos que deseaban el dolor por encima del placer, los sados, y disfrutaban de aquel pellizco violento. Y si ese era el caso, José no solo había estado con un Ama, sino, con un Ama sadomasoquista. ¿Sería posible?

Alejandra nunca mencionó nada sobre las «marcas» de otra mujer en el cuerpo de José. Tal vez lo hizo por respeto a su pareja, o porque además era

una Dómina orgullosa que no le gustaba pensar que antes de ella había sido dominado por otra.

—En el pasado, José estuvo rodeado de mala gente con la que hizo negocios —Prince se bebió el vaso que Sharon había rechazado—. Hace cinco días le exigieron que les devolviera la deuda, y José se negó. Al no pagar, fueron a por él, y lo mataron. Pero es mucha casualidad que quien le hiciera eso fuera un grupo de dominatrix.

—No es casualidad —lo apoyó Lion—. De alguna manera, están directamente relacionadas con los que le prestaron dinero a José. Lo que tenemos que averiguar es qué les une. Las que mataron a José tienen a Alejandra y seguro que está viva. Estamos convencidos.

—De acuerdo —asintió Sharon—. ¿Y cómo sabéis eso? ¿Cómo vamos a averiguar de qué manera está todo relacionado? ¿Y por qué creéis que Alejandra sigue viva?

—Nick Carter, quiero decir —Cleo se corrigió en cuanto comprendió que Sharon no reconocería los nombres y sí los mote bedesemeros—, Tigretón.

—Tigretón es el marido de Sophiestication, ¿cierto? —la interrumpió Sharon.

—Sí.

—Son una delicia los dos, ¿no crees, Leona?

—Eh... sí. Supongo. En fin, ha utilizado sus dotes como hacker para entrar en el ordenador de Nina y averiguar a través de sus e-mails si había quedado con alguien en especial. Intentaba buscar una pista sobre su paradero...

—¿Y?

—Y entonces, encontramos la primera coincidencia entre José, Alejandra y Nina —Lion abrió el portátil, lo encendió y mostró una imagen congelada de un escudo con un dragón rojo en fondo negro. Muy parecido al logo del torneo de Dragones y Mazmorras DS—. Los tres habían compartido e-mails sobre esto. ¿Sabes qué es? —inquirió Lion.

—Por supuesto que lo sé —espetó algo consternada—. Son *Los tres días rojos*. Tres días de BDSM en los que el Fem Dom es el máximo protagonista.

—¿Recibiste la invitación para ir? —quiso saber Prince.

—Por supuesto que sí. Hace tiempo, además. Soy la Reina de las Arañas,

y si no me invitan a mí... —dijo con orgullo—. Pero la decliné. No contesté a la invitación, por eso dejaron de enviarme directrices ni pasos a seguir para participar. Tenía una cita que no podía eludir —y no iba a decir nada más.

Prince la estudió con detalle, y al ver que Sharon no añadía otra palabra a su narración, decidió seguir por otros derroteros.

—Es este viernes. De aquí a tres días —especificó el Príncipe—. Los organizadores del Fem Dom son diferentes a los del torneo de las Islas Vírgenes. No han contactado por foros, sino a través de mailings personales. José, Alejandra y Nina iban a ir. De hecho, José huía de su deuda y, al mismo tiempo, parece ser que se iban a reunir con Nina para verse los tres en Las Vegas. Su intención era llevarse el bote que daban al ganador del mejor Fem Dom. Posiblemente, querría pagar la deuda con ello. La mejor escenificación se lleva doscientos mil dólares.

—¿Tanto debía José? Yo sabía que podían ir. Era una posibilidad —explicó Sharon—. Pero no me lo habían asegurado. Nina y Alejandra también son un reclamo importante dentro del mundo de la dominación femenina —aclaró—. Ellas eran mis maestras. Así que era normal que las contactaran.

—Lo sabemos —comentó Cleo—. ¿Te llegaron ellas a decir dónde se celebraban los tres días rojos? Hemos intentado ponernos en contacto con el emisor de los e-mails, pero es una centralita automática. Genera e-mails a una inmensa agenda. No hay nadie a quien dirigirse.

—Ellas nunca me dijeron nada —respondió la Dómina sentándose bien en el taburete alto de piel roja.

—Pero... ¿acaso no erais amigas? —preguntó extrañada.

Sharon sonrió de un modo poco cordial.

—Somos Amas, no *cheerleaders* cotorras —observó como a la agente se le abría la boca con sorpresa por su descarada fresca—. Ya sabes cómo van estas cosas. Discreción y secretismo. Eso es lo que hace tan especial el mundillo. Nosotras éramos muy buenas amigas, pero respetábamos las normas de la noche. Solo compartíamos algunas intimidades en las mazmorras de Nina. Nada más.

—¿Nada más? —inquirió Cleo.

—A ver, Nala, no éramos de llamarnos ni de contarnos miles de cosas como seguramente harás tú con tu chupandi.

—¿Chupipandi? —repitió Cleo incrédula a la vez que muy entretenida—. Tú no tienes amigas, ¿verdad? Seguro que tu mejor amigo es un gato —espetó con desfachatez—. ¿Tienes un gato?

Prince se echó a reír aunque la ocasión no era para tomarla a guasa. Sin embargo, le pareció inevitable. Cleo y Sharon eran muy diferentes y, al mismo tiempo, había algo en ellas que hacía que al verlas juntas las confundieran con viejas amigas.

—Tengo un gato, sí. ¿Cómo lo sabes? ¿Eres adivina? —preguntó arqueando una ceja rubia.

—Bueno, eres un poco bruja. Te faltaba el gato, porque el palo de la escoba ya lo tienes metido en el culo.

Sharon agrandó los ojos y dejó ir una carcajada de verdad. El comentario, lejos de hacerle sentir mal, le pareció muy gracioso. Aunque se esforzara en molestarla, Cleo le caía muy bien. Era transparente, sincera y muy franca.

—Una adivina y una bruja —murmuró Sharon entretenida—. De aquí, al circo. Ellas nunca me mencionaron dónde se iba a dar lugar el encuentro. Pero, si te sirve de consuelo, hace un par de semanas las escuché hablar sobre ir a buscar unas acreditaciones en el Liquid Red.

—¿El Liquid Red? Está en Las Vegas —aseguró Prince.

—Sí —dijo Sharon sin mirarlo. Allí estuvieron ellos una vez, en una fiesta bedesemera. No iba a recordar nada de eso en aquel momento, por eso evitó entrar en contacto con sus ojos.

—Bien. Ya tenemos un punto de partida —murmuró Lion enviando un mensaje a través del móvil al tiempo que hablaba en voz alta—. Nina tenía una reserva en un hotel de Las Vegas, sin embargo, Alejandra y José no habían reservado todavía.

—¿Cómo demonios sabéis eso? ¿Habéis entrado en sus cuentas? —Sharon no podía comprender cómo dominaban toda esa información tan privada.

—Son polis —le recordó Prince—. Y polis de los malos. De los que se saltan las leyes —le guiñó un ojo a Cleo.

La rubia frunció el ceño, algo incómoda por aquella invasión de la privacidad.

—Lo más seguro es que Alejandra y José cogieran carretera y manta —

continuó Lion— para ir hasta allí y airearse, después de la presión a la que se veía sometido por los tíos a los que debía dinero. Pero les cazaron al intentar huir. Tres mujeres le sometieron y le mataron. Si llegamos a la conclusión de que José tuvo un Ama antes que Alejandra, podría coincidir en el tiempo en que estuvo en Toronto y generó la deuda. Ellos tres iban a asistir juntos el Fem Dom, y si la anterior deuda de José tiene que ver con el mundo de la dominación, posiblemente, él ya estaba vigilado...

—Estáis haciendo demasiadas conjeturas —dijo Sharon alzando la mano para detenerles—. Es muy gratuito meter al mundo del BDSM de nuevo en algo así. Me ofende como Dómina.

—No debería sorprenderte. Lamentablemente no es la primera vez que se cuelan tarados para hacer negocios turbios camuflándose en locales de la noche y del sexo —aclaró Lion—. Obviamente, no todos los practicantes somos así. Pero basta con que haya algún chiflado como para que nos salpique a todos. Si esto vuelve a salirse de madre, hay que detenerlo.

Le daba rabia admitir que Romano tenía razón. Era una triste realidad. Siempre habían casos de hombres que consideraban a las sumisas putas; o de Amos que creían que someter era maltratar. Pero si estaban en lo cierto, esta vez, era su naturaleza de Dómina la que se vería afectada. No iba a estar tan ciega de no admitir que existían tantas mujeres violentas y malas como hombres. Pero no le sentaba nada bien descubrirlo de aquel modo.

Sharon observó el tatuaje que Lion mostraba en su garganta. Dos letras japonesas. Meses atrás solo había una. Y ahora habían dos. ¿Tendría algo que ver Cleo en ello?

—Mi conclusión y la de todos es que hicieron pagar a José su deuda con su vida, y se cobraron intereses llevándose a Alejandra y muy probablemente también a Nina —concluyó el agente guardando su móvil—. El vuelo de la mulata no salía hasta pasado mañana. Y desapareció un día antes que Alejandra. Los secuestradores sabían por dónde se iban a mover, cuándo iban a hacerlo. No les pillaron por sorpresa —sentenció—. En la cuneta no hay impactos de coches ni nada que haga pensar en un altercado en el que obligaran a José a salirse de la carretera. Si él huía y sabía que podían perseguirle, no se detendría ante nada sospechoso.

—Entonces, ¿cómo detuvieron su coche? ¿Creéis que habían quedado

con ellas para hacer el viaje juntos hasta el Fem Dom?

—No. Eso no es probable. Alejandra y José querrían ir al Fem Dom para ganar el dinero, pagar su deuda y desaparecer. Estaban huyendo —anunció Prince contrariado—. Me dijo que se iba a ir. Y un viaje tan largo en coche hasta Las Vegas no creo que hicieran. Yo no sé qué tenían pensado hacer. Pero sea lo que sea, quedaron allí con alguien, para recibir algo.

—¿Me estás diciendo que José y Alejandra conocían a las mujeres que les iban a agredir? ¿Que quedaron con ellas? No. Eso no cuadra.

Lion y Cleo asintieron sin ninguna duda.

—Todo apunta a que fue así. Se detuvieron en la pequeña planicie al lado de la orilla del Misisipi. Quedarían allí, a la altura del canal del ferry, sin imaginarse que estaban quedando con la muerte.

—No —Sharon estaba confundida—. No me imagino con quién iban a viajar José y Alejandra. No conozco a Dóminas tan versadas como ella.

—Tal vez no eran Dóminas. Tal vez ni siquiera iban a viajar juntos —apuntó Cleo.

—¿Cuándo sabréis a quién pertenece el ADN que encontrasteis en el cuerpo de José? —quiso saber Sharon.

—En unas horas. No mucho más —contestó Lion.

Una llamada directa al móvil de Cleo interrumpió la conversación.

La agente descolgó el teléfono con rapidez.

—Connelly. Hola, Mag.

Lion se colocó a su lado, como si así pudiera escuchar la conversación.

—¿Cuándo ha sido?... Entiendo... Vaya... ¿Y el hombre?... Sí —sus cabeza se movía de modo afirmativo ante lo que oía—. ¿Tenía antecedentes? Ajá... Comprendo. ¿Entonces confirmas que es el mismo coche? De acuerdo... Sí, aquí estamos. En cuanto atemos cabos, os informaremos. Gracias. Ciao, Mag.

Cleo colgó el teléfono, lo guardó en el bolsillo de su chaqueta negra y puso en sobreaviso a todos los presentes:

—Han encontrado un coche abandonado en el río, a la altura del distrito 39. Un Jeep Cherokee. Las ruedas coinciden con las huellas del todoterreno que encontraron donde asesinaron a José. Son unas Kumho cuyo grabado es muy especial e inequívoco. Había un cadáver en el maletero. El cuerpo

corresponde a Antonio Guzmán. En la guantera han encontrado dos billetes para Miami. Y dos pasaportes falsificados —Cleo se sintió incómoda al ver el rostro enmudecido de Sharon y Prince—. Su vuelo salía la misma noche que lo mataron, de madrugada.

—Joder... —gruñó Prince dando un golpe seco con el puño cerrado sobre la barra.

—¿Qué significa eso? —Sharon no acababa de encajar toda la información.

—No iban a ir al Fem Dom —concluyó Lion—. Posiblemente tenían ya la invitación y su idea era asistir, pero cambiaron de planes: estaban huyendo del estado de Luisiana porque sabían que ya los habían encontrado. Probablemente, sus asesinas tendrían su e-mail o su teléfono pinchado. Sabían la hora y el lugar exacto en el que iban a quedar con Guzmán. El móvil de José no estaba en el coche, con lo que no podemos contrastar nuestra suposición. La cuestión es que, interceptaron antes a Antonio, que es un falsificador de identidades y se presentaron ellas en el lugar del crimen. Se llevaron a Alejandra, y mataron a José.

Sharon se pasó la mano por la cara. Era tan duro oír eso. Sus amigos querrían haber huido, escapado de las garras de las deudas y de sus carceleros. Pero aún así, les habían cogido antes.

No tenían suficiente con la vida de José para saldar la deuda; también se habían llevado a Alejandra. ¿Quién? ¿Por qué?

—Tenéis que averiguar la identidad de esa hija de puta —susurró Sharon con la voz rota—. Esto no puede quedar así.

—Eso pretendemos —dijo Cleo empática con ella.

—Si son Dóminas con un par de ovarios estarán en el Fem Dom —concluyó Lion—. Pero sin estar completamente seguros de ello, no podemos ir allí a dar palos de ciego; hasta que no tengamos los resultados de los análisis de ADN no podremos hacer nada más. No sabemos a qué nos estamos enfrentando.

Sharon asintió, confusa por todo, insegura, y asustada por el devenir de la vida de sus dos amigas.

—¿Qué más podemos hacer? —quiso saber ella.

—Nada más por ahora —contestó Cleo—. No puedes estar sola, Sharon.

No tenemos idea de qué o quién hay detrás de todo esto. Pero eres amiga de Nina y Alejandra, y no una amiga cualquiera: eres la Reina de las Arañas. Da la casualidad de que no ibas a ir al Fem Dom, cuando eres el reclamo más fuerte. No sé. Esto no huele bien —dijo sin hablar claro—. Hay que protegerte.

—¿No estarás insinuando que se han llevado a Nina y a Alejandra para atraer mi atención? Eso no es posible. —¿Qué barbaridad era esa?—. Yo no tengo nada que ver con la vida pasada de José, ni con sus deudas, ni con locuras rocambolescas de estas... —se estaba poniendo nerviosa—. No podéis mezclarlo todo así.

—Sí podemos —la cortó Lion—. No es la primera vez que el caso nos explota en la cara.

—¿Pero qué caso?! —exclamó aturdida—. ¡Hay que encontrar al asesino de José, y a Nina y a Alejandra! ¡Ellas siguen vivas y no sabemos dónde están! ¡Ese es el único caso real!

—Sharon, todo tiene un punto de unión, algo en común que puede hacer que te replantees todo y que dudes de lo que crees saber y de lo que no —intentó tranquilizarla Cleo—. Haznos caso. Tenemos experiencia. Para curarnos en salud, repito, hay que protegerte.

—¡Joder, Nala! ¡No necesito pro...!

—¡Cállate, Sharon! —ordenó Prince—. Te vas a quedar aquí hasta que sepamos cómo debemos proceder. Voy a hacerles caso en todo, y me han dicho que tú no te puedes quedar sola.

Sharon, enmudecida por la visceral reacción del Amo, tomó aire por la nariz para serenarse y añadió a continuación:

—No voy a quedarme aquí —replicó con tono neutral, frenando los caballos de su pronto—. Si quieres, haz de centinela pirado como has hecho estos días —espetó colgándose su bolso Givenchy negro—. Yo tengo un gato al que debo cuidar —le recordó a Cleo—. Me voy a ir ahora mismo.

Sharon se dio media vuelta para dirigirse a la puerta de salida.

Lion miró a Prince con resignación.

—Mira, haz lo que debas —señaló Lion—. No podemos retenerla a la fuerza. Pero no la dejes sola. En cuanto conozcamos las pruebas concluyentes de los análisis, os avisaremos y nos pondremos en marcha.

Prince no se iba a quedar quieto mientras Sharon abandonaba la casa para quedarse a solas en la suya.

No. La Reina no era consciente.

Pero él sí.

Capítulo 4

Se había duchado. Había dado de comer a Rey. Y mientras degustaba una ensalada griega y una copa de vino tinto, cenando en la barra americana de su cocina, alumbrada solo con la enorme lámpara metálica que se posaba sobre su cabeza, como las de las cocinas de los chefs importantes, miraba de vez en cuando por la amplísima ventana del salón que daba justo a su calle, al río y a la protegida City Hall, envuelta en edificios de negocios, de luces y formidables diseños.

Y justo ahí, en su avenida, Prince permanecía aparcado en su Porsche como un vigía incansable.

¿Por qué? No lo sabía. La razón se le escapaba de los dedos. Tampoco iba a preguntarle ya que su respuesta no le importaba. Ella tuvo muy en cuenta una. La única que esperaba recibir de él el día que su hermano Dom abusó de ella.

En los ojos negros de Prince buscó una respuesta a su pregunta silenciosa y encubierta por sus lágrimas. «¿Confías en mí? No he hecho nada malo. Me lo han hecho a mí. Prince, ¿confías en mí?».

Su respuesta fue igual de silenciosa, pero infinitamente más cruel.

No. No creyó en ella. No confió.

Esa fue la contestación que le valió. Ahora ya no necesitaba ni hacer preguntas ni recibir respuestas.

No podía quitarse de la cabeza la imagen de José siendo sodomizado, y de Alejandra viéndolo. ¿La habrían obligado a presenciarlo?

Al pensarlo le dolía el corazón por ellos. En la tele seguían poniendo imágenes de los grupos de búsqueda, los profesionales y los voluntarios, organizados por la policía local de Nueva Orleans.

Ella debería estar allí. Buscando a Alejandra, ayudando a dar con su cuerpo, vivo. Creían que seguía ahí, pero Lion y Cleo eran de la opinión de que se la habían llevado, y que el Fem Dom era su destino. Incluso habían dejado caer que todo podía ser una provocación. ¿Una provocación para qué? Habían matado a un hombre por el amor de Dios... ¿Y qué había sido de la Dómina desaparecida? ¿Y de Nina? ¿De la que no sabían nada en absoluto?

Por otro lado, con su MacBook Pro dorado abierto, releía la noticia sobre el asesinato, luchando por comprender cómo y por qué había sucedido eso...

Jugó con el índice por encima del cursor táctil y tiró hacia abajo, para continuar leyendo la noticia cuando, la campanita del Outlook sonó advirtiéndole de que había recibido un mensaje entrante.

Lo enviaban desde una dirección que su e-mail no reconocía, y en el remitente ponía «Ninapirate».

Sharon lo abrió sin más y leyó el correo.

«Hola, Sharon. No sé si me has estado llamando estos días o no. Perdí el teléfono en el avión de ida a Las Vegas y este es el único modo que tengo de comunicarme hasta que no compre un nuevo celular.

Solo quiero decirte que estoy bien, esperando con ganas la llegada de Alejandra y José, los cuales me dijeron que llegarían el jueves por la noche. Esto es una locura. La gente tiene muchas ganas de marcha. Deberías venir tú también, no tiene sentido que al mayor espectáculo de Fem Dom no asista la Reina. ¿Por qué no te lo piensas? Ya sabes que aquí estarán encantados de que les honres con tu presencia.

Un gran abrazo.

P.D: Contéstame, tanto si vienes como si no».

Sharon releyó el e-mail seis veces. Le temblaban los dedos.

¿Era ella? ¿Era ella de verdad?

No. No tenía ningún sentido. Nina no hablaba así. O, ¿tal vez sí?

Se levantó del taburete para sacudir las manos, presa de los nervios. Exhaló varias veces y oteó el ordenador por encima del hombro, para cerciorarse de que el e-mail seguía ahí.

El timbre de la puerta la alteró. Corrió para ver quién era por la mirilla y se encontró con Prince. Se había recogido el pelo en una cola alta y despeinada.

Al abrirla, los dos se aturullaron a la hora de hablar. Él fue el primero en enmudecer.

—¿Cómo dices?

—Me ha escrito Nina. O eso parece... —Lo agarró de la muñeca y le obligó a entrar hasta que ambos se plantaron delante del ordenador—. Mira —señaló la pantalla del ordenador.

Prince leyó el e-mail tres veces. La última vez, se giró hacia Sharon y la observó con gravedad.

—¿Has contestado?

—No.

—No lo hagas. Esa no es Nina.

—Me lo temía —murmuró tragando saliva.

—Voy a avisar a Lion.

—Sí.

Se quedó ahí parada, escuchando cómo hablaba con el agente Romano. Y mientras tanto, admiró la percha que poseía. A pesar de estar separados y de no poder permanecer en la misma habitación sin insultarse o echarse los trastos a la cabeza, él seguía siendo el único hombre que la ponía en alerta máxima.

Y lo hacía de modo inconsciente. Su cuerpo despertaba a su cercanía, se activaba como una bomba a distancia. Y cuánto más le odiaba, más intensas eran las sensaciones.

—De acuerdo. No. No te preocupes, no va a responder... Sí. Hasta ahora —cortó la comunicación y volvió a atender al e-mail.

A Sharon le hizo gracia el modo en el que su coleta corta se movió de un lado al otro.

—¿Qué te ha dicho? —quiso saber.

—Viene hacia aquí. Van a barrer la señal IP para averiguar de dónde se envió el correo.

—Bien.

Incómoda por su proximidad, recogió el plato de la mesa y la copa. Los enjuagó y los metió en el lavavajillas.

Mientras ella actuaba, no percató la atención de Prince sobre su persona y cada uno de sus movimientos.

Sharon era guapa y despampanante cuando se maquillaba, pero era al natural cuando de verdad lo dejaba sin respiración.

No le hacían falta potingues. No tenía ojeras.

La línea de sus pestañas era tan espesa y tan tupida que parecía que llevaba el lápiz marcado. Sus labios rosados y en forma de beso, el inferior algo más relleno que el superior, siempre le habían vuelto loco.

Su piel blanquecina tenía diminutas pequitas claras que el maquillaje siempre borraba, pero que afortunados, como él había sido, podían ver y contemplar en la intimidad. Y esas pequitas, aparecían en lugares estratégicos de su cuerpo desnudo. Sobre los hombros, en la columna vertebral, incluso en el pecho.

No obstante, nada le cautivaba más que el color de sus ojos; tan sorprendente como su carácter: cálidos y marrones claros cuando estaba cariñosa, receptiva y tenía luz propicia para ello. Verdes y extraños cuando ya nada la podía sorprender.

Como en ese momento. Su verde lo fulminaba dolorosamente. Parecía que ya lo había visto todo de él.

Sí. Sin duda, Sharon era hermosa con la cara lavada, unas gotas de su perfume favorito y el pelo rubio cogido con una goma y reposado sobre uno de sus esbeltos hombros.

Era cortesana, dama y libertina, todo al mismo tiempo.

—¿Qué estás mirando?

Su voz lo sacó abruptamente de su abstracción.

Al ser consciente de que la miraba, la luz de las lámparas de la calle que entraban a través del ventanal de cuerpo entero que rodeaba la cocina y el salón y toda la parte inferior del ático, la iluminó y bañó su presencia cubierta por un batín de seda rojo, bailando a través de las hebras rubias de su melena.

Estaba descalza. Su piso tenía calefacción en las paredes y en el suelo revestido de parqué. Llevaba las uñas de los pies pintadas de rojo, igual que las de las manos, de un tono más claro que el batín granate.

—Solo te estaba mirando a ti —contestó ronco—. Solo a ti.

Ella recuperó la compostura.

En realidad, Prince sabía que nunca la había perdido. Ya no le impresionaba, ni siquiera se ponía nerviosa con su actitud dominante, ni con

su presencia.

Era como si todo le diese igual.

Pero bueno, no la culpaba, porque la actitud de Sharon le recordaba mucho a la suya.

Los dos habían cambiado. Los dos habían perdido. No sabía si para bien o para mal, pero reconocía que hacía días que se sentía inquieto con lo sucedido el día en que ambos se separaron.

Sabía lo que vieron sus ojos. Pero ¿había algo más?

Sharon era una mujer orgullosa. No iba a pedir compasión ni misericordia, ni tampoco iba a arrodillarse para que la escuchara. Ella, simplemente, se alejaría y lo arrancararía de su corazón y de sus recuerdos.

Como había hecho.

—¿Necesitas utilizar el baño? Hay uno en esta planta. En la entrada a mano derecha.

—¿Qué? No. No quiero ir al baño —contestó desorientado.

—¿Un café? —lo tanteó.

—No, Sharon. No quiero café —dijo sin paciencia.

—Pues si no vienes al baño ni tampoco a por café, Prince, ¿a qué has subido?

—Eh, bueno. Ya tienen la identidad de una de las asesinas —le explicó—. Las pruebas de ADN les han dado una coincidencia. Ahora vendrá Lion y nos lo explicará.

—De acuerdo —dijo Sharon sin más, feliz por tener al menos un nombre y un rostro que poder perseguir.

—Sí —afirmó Prince sin saber qué más decir.

—Pues, ya está. Ahora es mejor que te vayas —le pidió al tiempo que carraspeaba—. No tiene sentido que estés en mi casa, como si yo te permitiera quedarte, o como si esta fuera una reunión de amigos que no somos. No sé por qué motivo estás tan involucrado en esto, en querer protegerme... pero es ridículo.

—Tal vez por el pasado —contestó inmóvil, mirándola de arriba abajo—. O, no sé. Solo digo estupideces. Qué sé yo... —se frotó la nuca. Estaba nervioso y ni siquiera sabía la razón.

Ella no dijo nada, aunque pensaba en todo. ¿Por el pasado? ¿Qué pasado?

¿El que él pisoteó?

—¿Cómo te va todo, Sharon? —preguntó inesperadamente.

—Prince —sugirió ella desviando la mirada hasta las luces de la calle—. No hagas esto.

—¿El qué? —quiso saber sin moverse de su lugar.

—Hablar conmigo como si te importara. Pretender que podemos conversar como antes. Tú y yo ya no tenemos ese tipo de relación. Las charlas durante horas se acabaron, igual que los silencios cómodos.

—Lo sé.

—Entonces, ¿a qué viene todo esto? ¿Por qué sigues comportándote como si tuvieras derecho a estar aquí?

Él movió los hombros de un modo que reflejaba su propio desconocimiento. No sabía la razón ni tenía respuesta para eso. Sharon lo había traicionado y aun así no podía olvidarla ni dejar de pensar en ella. ¿Qué querría decir eso?

—¿Durante cuánto tiempo vas a ignorarlo?

Ella dejó caer sus ojos sobre los de él, sintiéndose curiosa por el tono rabioso en su voz.

—¿Ignorar? ¿Ignorar el qué? —sonrió sin ganas.

—Que te tuve durante horas en el Temptations. Que no usamos protección.

—Ya te dije que no hay nada nuevo en mi cuerpo. No insistas. —Sí. Que no insistiera, porque ella era incapaz de quedarse embarazada.

—La Reina no permite que nadie la toque. Pero me dejaste que lo hiciera. Y sigues disimulando que sabías que era yo. Pero lo sabías, por eso no me apartaste. Deja de negar que disfrutaste tanto que hasta se te saltaron las lágrimas —esta vez sí dio un par de largas zancadas hasta quedarse a una distancia prudencial de ella. Sharon era una tigresa y podía soltar un zarpazo sin avisar—. ¿De verdad ibas a dejar que otro te hiciera todo lo que yo te hice?

—¿Por seiscientos mil dólares? —se echó a reír sabiendo que le molestaría—. ¿Tú qué crees?

Claro que le ofendía su actitud. Y, aunque sabía que no tenía derecho a reaccionar así, lo hizo igual. Agarró su melena con una mano y tiró de su

cabeza hasta acercarla a su rostro, obligándola a ponerse de puntillas.

—Odio que seas así... —murmuró a un suspiro de morderle la boca.

Y ella adoraba provocarlo. Le encantaba verle perder el control, porque cuando él lo perdía, ella lo ganaba, como en ese momento.

Así que lo agarró de la entrepierna con la contundencia y la fuerza necesaria como para advertirle y tomarlo por sorpresa.

—¿Qué coño crees que haces? —le dijo Sharon—. Suéltame.

Cuanto más apretaba Sharon, más tiraba Prince de su pelo. Ella formó garras con sus dedos y clavó las uñas a través del pantalón hasta que supo que le estaba marcando los testículos.

—Suéltame o te haré daño de verdad, Prince —le advirtió.

Prince enrojeció y dejó ir su pelo al tiempo que intentaba coger aire. Pero ella no le soltó. Al contrario, le apretó con más fuerza.

—El Príncipe se cree que es dueño de todo... —murmuró empujándolo levemente al tiempo que le presionaba las bolsas de su sexo—. El Príncipe que cree que lo sabe todo y cree que todo lo ve, pero ¿sabes qué?

—Me estás haciendo daño —susurró con los dientes apretados—. Olvidaba que ahora eres Ama...

—Olvidas tantas cosas... —le espetó—. Ni sabes ni ves. Das palos de ciego y ni te acercas a la realidad. —Lo hizo caminar por todo el salón, de espaldas, como los cangrejos, pero era ella quien llevaba el mando y quien dirigía. Cuando llegaron a la puerta, Sharon lo empujó al tiempo que liberaba su íntimo amarre.

Prince golpeó la puerta con su espalda y se quedó allí, con los ojos entrecerrados, esperando a recuperarse antes de andar.

—Ahora vete. Porque tú y yo no podemos estar en la misma habitación. Me supera. —Admitió cerrándose la bata al ver que él contemplaba su escote.

Prince se incorporó todo lo que pudo y buscó a ciegas el pomo de la puerta, sin perder de vista a la salvaje de Sharon.

—¿Sabes? Es mejor que no te hayas quedado embarazada ninguna de las veces que lo intentamos. Porque con el veneno que tienes dentro, o nace un demonio, o lo matas.

Sharon cogió aire ante aquellas durísimas palabras.

Prince no lo sabía, pero acababa de darle una estocada brutal. Su

acusación le hizo un corte tan profundo que todo el porte frío que ella insistía en aparentar, se esfumó de golpe.

—Lárgate —le ordenó en un susurro, dándose la vuelta para que no viera cómo le dolía lo que le había dicho.

—Sharon... —dijo arrepentido.

—¡Que te largues! —gritó apretando los puños a cada lado de sus caderas.

Prince abrió la puerta y sorbió por la nariz, para acto seguido irse de la casa.

Cuando ella se quedó a solas, las paredes de su fortaleza la oprimieron. Ni siquiera las espectaculares vistas calmaron su ansiedad.

Ella nunca le contó la verdad. ¿Cómo iba a hacerlo si ni ella misma lo había asumido? Los Steelman estaban obsesionados con la descendencia. El sueño de Prince era ser papá. Y ella era incapaz de darle un hijo.

Sin quererlo, Prince había dado en la diana de su propia vergüenza.

Y era una vergüenza que Sharon no se veía capaz de superar, por muy Ama, Dómina o fuerte que fuese. Porque se las decía el hombre que ella había amado una vez.

* * *

Katerina Vasilkan.

Así se llamaba la mujer identificada mediante los análisis de ADN.

Era una mujer rumana, de unos treinta y cinco años. Sin embargo, aunque lo último que había registrado de ella en los bancos de datos era que hizo un viaje diez años atrás a Estados Unidos, después se perdía su rastro por completo, como si ya no existiera.

Pero sí existía bajo las uñas de José.

—¿La conoces? ¿La has visto alguna vez? —preguntó Romano.

Sharon negó con la cabeza. No, esos rasgos morunos no los había visto jamás.

—¿La conocéis vosotros? —quiso saber ella.

—Nosotros no. Pero Markus Levedev, el Mohicano, nos ha dicho que sí

la conocían en Europa. Era una de las hijas de Dorel Vasilkan, uno de los hampones que controla la prostitución ilegal en Occidente.

Sharon sentía que se le cortocircuitaba el cerebro. ¿Qué tenía que ver la mafia rumana con José? No entendía nada.

—¿Y cómo es posible que no hayan movimientos de esta mujer desde hace diez años y asesinara a José hace unos días?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Lo que no nos hace ni pizca de gracia es saber que José murió a manos de alguien relacionado con la mafia de prostitución ilegal. No estamos ante el mismo caso de *Amos y Mazmorras*, pero tienen algo en común —murmuró Lion esperando a que su ordenador encontrara la señal IP desde donde se había enviado el e-mail a Sharon— y aún tenemos que comprender qué es.

—¿Crees que quieren a Alejandra y a Nina para... prostituirlas?

El agente Romano movió la cabeza confuso.

—No me cuadra. No estoy seguro... Ya está, lo tengo —dijo orgulloso—. Acabo de localizar la dirección desde donde se ha enviado este e-mail. Está en el *Makers and Finders Coffee*, es una zona muy céntrica de Las Vegas. Y eso solo quiere decir una cosa —sus ojos azules brillaron con determinación—. Si se han hecho pasar por Nina, es porque saben que hace días que está ilocalizable y, por tanto, sea quien sea quien ha escrito esto, la tiene allí. Y segundo: te reclaman a ti, Sharon. Están pidiendo tu presencia en los tres días rojos.

Sharon hizo una mueca de desagrado. ¿Por qué estaba pasando todo eso? ¿Y qué querrían de ella?

—¿Por qué me querrían?

—Tampoco lo sabemos aún.

—¿Crees que Alejandra y Nina siguen vivas? —preguntó Sharon sin más.

—No lo sé. No sé para qué podrían quererlas y, al mismo tiempo, después de todo lo que he visto, se me ocurren todo tipo de motivos por el que las querrían. Pero Prince y tú tenéis un punto a favor, Sharon —la tomó de la mano para darle seguridad—. Ellos no tienen ni idea de que estamos con vosotros y de que investigamos por nuestra parte.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Cleo, Leslie, Nick, Markus y yo, tuvimos que infiltrarnos en el torneo

para averiguar qué estaba pasando, dónde estaba Leslie, y quién había asesinado a mi amigo Clint. Tenemos la posibilidad de hacer lo mismo para descubrir qué hay detrás de todo esto y liberar a tus amigas...

—¿Cómo? ¿Infiltrándoos en el Fem Dom? —preguntó estupefacta.

—Claro que nos infiltraremos —sonrió Lion—, pero tú y Prince también debéis acompañarnos, porque eres su reclamo y una Dómina muy respetada. Eres la Reina de las Arañas.

Sharon meditó la sugerencia. Acababan de pedir su presencia en los tres días rojos haciéndose pasar por una de sus mejores amigas que estaba desaparecida. Era una clara invitación y un desafío.

Ella odiaba las injusticias y el abuso, y no podía aceptar lo que estaba sucediendo. Ni tampoco podía permitir que, de nuevo, su mundo se viera salpicado por ese tipo de escándalos. En ese aspecto, no era ninguna cobarde, no se escondía.

Y si, con su ayuda, podían liberar a sus amigas, no iba a dudar en meterse de lleno y representar su papel. No iba a ser difícil: solo tenía que ser ella misma.

—¿Tienes miedo? —preguntó Lion—. Si no quieres venir, iremos nosotros...

—No. No tengo miedo —le cortó ella—. Siento mucha rabia e impotencia por ellas. Y si por mi culpa alguien las ha secuestrado...

—No. No te precipites. Tú eres un daño colateral. Pero no eres la causa de todo esto —la tranquilizó Lion—. Hay algo más.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dice este hocico de león —se señaló la nariz—. Si fueras importante en esta ecuación, habrían aprovechado su visita a Nueva Orleans y te habrían cogido sin más, como han hecho con Alejandra y Nina. He estado como agente al mando en muchas operaciones, y aunque parece ser que la dominación y tú, en especial, sois una pieza que ellos quieren manejar, no eres tú el objetivo ni la razón. Has sido como un más a más, o como una agradable sorpresa para ellos. Has aparecido, y ahora te quieren.

—¿Y qué es? ¿Cuál es el motivo por el que les interesó?

—Eso es lo que tenemos que investigar. Sin embargo, Sharon, si vas a hacerlo...

—¿Hay condiciones? —preguntó con una curiosidad fingida.

—No es una condición ni una obligación. Pero es una protección para ti y una inmejorable tapadera, porque no imaginan que sabes todo lo que ya sabes. Por eso tienes que ir con él.

—¿Qué quieres decir? —se puso a la defensiva.

—Irás como Ama. Como Ama de Prince.

Dejó caer la cabeza un tanto derrotada. Ir con Prince. Hacer de su Dómina. Pensó en todos los pros y los contras.

—Sharon, es Prince quien nos ha pedido ayuda. Él quiere participar en esto —intentó explicarle Lion. Sabía lo incómodo que iba a ser para ella—. Además, no va a permitir que estés allí sin él.

—Lo que él permita o no se lo dejaré a sus sumisas. Yo no tengo nada que ver con él, y sus deseos no me incumben. Te recuerdo que hace más de un año que ya no estamos juntos —dijo desairada.

—Escúchame, rubia —Lion se atrevía con ella, no solo por el respeto que le tenía sino porque ambos compartían un secreto: el de la verdad de quién era Dominic. El de la verdad por la que ellos rompieron—. No es un juego. Necesito garantías, porque voy a estar al mando de la investigación. Allí no podremos colaborar con agentes como Tim y Magnus. Solo nos tendremos los unos a los otros. Y necesito competencia y discreción. ¿Comprendes? Necesitaré una colaboración total. Piénsalo en frío. Olvida lo mal que os lleváis —le pidió con tono conciliador—. Prince y tú erais la pareja más respetada del mundillo. Imagina el impacto que causaréis cuando os presentéis allí cogidos de la mano...

—¿Cogidos de la mano? —dijo ella al filo de la risa—. Voy a pasear a Prince como un perro traicionero y desleal, que es lo que es.

Lion no lo dudaba. Sharon era de armas tomar, tenía un carácter vengativo. Pero debía apelar a su sentido común.

—Entiendo que no va a ser fácil para ti, pero si vais los dos juntos y os cambiáis el rol, levantaréis mucha expectación a vuestro alrededor. Y eso nos va mejor para observar la situación en toda su totalidad, desde una parcial lejanía.

—King, ¿sabes lo que me estás pidiendo?

—No lo veas como un sacrificio —se encogió de hombros—. Míralo

como una posibilidad de oro para tenerlo bajo tu tacón y darle su merecido por el gravísimo error que cometió.

Los hermosos labios de Sharon se alzaron en una sonrisa de reconocimiento.

—Tú también vas a disfrutar con esto, ¿verdad?

—Creo que a Prince hay que abrirle los ojos. Y no conozco a nadie que pueda hacer eso mejor que tú. ¿Qué me dices, Reina Araña? —la provocó—. No solo hay que salvar las vidas de Alejandra y Nina. También hay que salvar las vuestras.

—¿Las nuestras?

—Sí. Yo sé lo que me digo —dijo sin darle demasiada importancia—. ¿Y bien? ¿Te atreves a hilar tu telar en esta operación?

—Quiero ir. Y quiero infiltrarme —alzó la barbilla con decisión—. Hay que sacarlas de ahí.

—¿Estás dispuesta a todo? ¿No tienes miedo? ¿Seguro?

—Seguro.

Ya no se iba a echar atrás. Ni hablar. Intentaría no pensar en lo que supondría compartir unos días con Prince en Las Vegas, con los roles totalmente cambiados. Ella sería quien quería ser. Debían concentrarse y colaborar totalmente con Lion y su equipo.

—¿Vosotros también estaréis ahí?

—Sí. Estaremos todos, e iremos a jugar. Pero intentaremos no llamar mucho la atención, solo observar y movernos entre bambalinas.

—Pero, no tenéis invitación. Yo tampoco.

—Tú no te preocupes. Activa el e-mail que te enviaron para aceptar la invitación. Lo harás mañana; te facilitaremos un ordenador especial que ellos no podrán registrar. Y pondremos domicilios y datos falsos. Pero no tendrán dudas de que eres tú. Les seguiremos el juego y no sospecharán nada. Es lo que quieren. Quieren que asistas.

—Oh —dijo asombrada—. ¿Y vosotros cómo lo haréis?

Lion Romano cerró el portátil y se levantó del sillón de la mesa del salón satisfecho con lo que tenían.

—Markus nos ayudará con eso una vez estemos en el Liquid Red y sepamos las directrices que hay que seguir. Tú nos las dirás cuando te las

faciliten por e-mail para recoger las acreditaciones.

—De acuerdo —dijo confiando en él.

—Intenta dormir tranquila, Sharon —lo acompañó hasta la puerta—. Sería bueno que tú y Prince os dejarais ver por las mazmorras de las Lafayette. Pasado mañana volaremos a Las Vegas y, si hay informadores por el mundillo, el cotilleo correrá como la pólvora. Tenéis que dejaros ver al menos una vez como Ama y sumiso y, aunque te duela, hay que decirle a Rizzo que Nina nos escribió por e-mail, aunque sepas que no es verdad. Ellas se encargarán de darle la noticia a los conocidos, y la noticia, que irá de boca en boca, instaurará un clima de mediana normalidad. Llegará a oídos de sus secuestradores, que es lo que buscan. Y podremos seguir trabajando sin que nadie sospeche.

—Odio mentir —contestó Sharon—. Y decirle eso a la hermana pequeña de Nina es una crueldad, más aún cuando no sabemos si Nina está...

—Lo estará —asumió Lion sin inflexiones—. Llegaremos al fondo de todo esto. Nina también es mi amiga y no quiero pensar que la historia pueda volver a repetirse y que alguien a quien aprecio vuelve a perder la vida en algo parecido...

Los ojos de Sharon se oscurecieron y comprendieron lo que quería decir Lion.

Antes de despedirse, Lion se dio la vuelta hacia ella y le dijo:

—Es muy valiente lo que vas a hacer.

—También vosotros lo sois, ¿no?

—No es lo mismo. Nosotros nos jugamos el pellejo. Tú, además del pellejo —le alzó la barbilla—, te juegas el corazón.

—¿Es que acaso no lo sabes?

—¿El qué?

—Que la Reina de corazones ya no tiene corazón —contestó serena, retirando la barbilla.

—Ya lo veremos, Reina. Haz lo que te digo —le recordó—. Habla con las Lafayette y usáis una de sus mazmorras. En el Fem Dom, tú y Prince tendréis que trabajar juntos. Y con vuestros roles opuestos, necesitáis entrenar aunque sea solo una vez, antes de actuar delante de los expertos bedesemeros. Debéis ser creíbles.

—Va a ser un despropósito.

Él sonrió y después chasqueó con la lengua contra los dientes.

—Será pan comido para ti.

Dicho esto, Sharon cerró por última vez la puerta de su casa aquella noche.

Su gato bailoteó entre sus piernas desnudas buscando sus caricias y atenciones.

Sharon lo cogió en brazos y se acercó al ventanal, caminando como un espectro, donde clavó sus ojos en el Porsche en el que Prince montaba guardia.

No dejaba de ser tierno que él estuviera ahí queriendo cuidar de alguien a quien en realidad detestaba.

Pero también era invasivo. Prince se hallaba en terreno pantanoso, no se imaginaba el tipo de Dómina que era ni lo mala que podía llegar a ser.

Ni tampoco imaginaba la de veces que Sharon había soñado con intercambiar los papeles con él para castigarlo y domarlo como le apeteciera.

El Amo no sabía dónde se estaba metiendo.

Prince alzó la mirada y sus ojos se cruzaron, quedándose enganchados durante unos segundos que Sharon se encargó de cortar al darse la vuelta y ascender las escaleras de diseño que daban a su amplia habitación.

La alcoba de una reina dominante.

La mazmorra de el Ama más contundente y desafiante con la que Prince iba a tener la mala suerte de encontrarse.

* * *

—Le he dicho exactamente lo mismo que a ti —dijo Lion apoyado en la ventana del copiloto del Porsche.

—¿Y cómo le ha sentado?

Lion se frotó la nariz y exhaló como si se hubiera sacado un peso de encima.

—Bueno, no me ha dicho que no. Pero tampoco es el sueño de su vida.

A Prince ya le estaba bien. Lo que quería es que fueran juntos, le daba

igual qué rol adoptar. No iba a permitir que Sharon fuera sola. Ni sola ni con otro hombre que no fuera él, esa era la única verdad.

—Mañana tenéis que utilizar una mazmorra de las Lafayette.

—Lo sé. Hay que aparentar que estamos juntos.

—No —le corrigió Lion censurándolo—. No es solo por eso, tío. Tenéis que practicar juntos. No eres un sumiso y te repatea tanto el Fem Dom como a mí —aclaró—. Odias lo mala que puede ser una mujer jugando con un hombre. Y me temo que esa que hay ahí arriba es la peor, porque tú no estás entre sus mejores amigos ahora mismo.

Prince volvió a mirar el ventanal, ahora huérfano porque Sharon ya no estaba.

—La podré llevar bien. No te preocupes.

Lion frunció el ceño, estudiándolo como si estuviera loco.

—Yo no me preocupo. Ya te preocuparás tú cuando tengas los huevos lilas por sus ataduras. Creo que vas a llorar como una niña.

Prince suspiró y se acomodó en el asiento, echándolo hacia atrás para estirar las piernas.

—¿Sabes? Aún recuerdo ese brillante momento del torneo en el que Lady Nala te puso una peluca roja y te hizo un torniquete en la polla —señaló con acidez—. No fue tan malo, ¿no?

—No. Fue peor —contestó sin más—. Como sea, tenéis que practicar y entender qué es lo que os gusta y qué es lo que no, para no ser los protagonistas de momentos realmente incómodos en los tres días rojos. Debéis despertar admiración y respeto, lo que teníais estando juntos. Que tus gritos de mujer no echen tu reputación por los suelos.

—Que te jodan.

Lion disimuló una sonrisa. Se lo estaba pasando bien.

—Mañana os facilitaremos dos móviles nuevos en los que ya habrán los billetes electrónicos de avión hasta Las Vegas. Y una pequeña caja con los microcomunicadores de oído y las microcámaras. No te preocupes, son de material resistente, para que no se rompan con los azotes que Sharon te va a dar.

—Chúpamela. ¿Algo más?

—Ya está. Ah, bueno sí —bajó la cabeza y la voz al mismo tiempo, sin

retirar los ojos azules de los de Prince—. Sea lo que sea lo que te haga Sharon, te lo tendrás muy merecido —sonrió falsamente al tiempo que añadía —: Por imbécil. Que pases buena noche.

Lion se alejó del Porsche y se metió en su Jeep Wrangler negro. Segundos después, se alejaba de la avenida en la que vivía Sharon para desaparecer en la vuelta de la esquina.

Prince lo siguió con la mirada hasta que la calle se quedó en silencio, y solo él ocupaba la calzada con su deportivo aparcado. Todos esos edificios tenían parkings privados, por eso no veía el coche de Sharon.

Se recostó todo lo que pudo en el asiento y miró a través de su techo acristalado oscuro y transparente. Había dejado de llover y la luna se erigía como la única dueña de la noche. Como un faro para los nocturnos.

Deseó que ese faro le iluminara para comprender de cuántas maneras él se pudo haber equivocado con Sharon, como le recordaba siempre que podía su ex mejor amigo Lion.

¿De verdad se había equivocado?

Capítulo 5

Al día siguiente, Sharon amaneció con la ansiedad y los nervios que le despertaban tener que meterse en un papel. Era lo que tenía que hacer y debía hacerlo por sus amigas. Y por sus amigas iba a volver a tener relación con el hombre con el que juró no volver a tener nada que ver.

Cierto era que ya había roto ese juramento al acostarse con él, pero en aquella ocasión, había sido un gesto más filántropo que otra cosa.

Se puso unos tejanos, una camiseta blanca, unas deportivas Nike Huarache del mismo color y una cazadora negra. Llevaba el pelo suelto y algo húmedo pues recién se había duchado. Era bastante maniática con la higiene personal, y en un día podía ducharse hasta tres veces.

Una podía ser Ama en su interior, pero no por ello vestir como un Ama las veinticuatro horas del día. Le gustaba combinar ropas y le atraía la moda, por eso los colores negros, rojos, y violetas, junto con el cuero y el látex, los dejaba para los espectáculos bedesemeros y las mazmorras. En su día a día vestía como una chica normal y a la moda. Cargaba con una bolsa CK negra al hombro, donde llevaba todo su atrezzo para dominar.

El saludo matutino con Prince fue frío y distante. A pesar de que la esperaba con un café y un croissant que había ido a comprar a la panadería de la esquina, no podía ceder a amabilidades de ese tipo. Adoptaría la posición de Ama cruel desde el primer momento y marcaría su posición.

No le preguntó cómo había dormido, a sabiendas de que había pasado la noche en el coche. Ni le preguntó si había ido a su casa a cambiarse o a asearse.

No debía importarle. Lo único que sacaría de Prince era dolor y placer. Nada más.

—Ya he desayunado en casa —dijo nada más entrar al coche, ignorando la bolsa de papel que sostenía Prince en alto—. Arranca.

Él se la quedó mirando solo unos segundos, pero no esperó a que le diera una segunda orden.

El Príncipe se había concienciado para actuar como un displicente sumiso que no era ni por asomo, pero la situación lo requería.

—Buenos días a ti también —murmuró con ironía.

Sharon se abrochó el cinturón mientras lo miraba con ojos condenatorios.

—¿Estás siendo sarcástico?

—No, mujer —dijo con ese mismo tono—. Para nada. He dormido bien, gracias. Y si te interesa, he pagado una noche completa en ese hostel que hay al lado de la panadería solo para entrar y ducharme en cinco minutos y estar bien limpio para ti.

—No. No me interesa —carraspeó.

—Genial, Ama —acabó la palabra con un «pop» de sus labios—. Solo quiero que veas que soy un sumiso complaciente y que pongo en práctica uno de los principios de vuestro *Reglamento de normas complementarias* para la relación Ama/sumiso.

—Mira, Prince, si quieres que te haga firmar las reglas, lo haré —espetó arisca. Esa actitud chulesca no le gustaba—. Pero no olvides que en un rato te tengo bajo la palma de mi mano, lo quieras o no. Y me cobro todo. Vamos a estar unos días juntos y voy a hacerte domas, aunque estés muy en contra de ellas.

—Soy un Amo y no tengo ni pizca de sumisión en el cuerpo. Ya lo sabes.

—Sí. Pero la exiges de tus sumisas y, al mismo tiempo, comprendes cómo funciona.

—Sí.

—Entonces —se inclinó hacia él y sus ojos bipolares chispearon en verde—. Si quieres tenerme contenta, dulce y receptiva contigo, tendrás que portarte bien y hacer lo que te digo. ¿Lo has comprendido?

Ella hablaba muy en serio.

Prince conocía a Sharon, sabía el tipo de Dómina que era; lo daba todo, pero nunca recibía nada. Por eso le chocaba que insinuara que él lo iba a pasar tan mal cuando ella se entregaba siempre.

Amaba cuando Sharon se entregaba entre sus brazos. Lo que ella no sabía era que estaba dispuesto a comprender qué pasó el día en que la encontró desnuda y atada en brazos de Lion. Estaba en un momento en el que dudaba de todo, y las acusaciones de la gente que él había querido, como Lion, cada vez le provocaban más intranquilidad.

Si estaba equivocado, quería la verdad, y si para ello tenía que ponerse en manos de su carácter de loba alfa, aprendería a hacerlo, y a amar que lo diera todo con él, aunque esta vez ella fuera la dominante.

—Entendido, Dómina.

Encendió la música y puso la canción de *Immortals* de Fall Out Boy.

Parecía que aquel desdén que ella le profesaba iba a ser inmortal, como la letra decía.

Sí. Sin duda iban a ser unos días muy duros.

* * *

El trayecto hasta Bourbon Street fue tan tenso que parecía que en cualquier momento el coche iba a estallar y a saltar por los aires, como una olla a presión.

Aparcaron dos manzanas más lejos de su destino y caminaron hasta el local. Al llegar allí, en silencio, Sharon presionó el timbre metálico.

—¿Sí? —dijo la hermana menor de Nina.

—Traigo un botín —dijo Sharon por el altavoz cuando descolgó el interfono la Lafayette.

Era extraño subir esas escaleras con los papeles intercambiados. Sharon siempre las había subido como Ama, pero nunca con Prince como sumiso.

Cuando Rizzo abrió la puerta, su cara de sorpresa al verlos juntos fue impagable.

Tenía una estructura parecida a Nina, aunque la de Rizzo era más delicada, y más guapa si cabía. Los ojos negros eran más grandes, su nariz más chata y la boca un poco más fina que la de Nina, que se antojaba demasiado exuberante. Llevaba un moño alto y estirado y vestía de negro, con taconazos, leggins y un corsé de hebillas plateadas frontales que le subían

el pecho, no demasiado grande.

Rizzo era Mistress, Ama y Dómina cuando se lo pedían. Y además, se encargaba de llevar la logística de las mazmorras, asegurarse de que las horas se daban cuando debían y que estaban en condiciones idóneas para los practicantes.

—¿Sharon? —la manera en la que lo dijo ya hablaba de una irrefutable sorpresa—. ¿Prince?

—Hola, boquita de piñón —la saludó Sharon con confianza, entrando como un vendaval al interior del piso. Las mazmorras estaban abajo, en los infiernos, una planta subterránea perfecta para la dominación y el pecado.

Nina era la mayor de la familia de Dóminas mulatas y exóticas que solo conocían unos pocos afortunados como ellos en Nueva Orleans. Lo tenían tan celosamente guardado en secreto que la gente cotilleaba sobre lo que allí se hacía, pero nadie daba en el clavo.

—¿Qué hacéis juntos? —fue lo primero que preguntó. Era una bocazas y una chafardera.

—Queremos una mazmorra —dijo Prince sin más.

Sharon lo miró de reojo de un modo que cualquiera se hubiera convertido en piedra. Cualquiera menos él.

—¿Quién te ha dicho que hables? —le espetó de golpe.

Prince ocultó una sonrisa burlona pero se apresuró a contestar como tocaba.

—Perdón, Señora. No volverá a pasar.

—Chitón —le ordenó.

La expresión de Rizzo era de intentar cazarlas al vuelo sin éxito.

—No entiendo nada —murmuró Rizzo.

—Tengo una buena noticia que darte —señaló Sharon antes de que la otra se colapsara.

—¿Que estoy en un mundo paralelo? —preguntó incrédula.

—No. Me ha escrito Nina —en cuanto pronunció aquella frase supo que el diablo se llevaría su alma por mentir así.

Aquello sacó a Rizzo de sus cábalas apresuradas respecto a ellos.

—¿En serio?! —preguntó esperanzada y feliz—. ¡Por Dios! ¡Por fin! —se llevó la mano al pecho, muy emocionada—. Tengo que llamar a mi madre,

y a mis hermanas... y decirle a todo el mundo que ya tenemos noticias de ella... ¿Dónde está? ¿Por qué no nos ha llamado? ¡¿Dónde está?! —repitió.

Cuando Sharon vio actuar así a Rizzo, supo que Lion la conocía tan bien como ella y que sabía que en cuanto la joven tuviera noticias sobre el paradero de su hermana, lo pregonaría a los cuatro vientos.

Y eso hizo que se sintiera peor.

—Están en Las Vegas. Va a asistir a los tres días rojos...

—Sí —asintió ella sin poder comprender—. Yo sabía que iba a ir. Pero pensaba que no se iría antes del cumpleaños de la mama —dijo extrañada—. Se fue sin decir nada y sin avisar. Es tan extraño en ella...

—Bueno, se ve que cazó un vuelo muy barato para irse antes, y... y lo tomó.

—Esa maldita agarrada. Por unos dólares faltar al día más especial para nosotras. No se lo vamos a perdonar nunca. Mi madre Sunta cumplió ochenta y seis años —informó.

Prince silbó son asombro.

—Es joven —contestó.

—No sabemos cuántos más podrá cumplir y cada cumpleaños nos lo tomamos como si fuera el último y lo disfrutamos a tope. Bueno, y ¿qué más te ha dicho? —la urgió con la mano.

—Que... está bien.

—¿Por qué no nos llamó? Los teléfonos existen para algo.

Tantas preguntas pusieron nerviosa a Sharon, pero sabía cómo atemperar sus nervios y dar respuestas convincentes. Nadie debía sospechar nada.

—Perdió su teléfono en Las Vegas, y ya sabes cómo es Nina...

—Sí —asintió agriada—. Ya lo sé. Tiene memoria de pez para los números. Por eso yo llevo la contabilidad —se jactó orgullosa para después sacar aire abruptamente por la boca. Hablar con alguien como Rizzo siempre era una ventaja. Acababa las frases sin esfuerzo—. Me das la mejor noticia del día, Sharon. Estábamos tan nerviosas... Después de la desaparición de Alejandra y la tragedia de José, ya no sabíamos qué más pensar. Nos poníamos en lo peor. Incluso llamé a Prince para que nos echara una mano —lo señaló—. Es que me parecía todo tan raro...

—Sí, sí... —murmuró violenta—. Lo sé.

—¡Es genial! Entonces voy a pedir que retiren el anuncio de desaparición de la policía —tomó su teléfono móvil y se apresuró a llamar.

Prince y Sharon se alarmaron al oír aquello. ¿Habían puesto un anuncio?

—Pues sí —concluyó Prince—. Ya puedes avisar y decir que Nina está bien.

Era una mentira tan flagrante, pero a la vez tan necesaria, que Sharon tuvo ganas de recibir una paliza por ello.

Cada palabra que Rizzo decía a la policía eran como puñaladas de culpabilidad a su conciencia. ¿Prince se sentiría igual? Lo dudaba.

—Un momento, señor agente —dijo Rizzo tapando el altavoz—. ¿Qué mazmorra queréis? —susurró abriendo la cajita de las llaves secretas, que colgaba en la pared.

—La espartana —dijo Sharon de frente—. Sin más.

Rizzo sonrió y miró a Prince de reojo. Tomó la llavecita y se la entregó a la Dómina.

—Pasadlo bien —les guiñó un ojo y les despidió.

* * *

En la mazmorra tres, cuya puerta era metálica y roja con una tiara dorada en su frontal, se indicaba que era el hogar de un Dómine. De un Rey o de una Reina. De alguien que mandaba tuviera a su cargo hombres o mujeres. Era indistinto.

Y ahí, su palabra era ley. La de Sharon.

—Una vez dentro de la mazmorra, tienes que comprender que tu identidad de Amo desaparece —explicó Sharon en voz baja, metiendo la llave y girándola con intriga—. Soy yo la Dómina y son mis deseos los que debes obedecer, sean cuales sean.

—¿Y no puedo poner objeciones a aquello que no quiero hacer? —preguntó Prince.

—Ya sabes cómo va esto. Estás en mi celda, en mi calabozo —negó Sharon—. No soy una mujer que sepa y estudie al dedillo cómo voy a proceder. Me gusta dejarme llevar e intuir, y sentir qué necesitas, cuándo y

cómo. Sé que odias el tratamiento feminizante, las pelucas, y los insultos.

—Yo odio todo lo que odias tú —le dijo de repente—. Así que sabrás bien lo que tienes que hacer para no cabrearme demasiado.

—Bueno —Sharon hizo un mohín—, que tú te cabrees a mí me encanta. Así que ya veremos qué hago...

—Estoy demasiado a tu merced —murmuró contrariado.

—En una doma uno está totalmente en las manos del Dómine. No hay contrato que una el ejercicio de hoy, Prince. Haré contigo lo que me plazca —murmuró desafiante abriendo la puerta de par en par—. Y si hay algo que no puedes soportar, para eso tienes la palabra relativa y la palabra absoluta de seguridad.

La diferencia entre palabra relativa y de seguridad era que la primera detenía la doma momentáneamente hasta que el sumiso se preparara de nuevo. La absoluta cortaba de raíz lo que se estaba haciendo e incluso detenía la doma por completo.

—¿Y cuáles serán, Dómina?

Sharon contestó como si hubiera estado esperando ese momento toda la vida.

—Caquita para la relativa. Gallina para la absoluta.

Caramba. Sharon lo provocaba de buenas a primeras. Desde luego, la actitud de ambos no era la mejor para una doma; debía de haber confianza y un total consenso. Sin eso, el ejercicio podría convertirse en una batalla de egos demasiado dolorosa que podría quebrar la relación.

Por suerte para ellos, no había relación que quebrar.

O eso pensaban.

—Entra —le ordenó Sharon.

Él obedeció y se quedó en el centro de la sala donde únicamente dos cadenas pendían del techo. La zona estaba teatralmente iluminada por un foco de luz artificial que alumbraba la superficie en la que iban a encadenar al sumiso como a un esclavo, como si fuera una estrella.

Cada mazmorra disponía de un pequeño habitáculo en el que los Amos podían cambiarse. Antes de internarse en el vestidor Sharon le dijo:

—Desnúdate por completo. Dobla la ropa y déjala en una de las esquinas de la sala. Después te ubicas justo debajo de las cadenas.

—¿Tú no te vas a desnudar aquí? —preguntó él.

—Solo por esa impertinencia te vas a llevar diez azotes.

Lo cierto era que había pensado en no decirle nada parecido, pero era superior a sus fuerzas. Le encantaba buscarla y encontrarla, aunque después fuera malo para él.

Esa faceta de Sharon era muy refrescante. Él siempre la intuyó. Siempre creyó comprender que era un Ama que solo se entregaba al hombre que amaba, y que lo hacía porque así lo decidía. Por eso encontrársela en el Temptations habiendo tenido sexo con otro era algo que lo descolocaba y lo destrozaba por dentro. Inadmisibile, eso era.

Y ahora, tenía que participar activamente con sus dos traidores para salvar a sus amigas.

Se desnudó y dobló la ropa tal y como ella le había ordenado. En otros tiempos era Sharon quien hacía eso, pero la vida daba vuelcos como ese, en el que un Dómine sin alma de sumiso tenía que entregarse a un Ama sin corazón.

Prince esperó bajo las cadenas, impaciente para ver a Sharon en plan dominante con él. Se excitaba con solo imaginarlo, aunque también recelaba, pues no sabía hasta dónde estaba dispuesta a llegar con él.

Ni siquiera eran amigos.

No obstante, cualquier pensamiento se desvaneció de su mente cuando la vio salir del vestidor, peinada con una trenza alta y rubia cuyo extremo reposaba entre sus omóplatos. Llevaba unos leggins de látex de color negro, una camiseta de tirantes casual del mismo color y de algodón, y unos zapatos de tacón de aguja de color rojo, abiertos por delante.

No vestía tan espectacular como podría hacerlo en otras domas, señal de que quería estar cómoda para entrenarlo.

Bueno, no importaba. El hecho de que estuviera subida a sus tacones le volvía loco. Le encantaba cómo se estilizaban las largas piernas de Sharon en sus zapatos altos. Eran toda una señal de autoridad, aunque no llegara a sobrepasarlo en altura. Se la veía poderosa y osada.

Cuando al fin pudo escapar de la primera impresión de verla altiva y preparada para él, cayó en la cuenta del objeto que llevaba en la mano: una pala de spanking de piel con tachuelas plateadas, y en la otra unos aros

unidos que no le gustaban nada. Era una *cock cage*, una jaula para el pene destinada a que no pudiera eyacular.

Fantástico. Lo iba a azotar.

* * *

Sharon rodeó el mango de la pala con fuerza, con los dedos. Todavía la impresionaba ver a Prince desnudo. Era como un guerrero indio enorme, y tan atractivo que no podía quitarle los ojos de encima.

Por eso fue considerado un Amo criatura en el foro y en el torneo Dragones y Mazmorras Ds. Porque era fuerte, tenía atracción magnética y, lo más importante, era inclemente y poco emocional.

Con ella nunca fue así. Con ella siempre rebotó emociones y sentimientos, a pesar de ser el dominador y el que la sometía. Siempre la tuvo en cuenta.

Suponía que lo sucedido en el Temptations les cambió a los dos. A ella le obligó a sacar a relucir su verdadera naturaleza de loba alfa. Y a él lo convirtió en un Amo excesivamente duro y metódico, como pudo observar en el torneo.

Y por fin, se veían cara a cara. Había llegado el momento de hacerle ver a Prince quién era la que mandaba.

Dejó caer la cabeza a un lado y lo miró por debajo de sus pestañas.

—Levanta los brazos —ordenó.

Prince lo hizo sin más, aunque en ningún momento borró de su apuesta cara aquella expresión insolente.

—Se supone que estamos pasando por lo que pasaron Lion, Cleo, Tigretón y los demás frikis en el torneo —musitó Prince—. A diferencia de que tú y yo, sabemos lo que nos hacemos. Bueno, corrijo —sonrió maliciosamente—. Tú eres novata en el acto de dominar.

Sharon arqueó una ceja rubia, sin sonreír en ningún momento, y se acercó a él. El sonido de sus tacones fue tan ligero que puso el vello de punta a Prince.

—¿Quieres pasarlo mal? —preguntó ella a un suspiro de su barbilla.

Apresó sus muñecas con las cadenas y las cerró—. Porque parece que solo quieres que te dé una buena tunda.

Se alejó de él, centrada en cada uno de sus movimientos. En la pared había una palanca, de la que ella tiró, para levantarlo y colocarlo de puntillas, como una bailarina de danza clásica. Su cuerpo se bamboleó a un lado y al otro.

—Me gusta el spanking —dijo Sharon golpeando la pala en su mano. El sonido la hizo sonreír—. Uso palas y floggers. Anillos y pinzas. Látigos solo en casos extremos. Aunque prefiero no echar mano de ellos. Soy amiga de los cinturones, de los dildos, y adoro las inmovilizaciones —le explicó dando vueltas a su alrededor—. Es a esto a lo que te expones conmigo.

Prince no podía verla. La tenía a sus espaldas, era como una felina a punto de atacar, no se podía fiar.

—Bah, lo podré soportar —espetó vacilón.

«Será bravucón», pensó Sharon.

—Tú, nunca me has visto en una doma de verdad, Prince —añadió con frialdad—. Nunca has sido sometido por nadie. En los tres días rojos vamos a estar en el ojo del huracán constantemente. Veamos si puedes tolerar lo que te hago.

* * *

¡Plas!

Cuando la pala golpeó su trasero desnudo, Prince dio un salto inequívoco de sorpresa y también de escozor. Sharon tenía razón. Nunca lo habían «domado», y que fuera ella quien lo hiciera por primera vez, tenía un punto morboso y estimulante.

Sin embargo, no podía obviar que estaba con la Reina de las Arañas. Conocida porque llevaba al límite a los sumisos y sumisas que caían en sus manos, y los encantaba e inmovilizaba en su telar hasta vencer poco a poco su resistencia.

—¿Te ha dolido? —preguntó Sharon observando cómo se enrojecía su piel.

—No, Mistress —contestó Prince.

—Vamos, ya sabes cómo va esto. —¡Plas!—. Los sumisos necesitáis de este toque, por eso, cuando lo recibís tenéis que decir... —¡Plas! Este tercero era más fuerte.

—Gracias, Mistress —contestó Prince percibiendo cómo la sangre se calentaba en esa zona.

—La pala tiene tachuelas, y es posible que el contacto del cuero y el metal al final se convierta en algo igual de placentero como insoportable. — ¡Plas!—. Cuenta hasta diez. —¡Plas!

—¡Cinco! —gruñó Prince agarrándose a las cadenas.

—Ah, no no... —Sharon detuvo el spanking y pasó su mano suave por las nalgas prietas y duras de Prince, que lucían enrojecidas. No era lo mismo el spanking a una mujer que a un hombre. El umbral del dolor era distinto para ambos. La piel de un hombre, en la mayoría de los casos estaba más curtida, por eso la intensidad debía subirse uno o dos peldaños—. Cuenta hasta diez desde el principio.

—¿Por qué me estás azotando de buenas a primeras? —quiso saber Prince cogiendo aire.

—Porque... —Sharon bajó la mano hasta amasar sus nalgas y después, en un movimiento sibilino deslizó los dedos entre sus carnes, hasta tomar los testículos con suavidad. En aquella doma, Sharon jugaba con ventaja, pues sabía perfectamente lo que le gustaba a Prince, y cómo podía excitarle— no me tienes ningún respeto. Y voy a hacer que me lo tengas. Estos diez azotes que te van a caer ahora, son por reírte de mí y creer que no soy capaz de hacerlo tan bien como tú —sonrió al notar como la musculación de su entrepierna se endurecía y se calentaba. Colocándose de puntillas, se agarró a la cadena para no apoyarse en Prince y le dijo al oído en voz muy baja—. ¡Ups! No hace falta que te vea para saber que estás duro con solo un roce de mis dedos.

Por supuesto que no hacía falta. Con Sharon todo sucedía de golpe. La miraba y ya estaba excitado como un potro a punto de montar. Y si lo tocaba como ahora, acariciándolo de ese modo, estaba perdido.

Entonces, ella rió en su oído. Fue una risa cantarina y provocadora. ¿Se estaba riendo de él la muy arpía?

Y ni siquiera eso fue lo más humillante para él, todo un Amo al que el amor de su vida, que había sido su sumisa por voluntad propia, estaba intentando someter casi a la fuerza. Lo peor fue que los diez palazos que le dio, por poco hicieron que se le saltaran las lágrimas, por la extraña sensación que lo recorrió. Le gustaba. Y, al mismo tiempo, lo odiaba. Era como si el muro que le rodeaba se agrietara.

Sharon soltó la pala y la dejó caer al suelo, para después tocar aquella zona trabajada y roja para su disfrute.

Le apetecía hacerle muchas cosas a ese hombre. Pero tenía que dejar de lado su rencor y su lado emocional, o se le iría de las manos. Había soñado con tenerlo así, bajo su dominación. Y castigarlo como hacía en ese momento, pero sentía algo equivocado en todo aquello. Y no sabía qué era.

Pasó sus uñas por su espalda, hasta marcar su piel y dejarle señales rojizas y alargadas.

—¿Qué se dice? —hundió los dedos en su pelo negro y sedoso y tiró de él hasta echarle el cuello hacia atrás.

Ella esperaba un gracias. Lo estaba instruyendo a ser un sumiso. Pero no encontró colaboración por su parte.

—Eres una salvaje —dijo Prince cogiendo aire.

Ella se detuvo y clavó sus ojos en su cogote. La estaba ofendiendo.

—Te estoy enseñando, cretino. ¿Crees que eso es doloroso? ¿Crees que me estoy pasando? ¿Qué crees que haces tú con las sumisas que tienes a tu cargo, eh? —le contestó palmeando con la mano abierta la parte interior de sus muslos. Aquella zona era hipersensible—. Haces lo mismo. —¡Plas! ¡Plas!—. Lo que pasa es que es diferente cuando en vez de ser el que das, te conviertes en el que recibes. Todo lo ves peor de lo que es. Hay una parte de ti que no se quiere someter y que lucha contra la sensación de ser dominado por una mujer. Te sientes avergonzado. Y por eso me insultas —dijo sin más—. Pero soy tu Mistress, Prince —lo rodeó hasta colocarse frente a él, estudiando con fascinación su rictus dolorido y desafiante. Le alzó la barbilla para que viera lo que tenía entre sus dedos. Jugaba con ese aro metálico pasándolo de un dedo al otro—. Y no te puedes encarar conmigo, porque yo tengo el anillo de poder —sonrió divertida.

—¿Estás disfrutando con esto, Gollum?

Ella hizo un mohín y negó con la cabeza. Se pasaba de la raya con ella, y parecía que lo hacía a propósito. Estaba loco.

—¿Es que te gusta que te zurren?

—A ti te gusta zurrar. Te gusta hacer daño —contestó abruptamente.

Sharon abrió los ojos sorprendida. ¿De qué estaban hablando? La doma no se podía convertir en un campo de batalla lleno de recriminaciones porque al final, el que salía perdiendo era el sumiso, y Sharon era un Ama excelente y no iba a permitir que el terreno personal se mezclara en aquella sesión de trabajo con él. Por mucho que le afectaran sus palabras.

—Te has portado mal desde el principio —le regañó manteniendo el control—. No puedes posicionarte en mi contra, porque aquí solo somos dos. Tienes que confiar en que, lo que te hago —con el índice acarició uno de sus pezones atravesado por un piercing y lo rascó— va a ser bueno para ti. Sin embargo, cuando te enfrentas a mí, ya no tengo deseo de darte placer. Sabes muy bien cómo funciona esto —murmuró retorciendo su pezón. Se detuvo en cuanto escuchó su quejido, pero no lo soltó—. La doma puede ser todo placer, o todo castigo. Y tú lo has convertido en un castigo —se acuclilló frente a su poderosa erección.

—¿Qué mierda vas a hacer? —preguntó irritado consigo mismo, por su poco autocontrol. No se imaginaba que un simple spanking lo pusiera tan a la defensiva.

—Voy a recordarte quién manda —tomó su tallo grueso y venoso con los dedos y colocó el anillo constrictor en su base, ajustándolo hasta apretarlo considerablemente. Tenía que tener cuidado porque el miembro de Prince estaba lleno de piercings y no quería pellizcarlo y hacerle daño porque eso podría bajarle la erección. Lo importante era que lo tenía excitado. Y eso era bueno. Porque a pesar de los reproches que destilaban sus palabras, ella tenía el poder de ponerlo duro como una piedra. Y a punto. Como siempre. Se alegraba de no haber perdido ese toque, incluso habiendo girado las tornas como se habían girado—. ¿Cómo te encuentras? —cogió su pene como si hablara a través de un micro, para humillarlo más—. Probando. Uno, dos... —le dio dos golpecitos leves.

—Vete a la mierda —contestó Prince.

Sharon se echó a reír, pues sabía que lo tenía en sus redes y en sus manos.

Y él había querido eso.

—Tú quieres acompañarme a Las Vegas. Me reclaman a mí pero tú quieres venir conmigo —le recordó—. Pues voy a enseñarte cómo tienes que ser conmigo y qué tipo de Ama soy. No soy una Dómina de domas largas —le dijo hablándole al prepucio—. Porque leo a mis sumisos inmediatamente. Sé lo que quieren de mí y lo que yo puedo sacar de ellos. Mi objetivo es que te sometas a mí, incluso cuando crees que no lo estás haciendo, ¿comprendes? Como ahora —señaló su sexo—. Te da rabia rendirte conmigo y ponerte cachondo, pero estás tan erecto y preparado que incluso asoma una gota de líquido preseminal en tu cabeza —la recogió con un dedo y en vez de llevársela a la boca para darle placer, decidió secarla en el abdomen marcado de Prince, demostrándole así que hoy no quería nada de eso, que no lo quería a él, y que con su rechazo, le castigaba—. Y estar excitado y responder a mí cuando no quieres, te ofende y te avergüenza.

—Eres una bruja.

—Sí, claro —asumió manteniendo el control a raja tabla—. Pero hoy vas a suplicarme y voy a hacer que te sometas.

Sin más, le agarró los testículos con una mano, con la otra el tallo y abrió la boca para engullirlo hasta adentro.

Él le enseñó a hacer felaciones y a tragarlo entero. Todo lo que sabía se lo enseñó ese hombre encadenado con el que ahora jugaba.

Sharon lo hizo pasar más allá de su campanilla, y relajó la garganta para que no le dieran arcadas.

Prince gemía y blasfemaba, intentando controlar sus nervios y su frustración. Pero, en vez de eso, movía sus caderas adelante y atrás.

Sharon abrió los ojos y lo observó, y entonces le azotó las nalgas con la mano para que detuviera sus envites. Lo soltó y lo regañó.

—No te muevas.

La orden y el escozor de la piel hizo efecto en el enorme lobo que se detuvo ipso facto, en contra de su voluntad.

—Maldita —gruñó.

Sharon sonrió y tiró del piercing perianal hasta provocarle un agudo pinchazo.

—No vas a correrte. Pero aún sabiéndolo —dijo lamiéndolo de arriba

abajo—. Me lo vas a suplicar. Y yo no te lo daré.

—Ni en sueños voy a suplicarte —espetó hecho una fiera.

—Lo harás.

Acto seguido Sharon trabajó con su boca para que él gritara y gimiera de placer. El anillo constrictor le dolía y al mismo tiempo hacía que se excitara más, ya que le impedía alcanzar el orgasmo.

Estuvo con él media hora interminable. Desde el minuto uno él ya quiso correrse por la pericia de la joven. Lo conocía tan bien que sabía perfectamente cómo estimularle para tenerlo en sus manos. Prince sudaba profusamente, le iban a saltar los dientes por los aires de lo mucho que los apretaba para aguantar el suplicio.

Pero cuando él ya estaba hinchado y le dolían todos los músculos del vientre del esfuerzo, cuando creía que ella iba a quitarle el anillo y que iba a permitir que estallara como deseaba, Sharon lo soltó y se alejó de él un metro.

Se limpió la boca con el dorso de la mano y le lanzó una mirada totalmente apabullante y dominadora.

—Llevas cinco minutos suplicándome —contestó ella sin más.

—No... no es verdad —contestó él confundido.

—Sí lo es. Estabas sintiendo tantas cosas que no eras consciente de lo que decías.

Y era cierto. Prince llevaba rogándole hacía varios minutos por una liberación y una compasión que no llegaba.

Él parpadeó algo perdido, y se pasó la lengua por el labio reseco.

—Me duele la polla —habló con franqueza, como siempre habían hablado los dos.

—¿Se supone que me estás pidiendo algo con eso? —ella arqueó su perfecta ceja rubia, que le daba una mirada penetrante y altiva. Sus ojos ahora verdosos no perdían un detalle de la tensión de su cuerpo—. Ya sabes cómo tienes que pedírmelo. Pídemelo. Y si lo haces, dejaré que vengas conmigo a los tres días, como mi sumiso. Sino, olvídete.

—Eso no es negociable —contestó visiblemente cansado.

—Por supuesto que lo es —se cruzó de brazos frente a él, con aquella trenza dorada como la de una guerrera valkyria—. No voy a jugarme mi

reputación ni mi seguridad con un sumiso que en cualquier momento puede rebelarse contra mí delante de todos. Puedo pedirle a Lion que me acompañe otro. Tigretón, por ejemplo. Él sabe hacer de sumiso mejor que tú.

—Eres una arpía.

—¿Sigues con los insultos?

—¡Quiero que vengas aquí ahora mismo y me des lo que te pido! —gritó ido de la rabia, perdido entre la niebla de la sumisión.

Sharon no perdió los nervios en ningún momento. Dio un paso al frente, se descruzó de brazos y volvió a tomar con una mano su sexo, y con la otra lo agarró del pelo con dureza.

—Pídemelo —dijo suavemente.

Aquella voz, aquel tono, afectó a Prince y esfumó de golpe todo el rencor y la ofuscación de la doma.

Frunció el ceño, algo asombrado por el cambio de registro.

—Pídemelo por favor —le pidió ella—. Hazme feliz.

Él tragó saliva, y pronunció las palabras como por arte de magia.

—Por favor, Mistress. Haz que me corra —reclamó con voz ronca y atormentada.

Cuando oyó esas palabras de su boca, Sharon dibujó una sonrisa de oreja a oreja, una muy complacida. Sus ojos brillaron victoriosos y se volvieron cálidos y almendrados.

—Buen chico —murmuró—. Pero no te voy a dar el placer de mi boca. Vas a correrte como un adolescente inexperto. Tú, todo un Amo versado, vas a mojarte sin poder detenerte.

—No... joder, así no —gimió él. Así no lo disfrutaba. Si no continuaba la estimulación de su lengua y de su boca, el orgasmo se hacía corto e imperecedero. El sufrimiento no habría valido la pena.

—Sí. Mira lo que pasa cuando no me obedeces y no te portas bien desde el principio.

Se apartó de él. Rápidamente le quitó el anillo... y no le hizo nada. Prince quería que se lo comiera y seguramente deseaba acabar en su boca, pero en vez de eso, no le tocó. No le tuvo que hacer nada para que Prince explotara y su esencia saliera como un resorte... Él gimió y tembló agarrándose con fuerza de las cadenas. Los dedos de sus pies temblaban sobre el cemento, y

sus rodillas cedían.

Cuando acabó, quedó rendido, y más cabreado y humillado que nunca. Alzó su mirada negra, terriblemente atormentada y la fijó en ella, que soberbia y dominante lo observaba sabiéndose la ganadora.

Lo había castigado. Y le había demostrado quién mandaba.

—Menudo desperdicio... —dijo mirando su alrededor, todo salpicado de su esencia—. La próxima vez, no te correrás si yo no quiero —le recordó con tono de estricta maestra. Se dirigió a la palanca y bajó a Prince hasta que tocó perfectamente de pies en el suelo. Después, sin dejar de mirarle a los ojos, abrió las cadenas para liberarlo. Sus brazos cayeron a cada lado como peso muerto—. Se ha acabado la doma —dijo sin más—. Cuando salga del vestidor, podrás entrar tú para ducharte y vestirte.

Lo dejó ahí, en el centro de la espartana mazmorra, iluminado por la luz focal que solo se centraba en él.

Ella se dirigió a su vestidor, donde pudo ducharse y cambiarse de nuevo, sin pensar en si había sido demasiado dura o no.

Quería a personas que supieran quién era y qué podía ofrecerles. No a desobedientes que la presionaran con su osadía; porque, al final, los dos quedaban insatisfechos.

Aunque Prince no lo creyera, ella también se sentía desdichada con la resolución de la doma. Le gustaba hacer gritar a las personas de placer, perdidos en el éxtasis que ella les ofrecía. Pero habían casos en los que se debía sancionar al sumiso.

Y él merecía escarmentar.

Capítulo 6

Cuando salió de la ducha y de la mazmorra no había rastro del Príncipe. Lo entendía. Se habría cabreado y se había ido sin despedirse. Eran los lances de las domas con alguien con quien habían rencillas; con un Amo que odiaba ser dominado, pues no estaba en su naturaleza.

Tomó su bolsa, la colgó en su hombro y salió con el pelo aún húmedo. Subió a la planta de arriba y devolvió la llave a Rizzo, que seguía sin poder ocultar su sorpresa.

—Oye, ¿va en serio lo del Príncipe y tú? —preguntó apoyándose en la mesa de la recepción.

—Sí. Estamos probando otros horizontes.

—¿En serio? Guau... —susurró—. Es como si la Bella quisiera someter sexualmente a la Bestia —opinó en voz alta—. Algo altamente improbable.

—Pues ya ves que no —contestó guiñándole el ojo.

—Oye, ¿te facilitó mi hermana algún número de teléfono? —preguntó expectante—. Lo digo para que la llamemos y le cantemos las cuarenta.

Sharon carraspeó incómoda y asió con fuerza la bolsa, colocándola de nuevo sobre su hombro.

—No. Supongo que si tuviera algo urgente que decirnos compraría algún celular de tarjeta —Dios, estaba mintiendo, pero era lo único que podía hacer.

—Ah, sí, es posible. Pero ¿para qué? Si no se sabe ni un número de teléfono —se echó a reír—. En fin. ¿La vas a ver? ¿Vas a ir al Festival Fem Dom?

—Sí —era bueno que Rizzo lo supiera, pues no tardaría nada en correrse la voz, tal y como vaticinaba Lion.

—Increíble —murmuró aún asombrada—. Vosotros dos juntos de

nuevo. Vais a revolucionar el gallinero.

Sharon no quería continuar hablando con Rizzo porque la culpa la atenazaba. ¿Cómo podía decirle que había hablado con ella si no era Nina quien le había enviado el e-mail? Le sentaba fatal todo aquello.

—Bueno, me tengo que ir —se despidió Sharon rápidamente.

Bajó las escaleras deprisa y corriendo, y se encontró de bruces con el Porsche de Prince, detenido justo delante de la puerta. De fondo, el jazz callejero no dejaba de sonar, y los vecinos mayores arremolinados en pequeñas mesas en las aceras, seguían la música con el pie.

Por un momento pensó que él se había ido. Pero no. Estaba ahí, esperándola.

Prince alargó el brazo y le abrió la puerta.

—Entra —le ordenó sin más.

Tenía suerte de que su dominación solo sería práctica y útil en la mazmorra. Fuera de ella, seguían siendo dos bloques de hielo chocando uno contra otro, atraídos por su propia fuerza magnética y destructiva.

No estaba en contra de las relaciones 24/7, aunque, posiblemente, deberían adoptar ese papel en los tres días rojos. Ella no aceptaría otra cosa.

Y debían ensayar. Ensayar mucho.

Sharon entró en el coche con elegancia y dejó su bolsa de ropa a sus pies. Se abrochó el cinturón y miró al frente, sin decirle nada más.

—Ya tenemos los móviles nuevos —le dijo Prince conduciendo sin perder detalle de la calle peatonal—. Lion nos los entregará esta tarde en mi casa. Nuestro vuelo sale mañana a las seis de la mañana.

Sharon asintió y lo miró de reojo, midiendo su humor.

—¿Necesitas hacer algo? ¿Quieres que te lleve a algún sitio? —preguntó él sin demasiado interés.

—¿Vas a hacerme de canguro todo el día? Me gustaría estar un rato sin ti —admitió sin demasiada consideración—. Soy mayorcita y sé cuidarme sola.

—Olvídalo. No vas a quedarte sola.

—¿Es que no ves lo ridícula que parece tu actitud? —le echó ella en cara—. ¿Qué pretendes? Acabo de humillarte en esa mazmorra, y ni siquiera así te alejas. Mañana ya viajaremos juntos —añadió—. Pero ahora... ahora no tienes que estar pegado a mí como una lapa.

Prince frenó el coche al lado de una acera muy poco concurrida. A mano derecha tenía una tiendecita de repostería. Colocó un brazo por encima del respaldo del asiento de Sharon y se inclinó hacia ella.

—Tengo la sensación de que no te has hecho a la idea de lo que está pasando.

—Sí me la he hecho.

—No, no te enteras. Igual que no nos enteramos de lo que pasaba en el torneo a nuestras espaldas, igual que yo no me enteré de que me estabas poniendo los cuernos con Lion.

—Vete a la mierda, Prince. Quiero bajar —dijo sin más. Se notaba que la doma le había afectado y había removido sentimientos enterrados y muy dolorosos.

—No, joder. Espera —la detuvo antes de que abriera la puerta. Se obligó a serenarse y cerró los ojos—. Estoy harto de oír que fui yo el que me equivoqué. Estoy cansado de tener que escuchar que todo sucedió de otra manera... —La miró algo descontrolado—. ¡Sé lo que vieron mis ojos! —se los señaló, más nervioso de la cuenta—. ¡No vi mal!

—Estás nervioso. Cuando te someten, las emociones te barren y...

—¡Sharon, déjate de gilipollices! —exigió golpeando el salpicadero con el puño—. ¡¿Acaso vi mal?! ¡Contéstame! ¡¿Es eso?!

Ella tomó aire por la nariz y se limitó a contestar como un robot.

—No, por supuesto que no viste mal. Viste lo que viste —concedió Sharon sin alma ni corazón en sus palabras. Le daba igual.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? ¿Qué más da? —preguntó ella decepcionada—. Ha pasado más de un año después de aquello. Cada uno hemos rehecho nuestras vidas —explicó más afectada de lo que hubiera deseado—. ¿Qué importa ya? ¿Qué va a cambiar?

«¿Qué iba a cambiar?», pensó él. Pues tal vez, si supiera la verdad, podría dormir por las noches.

—¿Por qué ya no te creo? ¿Qué ha cambiado? —dijo con asombro. Acaso, ¿deseaba haberse equivocado? ¿Quería volver con ella? Estaba hecho un lío.

—No remuevas la mierda. Es lo mejor —finalizó Sharon a modo de

súplica.

Esperaba otra reacción. Una más febril y enfermiza; una posición que defendiera a capa y espada su presunta inocencia. Y, sin embargo, fue esa falta de entusiasmo lo que le hizo darse cuenta de que ella mentía, y de que por primera vez, creía en otra versión.

Sharon era un ser de sangre caliente. Pero a veces se criogenizaba para hacerse fuerte y dura ante los demás. Y aquel, era uno de esos momentos.

Pero no la iba a presionar. Ni tampoco iba a presionarse él más de la cuenta. Estaba cabreadísimo por lo que le había hecho en la mazmorra, y había perdido por completo el control de sus sentimientos. Sentía tal frustración que quería destrozar algo.

Así y todo, era un hombre inteligente. Un Amo. Y para sobrellevarla y comprenderla tenía que ver a Sharon como tal. A él le encantaba que ella estuviera feliz, a pesar de seguir sus mandatos y postrarse bajo su dominación. Pero lo más importante para él era su felicidad. Que ella también sintiera que sus esfuerzos por obedecerle daban sus frutos.

No estaba siendo un buen sumiso. Podría jugar a serlo y acercarse a esa parte de Sharon. Ablandarla con su obediencia, porque, si a ella le hacía la mitad de feliz que él se pusiera en sus manos tanto como a él le hizo feliz su sumisión, entonces, podrían empezar a confiar el uno en el otro y la relación sería más llevadera.

Tal vez podrían llegar a acercarse las posturas. No solo ganar su confianza como Ama, sino como pareja y como amigo.

—Está bien —concedió asumiendo que no era el mejor momento para hablar de eso—. De acuerdo —se apartó de ella y tomó el volante con las dos manos. Pasaron los segundos hasta que añadió—: Siento haberme comportado como lo he hecho en la mazmorra, Mistress. —Podría aprender a jugar con ella como ella hacía con él. El Ds era una relación consensuada, y ambos sabían que él solo sería sumiso en esos tres días rojos. Podía dejarse llevar sin necesidad de sentirse ofendido por ello. Sin necesidad de sentirse inseguro o injuriado por su dominación.

Tenía que aprender a confiar.

Sharon lo miró de reojo y esperó ver una burla en sus ojos o algo de desagrado en su gesto, y en cambio, no vio nada.

—Quiero aprender a ser sumiso contigo —continuó Prince en actitud dócil—. Tú lo fuiste conmigo —reconoció.

—No hablemos del pasado, por favor —le cortó ella.

—Sí, sí. No quiero incomodarte. Pero ambos tenemos que estar juntos en esto. Y si tú me respetaste, yo también puedo respetarte a ti como debo. Y creo que lo mejor es que tengamos una relación completa.

—¿Las veinticuatro horas del día? —preguntó ella incrédula—. ¿Quieres que te dé órdenes para todo?

—Sí —aseguró—. Cuanto antes me meta en el personaje, mucho mejor. Tenemos que ser creíbles. No quiero oponerme a ti. Quiero ir contigo —dijo con sinceridad—, y necesito que me ayudes.

Ella no se lo podía creer. Ese cambio de perfil tan repentino le había dejado sin palabras. Era un Ama estricta, pero al mismo tiempo podía ser muy cariñosa y sabía valorar los gestos hacia su persona como aquel.

—¿Vas a ser mi sumiso de verdad? —preguntó Sharon con un tono más relajado y suave.

Él asintió con la cabeza, y después de exhalar por la boca, contestó sin dudar:

—Sí, Ama.

Sharon dibujó una sonrisa de agradecimiento, aunque no las tenía todas con ella. Prince era un provocador lleno de testosterona. Habían sumisos rebeldes y macarras como él a los que les encantaba pelearse con su Ama. Pero Sharon sabía ser dura con ellos, para que después solo suplicaran por sus caricias.

—De acuerdo —levantó un pie y apoyó sus Huarache blancas en el salpicadero del Porsche. Empezaría marcando territorio en uno de sus juguetes.

Divertida, observó cómo Prince hacía esfuerzos por que no le estallara la vena de la sien y no soltara algún impropio como «baja el pie de ahí, perra». Era un controlador de la limpieza y el orden.

No obstante, tenía que mandar ella. Y sabía muy bien cómo marcar su dominación.

—¿Necesitas que te lleve a algún sitio? —preguntó Prince con deferencia.

—Sí —Sharon se colocó las gafas de sol Hawkers, totalmente negras—.

Antes de irme a Las Vegas, tengo que pasar a ver a mi abuela Margaret. Llévame a su casa —siempre imperativos.

—Bien.

—Bien no —lo regañó estricta, esperando la respuesta correcta.

—Sí, Mistress.

—¿Crees que lo soportarás? —preguntó azuzándolo levemente—. O tal vez, ¿la vergüenza por no llamarla ni siquiera una vez ni contestar a sus llamadas hará que te quedes dentro del coche? —le estaba recriminando abiertamente su actitud.

Se lo merecía.

Cuando Prince escuchó el nombre de Margaret, se derritió por dentro. Esa mujer sí le había robado el corazón, y se sintió como un mezquino por no haber mantenido el contacto con ella. La razón, aunque sencilla, tampoco era del todo excusable; Margaret le recordaba lo que había perdido con la traición de Sharon. Un hogar lleno de calor y de amor.

Y costaba mirarla a los ojos sin derrumbarse.

Aunque, cuando la viera de nuevo, le sería más difícil aguantarle la mirada sin agacharla o avergonzarse por haber roto su relación con la adorable anciana. Una mujer que solo le dio cariño y ternura.

—Vamos. Tengo muchas ganas de verla —contestó él sin más.

Puso primera y apretó el acelerador para ir hacia su destino.

* * *

La casa de la abuela Margaret seguía tan bien como el último día en que Prince estuvo ahí. La cuidadora de la abuela, Lilly, hacía un excelente trabajo al cargo de ella. Además, Sharon pagaba a una señora de la limpieza y a un podador para que tuviera el jardincito perfecto, tal y como a su nona le gustaba tenerlo.

Nada había cambiado. A excepción de la energía.

Y era allí, en una mecedora de madera, donde Margaret intentaba apuntar una nueva receta en su libreta de apuntes. Un viejo cuaderno que no quería tirar. Los garabatos y las palabras se apilonaban los unos sobre los otros, y la

única persona que era capaz de descifrar tal jeroglífico era ella.

La cuestión era que, cuando se olvidaba, siempre sacaba las recetas de ahí, cuando nadie más que ella era capaz de leer una sola línea de lo que allí había escrito.

En otros tiempos, Prince y Sharon aparecerían cogidos de las manos o por la cintura. Esta vez, Sharon iba delante de él.

—¿Abuela? —la saludó Sharon entrando al jardincito.

Margaret cada vez oía menos, por eso iba a comprarle en breve un sonotone. Cuando la mujer mayor levantó la mirada de su libreta de notas sus ojos sonrieron a su nieta, pero en cuanto advirtió quién la acompañaba, su mirada vieja y arrugada se ofuscó.

No entendía nada.

Sharon intentó transmitirle con sus ojos caramelo que estuviera tranquila, que no pasaba nada. Pero su abuela... Dios, su abuela tuvo que sostenerla cuando se derrumbó.

Y Sharon jamás se derrumbaba. Nunca.

Sin embargo, después de aquel infausto día, se fue corriendo a casa de su nona a llorar todo lo que no pudo llorar delante de Prince.

Para que ella la abrigara, para que ella le quitara todas las razones por las que se había enamorado de él; para que le recordara que había tenido razón desde el principio.

Pero su abuela no le dijo nada de eso. A su abuela también se le rompió el corazón, porque había querido a ese príncipe para su Reina. Y no pudo animarla. Solo llorar igual de decepcionada, para al día siguiente, las dos hacerse fuertes de nuevo.

No. Para nada le agradó aquella inesperada visita.

—Hola, abuela —la saludó Prince amablemente.

—Solo hay una persona que me puede llamar así —lo censuró Margaret con sus ojos enormes y claros sin parpadear—. Y esa persona no eres tú. Es mi nieta.

—Hola, nona —la saludó Sharon sentándose a su lado para tranquilizarla—. Prince ha venido a acompañarme.

—Prince no merece que le dediques ni un solo minuto más de tu tiempo.

Sharon no le podía quitar razón. Ese hombre no merecía nada de lo que

ella pudiera darle. Pero su abuela no imaginaba por qué estaban juntos en ese momento. La pobre se había quedado en shock, pero como tenía carácter, sabía cómo salir de aquel estado.

Y a Margaret nada le dolía más que su nieta.

—Nona, quédate tranquila —le pidió Sharon dándole un beso en la mejilla y tomándole la mano.

—No voy a quedarme tranquila si este señor... —lo miró de arriba abajo y se levantó renqueante de su mecedora— Steelman —espetó con disgusto— vuelve a acercarse a ti.

A Prince le dolió tanto la actitud de Margaret como el desprecio que Sharon le había demostrado. Y le dolió porque quería a esa mujer, aunque en ese tiempo la hubiera dejado de lado.

—¿Cómo tienes el valor de volver a esta casa? —insistió Margaret.

—Nona, por favor —Sharon no quería que le subiera la tensión—. Solo he venido a recoger unas cosas, porque mañana me voy de viaje con él y...

—¿Con él? ¿Con... este? —Margaret se hacía cruces—. ¿Qué te vas de viaje con el hombre que estuvo a punto de destrozarte? ¿Te has vuelto loca? ¿No has aprendido nada de lo mal que lo pasaste?

—Nona —Sharon no quería que Prince supiera más de lo que ella le había contado. Que en realidad era nada.

—¡Nona, no! —exclamó Margaret—. Nona, no —repitió con orgullo—. Yo siempre voy a estar al lado de mi nieta para recogerla cuando tropiece —lo señaló—. Pero no permitiré que tropiece con la misma piedra dos veces... —ahí dejaba clara su postura respecto a Prince—. Porque... Porque... —se quedó sin aire.

Sharon sabía perfectamente que iba a ser imposible hacerla callar y que, cuando se alteraba así, le subía la tensión. Corrió a ayudarla a sentarse en la mecedora. Prince se apresuró alarmado a ayudarla.

—¡Nona! —gritó Sharon—. ¿Dónde tienes las pastillas?

—A-arriba... arriba... —repitió débilmente—. En el baño.

—¡Quédate con ella! —le ordenó Sharon mirándolo asustada.

Como Lilly no estaba porque se había ido a comprar al supermercado, la Dómina entró corriendo a la casa para coger las pastillas de su abuela.

Y eso hizo que Prince y Margaret se quedaran a solas.

—No pasa nada. Ahora vendrá Sharon y te dará tu medicación —le dijo él tranquilizándola, posando su mano enorme sobre la de ella más menuda y arrugada, con manchas de la edad—. Coge aire. Respira tranquila.

—Ya estoy tranquila —dijo la abuela más serena que nunca—. Pero tenía que hablar contigo a solas.

Prince cayó en la cuenta del ardid, y aunque respiró más calmado y feliz porque no le pasara nada, tampoco le gustó la artimaña.

—No me mires como si no tuviera vergüenza —lo regañó ella—. El único sinvergüenza aquí eres tú.

—Margaret... —agachó la cabeza abatido—. Lamento mucho...

—No tienes ni idea —le echó en cara con rabia—. Lo único que tienes que lamentar es haber dejado escapar a una mujer como mi Sharon —espetó en voz baja.

—A veces, suceden cosas...

—¿A veces suceden cosas? ¡¿Qué cosas?! Sharon no me lo contó, pero te doy la oportunidad de que me lo cuentes tú.

—No puedo. —¿Cómo le iba a explicar lo que había pasado o lo que él creía que había pasado?

—No me importa que no hayas venido a verme. Soy vieja y ya no importo a nadie, solo a mi Sharon.

—No digas eso. No es verdad —la corrigió con cuidado.

—Sí lo es. Te fuiste de la vida de mi nieta y de la mía como si te hubieran borrado del mapa.

—Margaret...

—Prince. ¿Qué pasó? Dime qué es lo que tuvo que pasar para que Sharon entrara en mi casa, de madrugada, sin fuerzas para mantenerse en pie, llorando y temblorosa repitiendo hasta la saciedad, ida por el dolor —recordó emocionándose— «él no me cree», «no me conoce»... «él no me cree»... ¿Sabes lo que es eso? ¿Lo sabes? —Lo hostigó con sus reclamos—. Que la mujer más fuerte que conoces venga a ti deshecha, buscando un consuelo para sus sueños rotos, y tiritas para su corazón aplastado... ¿Sabes lo que es para una abuela? Yo te quería —le recordó amargamente—. Como a un nieto más. Sharon te amaba con toda su alma. Pero no puedo perdonar a un hombre que no creyó en Sharon.

Él encajó esas palabras como puñaladas. Lo estaban matando entre todos, ayudando a que las dudas lo carcomieran.

—A veces, no podemos permitir que...

—Ella es como los gatos —volvió a interrumpirle—. Los gatos no dan su confianza con facilidad. Pero cuando lo hacen, es para todo la vida. Son fieles. No sé qué pasó. Pero pongo la mano en el fuego por mi nieta y, sino, que caiga un rayo ahora mismo y me mate, a que Sharon nunca hizo nada para traicionarte. Nunca. ¿Y sabes por qué lo sé?

Él negó con la cabeza, queriendo creer a esa mujer. Necesitaba que alguien le convenciera.

—Porque ella es una Fieldman. Y las Fieldman nunca traicionaríamos al hombre al que hemos entregado nuestro amor. Así que, espero que valiera la pena el motivo por el que le hiciste daño, que te saliera a cuenta. Porque has perdido un tesoro al dejarla ir.

¿Y valió la pena?, pensó Prince disgustado. ¿Valió la pena romper con su mejor amigo y con la mujer que amaba por preservar su dignidad? No.

Después de eso solo le esperaron relaciones esporádicas vacías y sin emociones. Un abismo en el que dejó de ser quien era y sentir todo lo que una vez sintió junto a ella.

—Me decepcionaste mucho. Te quedaste solo en una cara bonita... —Margaret era como un novillero cruel con un toro herido. Continuaba dando estocadas certeras.

—Siento mucho haberte decepcionado. No debí cortar contigo de ese modo.

—Lo que hiciste conmigo ya no importa. Lo único que debió preocuparte era lo mucho que heriste a Sharon.

—Es complicado —atinó a pronunciar. Ella también le hirió.

—Seguro que lo es —supuso—. ¿Por qué estáis juntos ahora? —quiso saber—. Me juró que nunca jamás iba a confiar en ti, que nunca permitiría que te volvieras a acercar a ella.

Prince se removió inquieto, acuclillado a su lado. Y decidió que no iba a mentir a esa mujer. Tal vez, era una lanza que rompía en su favor, para recuperar en ese instante parte de la complicidad perdida.

—Que no sepa Sharon que te lo digo.

—No estas en posición de pedirme favores —obvió orgullosa—. Pero, adelante, guaperas. Soy toda oídos.

Prince tuvo ganas de reír a su lado. Siempre tuvieron un *feeling* buenísimo hasta el punto de que podían llegar a contarse secretos y chismorreos.

—La verdad es que dos amigas nuestras se han metido en un lío en Las Vegas —le explicó con cuidado—. Y vamos a ir allí a solucionarlo.

Margaret frunció el ceño.

—¿En un lío? ¿Lío bueno o lío malo?

Él prefirió no contestar, porque el lío era malísimo.

Se notaba que a la abuela no le gustaba la idea, pero también comprendió que no era nadie para impedir a dos personas que fueran a ayudar a otras.

—¿Os vais hoy?

—No. Mañana viernes. Nuestro avión sale a las seis de la mañana.

Parpadeó absorbiendo la información, intuyendo algo peligroso en la pose de Prince.

—¿Y vas a vigilarla? Me lo debes —le advirtió—. Me lo debes por abandonarla.

—Es el único modo que tengo de que vuelvas a mirarme como a un nieto.

—Como a un nieto muy muy lejano —señaló, demostrándole que no iba a disculparlo así como así.

Sharon apareció corriendo por el marco de la puerta del porche sin pastillas en las manos, y Margaret hizo el papel de su vida, como si aún estuviera mareada.

—¡No están arriba! —gritó la joven aún asustada—. Llamo a Lilly y no me lo coge.

—Eso es porque en el supermercado no hay cobertura —replicó aún débil.

—¡Vamos al hospital!

—No, cariño —musitó Margaret recuperándose milagrosamente de sus picos de tensión—. Estoy bien ya. No te preocupes que mala hierba nunca muere.

—¿Qué dices? —Sharon no la creía y no las tenía todas con ella—. No abuela —la tomó con delicadeza del antebrazo, para levantarla de la

mecedora—. Prince te lleva ahora en su coche —lo dijo como si él no se pudiera oponer jamás a sus reclamos.

—Ya estoy bien —repitió—. Solo fue el azúcar, niña. Pero tengo terrones en los bolsillos —se metió la mano en el bolsillo de su bata de cuadros—. ¿Ves? —Era verdad, siempre tenía azúcar encima por si le daba un bajón—. Lilly me recomienda que siempre lleve un par por si acaso.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, niña. ¿A que sí, Steelman?

—Sí.

Sharon miró a uno y a otro. No se fiaba un pelo de ellos.

Los ojos azules de la nona colisionaron con los negros de Prince.

No iban a desenmascararse ante Sharon. Ni tampoco iban a revelar nada de lo que habían hablado. Sería una pequeña confidencia, como las que tenían antes.

Una pequeña piedra para retomar la relación con esa mujer tan especial para él, y que por rabia, despecho o incluso vergüenza, dejó de lado al romper con su nieta.

Los dos se siguieron la corriente. Actuando como nunca.

—Prince.

—¿Sí, Sharon? —preguntó él con tono colaborador.

—¿Te has disculpado con mi abuela por no llamarla en todo este tiempo? —parpadeó inocentemente.

Prince lo sabía.

Sabía que esa pequeña tregua entre ellos le haría sentir mejor. Funcionaría como la primera piedra de su nueva relación.

Su Dómina necesitaba ese gesto por su parte. Y no dudó en llevarlo a cabo.

—Tal vez no me he disculpado como merece —contestó.

Sharon hizo un movimiento con su barbilla. Su bello rostro reflejó tal orden que incluso Margaret se puso en tensión.

—Pídele perdón —ordenó inflexible—. Prince me ha dicho que ha sido un perro ruin y rastroso por perder el contacto contigo.

Él tragó saliva y asintió. No había dicho eso nunca, pero Sharon se aprovechaba de su posición de poder.

—¿Verdad? —inquirió la rubia.

—Verdad —carraspeó—. He sido un perro ruin y rastrero, Margaret.

La abuela se quedó sorprendida por aquella declaración, pero más aún por el dominio de Sharon sobre ese hombre. No lo podía creer.

—Déjate de tonterías —le dijo Margaret—. No sé que tramáis los dos —les advirtió con el dedo—. Soy anciana pero no ciega. Más vale que tengáis cuidado en Las Vegas. No juguéis demasiado. Allí todo el mundo pierde su dinero.

Allí, todo el mundo perdía muchas cosas, pensaba Sharon.

Lo que estaba claro era que Prince se sentía mejor ahora, porque prefería tener a Margaret de aliada antes que de enemiga.

Capítulo 7

Todo listo. Todo preparado. El día anterior por la tarde, Lion y Cleo les facilitaron un pack a cada uno con toda la logística. Tenían sus billetes en los nuevos móviles, los intercomunicadores, las microcámaras, y un buen manojito de valor para afrontar aquel reto. Al no chequear equipaje, tuvieron que camuflar los dispositivos en una cajita que simulaba un paquete de clínex, y que ocultaba el material de los escáneres.

El Fem Dom de los tres días rojos no iba a darles descanso, aun así, habían decidido ir por una razón. Alguien tenía a Nina y posiblemente a Alejandra en sus manos. Y ellos debían ayudar a encontrarlas y liberarlas. Como fuera.

En el avión, mientras colocaban las bolsas de mano en su compartimento, Sharon pensaba en lo extraño que era tener a Prince al lado todo el día, como antes.

No habían dormido juntos en la misma habitación, pero sí le había permitido quedarse a dormir en la habitación de invitados. Prince no podía estar cansado, y el coche era muy incómodo. Además, tenía que estar al cien por cien para aguantar sus juegos. Por eso enterró el hacha de guerra con él, y decidió que podía descansar en su casa, ya que, él no pensaba dejarla ni a sol ni a sombra ni un solo momento, ya que temía que estuvieran vigilándola y que se la pudieran llevar.

Tomaron un café en el aeropuerto, sin hablar demasiado. A ella le costaba mucho madrugar y desperezarse. Era una mujer nocturna, pero eso Prince ya lo sabía, así que respetó su relajación y su falta de vida a esas horas.

Mientras Prince colocaba las bolsas en sus respectivas casillas, una mujer de color con un bebé precioso en brazos intentaba dejar la suya en su lugar.

Era un niño con gorrito y se estaba comiendo su propio puño. La mujer miró a Sharon, que aún no se había sentado en su butaca, y la miró con un ruego avergonzado en los ojos.

—¿Te importaría cogérmelo unos segundos? —preguntó—. Tengo que subir dos bolsas aquí arriba y...

Sharon la miró un poco dubitativa, pero accedió al reclamo de la desconocida.

—Claro.

Alargó los brazos y lo tomó con delicadeza. Le encantaban los bebés y, al mismo tiempo, estar cerca de ellos la hacía sentir mal porque, ya estaba aprendiendo a convivir con la idea de que no podría tener nunca uno de su propia sangre.

Sin embargo, aceptarlo y saber encajarlo, no significaba que no le doliera. Durante años lo negó. Toda su vida de hecho. Incluso, semanas atrás, se sorprendió pensando que podía haberse quedado embarazada de Prince, tras su larguísimo encuentro en el Temptations. Pero nada más lejos de la realidad.

No. Era estéril. Y debía asumirlo.

Por esa razón, al oler el perfume a bebé, esa colonia fresquita en la piel inocente de un niño de no más de tres meses de vida, y al vislumbrar con asombro la increíble sonrisa que le regalaba, se sintió mezquina por tener pánico al dolor que suponía estar cerca de ellos.

—Te queda muy bien —le dijo Prince a sus espaldas.

Ella se dio la vuelta sorprendida al oír esas palabras, lo miró a los ojos durante unos segundos eternos y vio el anhelo en su negra y fantástica mirada. Y nada la podía herir más que eso. Porque Prince seguía sin saber que ella no podía tener hijos. Seguía sin saber muchas cosas que nadie más debía conocer. Y tal vez no fuera justa con él, pero no podía soportar no ser una mujer completa junto a un hombre que valoraba tantísimo su paternidad.

—Eh... gracias —contestó débilmente—. Ayuda a la mujer a subir las dos maletas —volvió a ordenarle.

Prince lo hizo sin rechistar, y cuando acabó de colocar la bolsa de ositos azules de los pañales, y la maleta de ruedas de la madre, volvió a observarla encandilado.

Dios... la estaba destrozando y ni siquiera se daba cuenta.

—Sí te queda bien, sí —aseguró la mujer agradecida, tomando a su hijo de brazos de Sharon—. Muchas gracias.

—De nada —contestó ella. El bebé le había cogido del dedo y no la soltaba—. No me suelta... —se rió nerviosa.

—Le gustas —dijo Prince observándola con intensidad.

—Sí le gustas. Mi Dylon es un ligón y le encantan las rubias guapas —aseveró provocando la sonrisa de más de un pasajero.

—Ah —Sharon le devolvió la sonrisa con timidez, y se sentó en su asiento. Se abrochó el cinturón, se colocó el antifaz de seda negro y miró al frente, muy tiesa y pensativa.

Prince tomó su lugar a su lado. Estudiando su reacción y su postura, mirándola de reojo de vez en cuando.

Tendría sueño y no iba a molestarla.

Pero después del despegue y cuando ya llevaban una hora de vuelo, aprovechando que venían con la mesa de cafés e infusiones para servir a los pasajeros, Prince decidió iniciar una conversación con su momentánea Ama.

—¿Se me permite hablar contigo o prefieres que me quede callado? —conocía las señales de su cuerpo, y no estaba dormida en absoluto.

Ella se humedeció los labios con la lengua.

—No estás en una dictadura.

—Qué bien. Me alegra saberlo —contestó—. Viene la de los cafés. ¿Te pido uno doble bien cargado?

Sharon asintió, pero en ningún momento se quitó el antifaz.

—Pero no me quiero mover —le advirtió.

Prince le abrió la mesita, tomó los dos vasos de café humeantes y colocó uno sobre la de ella y otro sobre la de él.

—Vas a darme de beber —dijo ella sin más. No dejaba cabida a la negación.

Prince sonrió y miró de reojo a la azafata, que intentaba disimular el hecho de que esa rubia ordenaba al gigante moreno de un modo insultante.

Él bebió sin dejar de admirar su perfil. Sharon era de verdad bonita. Cualquiera diría por su actitud que lo que tenía de bonita lo tenía de maligna.

Pero él sabía que no era así. No era una mujer cruel. Una mujer cruel no

cogía a un bebé con tanta suavidad y mimo como lo hizo ella instantes atrás.

—¿Quieres beber ahora? —alargó la taza a propósito y hundió durante una décima de segundo la punta de su nariz en líquido negro.

Sharon dio un respingo. Lo había hecho a propósito, como si lo viera.

Prince se rió en silencio y esperó a su orden.

—Límpiame.

Él lo hizo, pitorreándose de ella. Se la estaba jugando. Después, cuando le tocara estar en una doma sufriría las consecuencias de sus castigos. Lo tenía asumido y no le importaba.

Le secó la gota de café de la punta de la nariz con una servilleta y dijo.

—Lo siento, Mistress. Han sido las perturbaciones.

—Perturbado te vas a quedar cuando empecemos a jugar. Me la he apuntado. No te preocupes —sus labios se estiraron dibujando una línea curva maligna y ascendente—. Dame ahora —le pidió.

Prince procedió sin sorpresas. Quedándose hipnotizado en el modo en que sus labios rojos se hundían en la negra infusión. Se la retiró y la dejó en la mesa.

—Siento curiosidad respecto a algo.

—¿A qué?

—¿Qué vas a hacer con el dinero que te pagué para acostarme contigo? Preparaste una noche benéfica y recibiste un buen montante. ¿Qué he ayudado a conseguir?

Ella se removió inquieta pero contestó.

—Un casal público para integrar a todos los niños que no van a la escuela, y que no hacen ni tres comidas al día. Casi el cuarenta por ciento de los niños de Nueva Orleans viven en la pobreza. Pero eso es algo que tú no sabrás, ¿verdad, Príncipe?

—¿Denoto un tono acusatorio en la pregunta?

—No. Solo constato una realidad. Los Steelman vivís en la opulencia incluso antes de nacer. No tenéis relación con la otra cara de la moneda...

—Habla por otros. No hables por mí. Mis padres y mi hermano puede que sean más elitistas. Yo no. Me mezclo con todo y con todos, y te recuerdo por enésima vez que me he alejado del negocio y he hecho carrera solo y sin ayudas. Me parece muy clasista que me digas lo que me has dicho —aseveró

ofendido.

—Como sea —Sharon se encogió de hombros—. Hay mucho por hacer todavía, sobre todo en el barrio de Lower 9th Ward, donde más afectó la tormenta Katrina.

Él se quedó pensativo. La joven quería hacer algo realmente bueno e importante.

—¿Y quién va a llevar ese colegio? Tú eres profesora. Necesitas a alguien especializado en rectoría.

Sharon sabía que tenía razón. Pero en ese tiempo, además de dedicarse en cuerpo y alma al BDSM y a aprovecharse económicamente de su fama en el reino de la dominación, también se había sacado mediante la universidad online un título especializado de nueve meses de dirección de escuelas infantiles. Cuando se lo contó a Prince, hubiera deseado verle la cara que puso, porque se quedó en silencio y sin palabras. Pero estaba tan a gusto en la intimidad y la oscuridad que le daba el antifaz, que solo pudo imaginarlo en su mente.

—Has hecho muchas cosas desde que lo nuestro se rompió —dijo orgulloso.

—No iba a quedarme lamiéndome las heridas.

—Mi hermano Dominic —apuntó sorbiendo el café— me aseguró que ibas a tirar hacia delante y que debía preocuparme por mí y no por ti. Veo que tenía razón. Has sabido continuar sin mí.

No. No lo toleraba. No quería hablar del demonio abusador de su hermano. Si él supiera lo que le hizo, si supiera que fue el culpable de todo, no sabía de lo que sería capaz Prince. Pero tampoco era ella capaz de que el hombre por el que todavía sentía tanto, que todavía la afectaba, viera en ella la asesina que una vez fue, y la mujer infértil que era.

No valdría nada a sus ojos.

—No quiero que me hables de ese cabrón malnacido —no fue capaz de controlar su lengua. Así como su cabeza pensaba con coherencia, algo en ella se disparó. Le hervía el pecho y la garganta por gritar y por contar la verdad. Pero no podía.

Prince dejó el vaso de plástico en la mesa, sin llegar a sorprenderse del todo por su beligerancia. Lion no tragaba a Dom, y tampoco Sharon.

—Dom siempre te trató de maravilla. Te quería mucho.

—Te digo que no me hables de él.

—Eres una desagradecida, él siempre te defendió, incluso cuando te encontró con los muslos mojados por haberte abierto de piernas con...

—Prince, cállate.

—Dijo: no la culpes. Estás en un mundo vicioso. Todo puede pasar.

Sharon se sacó el antifaz de los ojos y lo fulminó. Prince no entendía su odio, pero tampoco le gustó nada el extraño color de su mirada ni el rictus atormentado y bélico en su faz.

Los enormes luceros de Sharon hablaban de humillación, indignación y... algo más. Y estaba harto de no saber qué demonios pintaba Dom en todo eso. Por eso la pinchaba.

—¿Por qué no sabes obedecerme, perra? —le echó en cara, rabiosa.

—¿Perra? —Prince no podía creer que lo insultara así.

—Si te digo que te calles, es que te calles. Tú sigue empujándome, que en cuanto tenga que hacer un espectáculo de presentación en el Fem Dom, voy a dejar la idea que tenían del Príncipe por los suelos —lo amenazó jugando con su honor.

¿Y a Prince le molestaba? No. Había llegado un punto en el que le urgía saber la verdad de Sharon. ¿Qué demonios sucedió aquella noche?

—Solo quería hablar contigo —dijo contrito.

—Deja de jugar al arrepentido. ¿Crees que no sé que no hay nada en ti que quiera someterse? Lo sé. Finges ser dócil, pero no lo eres. Simplemente, te he dicho que hay que dejar el pasado atrás, ¿verdad? Yo no te pregunto por las mujeres que te has tirado desde que no estás conmigo.

—Puedes preguntarme si quieres.

—Pero no quiero —le dejó claro—. Hay cosas que son mejor no saberlas. ¿No te ha hablado de eso Dom? —contraatacó.

—No. Pero contéstame, Sharon.

—Tú no das las órdenes.

—Lo sé. Pero es una súplica —cambió el discurso—. Dime, por favor, si te afectaría. ¿Te afectaría que te dijera lo que les hacía y con cuántas he estado? —quiso saber con interés.

Ella no mentía. Podía omitir. Pero nunca mentía. Por eso, no pudo

contestarle algo que no era cierto.

—Me afectaría —reconoció—. Pero igual que te afectaría saber a ti la verdad de lo que pasó en el Temptations. Te he pedido que dejes las cosas como estaban. Déjalas, o no saldremos de Las Vegas igual que hemos venido —le pidió en una clara actitud de coerción.

—No voy a parar hasta que sepa la verdad —recalcó—. Necesito vivir tranquilo —reconoció echándose el pelo negro hacia atrás.

Ella lo miró confundida y negó, asustada por las consecuencias de sus actos.

—Genial. Haz lo que te dé la gana —se bebió el café de golpe y lo dejó en la mesita de Prince, para así poder cerrar la suya—. Pero que sepas, que tus ganas de saber llegan más de un año después tarde. Diste por bueno lo que viste. Saber la verdad ahora no cambiará nada, y lo que es peor, no te hará ningún bien. Si me disculpas —se levantó airada—, necesito ir al servicio.

Prince miró a través de la ventana, sintiéndose plantado y solo por la Dómina. Ella se cerraba en banda, y lo peor era que su actitud defensiva no parecía que ocultara ninguna vergüenza, sino, que lo protegiera a él de la verdad.

Se estaba desquiciando. Aprovechó para tirar el café en el carrito que acercaba la azafata, y cerró su mesa.

Ojalá pudiera cerrar de un portazo con la misma facilidad el pasado que lo martirizaba a diario.

* * *

The End

Las Vegas

Prince salió del taxi cargando con todas las bolsas; las de ella y las de él. Sharon había recibido la hora correcta para recoger sus acreditaciones en ese famoso local donde una vez al mes se celebraba el Liquid Red Fetish, una fiesta de temática variada. La de entonces era, cómo no, la dominación

femenina. La conversación que una vez escuchó Sharon entre Alejandra y Nina daban el Liquid Red como evento de recogida, pero el lugar exacto no se daba hasta que no recibías la confirmación dos días antes. Y esta vez era en el The End.

Prince obedeció a Lion en sus instrucciones. Esperó a su llamada antes de entrar a recoger sus permisos para el Fem Dom Con, como también llamaban al festival.

—Romano —lo saludó Prince.

—Bien. Os vemos. Os tenemos localizados. —Ellos habían salido antes desde el aeropuerto de Nueva Orleans—. Estamos sentados en una mesa en la cafetería que hay en la acera de enfrente. Cuando recibáis las tarjetas, venís hacia aquí para que Summers haga una copia pertinente y nos facilite la entrada con otros nombres y otras identidades.

—De acuerdo —no miraría en esos momentos. Mejor disimular.

—Markus y Leslie se encuentran en la cafetería *Makers and finders Coffee*, intentando ripear la señal de sus cámaras y ubicar en su *back up* tanto el ordenador desde el que enviaron el e-mail como la persona que lo hizo. Así podremos identificarla e ir a por ella.

—Bien. Nosotros vamos a entrar.

—Perfecto, las cámaras en tu collar de perro y en la gargantilla de Sharon lo grabarán todo. Recordad, actuad con naturalidad. Y tú obedécela en todo como un buen perrito.

—Que te follen.

Lion se rió y cortó la comunicación.

—¿Qué te ha dicho? —quiso saber Sharon colocándose sus inseparables gafas. No pensaba mostrar las ojeras que tenía del madrugón.

—Que ya podemos entrar.

—Bien. Entonces, andando.

Ella fue la primera que se adelantó con seguridad. Prince, tras ella, parecía un mayordomo asesino. Un híbrido entre esclavo y soldado SEAL.

* * *

En el interior del The End, cuyo símbolo era el de los zombies tipo Walking Dead, y de cuyas paredes emergían brazos humanos, como si simbolizaran el infierno o el esfuerzo por intentar salir del más allá, el mundo bedesemero desfilaba para recoger sus invitaciones en una mesa donde una mujer envuelta en cuero negro y rojo, rostro pálido y cola rubia y alta, daba la bienvenida y ofrecía todo lo que necesitaban los invitados.

Cuando Sharon y Prince entraron, todos les advirtieron. La Reina y el Príncipe estaban allí, con un cambio muy considerable.

Sharon llevaba tejanos leggings, unos Manolo de tacón muy alto y plataforma y una camiseta negra. No se le veían los ojos, pero no importaba. Solo una mujer tenía el candado de corazón tatuado en su antebrazo, y solo una podía caminar de ese modo, como si el mundo le fuera pequeño.

Lo más impactante para todos fue comprobar que el chismorreó en relación a ellos dos era real: Sharon llevaba a Prince de una cadena sujeta a su collar de perro. Un collar de cuero negro con tachuelas.

La larga cola hasta la recepción de la mujer que parecía escandinava, se apartó en deferencia a ellos, y la multitud se quedó boquiabierta cuando comprobó que Prince agachaba la cabeza y no hablaba en ningún momento, como si no osara a interrumpir a su Ama.

—Reina —la saludó la recepcionista.

—Hola —Sharon metió la mano en su bolso y sacó la copia de la confirmación de asistencia y de pago, tanto la suya como la de Prince—. Aquí tienes.

—Es un honor disfrutar de la presencia de ambos en *Los tres días Rojos*.

Sharon observó a la mujer y leyó el nombre que ponía en su cartelito distintivo en el pecho.

—Gracias, Kayla.

—¿Cómo está el Príncipe? —preguntó Kayla con amabilidad.

—Mi perro no habla hoy. Está castigado —contestó Sharon, provocando una risa a su alrededor.

—Aquí tenéis el tríptico con el planning del Fem Dom Con. Hoy al mediodía, después de que os hospedéis en el hotel, habrá comida presentación en el lugar donde se va a celebrar el evento.

—¿Dónde será? —quiso saber Sharon con antelación.

—Tenéis que bajaros una aplicación para vuestros teléfonos. Está en el tríptico. Os enviará una notificación del lugar exacto donde todo tendrá lugar y empiece la fiesta —la joven señaló el tríptico, y Sharon pudo divisar que, en uno de sus dedos, tenía una marca. Un círculo con una cruz que lo dividía en cuatro partes iguales—. En este sobre —dijo sacando de debajo de la mesa un sobre negro—, tenéis la llave de la habitación doble de hotel que os pertoca.

—Ah —convino algo extrañada—. ¿Ya tenemos habitación? Podré cambiarla supongo. Me gustan los pisos altos —señaló fingiendo ser la caprichosa que en realidad no era.

—Podrás cambiarlo, si te apetece —aseguró Kayla.

—Perfecto —guardó todo en su bolso—. ¿Tienes que darme algo más?

—Sí —le dio dos brazaletes de piel negra, con un código QR grabado en una pieza cuadrada de plata—. Vuestras acreditaciones, Reina.

—Gracias —Sharon se puso a suya, y al acabar le dijo a Prince—: Dame tu muñeca.

Ahí, delante de todos, Prince procuró ser obediente, e hizo caso de su orden.

Los dos llevaban ya el brazalete, y ya lo tenían todo.

Divisaron a los que les rodeaban con cautela y precaución, sin ánimo de ser demasiado evidente. Todas eran Amas con sus sumisos y sumisas. Algunos tomaban cócteles y bebidas en el bar, pues ya se habían registrado.

Pero ni a Sharon ni a Prince les apetecía tomar nada.

Solo querían salir cuanto antes para reunirse con Lion y averiguar si habían identificado o no a la persona que envió el e-mail haciéndose pasar por Nina.

No olvidarían por qué razón estaban ahí. No era para lucirse, era para interpretar un papel y hacer que los malos salieran de su madriguera.

Y, sobre todo, descubrir el paradero de sus amigas.

Cuando entraron en la cafetería, se fueron directamente a los baños, tal y como les había aconsejado Lion. Aunque Sharon divisó a Cleo y a su hermana Leslie, sentadas juntas tomándose un batido de verduras. Las dos chicas la saludaron con disimulo, ya que la idea era que no los vieran relacionarse con nadie, y menos con un grupo grande como el de ellos. Que

eran seis: Romano, las Connelly, Sophiestication, Tigretón y el Mohicano.

A Sharon le importó poco entrar en el lavabo de hombres. Allí el impresionante Mohicano, con una cresta roja y negra, los esperaba con un aparato en las manos y dos correas de piel negra sobre el mármol del tocador.

Lion cerró la puerta tras ellos y se aseguró de que nadie iba a entrar mientras ellos estuvieran ahí.

—¿Qué tal ha ido el viaje? —preguntó Lion.

—Bien —contestó Prince.

Markus Lébedev, por su parte, ya estaba quitando de sus muñecas las pulseras que hacían de acreditaciones.

—Así que además de tatuador y Amo del Calabozo eres también policía... —espetó Sharon mirándolo directamente a esos ojos violetas y misteriosos.

—Y ruso —aseguró él.

—Todo un cóctel —confesó Sharon—. Tu pareja tiene que tener mucho carácter para tanto gallo —rió al verle la cresta.

—No lo dudes.

—¿Qué vais a hacer con esto? —quiso saber Prince.

—¿Ya te permite hablar la Reina? —Lion hilaba fino y le encantaba meterse con él.

—Estabas más guapo con peluca roja, Romano —replicó Prince a su puya.

Markus sacó una iPad con teclado inalámbrico y pasó del móvil a la tablet la foto que les había hecho a los QR. Con la imagen del QR en la pantalla, empezó a teclear como un loco, abriendo un programa decodificador.

—Vamos a hacer una copia del QR y a añadir en sus hojas de datos seis nuevos participantes. El QR lleva directo a una hoja de aceptaciones al concurso, con datos como nombres y apellidos y números de pasaporte. Cambiaremos el último número de la hoja de ruta para crear códigos nuevos para nuevos integrantes. Lo imprimiré con este aparatito de aquí —Markus señaló una pequeña impresora que iba con el móvil— en un sticker transparente de forma que parecerá que está grabado en el metal. Nadie debería notar la diferencia.

—¿Se ve bien lo que graban las cámaras? —preguntó Prince con interés.

—Perfectamente —contestó Lion—. Hemos oído que os tenéis que bajar una aplicación para recibir la localización del lugar exacto donde se van a desarrollar los tres días.

—Sí —contestaron Prince y Sharon a la vez.

—Bien. Pues no os vais a bajar nada. Tenemos un duplicado de vuestros teléfonos. Nick cree que la aplicación es para grabar las localizaciones de todos los participantes. Tendréis que entrar los datos para daros de alta, y así ya sabrán dónde os encontráis en todo momento. Vosotros no podéis estar localizables. Llevaremos los duplicados encima y os llamaremos para deciros adonde tenéis que ir.

—¿Ya sabéis quién me envió el e-mail? —preguntó Sharon con sumo interés.

—Nick no tardará nada. Ya verás —la intentó tranquilizar.

—¿Y qué haréis cuando sepamos quién es?

—La buscaremos dentro del Fem Dom Con, y le daremos una paliza hasta que hable —dijo con toda naturalidad Markus.

La Dómina parpadeó algo estupefacta por la simpleza de sus palabras.

—¿Así? ¿Ya está?

—Será todo más discreto —le explicó Lion—. A Markus le encanta jugar duro. Pero en cuanto sepamos quién es, la localizaremos y la cogeremos hasta llegar al fondo del asunto.

—Esto ya está —Markus sacó un sticker transparente de esa mini impresora con seis códigos QR del mismo tamaño que el que ellos llevaban.

Sharon no podía creer lo rápido que iba todo. En tres días tenían que llevar a cabo una operación complicada, y el único gancho que tenían para enlazar todo era el interés que fuera quien fuese tenía en la Reina de las Arañas.

—¿En qué hotel os hospedan? —Lion ayudaba a Markus a colocar las pegatinas en aquella copia de pulseras que ellos también llevarían. No había sido difícil conseguirlas. Una correa, un abalorio cuadrado y plateado, y ya está.

Prince metió la mano en el bolso de Sharon, tomó el sobre negro y lo abrió. De él sacó dos tarjetas doradas.

—Estamos en el *The Venetian*.

A Sharon le encantaba ese hotel. No había ido nunca con Prince, pero ardía en deseos de verlo. La pena era que ese viaje no era de placer y que poco iba a admirar de él.

—Bien —los ojos azules de Romano se centraron en Sharon—. Voy a reservar tres habitaciones dobles más para todos, nos meteremos en su página de reservas...

—Eres un hacker —reconoció Sharon fascinada con él.

—Hago lo que puedo —dijo Lion con humildad—. Así nos hospedaremos en el mismo lugar y podremos vigilarlo todo bien. Por ahora no creo que tengamos que hacer nada más. Colocaos los intercomunicadores —les ordenó— y quitáoslos para ducharos o irs a dormir. Nosotros os hablaremos y seguiremos vuestra monitorización a través de las microcámaras que lleváis en vuestros collares.

—Sí.

—Ahora, id al hotel y os hospedáis con tranquilidad. Puesto que no os vais a descargar la aplicación, nosotros os avisaremos para deciros qué hay que hacer y a dónde hay que ir.

La Dómina y el sumiso se miraron el uno al otro, pues parecían unos conejillos de Indias en manos de los súper agentes.

—Nos vamos, entonces —dijo Prince cargando de nuevo con todas las bolsas.

Sharon se colocó de nuevo las gafas de sol, les sonrió agradecida y esperó a que Prince, que parecía una mula de carga, le abriera la puerta.

—Gracias, esclavo —Sharon usó un tono especial para que Markus y Lion lo oyeran—. Ya lo has oído, vamos a nuestro hotel.

—Sí, Mistress —contestó Prince apretando los dientes con rabia.

Sharon se despidió de las Connelly con un gesto de la barbilla y, al salir de la cafetería, detuvo a un taxi sin mucho esfuerzo. De hecho, el coche ya aflojaba la marcha solo para contemplarla. Porque ella era así, detenía la circulación.

Mientras Prince ayudaba a meter las bolsas en el maletero al taxista, pensó en que era una arpía, que ya no lo respetaba. Que provocaba por provocar. Que su crueldad no tenía límites.

Mala. Más que mala.

Y lo volvía loco. De hecho, dudaba que sobrevivieran al fin de semana si antes no se despellejaban entre ellos.

Capítulo 8

The Venetian

Las Vegas

Era como estar en Italia. Aquel complejo hotelístico de primera línea había hecho un pacto con el Dios del Arte para traer al país Europeo a Nevada, como si fuera una broma del espacio y del tiempo.

Las habitaciones eran amplias y luminosas, con una cama alta talla king, un baño con hidromasaje y todo tipo de comodidades. Los balcones daban al canal artificial por el que se podía navegar en góndola.

Después de guardar las bolsas en los armarios y preparar sus ropas para la acción bedesemera, Sharon se quedó prendada de las vistas que tenía desde su suite. No solo parecía estar en Venecia, sino que, a lo lejos, podía vislumbrar el Luxor con su pirámide y su esfinge, el MGM y el Bellagio con sus impresionantes fuentes.

Las Vegas en todo su esplendor, el Walt Disney de los adultos; con la locura de juego, vida nocturna, luces y colores por un lado; el lujo por el otro; y la sensación de que alguien dobló el mundo como una hoja para que en una sola ciudad se encontraran varios continentes.

Sin embargo, poco absorbió y admiró de todo aquello, ya que su mente lidiaba con la incómoda sensación de volver a compartir un hotel con Prince, y con la ansiedad y necesidad de encontrar a Alejandra y a Nina.

—¿En qué piensas? —preguntó Prince sentado en la cama, fijándose en la pose altiva de la elegante espalda de Sharon.

Ella torció un poco el rostro hacia él y contestó:

—¿Crees que están vivas?

No quería mentirle. Su deseo era que lo estuvieran. Pero debía ser realista: habían probabilidades de que no fuera así.

—Espero que sí —contestó él—. Por eso estamos aquí. Porque no estoy dispuesto a perder a nadie más. —Por eso, y porque, si cazaban a los que habían matado a su amigo y a los que tenían a Nina y posiblemente a Alejandra, entonces, no tendría que preocuparse por el bienestar de Sharon. Prince era intuitivo, y sabía que el Ama también estaba en peligro. Le urgía desenmascarar a los que iban detrás de ella.

—No me imagino cuánto tuvo que sufrir Alejandra al ver cómo mataban a José.

—Tal vez no lo vio.

—Ojalá. Sería cómo morir en vida. Ver cómo arrebatan la vida de tu pareja frente a tus ojos... —Enmudeció al percibir que las emociones se le escapaban de las manos. Con él siempre le pasaba. Se sentía tan cómoda que dejaba fluir sus pensamientos y sus sentimientos de un modo natural. Y no lo entendía, porque, ni siquiera su padre le había decepcionado tanto como él.

—Sí —dijo Prince afectado—. ¿Estás nerviosa? Se supone que va a haber una comida de presentación, y que tendremos que hacer un numerito. Voy a portarme bien —asumió para tranquilizarla—. Lo prometo. Nadie va a notar que fingimos.

Sharon sonrió y negó con la cabeza. No se dio la vuelta.

—No eres sumiso, Prince. Tus promesas no me valen de nada. En algún momento, en alguna doma, saldrá tu verdadera naturaleza, y me pondrás en un compromiso. Y tendré que ser una mezquina contigo. Y créeme que lo seré. Me quieren aquí porque soy quien soy y esperan de mí lo que esperan. No voy a ceder.

—No quiero que lo hagas. Mira, tú tampoco eres sumisa. Eres una mujer alfa. Y, sin embargo, dejabas que yo te dominara. Puedo hacer lo mismo por ti.

—No. No puedes —contestó Sharon tajante.

—¿Por qué dices eso?

—Porque yo me sometí a ti porque te quería. Te amaba. Por amor, por hacer feliz al otro, hacemos muchas cosas. Pero esto es diferente. Los dos estamos obligados a participar en esto juntos y a ti te repatea que yo lleve la

voz cantante. Solo quiero que sepas que no voy a disfrutar sabiendo que tú no deseas nada de lo que te hago. No disfruto cuando el otro se cierra. Lo nuestro es una relación frustrada. No me gusta tocar a nadie que no quiere que lo toquen. Es una sensación horrible y humillante. —Y lo decía con conocimiento de causa. Dominic le hizo pasar por eso, y no quería volver a experimentar algo como aquello jamás. Ya tenía suficiente con soñarlo cada noche—. Pero te has visto obligado a ello. Los dos —se corrigió—. Así que, intentaré no hacértelo pasar demasiado mal.

Aquella sentencia fue la que hizo que Sharon, sin saberlo, se ganara todo el respeto de Prince. Le acababa de decir que no disfrutaba sabiendo que él hacía algo en contra de su naturaleza y eso destrozaba la imagen de frívola que ella misma se había creado. Él la veía así en ocasiones. Pero ahora ya no.

Y a pesar de la verdad y la honestidad con la que hablaba, había algo en lo que sí estaba equivocada.

Él continuaba amándola. Si no la dejó de amar sabiendo que se había acostado con Lion, cómo iba a dejar de hacerlo si había una posibilidad de que hubiera estado equivocado en todo ese tiempo.

Tenía que ganarse el respeto de Sharon. Llegar al fondo de todo ese asunto y comprender qué fue lo que sucedió. Y, ante todo, tenía que dejarle claro que se sometía, no por obligación, sino, porque eran sus manos las que le iban a dominar.

—Hagamos un trato —Prince se levantó y se acercó a ella por la espalda. La joven se dio la vuelta. No iba a dar la espalda a nadie nunca más.

—¿Cuál? —una de sus cejas delineadas se alzaron con escepticismo.

—Dejemos a un lado nuestras diferencias durante estos tres días. De nosotros depende encontrar a nuestras amigas y no vamos a poner sus vidas en riesgo. ¿A que no?

—No.

—Intentemos hacer las cosas bien. Yo me pondré en tus manos, y tú solo tendrás que cuidar de mí y asegurarte de que no me hundes o me humillas con tu trato. ¿Tú te sentiste humillada alguna vez conmigo en nuestras sesiones? —quiso saber con interés.

—No. Nunca.

—Bien. Entonces sabrás lo que tienes que hacer para que yo esté bien y a

gusto.

Ella comprendió lo que quería decir y aceptó el trato.

—¿Qué necesitas tú para estar cómoda? —Inquirió.

Ella alzó la barbilla y contestó:

—Solo que me obedezcas y me respetes.

—Bien. Puedo hacerlo —asintió seguro de sí mismo—. ¿Algo más?

—Sí. No quiero que vuelvas a sacar el tema del día en el que me encontraste en el Temptations. Para mí está enterrado y es agua pasada. —Mentía. No iba a olvidar el dolor que vio en los ojos de Prince, ni tampoco la inmensa herida que se abrió en su corazón al sentirse despreciada y maltratada—. No voy a hablar más de eso. Si lo haces, nuestro trato se irá al garete —le ofreció la mano para sellar el pacto—. ¿Trato?

Prince sonrió amablemente y después, devolviéndole el gesto y la mirada, tomó su mano, pero no para estrechársela, sino para besarle el dorso como a una Reina.

—Trato hecho, Reina —contestó con voz ronca.

Sharon frunció el ceño y se removió inquieta ante el calor que le recorrió el cuerpo al ser el objeto de deseo de aquellos ojos negros.

Beep. Beep.

Los dos se soltaron la mano como si se hubieran quemado, y atendieron a sus móviles, que acababan de sonar a la vez.

Prince fue el primero en leer el mensaje de Whatsapp que enviaba Lion, en el que también adjuntaba una imagen.

Era una mujer de pelo castaño claro y muy corto, con capa. Sus ojos azules claros resaltaban en un rostro pálido de exuberantes pómulos. Tenía un pendiente en la nariz, un brillante blanco. Era masculina, y al mismo tiempo, femenina.

«De: Lion King

Summers ha conseguido hacer una captura de pantalla de la mujer que envió el e-mail a Sharon haciéndose pasar por Nina. Vamos a estar atentos a ver si la vemos en el lugar donde se va a celebrar el Fem Dom Con. No ha sido fichada nunca por la policía, no tiene antecedentes. Nadie sabe quién es».

«Este mediodía hay una comida en el Restaurante Italiano Dal Toro. Dentro de una hora hay que estar ahí. Podéis vestir informal, pero

respetando siempre los colores del BDSM. Nosotros no iremos, pero escucharemos y veremos los que vosotros. Poneos los intercomunicadores antes de ir para que podáis escucharnos».

Prince y Sharon acabaron de leer los mensajes y se miraron el uno al otro. Ellos nunca la habían visto en el mundo de la noche. Era una completa desconocida.

—¿Vamos a buscar a nuestra chica misteriosa? —preguntó Prince.

—Vamos —respondió Sharon con ganas de dar con ella.

* * *

Dal Toro Ristorante

En la planta baja del Palazzo, el complejo en el que Sharon y Prince tenían la suite, se encontraba uno de los muchos restaurantes italianos de aquella mini Venecia. Después de una entrada jaspeada, dentro del maravilloso local, se respiraba una atmósfera chic, elegante y clásica, decorada con arte contemporáneo y muebles tradicionales, combinadas con paredes venecianas rojizas, una enorme cristalera de espejo que rodeaba toda la sala, mesas cuadradas de color caoba, y una zona bar con taburetes blancos altos y de diseño. Aparte, un sofá largo y esquinero que recordaba a los restaurantes americanos antiguos, cuyo tapizado era rayado a franjas rojas y naranjas, del mismo color que la amplísima alfombra que separaban los dos ambientes.

Habían reservado el restaurante solo para ellos. Todo un lujo en Las Vegas.

Las Dóminas y sus sumisos compartían mesa con total libertad, casi la misma con la que hablaban de sus muchas experiencias en las domas con las demás parejas.

Sharon y Prince, que vestían los dos de negro riguroso, ella con un vestido corto ajustado de tubo que delineaba toda su figura, y él igual de elegante, con pantalón de pinzas y camisa oscura. Lo único que llamaba la atención en él era el grueso collar de piel negra, del cual colgaba una cadena plateada que llevaba Sharon en su mano derecha.

Él llevaba el pelo recogido en un moño bajo. Ella llevaba una diadema fina de brillantes, como sus pendientes, que retiraba todo su frondoso pelo rubio de su cara. Quería que se le vieran los ojos y los rasgos.

No se ocultaba de nada ni de nadie, ni mucho menos de aquellos que la requerían. ¿La buscaban? Pues ahí estaba.

En una mesa con cuatro comensales, encontró a unos viejos conocidos. Prince también los vio, por eso se fueron hacia ellos de cabeza. No solo por lo familiares que eran, sino, porque no se perdían casi ningún evento de aquel tipo, y seguro serían una fuente infinita de información.

Se trataba de Cam y Lex: una pareja de Amos, que jugaban a dominarse y a pelearse creando auténticos berenjenales entre ellos que acababan en domas que rozaban el sado.

Los dos eran rubios, de aspecto nórdico; se pintaban como góticos, y lucían piercings en el rostro. Participaron en el torneo de Dragones y Mazmorras Ds.

—Vaya, vaya... ¿Debemos levantarnos para recibir a la Reina? — preguntó Cam, peinándose con sus dedos de uñas pintadas de negro, su pelo rubio oxigenado de punta hacia atrás.

Lex, el hombre, se había rapado el pelo, y tenía los ojos demasiado marcados con kohl negro. Parecía un oso panda.

Sharon sonrió, miró a Prince de reojo y dijo:

—Solo si os arrodilláis luego y me besáis los pies.

Prince se rió por debajo de la nariz. Le encantaba las contestaciones de su Dómina. No iba a dejar que nadie les vacilara.

—¿Qué tal, querida? — preguntó Sharon como una dama de alta alcurnia —. ¿Sigues con tu extraña predilección por agujerearte el cuerpo? — observó su último piercing, que atravesaba la parte superior de su nariz, mientras esperaba a que Prince le retirara la silla para sentarse. Cuando lo hizo, Sharon se sentó sin darle siquiera las gracias, pero no le invitó a hacer lo mismo. Lo mantuvo de pie, tras ella. Todo el mundo debía creer aquella interpretación —. ¿Sabías que puedes quedarte bizca si te toca un nervio?

La otra pareja de la mesa, que Sharon no conocía, se echó a reír.

Aquello no le gustó a Cam, aunque tampoco le importó demasiado, porque la Reina le estaba hablando. Era un honor. Además, la punk seguía

estupefacta al ver al Príncipe, el temible Amo criatura, obediente y mermado a manos de el Ama de las Arañas.

—Así que era cierto... —susurró Cam—. Tienes al Príncipe comiendo de la mano.

—Síp —Sharon se cruzó de piernas y se acomodó en la silla—. ¿Qué te parece? Es muy obediente —mintió.

—Ya veo —el Ama le echó una mirada peligrosa de arriba abajo—. ¿Vas a jugar con él ahora? —se pasó la lengua entre los dientes—. ¿Nos regalas un numerito?

Sharon tomó una copa llena de agua y la bebió, tomándose su tiempo para responder.

Prince no podía más que reconocer el poder que tenía. Parecía que el mundo se paraba esperando a que ella hablara.

Los tenía a todos en la palma de la mano, solo por estar ahí, por aparecer, con su presencia vivaz y tan intensa que podía llegar a cegar.

Como a él lo cegó.

—No, Cam —contestó finalmente sujetando la copa en alto, mirando a través del agua transparente—. No juego con el perro cuando hay comida de por medio —espetó—. Ya sabes, a veces —le echó un vistazo por encima del hombro—, muerde.

—Joder, tío —le dijo Nick por el pinganillo—. Hoy no comes.

Prince deseó poder contestarle, pero no podía. Esa panda de capullos se lo estaban pasando bien a su costa, tanto como Lex, que se rió y señaló a Prince como si se jactara de él. La mirada que le dirigió enmudeció al nórdico de golpe.

La comida transcurrió con calma. Fue entretenida.

No tanto para Prince, que lo único que le apetecía era arrancarle el pelo a Sharon por tenerlo ahí de pie mientras se moría de hambre.

La Dómina pareció leerle la mente. Se giró y le dijo:

—Ven. Siéntate y come —le ordenó.

Todos estaban pendientes de ellos y de sus actitudes. Era tan loco que un Dómine tan duro como él cediera al sometimiento de Sharon. Habían sido pareja, la más famosa del reino bedesemero... Pero de ahí a regresar con los roles cambiados, era un shock inesperado y estrambótico para todos.

—Vamos a comer —Sharon le puso la servilleta por dentro de la elegante camisa, como si fuera un niño pequeño.

Habían traído una deliciosa fondue de queso, una ensalada tartar de tomate y atún, y Sharon le dio a probar de todo.

—Buen chico —lo felicitaba con cariño y sinceridad cuando abría la boca y tragaba lo que ella le daba—. Me encanta alimentarte, cachorro mío —le susurró al oído, sonriendo.

Prince se quedó anonadado al ver cómo le brillaban los ojos. Parecía que sí que le gustaba darle de comer. Era un Ama que agradecía y daba si él obedecía.

—Gracias, Mistress —contestó él.

Sharon le guiñó un ojo y le dio de beber. Sí. Si ambos ponían de su parte, se llevarían mucho mejor.

—Cam, ¿puede ser que tengas una hermana? —soltó Sharon a lo tonto, centrada en el modo en el que Prince masticaba y movía la boca, como el aristócrata educado que era.

Él no la vio venir, hasta que siguió la conversación.

Cam, que vestía con medias de rejilla, pantalones cortos, taconazos y una camiseta de tirantes de cuero, más hortera imposible, se quedó descolocada ante la pregunta. Lex, a su lado, puso la misma expresión.

—¿Una hermana? —repitió Cam.

—Sí... —continuó Sharon como quien no quería la cosa—. Una hermana. Me ha parecido ver a una chica con el pelo corto como tú, con capa... Los pómulos así marcados, como los tuyos. Pelo castaño claro, casi naranja...

Entonces, él la comprendió. Estaba buscando información sobre la mujer que le había enviado el e-mail. Tal vez Cam la conocía.

—Yo no tengo hermanas —contestó la Dómina.

—¿Ah, no? Pues hubiera jurado que era tu hermana...

—Tal vez habla de Tris —apuntó Lex.

—¿Y a ti quién te ha dicho que hables, puto? —Cam, que era mucho más agresiva que Sharon, tiró del collar de pinchos a Lex.

Eso no le gustaba a la Reina. Los pinchos se clavaban en la piel y hacían heridas si se apretaba demasiado.

—¿Tris? —quiso saber Sharon limpiándole las comisuras de la boca a Prince en contraposición al trato que prodigaba la punk a su sumiso—. ¿Quieres beber algo? ¿Vino? —cuando Prince asintió, ella le dio de beber. Se miraron a los ojos, dejando claro que debían prestar atención—. ¿Tris? ¿Qué Tris?

—Una Dómina. Es la única que puede haber por aquí que se parezca a mí —contestó Cam disconforme con Lex. Lo soltó a desgana.

—¿Tris? —repitió Sharon como si le sonara a chino—. Nunca he coincidido con ella.

—Bueno, yo la he visto un par de veces —explicó Cam bebiendo la copa de vino como si fuera agua—. En mazmorras del dolor.

Las mazmorras del dolor eran celdas sados con todo tipo de objetos de tortura. Sharon no frecuentaba esas celdas, ni tampoco Prince. Solo los sadomasoquistas.

Por eso nunca la habían visto.

—No sé mucho más de ella —finalizó Cam—. Pero es bastante masculina. Como yo —admitió con orgullo.

—Sí. Os parecéis —confirmó Sharon—. Bueno, supongo que la veré por aquí... ¿Sabes si participa en los tres días?

—Es posible. Aunque yo aún no la he visto.

Sharon y Prince sí la habían visto. De hecho, tenían una imagen suya en el móvil.

Debían esperar a verla aparecer.

—Buen trabajo, Sharon —la felicitó Nick por el intercomunicador.

—Gracias —contestó ella.

Prince la miró como si estuviera loca, al igual que Cam y Lex. ¿Hablaba con los muertos y nadie lo sabía? Había olvidado que solo ellos dos escuchaban lo que los demás decían a través del comunicador.

—Gracias..., perrito guapo —continuó disimulando, haciendo ver que Prince le estaba haciendo algo por debajo de la mesa—. Pero ahora mantén las pezuñas lejos de mi manzana. En la mesa no se juega —lo regañó dándole una cachetada para después apretarle la mejilla con los dedos. No demasiado fuerte.

«Maldita», pensó Prince divertido.

Si no se tomaba las cosas demasiado en serio, podría llegar a disfrutar de esa relación con Sharon.

Tenía ahí la clave de todo. Si cambiaba de actitud, podía pasarlo bien. ¿No merecía la pena intentarlo?

* * *

—Te encanta —dijo Prince una vez de vuelta al hotel. Cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella con los brazos cruzados.

—¿El qué? —Sharon se hacía la inocente, fingía que no entendía a lo que se refería. Pero sí lo hacía. Había tratado a Prince como a un animal durante toda la comida. Eso sí, un animal bien cuidado y bien alimentado.

—Sacarme a pasear —contestó sin más, apartándose de la puerta para caminar hasta la cama, donde se dejó caer—. Eres un Ama animalista.

Sharon se sonrió.

—Estaba entre eso, o feminizarte. Y, conociendo lo mucho que odias el que te ridiculicen poniéndote accesorios de mujer, ese era el único modo de someterte ante los demás. Quería que fueras un perro.

Prince se encogió de hombros. Apoyó un codo en el colchón y sostuvo su cabeza con su mano. Le dirigió una mirada capaz de provocar incendios.

Sharon no se amilanó y se la sostuvo.

—Lo siento. Seguro que tienes hambre —dijo cogiendo el teléfono de la habitación—. No has comido casi nada. Vamos a pedir que suban algo de comer, ¿te parece?

—¿Me lo estás preguntando? —dijo incrédulo—. Creo que echo de menos que me des órdenes. Parece todo más sencillo. No pensar. No calentarte la cabeza con decisiones absurdas. Qué comer, qué decir, qué ropa ponerte...

Sharon torció el gesto.

—¿A quién quieres engañar?

—Tienes razón —reconoció dándose la vuelta y clavando los ojos en el techo—. Me encanta tomar decisiones y ayudar a los demás a que las tomen. No podría vivir en el otro lado eternamente.

—Podrías ser un Switch.

—Lo sería. Pero solo con el Ama adecuada. —Sus ojos negros se encendieron al volver a depositar su expresión velada en su persona.

Sharon se frotó los brazos, algo incómoda. Ese interés de Prince en ella la ponía de los nervios.

—He pensado que podrías poner mi nombre a la escuela —apuntó volviendo a mirar al techo—. Hogar Steelman.

—¿Hogar Steelman? —Se jactó—. ¿Me tomas el pelo?

—¿Qué? Te he subvencionado toda la donación. Con eso podrás conseguir los permisos y hacer la obra... Soy, prácticamente —se llevó la mano al pecho—, el fundador.

¿El fundador? Volteó los ojos, mirando al techo otra vez, y suspiró como si no tuviera remedio. Nada le gustaba más al Amo que reírse de ella.

—No digas estupideces, anda —lo apremió con la mano, y la otra la apoyaba en su cadera—. Y quítate la camisa y los calzoncillos.

—¿Perdón? —se quedó sentado en la cama de golpe—. ¿Te vas a desnudar tú también?

—No. Yo no —replicó.

—¿Y por qué yo sí?

—Porque lo digo yo —contestó sin más. Tenía que aprender a hacer lo que ella dijera. Aunque con su gesto inflexible lo retaba a que le desobedeciera, pero, para su sorpresa, Prince, que no era tonto, concedió su deseo.

Se levantó frente a ella y muy lentamente se fue quitando de encima la ropa, prenda a prenda. Hasta quedarse maravillosamente desnudo.

Ella tuvo que hacer acopio de fuerzas y de valor para que sus manos no salieran disparadas a recorrer esa escultura en vida que era Prince. Asumía que iba a ser un hombre que la atraería para toda la eternidad. Había un halo en él, envuelto de belleza exótica y pagana, que hacía que no le pudiera quitar los ojos de encima.

Sharon se dio la vuelta para dirigirse al armario, donde tenía la bolsa de sus juguetes. Él tenía que aprender a ser paciente y a esperar, y si su Ama decidía ignorarlo como hacía, era lo que le tocaba.

Cuando Sharon regresó a él, llevaba una cadena plateada en las manos, y

el maldito anillo constrictor, que odiaba profundamente.

—No me jodas... —murmuró Prince.

—No. No lo hago —contestó ella tomando la cadena plateada de los extremos. A cada lado tenía un aro—. Esta noche tocará jugar, y más vale que vean que te tengo en vereda.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Lo sabes muy bien —contestó ella mordiéndose el labio inferior entretenida—. Son aros para los pezones.

—Odio esas cosas.

—Pues bien que me las ponías —le recordó ella.

—Porque a ti todo te queda de maravilla. Además, me ponía cachondo verte con ellos puestos.

—Entonces —murmuró en voz baja mientras apresaba un pezón con sus dedos y colocaba el aro hasta ajustarlo a la piel y apretarla levemente—. Comprenderás porque quiero que las lleves.

—¿Te excita verme con esto puesto? —preguntó juguetón.

—No —chasqueó con la lengua—. A mí solo me excita la obediencia y tu placer. Estas cosas te las pongo porque... —sonrió— te quedan de maravilla.

Prince se echó a reír y le espetó:

—Eres un Ama muy lista y arpía.

—Sí —asumió con agrado—. Y creo que te encanta —ella esperó a que él negara tal suposición, pero no lo hizo—. Te has portado muy bien en la comida. Estoy contenta —tironeó de la cadena para provocarle un punto de dolor—. Gracias.

Prince ni siquiera sintió los pinchazos. El rostro de Sharon era tan hermoso y parecía ser tan sincera, que se deleitó en ese instante de apacible camaradería y de tregua mansa.

Sí. Eran aquellos momentos los que echaba él de menos. Cuando veía a Sharon vulnerable y también agradecida; cuando se mostraba ante él como una mujer que no era solo de hierro, sino de seda y también de acero.

Le ardieron los dedos por tocarla, por besarla, acariciarla como antes... Y supo que estaba completamente loco. Loco porque la amaba y la echaba de menos. Loco porque estaba dispuesto a perdonar la infidelidad, el dolor y la traición.

Y loco porque, a pesar de querer perdonarla, pesaba la losa del arrepentimiento y de la duda en él, esa agria sensación que le indicaba que, aunque él olvidara la afrenta, había mucho más. Una verdad que cuanto más tiempo pasaba con ella, más se asomaba tras la barrera, y ese lobo maldito tenía las orejas enormes.

Y le asustaba, porque no sabía qué noticia traía.

—¿Te duelen? —preguntó preocupada por su bienestar—. No tienen que apretarte mucho, porque sino...

—Sé lo que me puede pasar, Reina —contestó él—. Y no me apetece tener necrosis, así que no te preocupes. Están bien así.

—Bien —Sharon bajó la mirada y se encontró con el sexo de Prince en guardia, y ya erecto. Se mordió el labio inferior y le echó una caída de ojos algo burlona.

—¿Qué quieres? —dijo él sin avergonzarse un ápice—. Es tu culpa, Mistress.

—¿Mi culpa? Yo no te he hecho nada —replicó abriendo el aro constrictor entre sus dedos.

—¿Y cuándo he necesitado que me lo hicieras para responder a ti? —Su pregunta fue toda una declaración de intenciones. El ambiente se espesó. Y era plenamente consciente de ello. Sharon tenía que saber que no sería inmune a ella jamás—. Me tienes cachondo con solo mirarme. Te tengo cerca y estoy duro. Es algo químico y físico. No puedo remediarlo, así que no me riñas.

—No te reñiría nunca por excitarte conmigo, Prince —contestó cautivada por sus palabras. Le hubiera gustado decirle que a ella le sucedía lo mismo. Estaban siendo repentinamente sinceros. Sin embargo, ¿para qué iba a decirle algo parecido? No iban a volver. No podía volver con alguien que creyó lo peor de ella. Y tampoco podría volver porque, precisamente entonces, Prince acabaría descubriendo lo peor de su pasado y de su presente. ¿Era cobarde por eso? ¿Por no querer enfrentarse a él? ¿Por ser descubierta?

—¿Te gusta?

—Me agrada. Sí. —No podía mentirle.

—Pero me vas a poner el estruja penes —dijo acusador.

Sharon se encogió de hombros.

—Sí. Lo siento. ¿Te acuerdas cuando tú me decías que debía correrme a tu orden? —susurró mirándolo a los ojos al tiempo que rodeaba su tallo duro con el anillo metálico. Lo cerró y lo ajustó a su piel, haciendo constricción a su alrededor, como una boa. Prince apretó los dientes, tomó aire y después asintió. Pobrecillo, le molestaba. Pero tenía que llevarlo.

—Sí.

—Pues esto es lo mismo. Quiero que sientas que solo yo puedo darte el orgasmo. Tu placer depende de mí y de lo que yo quiera, ¿sí? —le acarició la vara ardiente de arriba abajo, solo una vez. Acababa de tocarlo voluntariamente.

—Sharon...

—Relájate. Es solo para tenerte excitado —dijo con una sonrisa ladina.

—No. Estás jugando y me estás provocando.

—Sí —lo tomó de la barbilla de modo sibilino—. ¿Y qué? Soy tu Ama, y harás lo que yo quiera. No esperes intercambio. Te tocaré y te daré placer cuando me apetezca y, solo si te lo has ganado.

—Dios... qué mala eres —cerró los ojos teatralmente.

A los dos les costó separarse para atender los mensajes de Whatsapp que les enviaban los chicos.

Sharon lo leyó en voz alta.

«Ya han enviado la localización del lugar en el que se va a celebrar los tres días rojos. A las 22h de la noche en El Casino SteelLuck Las Vegas».

A Sharon se le cayó el móvil al suelo de los nervios. Palideció y el corazón se le saltó varios latidos.

No podía ser.

—No me lo puedo creer —musitó contrariada y desencantada.

—¿En el SteelLuck? ¿En serio? —se preguntó Prince con los ojos fijos en la pantalla.

—¿Lo sabías? ¿Tú sabías que el Fem Dom Con se iba a celebrar en uno de tus casinos? —le reprochó.

—No son mis casinos —protestó él defendiéndose de su acusación—. Sharon, no tenía ni idea. En todo caso es el casino de mi hermano Dominic.

El que abrió hace poco tiempo. ¿Recuerdas?

—¿Y él no te dijo nada? —inquirió.

—No.

—¿No es tu hermanito del alma? ¿No habláis a menudo?

—No tanto como crees... Pero, ¿qué más da si se celebra ahí?

—¿Cómo que qué más da? —se presionó la frente con la mano, intentando poner orden a sus pensamientos caóticos—. Nos va a ver juntos y no se va a creer nuestro rol. ¿Qué demonios pinta Dominic en todo esto, por el amor de Dios? Dijiste que él no practicaba.

—Y no lo hace. Pero le gusta el morbo de ver que otros lo hagan.

—¿Desde cuándo se mete él en negocios con el BDSM? ¿Y qué va a ganar con todo esto?

—Me haces demasiadas preguntas, y yo sé lo mismo que tú —repuso intentando tranquilizarla—. Solo nos queda arreglarnos y prepararnos para esta noche.

Prince no sabía ni qué contestar. Le tocaba esperar a la noche para ver a su hermano mayor y pedirle explicaciones.

—Me voy a duchar —espetó Sharon. Le echó un último vistazo. Seguía desnudo. Así que añadió—. Vístete ya.

De repente, al saber que posiblemente esa noche volvería a ver a Dom, se sintió sucia como el día en que abusó de ella. Necesitaba limpiarse, y esperar a que el agua se llevara el miedo y la desesperación que despertaba en ella el verse de nuevo con su demonio.

¿Cómo iba a reaccionar cuando se diera el encuentro?

Capítulo 9

Casino SteelLuck Las Vegas

Las Vegas

Llegaron los ocho juntos en una Hummer Limousine de color negro. Romano acababa de dar las directrices de cómo proceder durante la noche. El objetivo era buscar a Tris, colarse en el casino. Jugar y observar. Y si la veían, replegarse para poder cogerla actuando siempre con discreción. De lo que más habían hablado era de la participación y colaboración de Dominic con el Fem Dom. No lo entendían.

Prince no quería pensar demasiado en ello, y lo valoraba como una casualidad y como la necesidad de su hermano de tener relación con aquel mundo de pecado de un modo activo. Ya que no se atrevía a practicarlo.

No obstante, por la mirada que Lion le echó, se notaba que no había convencido a ninguno de ellos con sus divagaciones. Ni siquiera a él mismo. Pues no entendía cómo Dom no le había dicho nada a él sobre su intención de acoger los tres días rojos.

Observó a Sharon, que estaba visiblemente tensa. Y era extraño verla así, como si se fuera a romper en cualquier momento. ¿Qué tenía que ver Dom en ello? ¿Qué tenía que ver Dom con todo?

Lo cierto fue que odiaba no saber qué cruzaba por la mente de la Dómina. Había perdido el don de leerla. O tal vez, Sharon solo sabía protegerse muy bien de él.

—Nos toca bajar —dijo Markus—. Las damas primero.

Lion, Markus y Nick tenían los rostros cubiertos por máscaras soga de cuero negro con doble ajuste, de esas que permitían incluso estrangular al

sumiso. Sophie, que había decidido no dejar solo nunca más a Nick, Leslie y Cleo, se habían cubierto solo la parte de los ojos con antifaces de látex del mismo color.

Prince iba con el rostro totalmente descubierto, y Sharon llevaba el pelo rubio y largo suelto y un antifaz de látex rojo tipo Cat Woman.

Todo el equipo vestía de riguroso negro, y la única nota de color la daba Sharon con su antifaz y su melena al viento, ya que las demás chicas llevaban moños altos y recogidos, llevaban monos ajustados de látex, botas de caña hasta los muslos y tacones altísimos.

Impresionó verlos salir del coche ya que, los hombres que las Dóminas arrastraban del cuello como animales, y a alguno de las muñecas como a un preso, como Markus, eran muy grandes y fuertes, y ellas, en cambio, aunque no eran bajitas, excepto Cleo, no parecían tener una complexión fuerte; más bien al revés, eran esbeltas y elegantes.

Como fuera, representaban una estampa atractiva. Sharon iba a la cabeza, con un látigo en la mano, que arrastraba dejándolo muerto por el suelo, como una serpiente sin vida.

Mostraron sus pulseras con sus códigos, y los tipos de seguridad los chequearon. Les dejaron pasar sin problemas.

Markus sonrió a Leslie, y esta, con su pelo negrísimo recogido y una sonrisa soberbia le respondió oscilando los ojos azules:

—Eres un creído, ruso.

—Y te gusta —aseguró él disfrutando de lo bien que le quedaba el látex al trasero de su pareja.

El casino, por fuera, emitía una fuertes luces focales en movimiento que se dirigían al cielo nocturno y se podían contemplar desde cualquier punto de Las Vegas. Nada que llamase mucho la atención, ya que en esa ciudad del juego y el descontrol, todo era demasiado y nada suficientemente llamativo.

Pero por dentro... Por dentro, el casino de Las Vegas de los Steelman, era pura ostentación de poder. No sería el más grande, ni tampoco el más famoso, ni mucho menos el mejor. Pero una vez dentro, te hacía sentir como si fueras uno de los pocos elegidos para disfrutar de aquel lugar, uno de los pocos a los que habían permitido entrar.

Las luces rojizas iluminaban cada mesa de juego y cada tarima. Las

Dóminas jugaban en las mesas, acompañadas de sus sumisos; algunos ya recibían sus castigos y eran obligados a lamer botas.

Sharon odiaba ese lugar con todas sus fuerzas. Cada paso que daba en ese suelo marmóreo y cristalino, cada rincón, cada espacio abierto, cada cascada interior o fuente ornamental; detestaba las escaleras bañadas en oro que llevaba a la planta superior, y las figuras etruscas que decoraban los pasillos. Y lo odiaba por el mero hecho de que representaba el afán de un hombre por estar por encima de los demás, y por demostrar que él era mejor que el resto, más rico, más poderoso, de los de «yo tengo más que tú», cuando Sharon sabía de buena mano que Dom no estaba en el equipo de los buenos.

Ni por asomo. Dom residía en el ejército de los jugadores, de los abusadores, en el mismo ejército en el que estaba su padre. Seguramente, ocuparía la misma posición en el infierno, pensó ella amargamente.

—Tú decides, Dómina —le dijo Prince al oído—. Dónde quieres que vayamos.

Ella se envaró y salió de sus pensamientos nocivos.

—Bien —debía reponerse a la angustia que experimentaba y que quemaba su estómago como si no hubiera un mañana para ella.

En ese instante, del opulento techo lleno de pinturas victorianas que representaban el deseo, la ambición y la desidia, descendió una pantalla plana electrónica, casi tan grande como una de cine.

En ella apareció un primer plano de la chica que recibía a todos los participantes en el Liquid Red: era Kayla.

—Bienvenidos a todos, Dóminas y esclavos —los saludó—. Es un placer tener a tan ilustres miembros del mundo de la noche en los tres días rojos, aquí, en... ¡Las Vegas! —exclamó provocando el aplauso y la algarabía de los presentes—. A partir de hoy, hasta el domingo, tendrá lugar la mejor exposición y representación de la dominación femenina a nivel mundial. Para ello, qué mejor sitio donde celebrarlo que el especial Casino SteelLuck —miró a su alrededor como si pudiera verlo todo, como Dios—. Un lugar que ha abierto la puerta de sus mazmorras y su inframundo solo para nosotros. Podréis jugar, podréis gastar —enumeró—, podréis follar y castigar, en este Fem Dom Con elitista y privado donde solo, repito, pueden estar los mejores. Nosotros, nuestro clan y nadie más. Ni vainillas ni falsos Dómines. Solo los

que amamos el mundo de la dominación y la sumisión: tal y como debe ser.

La gente vitoreaba, silbaba y aplaudía las palabras de Kayla.

—Ahora, los que estén hartos de jugar en las mesas de póker y quieran jugar a otro tipo de cartas —sonrió lasciva— que desciendan las escaleras al Infierno. ¡Doy por empezados los tres días rojos!

Bueno. Después de aquella introducción de Kayla, ya sabían adonde debían dirigirse. Abajo, al Infierno.

—Os dejamos solos —dijo Cleo colocándose a su lado—. Vamos a jugar igual que vosotros, pero hay que mantener los ojos bien abiertos. Hay muchísima gente, no os vamos a perder de vista. Estaremos cerca, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Nala —contestó Sharon.

—Markus, Leslie, Lion y yo nos quedaremos en la periferia, vigilando y controlando lo que graban vuestros ojos de halcones. Nick y Sophie van con vosotros.

La hermosa Sophiestication, con su pelo castaño recogido en una cola alta y estirada y sus ojos caramelo ahumados semi ocultos por la máscara antifaz, le sonrió con algo de vergüenza.

—Tigretón y yo vamos con vosotros —aclaró Sophie.

—Bien.

A Sharon le caían bien las tres mujeres que la estaban ayudando. Cleo era como una vieja amiga, a Leslie la respetaba y era la que tenía el carácter más distante, pero con Sophie sentía algo especial. Bailaron juntas en el Cat's Meow, y la Ciceroni fue la única que vio en ella el anhelo y la melancolía de volver a sentir el amor que una vez sintió. La joven tenía el tatuaje japonés en la espalda oculto por el látex, pero Sharon lo había visto y a ella le gustaba. Sin embargo, debían ocultar sus verdaderas identidades lo mejor posible.

Nick, el rubísimo agente que hizo de sumiso en el torneo de Dragones y Mazmorras, se colocó al lado de Prince.

—Vamos, está controlado —les tranquilizó.

La Dómina sintió un profundo agradecimiento hacia ellos. Sabía que Lion tenía parte de culpa de que todos colaboraran, pero, se estaban involucrando de verdad. Seguramente, porque de algún modo, el mundo de la dominación también les había robado parte del corazón y de su alma, y no les gustaba la

idea de que sucedieran nuevos escándalos alrededor.

Descendieron las escaleras de mármol, y llegaron a una amplísima sala inferior con salas privadas y una central que parecía un estrado.

—Joder, la que ha montado aquí mi hermano... —Prince silbó impresionado—. Parece un mini Coliseo subterráneo.

—¿Por qué tu hermano querría tener este tipo de instalaciones aquí? —se preguntó Nick—. Es un casino, una sala de juegos de mesa y apuestas millonarias. Pero esta planta... me recuerda a las salas privadas de los clubs de striptease y de los burdeles. Dudo que haya montado todo esto solo para hoy. Piénsalo: salas acristaladas, cámaras privadas, una especie de anfiteatro central con tarimas alrededor... —señaló el amplio espacio circular que tenían en frente—. ¿Me lo parece o ha montado un club de intercambios sexuales bajo el casino? —los ojos amarillos de Nick miraron a Sophie, que permanecía callada observándolo todo.

Prince pensó lo mismo, pero no lo hizo en voz alta. Había llamado a Dom varias veces desde que les dieron la localización. Esperaba contactar con él para que le explicara qué demonios estaba haciendo con aquel casino. ¿Y si sus padres sabían que lo utilizaba para algo como un espectáculo de BDSM? Ellos eran muy conservadores. Pondrían el grito en el cielo si se enterasen.

—Dios... —murmuró Sophie—. Están repartiendo las mismas cartas del torneo. Están jugando —dijo con asombro.

Sharon se quedó inmóvil al ver cómo las parejas iban una a una a los puntos donde servían las cartas, donde habían mujeres vestidas con frac, como si fueran croupiers que repartieran fichas, y al momento, después de ver los resultados, jugaban a lo que les había tocado, en las salas y plataformas que les indicaban. Las cartas de Dragones y Mazmorras Ds eran muy explícitas, y se debían seguir al dedillo. Y eso debían hacer.

—Bien. Vamos a por nuestras cartas. —Sharon dio un paso al frente y animó al cuarteto a moverse.

Arrastró a Prince agarrándolo de la cadena, y Sophie hizo lo mismo con Nick, manteniendo una distancia prudencial.

La croupier reconoció a Sharon nada más verla, y le hizo una reverencia. La chica tenía el pelo castaño con mechas rubias, y lo llevaba recogido en una cola alta. De rostro pálido, sus ojos claros y ahumados sonreían, como si

podiera leer el futuro de todo y de todos.

—Reina —barajó las cartas y las dividió en cuatro pilas diferenciales—. Te digo lo mismo que a todos. Tras los espejos que rodean este lugar, hay jugadores que hacen sus apuestas y que votan el mejor ejercicio. Todos son gente bedesemera. Como queremos que este sea un festival donde todos lo den todo, nos hemos asegurado de que las Dóminas acepten agentes externos que ejerzan de presión en sus ejercicios.

—¿Cómo dices? —Sharon se imaginaba lo que quería decir, pero necesitaba que se lo aseguraran.

—En cada una de vuestras exhibiciones, habrá un Ama de la organización que se encargará de asegurarse de que sacáis el ejercicio con nota. Si no cumples lo que dictaminan las cartas, nuestra Dómina se quedará contigo y te castigará.

—¿Y cómo es que en los e-mails de información no habláis de eso? —se preguntó Sharon en voz alta—. No nos habían avisado de que iba a haber público ni tampoco de que íbamos a tener control. Somos todas Amas versadas y no nos hacen falta ojeadores.

La joven, de nombre Kelly, la miró fijamente y sonrió con una disculpa.

—Son las reglas del casino. Apostar sobre los ejercicios bedesemeros y ofrecer un excelente espectáculo. Nosotros jugamos y ellos juegan. Salimos todos ganando —contestó liviana—. No se han permitido ni cámaras de grabación ni fotográficas. Ya sabes lo que dicen —desvió la mirada de uno al otro—: lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas.

—Sí. Y mientras tanto, ¿me ven a mí y a mi sumiso en cueros? —le recriminó dejándola totalmente cortada—. Solo yo decido quién nos ve en las domas —aclaró.

—Son... Bueno —Kelly se quedó totalmente cortada—. Son normas del casino en convenio con las organizadoras del Fem Dom Con.

—¿Y dices que una de esas organizadoras va a estar revisando lo que hago con mi sumiso? —se sentía insultada.

—Sí. Entrará en los minutos finales de vuestra prueba para dar el veredicto.

—Soy la Reina de las Arañas —dijo inclinándose hacia delante para intimidar a Kelly. Y lo consiguió—. Sabes quién soy, ¿verdad?

Kelly asintió con nerviosismo.

—Bien. ¿Y de verdad crees que alguna de vuestras organizadoras de tres al cuarto me va a decir a mí si hago o no hago bien las cosas? —una de sus cejas rubias salió disparada hacia arriba.

—Bueno... yo... soy solo una comunicadora —informó avergonzada. Sharon tenía ese poder, su actitud era tan dominante cuando se lo proponía que llegaba a menguar a los demás.

—Está bien. —Tenía a Kelly justo donde la quería—. Acepto el reto. Y dime: ¿cuándo podremos hablar con la persona que ha decidido sobre estos puntos? —quiso saber inflexible—. ¿Y quién organiza el Fem Dom Con y hace estos acuerdos?

—El señor Steelman visitará mañana el casino —contestó jugando insegura con las cartas—. Podrán reclamarle a él directamente.

Sharon le dirigió una mirada de desdén, y después, se obligó a tranquilizarse. Dominic era una ser repugnante y asqueroso. ¿Cómo había mezclado el mundo de las apuestas con el BDSM?

Sharon tragó saliva, pues ver esas cartas le recordaba al torneo, aunque habían modificado los roles y el funcionamiento. Un torneo donde murió una de sus amigas Dóminas: Thelma. El maldito torneo donde empezó a decaer su mundo y donde la gente más mala y más cruel encontró un filón con el que poder negociar y en el que poder esconderse. Gente mala como Dom.

¿Era legal lo que hacía?

—En fin. Esto no es culpa tuya, ¿verdad, Kelly? —preguntó condescendiente.

—No. No lo es —aclaró.

—Pues venga —la instó a que repartiera las cartas—. Léeme la buenaventura —dijo maligna—. Y acabemos con esto.

Controló el modo tan ágil en el que se desenvolvía y movía los dedos para manipular sus cartas. Y fue entonces cuando volvió a detectar un símbolo conocido. En uno de sus dedos, en el meñique, tenía un círculo con una cruz que lo dividía a partes iguales. En cuatro partes.

La mujer la animó a que tomara una carta de cada.

—No. No las tomaré yo —contestó Sharon. Miró a Prince por encima del hombro, esperando obediencia ciega. Él la leyó inmediatamente, dio un paso

al frente y se ubicó frente a la mesita con las cuatro pilas montantes.

Superficie, modalidad, objetos y tiempo.

Prince dio la vuelta a la primera carta: Superficie-silla.

La segunda indicaba: Objeto-Gag.

Modalidad: «durante toda la doma, se podrá utilizar sobre el sumiso velas y cera».

Tiempo: «en media hora, habrá que provocar al sumiso para que se corra tres veces».

Tres veces. Tres.

Cuando Sharon y Prince leyeron lo que tenían que hacer y cómo lo tenían que hacer, no quisieron demostrar su sorpresa.

Cuando Sharon era su sumisa, había jugado con las gotas de cera ardiendo sobre su cuerpo, pero nadie jamás se lo había hecho a él.

—¿Dónde? —quiso saber Sharon.

Kelly se tocó el oído, como si alguien hablara con ella.

—En la sala de la Emperadora —contestó Kelly señalándole hacia donde debían dirigirse.

—Genial.

Sharon se dio la vuelta y alejó a Prince de Kelly, y también de Sophie y Nick, como si no les conociera. Sophie todavía se reía del escarmiento que acababa de darle Sharon a la pobre Kelly.

Iban a hacer su numerito en una pecera acristalada donde no solo verían su espectáculo las Dóminas y los sumisos ahí presentes; sino, que un grupo de personas mironas y a las que les gustaba las apuestas, también lo harían desde la comodidad y el anonimato que les daba estar escondidos detrás de un panel.

Sharon odiaba la falsedad. Era de las que pensaba que no había nada de lo que ocultarse en cuanto a gustos y tendencias. Si ella y Prince se mostraban, ¿por qué los demás no? No era un torneo. Era un Festival de dominación femenina. No había nada que ocultar, o al menos, eso había creído ella.

—¿Estás listo? —le preguntó Sharon preocupada por él y por el mal trago que sabía que iba a pasar.

Prince le dirigió una mirada tranquilizadora.

—¿En media hora tres orgasmos? —inquirió Prince subiendo los

peldaños que los llevaban a la sala escaparate—. Me muero de ganas de ver cómo lo consigues. Además, lo necesito —le aseguró—. Estoy a reventar desde que estoy contigo —le dijo con una sonrisa—. Ya va siendo hora de que me hagas sentir bien.

Sharon le devolvió la sonrisa. Le gustaba que actuara de aquel modo para hacerlo todo más liviano. Prince quería hacerle creer que Sharon le iba a servir a él, y no al revés.

El instinto de Dómina se rebeló contra ello, pero pensó que si había una sola persona que podía jugar con ella de aquel modo, solo podía ser él. Solo se lo permitiría a él.

Entraron en la sala, donde una única silla de madera y vieja, decoraba la oscura estancia, de suelos de cemento y paredes de cristal.

Era como si quisieran darle un aspecto de fragilidad y vulnerabilidad a la doma. Y era cierto que en las domas los sumisos se sentían vulnerables, pero también eran aguerridos.

Sharon tiró de la cadena y de su collar de sumisión y le obligó a sentarse en la silla, de cara hacia ella.

Un marcador de tiempo holográfico se reflectaba en el cristal con los treinta minutos indicados. E inmediatamente empezó a correr hacia atrás.

* * *

Prince se moría. Literalmente, se moría de ganas de que ella, de una vez por todas, le tocara cómo sabía para que se corriera como un loco.

El modo en que Sharon tomaba la iniciativa y daba reprimendas a los demás, como si fueran colegialas, le excitaba hasta el punto del dolor.

Y él. Él había sido el único capaz de someterla, el único con el que aquella Reina había cedido. ¿Por qué? Pues, sencillamente, porque le amaba. Porque le amó hasta el punto de ponerse en sus manos y obtener su placer dándole las riendas. Ahora lo entendía.

Y quería devolverle el gesto. No solo porque la amó, sino porque todavía la amaba a pesar de todo. Por eso, con ella, sería con la única persona con la que iba a dejarse dominar.

Sharon tenía su respeto y su corazón. Y no lo había recuperado. Todavía lo tenía ella.

Ella le iba a tapar los ojos con un antifaz negro sin apertura. No vería nada.

—No, por favor, Mistress —le pidió Prince.

Ella detuvo las manos a medio camino de su rostro.

—Quiero verte, por favor, Mistress.

Sharon no supo qué contestar. Lo único que sabía era que el reloj corría sin detenerse.

Sin embargo, concedió su deseo. Dejó el antifaz en el suelo y se centró en Prince.

—Las manos a la espalda —le ordenó.

—Sí, Mistress —obedeció dócilmente.

Sharon procedió a atarle las muñecas con una cuerda del armario de objetos.

—Vas a estar inmóvil —le dijo al oído.

A él le daba igual. Quería disfrutar de aquello.

Después encendió una vela roja y gruesa y la ubicó a sus pies.

Sharon se acuclilló frente a él, entre sus piernas abiertas. No era una postura dominante, pero no le hacía falta en ese momento estar más alta que él, ya que tenía todo el poder con solo mirarlo.

Primero le abrió el chaleco de piel sin mangas que llevaba y dejó todo su torso al descubierto. Después le bajó la cremallera del pantalón y sacó con cuidado su miembro duro y erecto.

El anillo lo había hinchado y enrojecido.

Ella lo estudió, y decidió que para conseguir tres orgasmos seguidos con Prince, tenía que ir con todo.

—Vas a correrte tres veces para mí —le dijo sin opción a réplica—. No voy a bajarte los pantalones. Nadie tiene por qué ver lo que yo veo.

—Sí, Mistress —dijo impaciente—. Gracias, Mistress.

Sharon sonrió. Quería tranquilizarlo, aunque era difícil, dada la situación.

El primer orgasmo sería rápido, decidió. Solo lo tocó con la punta de la lengua, de abajo arriba, y le acarició un poco los testículos.

Ella lo miró mientras se lo hacía, y Prince fue incapaz de apartar sus ojos

de los de la Dómina.

Y entonces, sucedió lo que siempre les sucedía cuando estaban juntos.

El mundo exterior dejaba de existir: la sala perdía su transparencia y se creaba una burbuja atemporal en la que solo podían cohabitar ellos. Nadie más podía entrar ahí.

No habían mirones, ni cotillas, ni más Amas ni sumisos.

Únicamente Sharon y Prince.

Para que se corriera rápido tenía que quitarle el anillo constrictor. Lo hizo con la habilidad de la experta que era, y esta vez, le ayudó con la mano, masturbándolo.

—Sí, joder... —Prince levantó las caderas hacia arriba, dejó caer la cabeza hacia atrás en una imagen totalmente decadente y pecaminosa, y se corrió mientras ella le acariciaba arriba y abajo, como a él le gustaba, como si fuera su cuerpo quien lo engullía.

—Buen chico —le felicitó acariciando su vientre—. Eso es, déjate ir.

A ella le agradó, le hizo sentirse poderosa el ronquido de placer que emergió de aquel duro y musculoso pecho.

El anillo y la imposibilidad de correrse le facilitarían que en poco tiempo pudiera volver a excitarse y a liberarse para ella. Pero mientras tanto, necesitaba contrastes.

Prince aún disfrutaba de los resquicios de su orgasmo, cuando Sharon se levantó y tomó la vela.

Debía hacer eso, para que cuando volvieran las caricias, estuviera más receptivo. Miró el reloj y vio que quedaban veinte minutos.

Sharon pasó una mano por sus hombros desnudos y después por su pecho. Se detuvo en los pezones y los golpeó con su uña. Él siseó. Los tenía hipersensibles debido a los aretes.

La primera gota de cera le quemó, pero se enfriaba con tanta rapidez que no daba tiempo a abrasarle la piel.

—Tienes que aguantar esto, Príncipe —le murmuró salpicando todo su torso con cera...

—Maldita. Quema —apretó los dientes.

Sharon le riñó con solo un gesto.

—¿Maldita yo?

—No. Tú no, Mistress —contestó él—. La cera.

—Ajá —Sharon dejó caer un chorro más grande que el anterior por encima de su ombligo. Observó gustosa cómo su abdomen se contraía hasta que todos los músculos se le quemaron.

—No te lo he dicho a ti —se defendió.

—Bien. Solo por si acaso —sonrió haciéndolo cómplice de su broma y de su actuación.

Y a Prince le pareció tan perfecta y hermosa que sintió rabia de que los demás pudieran verla en aquella doma. La quería solo para él. Siempre la quiso. Nunca dejaría de hacerlo.

Ella se detuvo y dejó la vela a sus pies. Después le pasó las uñas por los muslos de acero, y, a continuación se inclinó hacia adelante, para lamerle los pezones, todavía presos por los aretes.

Los succionó. Prince cerró los ojos y disfrutó de su atención. ¿Cómo podía estar tan apunto otra vez?

Sharon tomó la cadenita que unía los dos piercings metálicos.

—Voy a saborearte —y después bajó la cabeza para llevarse su miembro a la boca, todo lo profundo que pudo.

Ya estaba listo y preparado. Tan hinchado que parecía que iba a explotar.

—¿Qué me estás haciendo, mujer?

Sharon tiró de la cadena y el pellizco fue directo a sus pezones, sensibles y doloridos.

—Perdón, Mistress. Me estás volviendo loco —se disculpó—. Ya no sé ni lo que digo.

Ella disimuló una sonrisa y se concentró en darle placer.

Prince sudaba, y se enfurecía cada vez más y más con la tortura. Sharon se apartó, lo trabajó con la mano y dijo:

—Vamos, nene. Otra vez.

Prince ni siquiera podía controlarse o aguantar un poco su explosión. Era un pelele en manos de la Implacable.

—Joder... —gimió mientras volvía a liberarse en manos de Sharon.

Ella lo hacía así para que la gente viera que se corría de verdad. ¿No querían pruebas?

Prince luchaba por coger aire. Tenía la cabeza como peso muerto, hacia

abajo. Las gotas de sudor resbalaban desde su cuello y su clavícula hasta su vientre.

Ella se levantó, poderosa y fresca como una rosa y observó el reloj. Quedaban diez minutos.

Diez minutos para conseguir otro orgasmo de ese increíble guerrero, tan atractivo y fuerte que la convertía en una loca paranoica, celosa hasta de su propia sombra. Todavía no sabía cómo vivía sabiendo que él había dominado a otras mujeres después de ella y, en cambio, ella nunca se había dejado tocar por nadie más.

El pensamiento la agrió y la hirió. Sin embargo, las palabras de Prince la sacaron de la agonía.

—No voy a poder correrme otra vez así —dijo alzando el rostro para fijar sus ojos negros en su rostro gatuno. Eso era lo que parecía Sharon, una gata de antifaz rojo y ojos rasgados y peligrosos.

—Eso lo decidiré yo —le recordó.

—Si quieres que me corra, Mistress, por favor, te lo ruego...

—¿Qué? —Sharon quería oírlo de su propia boca. Aquella doma era una venganza y una demostración de que él le pertenecía, aunque no lo supiera. Pero tenía que dejárselo claro a todos los que miraban, fueran quienes fuesen, vinieran de donde viniesen—. Suplicámelo —lo instó dando un paso hacia él y pasando una de sus piernas por encima de sus muslos, hasta apretarlo entre las suyas.

—Sharon...

Ella se inclinó y le tomó las mejillas con una de sus manos.

—Sharon, no —le recordó—. Dime, ¿qué es lo que quiere el nene? —le preguntó con sorna. Tenía que seguir el juego ante todos.

Prince levantó la barbilla y, sin perderle la mirada, le contestó:

—Móntame. Quiero que me montes, te lo suplico...

La imagen de Sharon de pie mirando hacia abajo y de Prince con el cuello hacia atrás, observándola sentado en la silla, con las manos atadas y el cuerpo lleno de cera, iba a ser recordada por todos los afortunados que presenciaban ese instante.

Dos torres se enfrentaban la una a la otra: y una de ellas se sometía.

A Sharon le brillaron los ojos, y, con decisión, se llevó la mano a su

entrepierna. Abrió su cremallera especial, la ubicada justo en su raja más íntima para dejar la zona accesible, y poco a poco se dejó caer sobre Prince, sosteniendo el miembro del hombre con la otra mano.

A él le encantó saber que nadie la vería desnuda. Que nadie la sentiría. Le gustaban esas cremalleras.

Se clavó las uñas en las palmas al percibir el modo en el que el interior de la Dómina lo engullía.

—Sí... estás mojada. ¿Por mí? —le preguntó esperanzado.

—Chist —le ordenó tomándolo del pelo—. No abras la boca.

Ella empezó a moverse arriba y abajo, rotando las caderas hasta dejarlo muy alojado en su interior.

Le dolía, pero ella adoraba ese punto de castigo en las penetraciones, porque cuanto más profundo, más intenso era el placer.

Prince la miraba entre sus largas y curvadas pestañas mientras ella lo poseía frente a todos los anónimos. Juraría que todo el festival estaba alrededor de su sala, mirando cómo la Reina de las Arañas construía su telar a su alrededor para apresarlo, torturarlo y acabar con él.

—Muero con gusto... —murmuró Prince maravillado por aquella posesión.

—¿Qué? —le preguntó Sharon acercando su oreja a su boca.

—Muero con gusto en tu telar, Sharon —le dijo en voz baja.

Ella cogió aire por la boca, queriendo hacerse la fuerte, como si aquello no estuviera destruyéndola de nuevo, como si no la cambiara.

Le estaba haciendo el amor. Ella a él. Y eso derrumbaba cualquier posibilidad de volver a erigir su muro. Volvería a ser vulnerable a Prince. Porque ahí estaban jugando a muchas cosas. A ser compañeros; a ser amigos; a ser amantes.

Sharon lo tomó de la cadena de sus pezones y tiró con fuerza de ella hasta quitarle los aretes, provocándole un latigazo de dolor tan intenso que lo hizo gritar y tensarse.

—Sharon —gruñó con los dientes apretados a punto de rompérseles.

—Concéntrate —le ordenó agarrada a su pelo—. Te estoy aspirando entero —le esperó—. Nos quedan dos minutos. Siente cómo la sangre que se ha ido a socorrer a tus pezones, regresa ahora con fuerza al lugar que estoy

bombeando. Siente cómo regresa de golpe.

Prince cerró los ojos y se dejó guiar por su voz.

—No siento una mierda. Bésame —le dijo él de golpe.

Sharon tiró de su pelo con más fuerza.

—No me des órdenes, maldito —recordó con mal humor, controlando la situación en todo momento.

—Bésame, preciosa... —susurró con más dulzura—. Por favor. Te lo suplico.

—No. Córrete —le ordenó.

—No me voy a correr si no me besas, Mistress —sabía que ella no iba a ceder tan fácil, pero se moriría si no conseguía lo que quería. Y quería un beso dado a voluntad. No como los que él le había robado.

Quería que se lo diera ella.

—Prince... —asustada controló el reloj—. Queda un minuto.

—Bésame, Mistress...

—No me hagas esto —pidió enfadada.

—Bésame y me correré. Lo necesito.

Ella no daba crédito. ¿Quería besos? Se había vuelto loco. Y quería volverla loca a ella. Si lo besaba, su guerra se acabaría. Pero si no lo besaba, ¿sería capaz Prince de aguantar su orgasmo?

Si se lo daba, estaría perdida definitivamente. Porque los besos de Prince eran adictivos.

Cuando se conocieron, él le dijo que si lo besaba, no habría vuelta atrás. Y tuvo razón. Se enganchó tantísimo, dependiente de sus besos, que no podía pasar un solo día sin comerle la boca.

Aun así, no les quedaba tiempo.

Tomó la decisión sobre la marcha. Iba a conseguir el tercero de Prince, aunque tuviera que besarle para ello.

Enfadada con él y con ella misma por ser tan débil, le echó la cabeza hacia atrás hasta dejarle en un ángulo incómodo, y acto seguido, dejó caer su boca sobre la de él.

Se dieron un beso tan peleado, ella encima de él, a horcajadas, que les supo a hierro, a victoria y a derrota por igual.

Prince introdujo su lengua y buscó la de ella, hasta que se encontraron y

se anudaron, frotándose la una contra la otra.

Sus besos eran así. Con todo el alma y la intención. Si no se besaba así, entonces, no se besaba de verdad.

Él gimió y el sonido le llegó a la garganta. Sharon lo rodeó con los brazos, pero no le soltó la melena bajo ningún concepto: él era el caballo, y ella la amazona.

—Me corro —le dijo Prince mirándola a los ojos—. Me voy a correr... dentro de ti.

—Córrete, cariño —lo apremió.

Esas palabras lo dispararon. Sus caderas se movieron hacia arriba, sacudiéndola encima de la silla. Sharon votaba como si estuviera sobre un potro salvaje.

Pero sostuvo el equilibrio y, a la vez, mantuvo cuerdo a Prince mientras se corría bien adentro. Ella le mordió el labio inferior con fuerza, y eso provocó que Prince continuara bombeando durante varios segundos más.

Y al final, él dejó caer la cabeza hacia adelante, luchando por respirar, apoyado en el hombro de Sharon, que lo acunaba, y soltaba con lentitud cada mechón de pelo negro que había sujetado, para después peinarlo con delicadeza.

El silencio entre ellos se hizo tan extraño que ni siquiera se atrevieron a moverse.

El tiempo en el reloj holográfico se quedó a cero.

Sharon retiró el pelo de la cara de Prince y le dijo:

—Lo hemos hecho. Lo hemos superado.

Prince intentó levantar la cabeza con dificultad, y cuando lo consiguió contestó:

—Yo no he superado una mierda —murmuró con la mirada ensombrecida.

—¿De qué hablas?

—Sharon...

—No —lo detuvo asustada.

—¿Cómo voy a poder superarte? ¿Cómo dejar atrás tanto bueno? ¿Cómo superar lo malo? —se preguntó en voz alta.

—No, Prince, aquí no...

Él la ignoró totalmente.

—Sé que debo hacerlo. Pero no sé cómo —reconoció—. ¿Me puedes ayudar a olvidarte?

El interrogante y la tristeza que invadieron sus palabras acongojaron a Sharon. ¿Cómo iba a ayudarlo cuando ella no podía olvidarlo a él?

Sharon no sabría jamás si hubiera dado una respuesta a Prince, porque en ese momento, una Dómina vestida de látex negro y violeta, entró aplaudiendo con parsimonia el número representado por Prince y Sharon.

La Reina se la quedó mirando, cuando, estupefacta, comprobó que el Ama que acababa de entrar a su sala era Tris, la mujer que le había enviado el e-mail haciéndose pasar por Nina.

—Joder, esa es Tris —dijo Lion por el intercomunicador a ambos—. Vamos para allá.

Capítulo 10

Casino SteelLuck Las Vegas **Las Vegas**

Mirarla era como ver a un fantasma. O incluso a una asesina, si es que ella lo era. Como fuese, Sharon se levantó de encima de Prince y se cerró la cremallera. Necesitaba limpiarse, tenía la semilla del Amo en su interior, pero más le apremiaba estar frente a frente con esa mujer.

—Sharon —le avisó Cleo por el comunicador—. Recuerda que ella no sabe que sabemos lo que sabemos. Haz como si fuera la primera vez que ves su cara.

La Dómina pegó los labios en una línea de frustración, pero rápidamente reaccionó y fingió no conocerla de nada.

—Por los pelos, ¿eh, Reina? —dijo Tris sonriente, sorbiendo por la nariz.

Tris era muy masculina. Incluso sus ojos, algo más femenino, tenían una dureza brutal y cruel que se apreciaba cuando más cerca la tenías.

Era guapa. Pero se veía a lo lejos que también era tóxica.

—¿Quién eres tú? —preguntó Sharon manteniendo su postura arrogante mientras desataba las muñecas de Prince y lo levantaba de la silla.

Sharon no se daba cuenta, pero procuraba cubrir a su sumiso, cerrándole el chaleco sobre su torso, y después, abrochándole de nuevo el pantalón.

No quería que esa mujer le viera. No le daba la gana.

—Soy una de las Amas encargadas de meteros presión —se encogió de hombros. Después, tomó la poca vela que quedaba y sopló para acabar la llama—. Pero ya veo que no os ha hecho falta mi intervención. Una pena —se lamentó—. Me hubiera encantado jugar un rato contigo.

Ella intentó mantener su furia bajo control. No estaba ahí para jugar, sino para poder encontrar a Alejandra y a Nina y saber qué había sucedido con ellas.

—Tal vez, en otro momento. Cuando pierda —contestó Sharon sonriéndole con suficiencia.

Tris guardó la vela en el mueble donde estaban todas las herramientas, y cuando se giró para mirar a Prince les dijo a ambos.

—Ya podéis dejar la sala vacía —sorbió por la nariz.

—Tiene la nariz blanca —comentó Leslie por el intercomunicador—. Tiene polvo blanco en la punta de la nariz.

Prince y Sharon la observaron con suma atención hasta corroborar lo que Leslie decía. Pues sí que grababa bien el ojo de halcón de su gargantilla, pensó Sharon.

—Chicos, salid de ahí —ordenó Lion—. Y seguid a Tris. Vamos a obligarla a entrar en los aseos.

—Sí, ya nos vamos —contestó Sharon—. Cuánta prisa... Después del espectáculo que hemos dado, ese no es modo de tratar a vuestras estrellas —la reprendió sabiendo que eso molestaría a alguien como esa mujer.

Después de lanzarse sendas miradas desafiantes la una a la otra, Sharon obligó a Prince a salir de la sala. Ellos no podían conseguir nada más, debía dejarlo en las manos de los agentes.

Una vez afuera, los dominantes y sumisos iban de un lado al otro, contemplando un número u otro, jugando, siendo protagonistas de uno de ellos... Había muchísima gente.

Tris los adelantó y justo cuando ya los iba a dejar atrás, vieron como Sophie, «sin querer», se chocó con la Dómina y le echó por encima un mojito granizado que había obtenido de las zonas de descanso y refrigerios.

—Uy, disculpa... —dijo Sophie.

—¡Joder! —exclamó Tris—. Está helado. Mira cómo me has puesto... —la miró de arriba abajo como si no valiera nada—. Tendría que hacértelo limpiar con la lengua.

Sophie parpadeó con inocencia, y súbitamente, cambió su expresión a una más atrevida.

Sharon se quedó boquiabierta. ¿Estaba coqueteando con Tris?

—Si es lo que deseas... —dijo en un suave murmullo—. Puedo hacerlo, Dómina.

Tris se apartó uno de los mechones largos de su pelo que le caían sobre los ojos. Los retiró, porque le molestaban y le impedían ver lo bonita que era esa chica.

—¿Y tu Ama? —quiso saber Tris.

—Está castigada en una de las salas porque no ha logrado complacerme en el tiempo que le han exigido —contestó Sophie colocándose bien el antifaz, bebiendo de nuevo de lo poco que le quedaba de mojito—. Y yo... —se encogió de hombros como una niña, jugando con la lengua con la caña de beber— me he quedado sola.

—¿Así que tu Ama no ha conseguido hacerte disfrutar? —sorbió de nuevo por la nariz.

—Nop —contestó Sophie.

—Entonces, ven —le dijo tomándola de la muñeca y tirando de ella—. Yo sí puedo hacerte disfrutar. Pero aquí no, guapa.

—No os alarméis. No la sigáis —pidió Lion en voz baja a través de los intercomunicadores—. La tenemos controlada. Vamos a seguirla y a cogerla cuando menos se lo espere.

Prince se apretó el oído y preguntó disimuladamente.

—¿Cómo? Se la está llevando.

—Tranquilos, esperad donde estáis. Ahora os avisaremos. Sophie tiene una pequeña jeringa... la tiene que hacer servir con Tris.

—¿Una jeringa? —se preguntó Sharon en voz alta—. ¿Dónde se la ha metido? Llevaba un mono de látex, ¡por el amor de Dios! —preguntó sorprendida.

—Se la ha dado Nick —contestó Cleo riendo—. No te alteres —le recomendó—. Ni imagines cosas raras.

—Ven —Prince la tomó de la mano y la obligó a que se centrara en él. Si los estaban vigilando, debían ser muy convincentes en su papel.

La Dómina no se esperaba ese contacto fuera de la sala, por eso se sorprendió al notar sus dedos entrelazados con los de ella.

—¿Estás bien? —le preguntó Prince queriendo tranquilizarla.

—Eh... sí —contestó ella.

—No te has corrido —le dijo de golpe y porrazo—. Ahí adentro, yo lo he hecho tres veces y tú ni una.

—Sí. ¿Y?

—No me gusta correrme solo.

Sus ojos negros se tornaban vidriosos ante aquella declaración.

Sharon, que no lo había visto nunca así de vulnerable, pensó que eran emociones normales tras las domas; fragilidad, sensibilidad y vulnerabilidad.

Pero ver esa reacción en Prince la afectaba, aunque no quisiera.

—Pues es lo que hay.

—¿Sabes qué creo? —le espetó de repente.

—¿Qué?

—Me temo que no te puedes correr si no soy yo quien te somete. Que aquel día en el Temptations te corriste como hacía tiempo que no lo hacías. Porque era yo quien te tocaba. Te gusta dar placer, te encanta, pero no puedes ponerte en manos de otro porque físicamente tu cuerpo no responde a su contacto. Sabes que es por eso. Me echas de menos.

—Eres muy creído, Príncipe —contestó—. Soy muy capaz de correrme cuando lo desee.

—Sí. El problema es que no lo deseas.

—¿Ah, no? —se puso de puntillas para acercarse al lóbulo de su oreja—. No me pongas a prueba, o te podría dejar de piedra —le previno antes de que siguiera por ese camino certero.

Prince tenía razón. Podía correrse si era ella quien se daba placer a sí misma. Pero si daba placer a los demás, los usaba solo para que hicieran ronronear su motor. Después, siempre acababa ella misma, con sus dedos o sus juguetes, en la soledad de su alcoba.

¿Cómo podía saber algo tan íntimo? ¿Por qué tenía esa capacidad de meterse en su cabeza y ver lo que nadie más veía?

Prince iba a añadir algo más cuando Lion les habló por el intercomunicador:

—Chicos, salid y pedid un taxi hasta el hotel. Os esperamos en la suite de Leslie y Markus. Tenemos a Tris.

Sharon y Prince dejaron la discusión para más tarde. Tenían a la Dómina que conocía el paradero de Nina. O, al menos, creían que la tenían.

Nada había más importante que eso.

La suite del ruso y Leslie estaba en la misma planta que la de ellos, aunque cuatro puertas más alejada de la suya.

Fue Leslie quien abrió. Ya se había quitado el antifaz, pero todavía llevaba el impresionante mono que le quedaba como un guante.

Sharon sabía admirar la belleza femenina y reconocía que las Connelly tenían un encanto particular y muy especial. Le llamaban la atención.

Cuando entraron en ella, ninguno de los dos sabía muy bien qué iban a encontrarse. Nunca habían estado en ningún tipo de interrogatorio. Aunque en sus eventos pasados pudieran suceder todo tipo de conflictos corruptos, tanto Sharon como Prince se mantenían al margen y desconocían el juego que podían traerse los demás.

No así esta vez. En ese momento todo era distinto. Estaban ahí, junto a seis agentes disfrazados de Amas y sumisos.

* * *

Las tres mujeres que les ayudaban a encontrar a su amiga eran diferentes, pero al mismo tiempo, esas diferencias las hacían parecidas. La dulce Sophie, la valiente y divertida Cleo y la aguerrida y desafiante Leslie. Mujeres de armas tomar, sí señor.

—Pasad —les invitó Leslie—. ¿Os ha seguido alguien?

—No —contestaron los dos al mismo tiempo.

—Así me gusta. Los dos sincronizados —bromeó la mayor de las Connelly.

Después del amplio hall, los jarrones italianos y las elegantes mesas camareras, unas puertas blancas correderas daban paso al salón, que regalaba unas vistas nocturnas maravillosas de los lagos, los restaurantes y el basto desierto lleno de atracciones que era Las Vegas.

En ese salón, flanqueada por Lion y el Mohicano, sentada en una de las carísimas sillas de la mesa del comedor, estaba Tris, maniatada, con los ojos cerrados y con uno de ellos lila e hinchado.

—¿Está viva? —preguntó Sharon admirándola como a una muñeca de

cera; entre la fascinación y el horror—. ¿Qué le ha pasado?

Sophie se colocó al lado de Sharon, cruzó los brazos y contestó:

—Resulta que lleva encima la droga esa... —movió la mano de manera graciosa—. La Flipi.

—Se llama sexflip, Rocky —le dijo su marido Nick con cariño, el cual estaba frente al ordenador revisando lo que habían grabado las cámaras.

Sophie bizqueó.

—En el baño de chicas, como yo coqueteé con ella para atraerla y pincharle para atontarla, intentó darme a oler del polvo blanco. Yo me resistí, porque quería drogarme a la fuerza, y no sé cómo, no me preguntéis, mi puño acabó en su ojo derecho.

Cleo se echó a reír con la narración de Sophie. Lo contaba con gracia, como si hubiera hecho la compra.

—Deberías haber sido policía —le sugirió la pelirroja.

—No, créeme. Soy muy pacífica —señaló a Tris—, pero desde que tengo el tatuaje de Himo Kime por la espalda, a veces actúo por impulsos, como si me hubiera poseído una asesina —no se dio cuenta de la cara de fascinación e incredulidad que ponía Sharon al escucharla—. No sé qué pasaría si yo tuviera un arma.

—Pues tu impulso ha dado resultado —la congratuló Markus, detrás de Tris, golpeando con su dedo índice la punta de la aguja de una nueva inyección.

—¿Qué le vas a pinchar ahora? —preguntó Prince.

—Es tiopentato de sodio. Un barbitúrico que actúa bajando la velocidad de procesamiento de información al cerebro.

—El suero de la verdad —simplificó Leslie.

—No sabía que existía en realidad —murmuró Sharon con asombro acercándose a Tris. Le encantaba todo aquello.

—Mira y verás —contestó el ruso con una sonrisa.

Varios minutos después de haber sido pinchada, Tris luchó por intentar abrir los ojos. Cuando lo logró, fue incapaz de focalizar. Tenía a cuatro Dóminas delante, y una de ellas era Sharon, con el antifaz gatuno como diadema; y la otra era la sumisa que había intentado beneficiarse en el baño. ¿Le había dado un puñetazo?, pensó. Sí. Sin duda, verificó al mover las

mejillas. La tenía hinchada.

¡Qué perra!

—¿Dónde estoy? ¿Qué... qué ha pasado?

—¿Hola? —dijo Cleo recogiendo el pelo rojo en un moño.

—Hola —contestó en un idioma que ninguno, excepto Markus, comprendió.

—¿En qué idioma habla? Me recuerda al ruso —valoró Leslie.

—Acaba de saludar en rumano —musitó Markus extrañado.

Tris tenía aspecto de hombre. Nada de pecho, espaldas anchas y caderas y cintura recta. Llevaba el maquillaje que mejor función le hacía.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Lion acucillándose frente a ella.

Tris sonrió. Tenía una paleta torcida, y la nariz demasiado grande para su rostro tan pequeño. De cerca, era atractiva de un modo raro. Como si hubiera jugado con su cara.

—¿Cómo te llamas? —insistió Lion.

—Me llamo... —contestó con dificultad—. Me llamo Katerina.

—¿Katerina qué más? —Romano, al igual que los demás agentes, adoptó una postura de alerta ante aquel nombre.

—Katerina... Vasilkan —dijo finalmente.

—Jo-der —murmuró Nick levantándose de la silla desde la que revisaba el ordenador. La señaló asombrado—. Es ella. Es la hija de Dorel Vasilkan.

—Pero... —Sharon no entendía nada—. Esta chica... no se parece en nada a la de la foto que nos pasasteis. No puede ser ella...

En eso coincidían todos. No se parecía. En cambio, sí que podía ser la misma persona.

—¿Te has hecho alguna cirugía?

Katerina sonrió al asentir con la cabeza.

—Unas cuantas —se notaba lo contradecida que estaba al hablar sin filtro—. ¿Por qué me pasa esto...?

—Es la droga —contestó Leslie sin más.

Nadie vio venir a Sharon, que de un salto casi felino se lanzó a por la Dómina maniatada.

—¡Te mataré!

Antes de que la alcanzara, Prince le rodeó la cintura con los brazos,

inmovilizándola, pegándola a su cuerpo.

—Sharon, tranquilízate —le pidió Prince al oído.

Ella intentaba librarse de él y llegar hasta la asesina de José. Porque era ella. La tenía enfrente. Podían vengarse si quisieran.

—¡Mataste a José! —le recriminó—. ¡Tú lo mataste!

Katerina luchó por levantar la cabeza y mirarla.

—Reina, Reina. No pierdas el temple —se rió de ella.

—¿Dónde está Alejandra? —le increpó Sharon de nuevo.

Lion le pidió a Prince que la mantuviera en calma y callada. El interrogatorio debía ser preciso y no darle demasiados estímulos externos que pudieran desviar su atención.

—Tienes que callarte —le ordenó Prince con suavidad, dándole la vuelta para que lo mirase.

—Pero es que ella...

—Sí. Yo también tengo ganas de pisarle la cabeza, Sharon —reconoció—. Pero tienes que dejar que Lion y los demás saquen la información que necesitan. Ellos se encargarán.

Sharon sacudió la cabeza con impotencia. Tenían ahí a una persona que había matado a uno de sus amigos. Las vísceras le ardían ante la imposibilidad de poder darle su merecido y tomarse la justicia por su cuenta.

No obstante, Prince tenía razón. Su voz conseguía apaciguarla, pero mejor que no la soltase, o se iría de nuevo a por ella.

—Agárrame bien —le ordenó.

No la soltaría. La conocía, sabía que podía ser como un perro de presa. Una vez se fijaba el objetivo, no cesaba hasta que lo conseguía.

* * *

Lion tomó una silla y la ubicó frente a Katerina, para tomar asiento e iniciar el interrogatorio.

—Vamos a empezar de nuevo. ¿Cómo te llamas?

—Katerina... Vasilkan.

—¿Quién es tu padre?

—Doris... estoy mareada.

—No estás mareada. Solo confundida. Sigamos —la tomó de la cara para obligarla a escucharle—. ¿Te has hecho la cirugía?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace diez años. Al llegar a Estados Unidos...

—¿Por qué?

—Tenía que huir del gobierno y de la pasma de mi país. Mi padre me mandó... me mandó...

—¿A qué te mandó tu padre?

—A... extender el negocio aquí.

—¿Qué es lo que hacéis?

—Reclutamos personas.

—¿Reclutáis personas?

—Sí. Hombres y mujeres.

—¿Para qué?

—Para que den servicio a la comunidad.

—¿Qué tipo de servicio?

—Prostitución.

Lion se frotó los labios con la mano. Lo hacía cuando tenía que organizar la información que recibía.

—¿Cómo las reclutáis?

—Ellos vienen a nosotros pidiéndonos dinero. No tienen para vivir... Nosotros les financiamos ese dinero, a cambio de que lo paguen con su cuerpo.

—Claro. A excepción de que los intereses que pagan son excesivos y pasan la vida pagando la deuda. ¿Verdad? Traficáis con personas.

Katerina no contestó. Lo daba por hecho.

—¿Quién es tu jefe aquí?

—No tengo jefe aquí. Hablo directamente con mi padre y le envío la mercancía.

—Bien —Lion cambió el tono de voz a uno más sosegado. Uno que hechizaba a todos—. Encontramos tu ADN en el cuerpo de José.

—¿José? —se preguntó con una sonrisa—. Ah, sí... El latino.

—¿Tenía él una bolsa de viaje? —las deudas adquiridas con la mafia y el proxenetismo se llamaban «bolsas de viaje».

—¿Quién? —preguntó aturdida.

—José.

—Sí. Pero no me lo debía a mí.

—¿Y a quién se lo debía?

—A Sherezade.

—¿Quién es Sherezade?

—Es un Ama. Su... Grupo colabora con nosotros.

—¿Su grupo? ¿Cómo se llama ella en realidad?

—No lo sé. Es así como se la conoce.

—¿Y qué tiene que ver Sherezade con José? —Es su ex Ama.

—Ya veo. ¿Y te dio la orden de matar a José? ¿Por qué?

—Porque Sherezade le exigió que prestara sus servicios y los de su mujer como pago por su deuda... Y él se negó.

—Entonces, tú lo mataste.

Katerina se encogió de hombros.

—Sí. Lo maté.

—¿Por qué?

—Porque Sherezade me lo pidió. Y, a cambio, ella me facilitaba nueva mercancía.

—¿Qué mercancía? ¿Sherezade os facilita a esas personas?

—No. Yo tengo a mi propia gente —dijo ofendida—. Pero colaboramos juntas. A ella... Ella prefiere otro tipo de carnaza. No los quiere aquí y nos los da a nosotros.

—¿Qué quieres decir con que no los quiere aquí?

—Odia a esas personas, por eso las vende.

—¿Y vosotros se las compráis a cambio de qué?

—A cambio de que compremos su material.

—Su material... ¿A qué te refieres?

—A... su polvo de estrellas.

—La droga —apuntó Nick.

—¿La consumes?

—Sí —reconoció con una risa tonta.

—¿La hace Sherezade y los suyos?

—Sí. Con eso subvencionan las bolsas de viaje de los demás. Su negocio tiene muchos clientes y se distribuye por muchas partes. Nosotros compramos mucho material.

—¿Le compras sexflip para que lo consuman vuestros clientes?

—Sí. Hacemos que vuele por todo el Atlántico —dijo alargando las palabras.

—¿Cómo?

—Muchas veces mediante la mercancía.

Romano parpadeó confuso, hasta que comprendió lo que quería decir.

—Hacen de mulas y además después van a parar a manos de vuestros proxenetas.

Katerina mantuvo su boca entreabierta y lo intentó mirar directamente a los ojos.

—Entre otras cosas...

—¿Qué más hay? Tú utilizas la mercancía que te facilita Sherezade para que hagan de mulas de carga y después las prostituyes pasándoselas a tu padre, ¿me equivoco?

—No.

—Las extorsionáis —asumió.

—Simplemente, se someten a la ley del más fuerte.

—¿Sabes si Sherezade usa a esas personas para algo más?

—Para que les limpien los tacones con la lengua. Ella no cree que sirvan para nada más. Es la Dómina más sádica y cruel de todas... —se echó a reír.

—¿Por qué escribiste a Sharon haciéndote pasar por Nina?

—Me cambias de tema muy...

La mano de Leslie salió disparada hacia Katerina. Nadie vio cómo se movió para aparecer al lado de Lion, pero la mayor de las Connelly acababa de darle su tarjeta de presentación a la rumana. Y no tenía paciencia para rodeos.

—Katerina —le dijo apretando los dientes, y presionando con sus dedos la garganta de la proxeneta—. Puede que te estés relajando... Y no queremos que te sientas como en casa. Así que, contéstame: ¿por qué escribiste a Sharon haciéndote pasar por Nina? Dímelo o te suelto a la Pit Bull rubia que

hay ahí —le advirtió señalando a Sharon—. Y no hace falta que te diga que esa muerde de verdad.

La rumana frunció el ceño al notar que el aire no llenaba sus pulmones.

—No sé por qué. Solo sé que la quiere aquí. La... La conoce. Y la quiere aquí... —se limitó a decir—. Sherezade está disgustada con ella.

—¿Conmigo por qué? —quiso saber Sharon.

—Por sus teorías sobre la pureza en la dominación... No sé qué tiene en la cabeza, pero cree que ella y los suyos son elegidos.

Bueno, eso les pasaba a todos los delincuentes. Se creían más listos e inteligentes que la media y creían que eso les daba potestad para actuar en contra de lo que era justo. Usaban ese poder que creían tener para herir y utilizar a los demás. Eran ególatras e incompasivos.

—¿Cuándo vamos a poder ver a Sherezade? —preguntó Lion cargando su arma delante de todos.

—En la noche del sábado —contestó Katerina sin demora—. ¿Qué... Qué vas a hacer? Te estoy contestando a todo...

—¿Hará su aparición pública? —tomó su HSK y apuntó a la cabeza de Katerina.

—No. No lo sé...

—Te doy tres segundos para que me respondas antes de que te vuele los sesos.

Leslie sonrió disimuladamente. Le había pasado el papel de poli malo a Romano.

—¡Ha quedado en reunirse con el dueño del casino para ajustar cuentas! —gritó Katerina desesperada.

Lion bajó el arma, y se dio la vuelta para encarar a Prince.

Sharon, horrorizada, también miró al pequeño de los Steelman, que se había quedado pálido al escuchar aquello.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes, guapo —respondió Katerina.

—¿Mi hermano Dominic? ¿Dominic Steelman?

—Ah... Sí.

—¿Qué tiene él que ver con todo esto?

—Todos tenemos que ver con todo —cerró los párpados agotada por el

efecto de la droga—. Todos. No hay casualidades. No hay relaciones por error. Todos hacemos lo que hacemos porque queremos.

—Contéstame —ordenó Prince sacando a relucir su vena dominante—. ¿Qué relación hay entre mi hermano y Sherezade?

—Algo hay entre ellos. No sé el qué —aseveró descuidada—. Lo único que sé es que Sherezade me provee a mí. Y que, tal vez, también lo provea a él.

—Mientes. Sí lo sabes —reprendió Prince.

—No. No miente —le aseguró Lion—. El tiopentato de sodio no le deja mentir. No sabe lo que hay entre Dom y los negocios de esa mujer. Tenemos que creerla.

—¿Cuándo, exactamente, se va a dar ese encuentro entre ellos? —insistió Leslie.

—Mañana. Durante el desfile... durante el número de todas las Amas con sus sumisos.

Prince no tenía modo de procesar lo que acababan de decirle. ¿Cómo iba su hermano a tener relación con una proxeneta como esa? ¿Con una asesina vendedora de drogas?

Al día siguiente, por la noche, habría un desfile de Amas. Unas performance voluntarias. Y allí tendría lugar la reunión.

—¿Dónde? —quiso saber Lion—. ¿Dónde se van a encontrar?

—En la oficina del dueño. En la planta superior. Donde todo lo ve —contestó misteriosa.

Lion echó el gatillo de la pistola hacia atrás.

—¡No sé más! —negó azorada—. ¡Os prometo que no sé más!

Markus y Leslie se miraron, hablándose con los ojos.

—Dice la verdad. —Asumieron—. Vamos a dejarlo por ahora.

—No, espera —pidió Sharon—. ¿Alejandra y Nina siguen vivas? —era lo que más le importaba.

—Esas dos... Sí. Creo que todavía siguen vivas. Van a ser tratadas como mercancía. Solo Sherezade sabe qué quiere hacer con ellas y con las demás.

—¿Hay más? —inquirió Cleo sorprendida.

—Sí.

—Dios mío —susurró Sophie afectada. Ella había pasado por algo

parecido y no se lo deseaba a nadie.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Lion.

—Ahora no lo sé. Yo se las entregué a Sherezade. Ella sabrá qué hacer con las dos. Tal vez se las compre alguien o...

—Cállate, puta —espetó Sharon.

Katerina se echó a reír.

—Reina... Cuando ella dé contigo, te va a dar una terrible lección. Porque te tiene ganas.

—¿Por qué?

—Porque eres una decepción.

Ni Sharon ni nadie sabía por dónde iban los tiros, pero esas palabras le afectaron de un modo o de otro.

—Yo le tengo más ganas todavía —contestó la Reina.

Lion apoyó el cañón de su HSK en la frente de la rumana.

—¿Ahora viene cuando me matáis? —La mujer se echó a reír—. ¿Quién coño sois vosotros? No podéis detener esto... Nadie puede. Es demasiado grande.

—Somos tu peor pesadilla —contestó Leslie dándole un golpe en la nuca para dejarla inconsciente.

Sharon seguía mirando a Prince con ojos de tristeza y también de rabia. A sus amigas las habían secuestrado unos proxenetas traficantes de droga, y la líder de ese grupo quería ajustarle cuentas, cuando ella no la conocía de nada.

Aún así. Ahora solo le preocupaba Prince.

Él no sabía cómo era su hermano, el tipo de ser despreciable que cubría su apuesta piel. Él nunca supo lo que le hizo. Y si había algo que la molestaba por encima de todo lo demás, fue darse cuenta de que Prince se apoyó en las falsas bondades de Dom, le creyó a ciegas a él, a sus tonterías y a sus mentiras, en vez de a ella.

No obstante, en ese momento, lo estaba pasando mal. La imagen de Dominic se rompía en su mente y tal vez empezaba a verle las orejas al lobo.

Sharon se encontró perdida y sorprendida por la necesidad de tranquilizarle.

—Escuchad —les dijo Cleo hablándoles con calma y tiento—. Id a vuestra suite. Aquí ya no hay más que hacer. Nosotros tenemos que encerrar

a Katerina y ocultarla en algún lugar hasta que descubramos todo el pastel. Mañana la buscarán. Y debemos hacerla desaparecer sin pruebas, o inventar una coartada convincente para que no sospechen nada —sus ojos verdes y puros valoraban el estado de shock de la pareja.

—¿Tú le crees, Nala? —preguntó Prince muy afectado—. ¿Crees que mi hermano está metido en estas mierdas?

Cleo dejó caer la mirada en Sharon, como si supiera su secreto, o intuyera que la Dómina lo creía a pies juntillas. Era una mujer sensible e inteligente y podía ver más allá.

—Creo que de los Steelman hay un hermano bueno y otro malo. Eso lo pienso yo, lo sabe Lion, aunque nunca me contó nada sobre Dom, y lo sabe Sharon, que nunca te dijo nada porque me temo que no se pondría en contra de alguien a quien quieres tanto... Yo estoy convencida de que tú no eres el malo —con eso se lo dijo todo—. Hay que descubrir qué esconde tu hermano. Siento mucho que esto te afecte directamente.

—No tenía ni puta idea... —murmuró abatido.

—No hace falta que lo jures. Duele darse cuenta de que aquellos que veneramos, no son dioses, sino mundanos, como nosotros —Cleo tomó el brazo de Sharon—. Mañana aclararemos todo. Id a la suite y descansad. Aunque hayamos descubierto esto, mañana tendremos que seguir jugando hasta que sea el momento de desenmascararlos a todos. Hay que llegar al fondo del asunto y hay que salir de aquí con Nina y Alejandra vivas.

—Sí —opinó Sharon—. Vamos, Prince —dijo preocupada por él—. Vayamos a descansar.

Prince, cabizbajo, acompañó abatido a Sharon, arrastrando los pies derrotado.

Saldrían de esa suite averiguando lo que había detrás de la desaparición de Alejandra y Nina, y de la muerte de José. Pero lo peor de todo era el secreto revelado; algo tan turbio que confirmaba a gritos que Dom se había desviado del camino.

Capítulo 11

Se habían duchado. Prince hacía rato que había salido del baño. Aún tenía el pelo húmedo y llevaba una camiseta de tirantes gris y un pantalón negro fino para dormir. Lo haría desnudo si no respetara a Sharon como lo hacía.

Sin embargo, no le apetecía dormir. Ahora mismo, sentado en una esquina de la cama, con la mirada perdida en las vistas de la suite y las luces de la ciudad que nunca dormía, su cabeza no dejaba de dar vueltas a lo mismo.

Dom.

Su hermano estaba metido en un lío en el que siempre se metía uno voluntariamente y nunca por accidente. Para ganar más, obviamente. Para tener más poder. Para lo que fuera. Y era descorazonador.

Porque siempre lo tuvo en un altar. Pero ahora tenía claro lo que hacer, y sabía que, en cuanto se lo comunicara a Sharon, habría una nueva guerra entre ellos. Por eso había tomado la determinación de informarle al día siguiente. Ahora no. Ya no podía con una nueva crisis.

Sharon salió del baño sacudiéndose el pelo con la toalla. No le apetecía secárselo ni encender el secador. Eran las dos de la mañana y no quería ruidos. Solo silencio. Silencio para recapacitar.

Se detuvo en el umbral de la puerta de la alcoba, cuando contempló el cuerpo de Prince recortado por la luz que entraba por los ventanales. Su pelo seguía húmedo. Y desde donde estaba podía oler su piel limpia y su desodorante.

Quería abrazarlo y darle consuelo, pues sabía lo afectado que se sentía por lo que acababa de descubrir. Pero si cedía con él, si le alargaba la mano, volvería a ser vulnerable. No podía preocuparse por él más de la cuenta.

—Verte hace que quiera cortarme las venas —murmuró cubriéndose bien con el albornoz—. Sé que ha sido duro enterarte de los negocios de tu hermano... Pero no puedes hundirte ahora, ¿me oyes? ¿Quieres comer algo? ¿Llamo al restaurante? Posiblemente tengan algo para alimentarnos... —se sentó en la cama, de espaldas a él, luchando por sentirse ocupada.

Puede que debieran dormir, pero Sharon no tenía nada de sueño tampoco.

—Cleo, Lion, tú... —su voz salió ronca y cortada—. Todos me habéis advertido sobre Dom, sobre algo que no estaba bien con él. ¿A eso os referíais? —se dio la vuelta para mirarla y encararla. Necesitaba respuestas—. ¿Era eso, Sharon? ¿Sabías que mi hermano estaba metido en estos líos y por eso nunca te cayó bien?

Ella sonrió sin ganas, con tristeza. Dios. No tenía ni idea, el pobre.

—No, Prince. No me imaginaba nada de esto —contestó—. Pero ahora que lo sé, no me extraña nada.

—¿Cómo es posible que yo no me haya dado cuenta de algo así?

—Porque es tu hermano. Creías en él. Creías que era como tú —intentó aligerar su culpa—. Y tú has sido un despreocupado. Nunca has querido hacerte cargo del negocio familiar... No te ha importado cómo llevaba el negocio. ¿Cómo ibas a saber algo así?

—Me siento como un imbécil —dejó caer la cabeza—. Tan estúpido por no verlo...

—No te fustigues. A veces, nos cegamos con las personas que queremos, y pensamos que no pueden ser malos. Pero a Dom y a ti os separan kilómetros de bondad y de humildad. Tu hermano no tiene ninguna de esas virtudes. Solo hay que esperar a que se le caiga la máscara para ver cómo es en realidad.

—Sharon —la mano de Prince salió disparada hacia su muñeca.

Ella se quedó inmóvil, sorprendida por su contacto repentino. Tragó saliva. La ponía nerviosa.

—El día que te encontré con Lion...

—No se te ocurra —lo cortó ella como un cuchillo. Se levantó de golpe, alejándose de la cama y de él—. No vamos a hablar de ello. Me diste tu palabra.

—No va a ser una conversación —aclaró él echándose el pelo negro y

húmedo hacia atrás—. Solo quiero que me respondas a algo.

—No.

—Es solo una pregunta.

—¿Y de qué sirven las respuestas ahora? ¿Me creerás ahora? ¿No ves que ya no sirve de nada?

—Puede que a ti no te sirva. Pero a mí sí —se defendió él levantándose para acercarse a ella—. El día que te encontré con Lion en el Temptations, vi a mi hermano afuera, fumando un cigarrillo, tranquilo y sosegado. Él me dijo que hacía mucho rato que habías entrado con Lion en una de las mazmorras. Él me lo dijo y me dio a entender que estabais haciendo algo a mis espaldas. ¿Era verdad? —preguntó acongojado.

Sharon apretó los puños y los tensó, pegándolos a sus muslos. Se moría de la rabia por lo injusto que había sido todo con ella. Con ellos. Dominic les había destrozado. Dominic, y también el pasado oculto de Sharon que no quería que se descubriera bajo ningún concepto.

Sus silencios. Sus secretos.

—Sharon... —susurró asustado por su respuesta—. Dime si me mintió. Solo eso.

Ella se abrazó y se encogió de hombros.

—Tú creías que tu hermano era un santo, ¿verdad? Pero es solo una fachada. Entonces, si te ha podido mentir durante años, ¿por qué crees que no te mintió al decirte eso?

—Entiendo. Ya veo... Entonces, mintió —asumió centrando su atención en el techo. Algo tenía que hacer, en algo tenía que enfocarse para no zarandear a Sharon para que de una vez por todas le dijera la verdad. Su versión.

Nunca la había escuchado. Nunca se defendió de sus acusaciones o sus insultos. Se limitó a quedarse callada, abrazada a Lion. Y después, se fue de su casa y no la volvió a ver a solas. Siempre la encontraba rodeada de mucha gente, como si se protegiera de él.

—No cambia nada saber que él mintió —explicó Sharon—. El pasado y el daño ya están hechos, Prince. Y es un daño irreversible. Mi versión debiste quererla saber al momento. Ahora ya no te la voy a dar.

—Me mata la incertidumbre —admitió desvalido—. Me mata tener

dudas, cuando estaba tan seguro de lo sucedido. Dudo de todo, joder. ¿Lo entiendes? Me mata descubrir que Dominic está metido en la mierda, y que, si Sherezade te quiere, él también debe saberlo. No sé hasta qué punto sabe lo que pasa y eso me asusta. Porque si sabe que esa loca quiere castigarte, entonces, conoce lo mucho que me afectaría que a ti te sucediera algo y, en cambio, no me ha dicho nada en absoluto sobre esto —ella lo escuchaba sin mover un solo músculo de su cuerpo—. Odio no saber en quién puedo confiar. Descubrir que he creído a quien no debía, y que he perdido el respeto y el cariño de aquellos que siempre creyeron en mí y... y a los que parece que he defraudado —sus ojos vidriosos se humedecieron con el tormento de la culpa—. ¿Te he defraudado? ¿Te decepcioné?

Dios. No soportaba la sobredosis de emoción que comportaba estar cerca de Prince. Cuando le daba por ser intenso y sincero, la noqueaba. ¿Que si la decepcionó? No. Peor.

—No fue decepción, Prince. Sé que no podías pensar en otra cosa cuando me viste... ahí, en el potro, con Lion... —recordó agriamente—. Era normal que te pensaras lo peor. Pero, no me diste la oportunidad de explicarme... Y mataste cualquier posibilidad de que quisiera contarte lo ocurrido. ¿Si me dolió tu reacción? ¿Si me dolió lo que me pasó? ¿Eso te preguntas?

—Sí —la voz le salió estrangulada.

Sharon hizo una mueca de pesar, como si no hubiera nada que pudiese medir su dolor.

—Como la muerte, Prince —sentenció—. Como la muerte. Me mataste en vida. Nos mataste a los dos —carraspeó para aligerar el dolor de su pecho—. Yo creía que mi pareja confiaría en mí por encima de todo, y que antes de someterme a un juicio abierto, se aseguraría de saberlo todo y no dejarse llevar. Pero, a la hora de la verdad, no fue así.

Prince la tenía delante, a un palmo de distancia, pero le parecía inalcanzable. Sin sus ropas de Dómina, Sharon era todavía más inaccesible y distante. Cuando con él jamás tuvo coraza.

—No pienso irme de Las Vegas sin saber la verdad —sentenció—. Estoy hasta los huevos de los secretos. Mañana voy a descubrir qué demonios pasó ese día y qué fue lo que vi y te juro que me da igual a quien me lleve por delante. Si me he equivocado, me arrastraré como un gusano para recuperarte

—juró con pasión y verdad en sus palabras—. No me cansaré hasta que me perdones.

—¿Estás loco?

—No.

—Yo ya te he perdonado —reconoció, aunque en su fuero interno sabía que no era del todo verdad—. Solo que, no puedo olvidarlo —negó suavemente—. No hay nada que descubrir ni nada que saber. —Necesitaba que dejara de obsesionarse con el pasado o sino sí que lo perdería para siempre. Y, al menos, de ese modo, aún le quedaba la esperanza de que él podía seguir queriéndola y deseándola. Cuando supiera la verdad, ya no la querría—. Déjalo estar, por favor. Es la última vez que te lo pido.

Prince ladeó la cabeza para observarla. No quería dejarlo estar. Pero tampoco quería que Sharon se pusiera nerviosa o tuviera otra mala noche.

Así que, para tenerla contenta y relajada, asintió obediente y se dirigió de nuevo a la cama, para estirarse tenso.

Aunque, no pensaba ceder ni olvidar el tema, ni por asomo.

Prince golpeó con la mano la superficie del colchón a su lado derecho.

—Estírate —le pidió como un niño bueno—. Vamos a dormir lo que podamos. Mañana tenemos que seguir con nuestro papel.

Sharon dejó la toalla del pelo en el baño. Se quitó el albornoz y se metió en la cama con un pijama de pantalón y camiseta que para cualquiera sería asexual, pero no en ella. Se cubrió con el cobertor y cerró los ojos.

—Buenas noches. Que descanses, Reina —le deseó Prince con amabilidad.

—Buenas noches.

Tenía que cortar esa conversación como fuera. Tal vez, dormir o fingir que dormían, sería lo mejor.

* * *

A las ocho de la mañana, después de pasar las horas en vela, Prince observaba a Sharon dormir. Estaba sentado en el sillón orejero de aire provenzal, con los codos sobre las rodillas, una taza de café entre las manos y

su atención fija en esa mujer que en un momento en el que bajó la guardia por la noche, se durmió.

Se durmió no para tener un sueño reparador, sino, para vivir una pesadilla. Y él, que no dormía apenas presa de la ansiedad, lo había oído todo.

Ahora, ella descansaba. Su hermoso pelo rubio reposaba como una manta sobre la almohada, sus ojos rasgados permanecían cerrados y hacía un adorable e inocente mohín con la boca. Ella, Sharon, la Reina de las Arañas, poseía la magia de ser adorable cuando quería. Era contradictorio, y al mismo tiempo, refrescante.

Su pecho subía y bajaba, cogiendo aire con calma, después de luchar durante la noche contra los fantasmas que asediaban en su mundo astral.

En la mente de Prince reverberaban las palabras, los gritos de socorro, los nombres... El padre de Sharon estaba en sus pesadillas. Dominic estaba en sus pesadillas. Y él, él también lo estaba. Y odiaba ser uno de esos fantasmas que la asustaban o la herían, pero más aún odiaba saber que Dominic tenía que ver también con sus miedos.

Desde que llegó a Las Vegas Prince estaba descubriendo un mundo nuevo de mentiras y engaños. Se trataba de desenmascarar a los demás. Y Dominic era el que llevaba la mayor máscara de todas. En su pesadilla, Sharon lloraba por su padre. Después de agónicos minutos, su secuencia cambió y se encontró gritando a Dominic, pidiéndole que se detuviera.

¿Qué demonios le estaba haciendo? ¿Por qué ella se veía tan temblorosa y gritaba bordeando el llanto?

Y al cabo de los minutos, lloraba por él. Por sí mismo. Pronunciaba su nombre con un desgarrador lamento, como si con ello, tirase todos sus sueños y esperanzas por la borda.

Prince se encontraba en un estado de nervios que lo dejaba destrozado. Pero debía mantener la calma por ella, por Sharon. Sin embargo, lo que su cabeza elucubraba ahora sobre el pasado, sobre el día que creyó que Sharon lo engañó con Lion, distaba mucho de esa idea, y una peor, con una sombra alargada y terrorífica en forma de hermano mayor, lo ofuscaba y lo dilapidaba en la más profunda de sus miserias.

Ahora deseaba la verdad por encima de todo, aunque lo destruyera,

aunque se muriera del miedo y lo matase por la rabia y la decepción.

Ahí había gato encerrado, ya nada le cuadraba. Y Sharon sabía mucho de gatos, porque ella podía ser tan esquiva y arisca como uno de ellos hasta transformarse en una pantera. Había aprendido a protegerse de él. Pero si él se lo proponía, también sabía ser felino, y más salvaje si cabía.

Bebió de su taza de café, se levantó de la silla y le puso el delicioso humillo de la caliente infusión debajo de la nariz.

Sharon movió la cabeza perezosamente y torció su rostro para seguir el aroma fuerte y matutino que le gustaba poner a las mañanas.

Abrió los ojos, esta vez marrones, apacibles y suaves... Prince sintió un puñetazo en el estómago al darse cuenta de que ya no era suya. Y que tendría que bajar a los infiernos más crueles de la verdad para darse cuenta del tremendo error que parecía haber acometido contra ella, morir de pena, y después... recuperarla.

Porque no quería vivir más tiempo sin esa mujer. La echaba de menos. La necesitaba.

Solo esperaba que Sharon no dijera la verdad cuando afirmaba con tanta contundencia que había llegado tarde.

¿Tan tarde era cuando aún saltaban chispas entre ellos? ¿Cuándo seguían vivos el uno para el otro?

—Buenos días, gata.

—Buenos...

—He pedido al hotel que nos suban el desayuno —le explicó acercándole la mesa camarera con varios platos donde elegir. Desde café, zumos, agua, bebidas refrescantes a bollería, pan recién hecho, cereales, mermelada, mantequillas, tortillas.

La joven, aún aturdida, se apoyó en un codo para medio incorporarse. El estómago le hizo ruiditos, protestando por que no le alimentaran.

—¿Te han subido todo el buffet? —se frotó un ojo con el dorso de la mano.

—Más o menos. No sabía lo que te apetecería.

—Ya veo.

Ella revisó lo que había, se sentó en la cama, y lo primero que hizo fue dar un sorbo al café bien cargado. Cerró los ojos y disfrutó del primer golpeo

en sus papilas gustativas, y de la reacción que provocó en todo su sistema nervioso.

—Oh, sí, nene —murmuró satisfecha con el sabor—. Buenos días a ti también.

Prince sonrió y se sentó a su lado con cuidado. Tenía la sensación de que estaba tratando con un animal que daría un salto de gacela en cualquier momento y desaparecería de su alcance.

—¿Quieres que te unte una tostada, Mistress? —preguntó solícito.

Sharon dejó la taza de café a medio camino de sus labios y le echó una mirada furtiva. Se lo había dicho sin gestos socarrones ni tonos forzosos.

—¿Vamos a tener un buen día hoy? —lo tanteó.

—¿Quieres que te unte la tostada o no, Mistress?

Sharon resopló.

—Hasta que la cagaste, querido. Ya decía yo que era demasiado bonito... Sí, úntame uno de esos bollos con mantequilla y mermelada —señaló golosa—. Y acércame el zumo.

Él volvió a sonreír. No utilizaba el «por favor». Era un Ama. Y esperaba que los demás la obedecieran.

Prince hizo todo lo que ella le ordenó.

—¿Has desayunado? —preguntó ella mirándolo de soslayo.

—Algo he comido. No tenía demasiada hambre...

Ella negó con la cabeza al tiempo que masticaba el delicioso bocado que él había preparado. Y entonces, le acercó un bol de frutas bañado con zumo de naranja. Y también una tostada que ella misma untó para él.

—Tienes que comer —le sugirió acercándole la comida—. Ayer no comimos demasiado y no creo que hayamos descansado tampoco. Necesitamos reponer fuerzas. ¿Has dormido algo?

—Poco —contestó agradecido con el bol de frutas en las manos. Al primer bocado, el estómago se le abrió. La fruta fresca y del tiempo le sentó bien. Así que, continuó comiendo—. Como tú.

Ella tensó un poco los hombros y se limpió la comisura de los labios con la servilleta.

—Tienes pesadillas —anunció de golpe—. Gritas y lloras —explicó incómodo, pero siendo muy claro en sus palabras—. Te disculpas con tu

padre, gritas y tiembles por culpa de Dominic y... lloras por mí. Me llamas a mí.

Sharon se mantuvo en silencio. No diría nada que pudiera ser usado en su contra.

Dios. Lo sabía. La idea de dormir en la misma habitación era una locura, pero tenían que mantener aquel paripé.

No le gustaba dormir acompañada porque sabía lo escandalosa que era con sus pesadillas. Y lo frágil que se veía atrapada en aquel telar, el único del que no podía escapar.

—Sharon... Tienes que decirme... —Prince intentó acercarse a ella de nuevo, pero, como era de esperar, la guapísima Ama saltó al mínimo roce y se alejó de él.

—No me acuerdo —contestó restándole importancia—. No recuerdo lo que he soñado. Ha sido solo una pesadilla. Estamos bajo mucho estrés y los nervios afloran en el inconsciente.

El rostro de Prince se volvió rígido y frío ante su negación. Eran tantas veces ya las que le había negado la palabra o una explicación que apenas le quedaba paciencia.

—Sí, supongo que ha sido eso —asumió él sin creérselo.

—¿Ha llamado Lion para dar nuevas directrices sobre lo que hay que hacer hoy? —cambió de tema radicalmente.

—No —contestó Prince—. Lo único que me ha dicho es que Nick ha configurado las cámaras de seguridad del casino para que le pase una grabación completa y en directo de lo que sucede en el palco privado de Dominic.

—¿Lo oirán todo?

—Sí. Y lo grabarán. Mientras tanto, nosotros debemos seguir a lo nuestro. El casino sigue funcionando y el festival continúa con su rutina, ofreciendo números casi a cada hora... Sin embargo, por la tarde tenemos la fiesta y el desfile de Amas, y después, las cartas vuelven a jugarse esta noche.

—Será durante la fiesta cuando tu hermano y Sherezade se reúnan.

—Sí.

—Y nosotros tendremos que hacer como si no supiéramos nada.

—Sí.

Sharon dejó escapar el aire por la nariz, como si no hubiera más remedio que aceptar las órdenes de Lion y su equipo de intrépidos agentes y Amas taradas.

—Como sea... Vamos a intentar pasar la mañana tranquilos, hasta que tengamos que prepararnos para ir a la fiesta —concedió. Atacó al zumo de naranja.

Él se la quedó mirando un largo rato y dijo:

—He pensado en llamar a Dominic y decirle que estoy aquí en Las Vegas. Para hablar con él.

El rostro de Sharon demudó en uno de auténtico descrédito.

—¿Que has pensado qué?

—Quiero mirarle a los ojos y ver si tiene el valor de mirarme como si en realidad no estuviera metido de lleno en esta trama.

Sharon se pasó la mano por el pelo rubio. Él ya conocía ese gesto. Estaba perdiendo la paciencia.

—No vas a hacer nada de esto. Dominic va a mentirte a la cara. Es más, ¿de verdad crees que no sabe que estás aquí? Nos hemos registrado juntos. Por supuesto que lo sabe. ¿Y te ha llamado? —inquirió—. ¿Te ha llamado para saludarte o para verte? ¿Te ha llamado para preguntarte qué demonios haces de nuevo con la mujer que te corneó? —dijo duramente—. No. No lo ha hecho. No te acerques a Dominic —le ordenó—. No está en la liga de los justos y los benévolos, Prince. No tiene remordimientos ni reparos. No importa que seas de su misma sangre.

—Parece que sabes mucho más de él que yo —asumió sin querer ser ponzoñoso.

—Será que a mí no me envolvió con su aura de simpático e impecable. Os tenía absorbidos a ti y a tus padres. ¿Sabes? Se equivocaron de buen hijo. El bueno eras tú y no él.

—Ven conmigo —le pidió, haciendo oídos sordos a su reclamo. Si lo veía cara a cara, podría preguntarle directamente muchas cosas; entre ellas, por qué sale en las pesadillas de Sharon y por qué se inventó la farsa de que Lion y ella hacía rato que estaban en la mazmorra juntos.

—Te he dicho que no vas a ir —le prohibió ella levantándose de la cama para plantarse delante de él—. Ni yo tampoco.

Sharon, sin tacones, le llegaba por la barbilla. Era alta, pero ni mucho menos tanto como él.

—No puedes detenerme. Es algo que debo hacer —dijo sin más.

—Eres tonto —lo miró incrédula—. Todavía esperas encontrar algo bueno en él, como si todo fuera una mentira y tu hermano Dom no fuese la verdadera oveja negra... —se presionó el puente de la nariz—. Dios, Prince... Ojalá hubieras luchado tanto por creerme a mí —se arrepintió inmediatamente al decir aquello.

—¿Crees que no es algo que me echo en cara a todas horas durante estos últimos días? —dijo a punto de estallar, con los dientes apretados, como si no supiera si besarla o darle una tunda.

—Si vas —le amenazó—, olvídate de ir a la fiesta conmigo.

—No puedes hacer eso —musitó escéptico—. Debemos ir juntos.

—No. Nuestras acreditaciones permiten invitar a quien queramos. Y, si quiero, podría sustituirte.

—No puedes ir con nadie que no sea yo.

—¿Ah, no? ¿Eso crees? —se puso de puntillas, para mirarlo casi a los ojos—. Pruébame, Prince. Si descubro que vas a encontrarte con Dominic, voy a asegurarme de que hoy todos vean que no eres irremplazable. Te lo advierto. Te voy a dejar a la altura del betún.

—Voy a hablar con Lion, a ver qué le parece.

Sharon entrecerró los ojos, furibunda con él por llevarle la contraria. Por no querer escucharla.

—¿Me desobedeces?

—Sharon...

—Me prometiste que serías sumiso las veinticuatro horas del día. Puedo perdonarte algunas desobediencias, pero esto... —negó con los ojos bañados en una ira que la cegaba—. Esto no —iba a reunirse con su enemigo. No se lo podía dejar pasar.

—Tengo que hacerlo —necesitaba que ella comprendiera su necesidad. Tenía que dar con Dominic y ver hasta qué punto sería capaz de llevar su mentira. Sabía que la hería, pero ya que Sharon nunca le diría la verdad, esperaba que Dom tuviera los huevos suficientes como para contársela.

—Te estoy pidiendo que no lo hagas —maldita sea, estaba a punto de

rogarle.

—Y yo te estoy pidiendo que vengas conmigo. No quiero dejarte al margen de esto. Acompáñame.

—No entiendes nada. Estás ciego —le echó en cara, sintiendo la laceración de esa nueva desobediencia.

—Pues ayúdame a entenderlo.

Los ojos de la Dómina se volvieron verdes y atormentados. Se dio la vuelta y se dirigió al vestidor donde habían dejado la maleta con sus ropas.

—No sé por qué insisto en confiar en ti —mascujó con un hilo de voz.

—Sharon, espera...

¡Plof!

El portazo que dio cortó toda esperanza de comunicación entre ellos.

Sabía que ella estaba llamando a Lion para advertir de su idea, y también podía visualizar que Lion lo llamaría para hablar con él y tal vez convencerle de que no debía hacerlo.

¿Y a él le importaba algo de eso?

No. Solo le importaba llegar al final del pozo sin fondo en el que se estaba convirtiendo su vida, donde estaba descubriendo que, lamentablemente, se había fiado de quien no debía, y había herido a las personas equivocadas.

Capítulo 12

Estaba tan enfadada con Lion... tanto. El agente al mando dio por buena la propuesta de Prince, y le dio carta verde para que se reuniera con Dominic.

Sharon no lo comprendía. A cambio, Lion le había adjuntado a un guardaespaldas, a Nick Summers, para que no fuera solo a encontrarse con él.

Y ahora, ella estaba flanqueada por Sophie, Leslie y Cleo, en esa fiesta de la decadencia y el descontrol en el que se había convertido la primera planta del Casino SteelLuck.

Las cuatro Amas lucían espectaculares. Sharon llevaba un mono de piel a tiras que cubría las partes íntimas de su cuerpo, los pechos, la entrepierna y las nalgas. Sus curvas sinuosas se delineaban a la perfección, como si un pintor hubiese dibujado sobre su piel. Tenía el pelo suelto y encrespado, como una leona. Y el maquillaje de los ojos resaltaba su color caramelo y verdoso, rasgándolos más, haciéndolos más grandes y desafiantes. Su kohl negro y cremoso marcaba la línea del ojo con intensidad.

Sus labios rojos resaltaban y le hacían la boca más atractiva.

Cleo, Leslie y Sophie iban igual que el día anterior, a excepción de que, esta vez, lucían sendas trenzas africanas. Una rubia, una castaña, otra morena y una pelirroja.

Cuatro mujeres que parecían Dóminas de armas tomar, atractivas como pocas.

En el mundo de la dominación, y en los tres días rojos, no había lugar para la vulgaridad. Era como si hubiesen seleccionado a las Amas más exigentes y más en forma, y solo las viejas glorias se permitiesen el lujo de no entrar en ese baremo.

Hombres y mujeres, sumisos y Dóminas, bailaban al ritmo de la música

de todo tipo, que estaba altísima. Las Amas aparecían por la pasarela, tirando de las correas de sus sumisos, bailando con ellos, jugando a dominarles. Era más pose que otra cosa. Tras ellas, en una pantalla grande y digital colgada del techo, aparecía el nombre del Ama en un montaje fotográfico con efectos especiales.

Por ahí ya habían pasado el Ama Ntis, una mujer que aseguraban le encantaba estrangular a sus sumisos. El Ama Puño, la Tornado... Todo tipo de nombres inverosímiles destinados a llamar la atención y a lograr el estrellato.

Cleo les había acercado un par de daikiris a todas, menos a Leslie que prefería cerveza, y las cuatro lo saboreaban con la vista fija en aquella plataforma tipo pódium donde, las Dóminas iban haciendo sus numeritos de bailes con sus sumisos, algunos más subidos de tono y otros más graciosos. Subían cuando les apetecía, y cuando lo hacían para pasearse, todos las vitoreaban con alegría al tiempo que anunciaban su nombre por los altavoces y la pantalla.

Eran como Diosas. Aunque allí, en realidad, se esperaba la aparición estelar de Sharon sobre aquel pódium, porque ella era la Reina de esas Diosas.

Las luces, de todo tipo de colores, se movían por toda la sala como si se tratara de una discoteca tipo Studio 54. Dominic había creado un casino con muchos ambientes. Desde restaurantes, a salas de baile. Mezclaba el ocio con el juego, un lugar idóneo para entrar por la tarde y no salir hasta la mañana del día siguiente.

No obstante, Sharon no podía entrar a valorar nada de eso.

Solo pensaba en Prince. En si, en esos momentos, estaría hablando con su hermano. ¿Habría quedado con él? ¿Qué se habían dicho? ¿Por qué tenía que decepcionarla tantas veces? ¿Por qué seguía esperando de él lo mejor?

Era estúpida. Se llevó la caña del daikiri a la boca y sorbió contundentemente.

—¿A quién has invitado con nuestras acreditaciones? —indagó Cleo a su lado, hombro con hombro.

—A tres conocidos —contestó Sharon escueta.

—¿Cómo se llaman?

—No los conoces.

—¿Cómo se llaman?

—Calaveras.

—¿Calaveras? ¿Así? —abrió los ojos impresionada.

Nina le presentó una vez a los Calaveras. Eran tres hombres que quitaban la respiración porque absorbían todo el aire que les rodeaba. Irradiaban un aura muy peligrosa. Los conoció en las mazmorras, un día en el que los tres hicieron uso de una de las salas de Nina, con una sola mujer. Vivían en Nevada, y les gustaba el ambiente de la dominación, aunque, no lo habían hecho su modo de vida, sino, una práctica que les gustaba ejercitar de vez en cuando.

—Sí. Son tres hermanos. ¿Nunca has oído hablar de ellos?

—¿De los Calaveras? Créeme, lo sabría. Ese nombre no se olvida.

—Son mestizos. Dos de ellos tienen sangre de indios Gunlock, el otro es fruto de la aventura de la madre con otro hombre. Dicen que un chamán hizo recaer sobre ellos una maldición.

—¿Una maldición?

—Sí. Por culpa de esa supuesta infidelidad de la madre, y de ese hijo nacido fuera del matrimonio.

—Vaya, se pone interesante. ¿Cuál es la maldición?

—El chamán consideró que la madre cometió herejía y adulterio, y los echó del poblado. Sabía que no había peor afrenta para una madre que le hicieran daño a sus hijos, así que maldijo a los tres hermanos diciéndoles que por sí solos, jamás enamorarían a una mujer, que nunca se fijarían en ellos individualmente. Que acarrearían con el hecho de que se enamorarían de la misma hembra, y que su maldición radicaría en que esa mujer, tendría que enamorarse de los tres y quererlos como trío, o nunca serían felices. Su castigo es compartir a la mujer que aman.

—Caray... —susurró—. ¿Y van a venir para hacer un numerito contigo?

—Sí.

—¿Tú puedes compartir, Sharon?

—¿Si estoy enamorada? No. Nunca. —Contestó sin más. No podía imaginarse a Prince con otra. Por eso, en el mundo de la noche y la liga BDSM cuando él empezaba sus numeritos con sus sumisas, Sharon se iba.

Para no ver. Porque corazón que no veía, corazón que no sentía.

—Yo tampoco. No creo en eso —se encogió de hombros—. En fin, después de esta pequeña introducción para romper el hielo, vamos a lo importante: estás cabreada con Prince. —La rubia la miró de reojo—. Como si lo viera. Cuando te conocí pensé que no te importaba nada ni nadie. Pero ahora... Ahora sé que estaba equivocada.

—Estoy muy agradecida por vuestra ayuda —dejó Sharon claro—. Pero eso no hace que creáis que me conocéis.

—Deja de hacerte la dura, Sharon —la reprendió—. ¿Crees que no sé que estás preocupada por él? ¿Que no piensas que él haya querido verse con Dominic es una muy mala decisión? ¿Por qué no dejas esa coraza de lado?

—Porque no puedo —contestó sin más—. Es mi seguro de vida.

—No. Tu seguro de vida es confiar en los que te rodean y creer que no permitiremos que te suceda nada, Reina Araña. Ese debería ser el único escudo que cargues. Solos no vamos a ninguna parte —añadió despreocupadamente mirando a Leslie y a Sophie—. Míranos a nosotras.

—¿Qué os pasa? —dejó caer los ojos sobre cada una de ellas.

—Todas hemos estado en líos —explicó Cleo—. Tuve que someterme y entrar en un torneo, donde todo el mundo hacía guarrerías, para salvar a mi hermana.

Leslie puso los ojos en blanco.

—Yo no estaba en peligro —aclaró la morena. Levantó su cerveza y señaló a su hermana—. En el torneo no. Estaba con Markus, que era un agente doble, y él me protegía. Pero la loca de mi hermana se metió para encontrarme. ¿Tienes hermanas, Sharon? —quiso saber.

—No. Soy hija única.

—Bien. Pues de eso te libras —bromeó oscilando sus ojos azul grisáceos hacia Cleo—. Son como un grano en el culo.

—Un grano en el culo adorable —rectificó Cleo.

—Sí —se echó a reír Leslie—. Yo estuve metida en una misión de trata de blancas con la mafia rusa, y si no llega a ser por la ayuda de mi hermana y del marido de Sophie, seguramente, ni Markus, ni su hija, ni yo lo contaríamos.

—¿Hija? —eso llamó la atención de Sharon—. ¿Tienes una hija?

—Es la hija de Markus. Se llama Milenka —la expresión de su cara se suavizó al hablar de la pequeña rubia con ojos de demonia que les había robado el corazón a todos—. La quiero como si fuera mía. Lleva mis apellidos —afirmó orgullosa—. La adopté.

—Sí. Y también adoptaste a Markus —intervino Sophie con su particular candor con el que no podía ofender a nadie.

Sharon sonrió y miró a su bailarina favorita, la misma que había leído parte de su alma.

—¿Y cuál es tu historia Sophiestication? —Esas tres chicas la entretenían y le caían bien, aunque intentara mantener distancias.

—Bah... ya la medio sabes. Un japonés enfermo, miembro de la Yakuza, se obsesionó conmigo... y con mi marido. A mí me tatuaron —se dio la vuelta y mostró su impresionante tatuaje que en alguien tan elegante parecía hasta hermoso—. Querían matarme, pero Nick me salvó. Y después, sufrimos un terrible asedio por parte de la mafia japonesa. Nos atacaron en casa de los padres de Lion, hirieron a sus padres... Fue horrible. Y entre todo ese caos, Nick y yo nos reconciliamos.

—¿Estabais peleados?

—Ya lo creo —aseguró Sophie riéndose de ello—. Denuncié a mi marido porque me morí de miedo el día en que intentó jugar conmigo a Amos y sumisas —era muy sincera y no se escondía de nada.

—¿Lo denunciaste? —dijo asombrada.

—Sí. Por malos tratos. Eso hizo que no nos viéramos, por una orden de alejamiento...

—Madre mía.

—Sí... y que además no pudiera ver a su hija... Cindy. Tan solo tenía unos meses.

—Joder. Eso es horrible —contestó horrorizada—. ¿Te pudo perdonar?

—Sí. A veces hasta yo me sorprendo —asumió con vergüenza—. Me tomó por sorpresa... —fue lo único que supo decir—. Desconocía ese mundo. Y me asusté. Nos separamos, y le fui a buscar al torneo de Dragones y Mazmorras Ds para recuperarlo, para demostrarle que entendía lo que le gustaba y que había aprendido yo también a jugar. Asistí junto a Thelma —carraspeó emocionada al recordarla.

A Sharon le afectó oír el nombre de su amiga y leal Ama.

—¿Te metiste ahí para llamar la atención de Nick?

—Sí... Tuve que hacerlo. Tenía que recuperarlo. Pero el torneo fue un desastre... A mí me pusieron a la venta, con la mala suerte de que alguien de Japón me había comprado y se cabreó mucho cuando su dinero cayó en saco roto. Entonces, empecé a recibir llamadas amenazándome y a sentirme perseguida, y fue cuando me secuestraron y me dibujaron el tatuaje. Gracias a Dios, Nick lo resolvió todo. La historia acabó bien.

Sharon no sabía cuál de las historias era más impresionante y complicada. Todas habían salido de sus dificultades, juntas, apoyándose los unos en los otros.

—¿Y cuál es la tuya? —le preguntó Sophie.

—Ya la sabes —concedió Sharon.

—No. La de verdad. La que hay entre Prince y tú.

Los tres pares de ojos se cernieron sobre su persona y el Ama se removió incómoda, ocultándose detrás de su copa.

—Lo justo es que te abras ahora o calles para siempre —le explicó Cleo con su particular tono de sorna—. Es lo que pasa cuando las personas nos abrimos. Sobre todo si somos chicas. ¿Cuál es tu historia? No saldrá de aquí.

Sharon no sabía ni dónde meterse. Era la primera vez que se sentía tan acorralada sin estar atada o encadenada. Con la canción de *Everybody likes to Party* de Marc Korn y Orry Jackson animando a la gente a que se moviera, la Dómina no supo qué era peor. Si guardar el secreto para siempre, o dejarlo ir para liberarse y sacarse parte de la oscuridad y la humillación que llevaba consigo. Ellas habían tenido experiencias muy crueles e incómodas también. ¿Por qué no?

—¿Mi historia? —dijo en un arrebató de valentía e inconsciencia—. Creo que os supero.

—¿Apostamos algo? —se animó Leslie.

La rubia arqueó las cejas y empezó a narrar su historia.

—Hace poco más de un año, Prince me dejó porque me encontró en la mazmorra del Temptations desnuda, en brazos de Lion —miró a Cleo, que se tensó al escuchar tal información—. Se creyó que me había dejado dominar por él y que lo había engañado.

—¿Y lo engañaste? —Cleo también quería saberlo. Creía la versión de Lion y ponía la mano en el fuego por él, pero le urgía saber la verdad sobre lo que sucedió.

—No. Jamás —aclaró con voz mortífera—. Lo que no sabe Prince es que media hora antes de que él me encontrara, había quedado con Dominic para prepararle su fiesta sorpresa de cumpleaños —tragó saliva, perdida en el fondo de la copa de su daikiri.

—¿Qué pasó, Sharon? —preguntó Sophie nerviosa.

—Dominic sabía algo de mi pasado y de mí que yo había luchado por esconder, porque quería empezar una nueva vida, fuera de las habladurías. Yo vengo de Nueva Jersey, ¿sabéis? —No. No lo sabían—. La cuestión es que Dominic usó esa información en mi contra y me coaccionó, me hizo chantaje a cambio de su silencio, porque sabía que si Prince conocía los detalles escabrosos de mi vida, me dejaría. Y yo me moría al pensar que Prince y yo rompiéramos... —aseguró emocionada.

—¿Que te coaccionó cómo? —indagó Leslie dando un paso al frente.

—Dom me violó, y me dejó maniatada en el potro.

Ya está. Lo había dicho. Por primera vez lo había contado en voz alta. A pesar de la música y el jaleo, ellas cuatro parecían coexistir en una burbuja silenciosa y atemporal.

—¿Qué? —susurró Cleo.

—Cuando acabó, Dominic se quedó afuera, fumándose un maldito cigarro, como si hubiera acabado de pegar un polvo consentido. Vio entrar a Lion, con el que yo había quedado más tarde, y no dijo nada. Lion me encontró destrozada —rememoró sintiendo compasión por sí misma—. Y minutos después, Prince nos encontró a los dos... Dominic le había dicho nada más verlo, que Lion y yo habíamos entrado juntos a la mazmorra y que llevábamos un buen rato en ella.

Las tres mujeres se mantuvieron en silencio, frías ante la narración de Sharon. No sabían qué decir, ni cómo consolarla, aunque estaba claro que si la espléndida Ama necesitaba consuelo, no era de ellas.

—Lo demás, ya os lo podéis imaginar...

Las tres chicas se quedaron ojipláticas, afectadas por lo que acababan de oír de modo tan descarnado.

Cleo dio un paso hacia ella, anonadada y herida en su nombre. Le puso las dos manos sobre los hombros, y la acercó a ella para abrazarla.

Sharon no estaba acostumbrada a esas muestras de cariño tan afectuosas y asertivas, por eso se quedó de piedra.

—Dios, Sharon... —musitó Cleo sin soltarla—. No sé ni qué decirte. Lo siento mucho. No me importa cuál es tu secreto, solo espero que ese hijo de perra de Dom no solo pague por sus negocios turbios, sino por lo que te hizo —se retiró y la tomó de la barbilla—. Por lo que os hizo. Prince no tiene ni idea. Vive engañado... —murmuró en desacuerdo.

—No puede saberlo —la apartó ligeramente—. Porque si lo sabe... Dom dirá mi secreto y...

—¡Tu secreto no vale nada ahora! ¡Ya lo has perdido! ¿No te das cuenta? Ya has perdido a Prince. Os han separado —la espoleó Cleo. Sus ojos esmeralda exigían venganza—. ¿Crees que hay algún secreto del pasado tan poderoso como para romper el amor de una pareja como la vuestra? Prince debería saber lo que sucedió, aunque tu secreto sea revelado.

—Estoy con mi hermana —afirmó Leslie con seriedad—. Ese tipo es un violador. No puede irse de rositas.

—Violador y otras cosas más de las que nos enteraremos cuando se reúnan él y Sherezade —convino Sophie.

—¿Qué puedes perder? —insistió Cleo. Ella estaba muy sensibilizada con esos temas y no podía creer que alguien tan fuerte como Sharon se hubiera callado algo tan flagrante—. Ya has perdido lo que más te importaba... —Cleo le levantó el antebrazo y tocó aquel corazón en forma de candado. Un corazón hermoso, rojo y dorado. Pero cerrado a cal y canto—. Has perdido tu corazón, Reina. Si no aprovechas ahora, ahora que podemos tener a Dom contra las cuerdas, dejarás pasar la oportunidad de exigir justicia para ti.

Sharon no podía bajar la mirada de los ojos de Cleo, porque la atrapaba y la convencía, tan apasionada como era esa Lady Nala loca y empática.

¿Qué podía perder? A Prince ya lo había perdido.

Al menos, aunque supiera su vergonzosa verdad, habría logrado recuperar la credibilidad y el respeto que había perdido para Prince.

Sharon iba a contestar que le faltaba valor cuando, las Dóminas empezaron a silbar a alguien que acababa de entrar a la discoteca.

Las cuatro alzaron la cabeza y vieron a tres hombres más altos de la media, con la piel morena, y unos ojos increíblemente claros para su tez. Vestían de negro, obvio. Con botas de motero, pantalones oscuros, y unas camisetas negras con tachuelas. Eran igual de altos. Una locura de testosterona y agresividad masculina, que no pasó desapercibida para las Dóminas, que los veían como una amenaza.

Pero no para Sharon. Ella no veía amenazas, porque estaba muy segura de quién era y del poder que poseía. Ella solo veía posibilidades.

Y con la interacción de esos tres sobre la plataforma tenía la posibilidad de desafiar a Sherezade, a Dominic y también a Prince.

Había llegado su momento.

* * *

Prince entró en el casino acompañado de Nick Summers. Se sentía decepcionado y cabizbajo. No había podido dar con Dominic, y aunque le había enviado un mensaje para verse en un lugar y a una hora, y Dom lo había leído, no le había contestado. Su hermano mayor no se presentó a la cita.

Prince asistió con la pequeña esperanza de verle cara a cara. Pero Dom lo eludió con una facilidad insultante. Como si no le importara.

Summers, a su lado, lo miraba valorando su estado anímico.

—¿De verdad esperabas que tu hermano quedase contigo hoy? —le preguntó con tono conciliador—. Dom tiene entre manos algo gordo, que os ha ocultado a todos... No iba a distraerse con una reunión insignificante.

—Sí. Gracias. Ahora lo sé —contestó Prince con sarcasmo—. Ahora lo que más me preocupa es encontrar a Sharon y hablar con ella.

Nick se rió en su cara.

—No le ha debido gustar nada que te fueras.

—No. La verdad es que no. Me gustaría que pudiéramos ver juntos esa reunión de mi hermano en directo. Pero para ello, hay que hacer el numerito de la pasarela, porque por ahí tenemos que pasar todos.

—De acuerdo. Tú encuéntrala, haced el número y después, venís

conmigo, porque lo podemos ver desde aquí —le informó Nick sacudiendo su iPhone 6 Plus con una sonrisilla—. Seguro que las chicas están con ella.

—¿Las cámaras se conectan a tu móvil?

—Sí. Lo he configurado así. Markus y Lion están con el ordenador preparados para recibir la señal y hacer de espectador indirecto, como nosotros.

Prince no podía más que reconocer el excelente trabajo que hacía ese grupo de agentes. Lo tenían todo pensado. Era increíble la facilidad con la que se metían en todos los sistemas. Unos auténticos cocos de la informática. Y Nick parecía ser el hacker mayor.

Cuando entraron en la discoteca, Nick se quedó con la vista al frente fija, como si hubiera algo que le llamara mucho la atención.

—Eh... ¿Prince? —lo detuvo por el hombro y señaló en una dirección.

El Dómine frunció el ceño y siguió la dirección de su dedo índice. Cuando la vio, su autocontrol se desvaneció, como si nunca lo hubiera tenido.

Bailando de un modo que parecía pecado, jugando con tres hombres a la vez, que la cobijaban a modo de frankfurt, se hallaba Sharon, desafiando a los presentes y acariciando a sus nuevos acompañantes.

Y él los conocía.

Eran los Calaveras.

* * *

Los tres mestizos jugaban con la Reina Araña, o tal vez fuera al revés. La ropa que llevaba Sharon le recordaba a un telar, por las tiras negras que la vestían de arriba abajo, tan sexy que dolía verla si no se podía tener. En la pantalla salía una desafiante imagen de ella y un montón de telas de araña que moteaban la imagen.

Pero en la plataforma, esas telas no existían, solo sus brazos y sus manos, tocando, acariciando los cuerpos de los Calaveras.

Prince conocía la leyenda de esos hombres, sabía quiénes eran, y verlos interactuando con Sharon le reventó el estómago.

Con otra mujer no habría pasado nada, y posiblemente aquel número no

hubiese sido nada llamativo, pero Sharon sabía bailar y moverse mecida por el ritmo de la música. Recordaba a la perfección los numeritos privados que ella le había dedicado. Tenía magia y embrujo cuando se contoneaba, y después dejaba a todos embobados con sus sonrisas y sus miradas. Y ver cómo lo hacía con esos tres... Le subía la bilis a la garganta.

Era como una sirena cantando a los marineros para que colisionaran contra las rocas, para después comerse los pedazos.

My heart is refusing me decía la canción que sonaba de Loreen.

Sí, el corazón de Prince también rechazaba lo que veía. No soportaba lo que hacía Sharon, porque ella nunca se dejaba tocar en sus números. Y esta vez, los tres la podían manosear. Uno pegaba su pelvis a la parte baja de su espalda, y el otro la tomaba por las caderas por delante, mientras el tercero se colocaba ante ella, privando de la visión a todos.

El público empezó a silbar cuando los tres rodearon a la Dómina. Sharon procuró que todos vieran que era ella quien llevaba el mando cuando uno de los hermanos la levantó por las axilas y la alzó como si mostraran a la presa. Ella, aprovechando aquella posición más alta respecto a todos los demás, barrió la sala periféricamente y entonces lo vio.

Prince no parpadeó. Ella, a quien uno de los Calaveras la estaba subiendo a sus caderas, a horcajadas, tampoco osciló las pestañas. Lo único que hizo fue sonreírle de un modo malvado, que provocó que toda la sala buscara curiosa el objeto de su deseo. Cuando vieron que era de Prince de quien ella se reía, las malvadas Dóminas aplaudieron eufóricas. Para ellas, no había mayor gesto de poder, que enseñar al sumiso, adoctrinarlo para ver cómo su Ama podía coquetear y tontear con otros en sus narices.

Y pasó.

Sharon tomó el rostro del mestizo para darle un apabullante beso en los labios. Un beso con lengua que encendió a toda la congregación.

Por mucho que Prince quisiera moverse del sitio, no podía, porque estaba helado. Pero era un frío que quemaba.

—Oye —Nick le puso la mano en el hombro—. Tal vez sea mejor que veas esto ahora... —sugirió al comprobar que el enfado del Príncipe crecía de manera exponencial.

—¿Has visto eso?

—Sí, tío.

—Maldita... —musitó entre dientes, sin poder apartar la mirada de ella.

—Prince —Nick le habló en otro tono—. Tu hermano y Sherezade acaban de contactar en su oficina.

El moreno desvió la mirada directamente a Nick y este sacudió el móvil frente a su cara.

—Vamos a verlo —ordenó Steelman.

Debía alejarse de la imagen de Sharon con esos tres, porque lo trastornaba y lo mataba en vida.

Lo acababa de castigar y se acababa de reír de él delante de todos. No iba a quedar así.

* * *

En el baño de hombres, unos concentradísimos Prince y Nick atendían a las imágenes del móvil. El agente Summers le ofreció un casco y él se colocó el otro. No querían que nadie escuchara lo que ellos.

En la oficina tipo palco del casino, Dom permanecía sentado sobre su propio billar.

Ante él, tenía a una mujer muy hermosa y espectacular. Muy alta. Morena de pelo rizado y silueta escultural. Iba vestida como una Dómina del infierno, sus hombreras poseían pinchos plateados y brillantes y su ropa toda negra, combinando látex y la elástica licra, le daban una imagen respetable y oscura.

—*Heil*, Sara. ¿O prefieres que te llame por tu nombre de Dómina?

—Llámame Sherezade —aclaró ella pasando un dedo por la madera de las esquinas del billar.

—¿Me has traído lo que te he pedido?

—Sí, hay un cargamento de sexflip entero para ti y tus clientes —contestó seria, mirando todo lo que le rodeaba.

—Genial. Espero que sea tan bueno como el último. Los clientes quedaron muy satisfechos.

—Yo nunca fallo —contestó la morena—. ¿Tú me has traído el dinero?

—Sí.

—¿Y sigues manteniendo a las chicas a buen recaudo?

—Obvio —asumió con aburrimiento.

—Bien —asintió Sherezade—. Mañana haremos el intercambio. ¿Qué tal la nueva mercancía, por cierto? ¿Te gustan?

—No están mal —contestó Dom.

—Cada una de ellas tiene un código de barras en la piel. Cuando lo escanees en tu sistema sabrás lo que nos deben cada una. Deberán pagar su deuda en tu casino, en las salas inferiores —sonrió satisfecha.

—Por mí perfecto. Una parte para mí y otra para vosotros —se encogió de hombros.

—Algo me dice —apuntó deteniéndose justo en frente de su cuerpo— que tú quieres a la perra gorda.

—Es lo justo —contestó Dom—. Utilizáis mis instalaciones para vuestros castigos y sometimientos.

—Tú ganas dinero con ello y con las apuestas.

—Sí. Pero... esta es distinta. La quiero para mí. Si tú quieres para ti a Alejandra y a Nina para venderlas o darlas a quien quieras, yo me pido a la Reina. Mañana, cuando hagamos la entrega en las salas de dominación para cada uno de nuestros clientes, apartaré a Sharon para llevarla a mis aposentos.

Sherezade se pasó la lengua por los dientes.

—¿Sigue siendo a la misma hora?

—Sí, a las ocho de la mañana.

—Me encantaría jugar un rato con ella antes de que mañana la cojas. Yo también quiero darle su merecido. Y tu hermano también se lo merece —objetó sin dilación—. Él también nos ofende con su comportamiento.

—No. A mi hermano hay que dejarlo. El pardillo ya me ha fastidiado al verlo aparecer aquí con ella, cuando pensaba que ni se hablaban... Es un estorbo. Hoy ha intentado quedar conmigo, y he tenido que ignorarlo. Si hay un modo de castigarlo por su insulto hacia los nuestros, es cogiendo a Sharon. Eso acabará con él. Porque el muy estúpido aún la quiere. Después de creer lo que creyó —se rió incrédulo— aún la quiere. Sino, ¿de qué se presenta aquí con ella? Y encima bajándose los pantalones como sumiso.

—Déjamela a mí —repitió Sherezade—. Le tengo ganas a Sharon desde el torneo.

—No. Tú eres demasiado dura y echas a perder el material con facilidad. A Sharon hay que tratarla como la traidora que es, hay que hacerla durar y que todos la prueben. Yo me encargaré de doblegarla. Ya lo hice una vez.

—¿Cómo lo lograste?

—Chantajeándola. Es muy celosa de su pasado y de sus cosas. Pero yo he descubierto sus vergüenzas. Jugaré con esa baza para volver a hacérselo a esa perra. Lo disfrutó mucho. A ella le gustan esas cosas... —dijo soberbio—. Aunque dijera que no.

—¿Es verdad lo que dicen?

—¿A qué te refieres?

—A que es adictiva —musitó la proxeneta.

—Lo es —aseguró Dom con suficiencia—. Pero más adictivo es ver cómo controla los gritos y el llanto...

* * *

Prince no lo soportó más. Tenía ganas de vomitar. Se arrancó el casco del oído y salió del baño a trompicones, casi perdiendo el equilibrio.

Agarrándose como pudo al lujoso lavamanos, aguantó estoico las arcadas. Inmediatamente, hundió las manos en el agua del grifo para echársela por la cara y refrescarse. Necesitaba un golpe de realidad.

—Me cago en la puta... —gimió afectado por todo lo escuchado—. ¿Qué coño ha sido eso?

Alzó la cabeza y miró su reflejo en el espejo. Tenía el rostro goteante y pálido.

Acababa de escuchar más de lo que esperaba. Muchísimo más.

El vídeo había hablado por sí solo. Y, aunque aún no podía sacar todas las conclusiones que quisiera, como por ejemplo, ¿por qué hacían lo que hacían? ¿Qué les movía? Sí había podido sacar una. La que más le impactó.

Dominic hablaba de Sharon de manera despectiva, con la voz teñida de odio. También hablaba así de él. Pero con Sharon se cebaba. Además, había dicho que sometió una vez a Sharon. ¿Cuándo? ¿Qué le había hecho Dom a Sharon por el amor de Dios?

Le temblaban las manos y su alma se tambaleaba.

Mareado, escapó del baño, buscando un aire que no llegaba a sus pulmones. Pero el lugar donde fue a parar estaba mucho peor.

La música rebotaba en su interior, aunque la sala estaba cada vez más vacía. La multitud hablaba de que habían abierto de nuevo las mazmorras en la planta inferior, y que todos aquellos que ayer superaran sus desafíos podían bajar de nuevo a jugar.

El juego era la mayor atracción de los tres días rojos. Y todos, que tenían alma de voyeur, deseaban ver buenos números y espectáculos.

Sharon y él lograron el desafío anterior. La rubia habría bajado esperando a jugar. Pero si se creía que cualquiera de los Calaveras le valdría para ser sometido, es que estaba loca y no conocía su mal carácter.

Se sentía frustrado, herido y muy cabreado.

Y se aseguraría de que la Dómina, que era una víctima de todo aquello, también lo notara. Porque Prince, a su manera, también lo era.

Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa. Sobre todo las marcadas.

Capítulo 13

Kelly, la croupier, sonreía a Sharon y a los tres increíbles hombres que la acompañaban, aunque su gesto parecía incómodo con la presencia de los hermanos.

Era extraño.

—Reina.

—Hola —la saludó Sharon.

—¿Dónde está el Príncipe? ¿Has cambiado de pareja? —preguntó disconforme.

—Ya sabes —contestó Sharon sin más, con una actitud de total normalidad—. Hay que enseñarle al perro que no soy suya y que puedo dar de comer a quien yo quiera.

—¿Interrumpo?

La voz de Prince, tras ellos, erizó a Sharon como si fuera una gata. Prince se la podía imaginar girándose y dándole un zarpazo.

Cuando Sharon lo miró por encima del hombro, contempló en sus ojos algo a lo que no supo ponerle nombre: parecía loco, y al mismo tiempo, era como si exigiera una pelea pública, una sangría sin concesiones.

Los tres Calaveras eran un dedo más altos que Prince, que ya era decir, de espaldas anchas y cuerpos de guerrero. No debía olvidar que corría sangre india Gunlock por sus venas... Pero Prince era el Príncipe de las Tinieblas. El Rey de la noche.

Lonan, Dasan y Koda, así se llamaban, tenían la piel un tono más morena que la de Prince. Llevaban el pelo oscuro rapado. Lonan tenía los ojos muy verdes, Dasan grises, y Koda, el supuesto hijo de un blanco, cuya piel era algo más clara que la de sus hermanos, al igual que su pelo, los tenía

amarillos, como los de un animal salvaje.

—Chicos, no tenéis nada que hacer aquí —sentenció Prince.

Koda frunció el ceño de un modo peligroso y sonrió al Amo.

—Estás loco. Será Sharon quien nos lo diga. No tú.

—*Esta no es la mujer que os pertenece* —dijo en indio, para que los tres le atendieran y comprendieran lo que quería decir—. *Es la mía* —añadió sin concesiones.

Los tres hermanos se miraron el uno al otro, hablando entre ellos con ese vínculo que nadie más poseía. Por acuerdo tácito, cedieron a las palabras de Prince, que marcaban a Sharon como suya.

Los Calaveras tenían una premisa: no joder a los afortunados que sí habían encontrado a su pareja.

—Nos vamos, Sharon —anunció Koda con un gesto de disculpa.

—¿Qué? —dijo horrorizada—. No. No os podéis ir. Quiero jugar con vosotros. ¿Qué demonios les has dicho? —increpó a Prince.

Prince parpadeó con aparente inocencia.

—En otro momento, preciosa —contestó Lonan con sus vivaces ojos verdes agradecidos—. Cuando no tengas al lobo detrás, marcando territorio.

—Él no pinta nada aquí —arguyó nerviosa.

Los Calaveras dieron un paso atrás, Koda besó en la mejilla a Sharon y le guiñó el ojo deseándole lo mejor. A Prince solo le deseó suerte, porque la iba a necesitar.

Sin más, los tres hombres que habían acudido al aviso de la Reina de las Arañas, abandonaron el local, con una historia maldita y hechizada sobre sus hombros y el enigma de si, alguna vez, encontrarían a la mujer capaz de amar a los tres a la vez.

* * *

La Dómina se sentía tan ultrajada que mataba con la mirada. Le temblaba el cuerpo de la furia que la barría por dentro.

Prince había aparecido sin más, habría hablado con el mezquino de Dominic y ahora se habría creído todas sus patrañas y mentiras. O peor,

¿podiera ser que Dominic le hubiera desvelado sus secretos?

¿Y qué más daba ya? Cleo tenía razón. Ya no tenía al Príncipe, lo había perdido igualmente, así que, ¿qué importaba darle más razones para que no la quisiera ver ni en pintura ni deseara tener nada que ver con ella?

—¿Eres imbécil? —le espetó Sharon con lengua viperina.

—Pide cartas y juguemos, Mistress —ordenó Prince.

Ella le echó una mirada de arriba abajo.

—¿Sabes lo enfadada que estoy? —le preguntó—. ¿Sabes lo poco recomendable que es meterme en una mazmorra contigo ahora?

—Me importa una mierda lo enfadada que estés. Yo también lo estoy. Pide cartas y juguemos, Mistress —repitió Prince inflexible, tan harto de todo como ella—. He venido aquí con todas las consecuencias.

Ella dejó ir el aire entre los dientes, su mirada completamente verdosa y ofuscada por el rencor y el desdén prometía una tortura de proporciones épicas.

—¿Reina? —preguntó la croupier, esperando su decisión.

Ese hombre la estaba volviendo loca. La desobedecía a todas horas y después le exigía. No. Prince no entendía su rol.

Ni tampoco la comprendía a ella. Estaban en el festival más importante de la dominación femenina. Ella era la Reina de aquel lugar.

¿Se imaginaba en el compromiso en el que la metía al desafiarla tan abiertamente?

Y lo que era peor: ¿tenía idea Prince de las emociones tan descontroladas que golpeaban su mente y su corazón? Era un volcán y podía llegar a ser muy mala y cruel si se lo proponía, más aún con sumisos chulos y macarras como él.

Sharon se dio la vuelta hacia la croupier, con el gesto serio y tenso y dijo:

—Dame cartas.

Kelly sonrió, pues sabía que si ellos jugaban, quien ganaba era el espectáculo.

—Sí, Reina —contestó. Barajó cada montante y dispuso los cuatro montículos frente a ella. Las cartas con el dragón estampado de colores diferentes, parecía que se reían de ella, que la tentaban a ser la Mistress incompasiva y castigadora que podía llegar a ser. Y aunque temía esa parte de

ella, Prince la estaba sacando a relucir con su osadía y su desobediencia.

Tiempo: 20 minutos.

Plataforma: potro.

Objeto: libre elección.

Modalidad: 10 latigazos.

Kelly ocultó una sonrisa al imaginarse lo que iba a suceder, y les indicó la sala donde debían realizar el ejercicio.

—Dirigíos a la jaula.

Entre muchas salas acristaladas y mazmorras algo más cubiertas, había una que se levantaba amenazante entre todas las demás. Era una sala circular rodeada por barrotes metálicos de acero negro. Parecida a las cárceles donde los Amos criaturas y la Reina de las Arañas sometían a los concursantes del torneo de las Islas Vírgenes. Pero no esta vez.

En esa ocasión, aquella enorme jaula para animales salvajes, quedaría ocupada por los más peligrosos y letales de la fauna nocturna y del reino de la dominación.

* * *

Sharon entró en la jaula, y abrió la puerta de par en par para que entrara Prince. Una vez dentro los dos, la cerró de un portazo.

Sin mirarlo, abrió el armario, ubicado en todas las salas, donde se guardaban los instrumentos y los objetos para jugar y castigar.

Le temblaban las manos de lo enfurecida que estaba con él. Había quedado con su hermano, y después, se creía con la potestad de ordenar a los demás que se fueran.

Se dio la vuelta para encararlo con el látigo en mano, lo estiró y lo allanó con sus manos, alisándolo perfectamente.

—Ponte de cara al potro —por el rabillo del ojo observó como un pequeño panel electrónico iniciaba la cuenta atrás del tiempo. A su alrededor muchos verían lo que iba a hacer, cómo iba a castigar a Prince y si premiaría su entrega con un orgasmo o no.

Prince no se dio la vuelta inmediatamente.

—No hagas que te lo repita dos veces —le pidió con frialdad y advertencia.

—No he podido quedar con mi hermano.

—Me da igual —contestó ella, caminando hacia él. Pero no era verdad. Si no había hablado con él, entonces, su secreto todavía continuaba oculto, ¿no? Aun así, su enfado permanecía. Sharon alzó los brazos para tomar su camiseta negra de rejilla, y romperla por la mitad, rasgándola sin ninguna delicadeza. Se la acababa de romper. Su torso desnudo y musculoso brilló por la suave capa de sudor que lo cubría—. ¿Desde cuándo sabes hablar indio? Tienes muchos secretos, nenaza... —murmuró obligándole a darse la vuelta. Lo empujó para que apoyara las manos en el potro.

—No tantos como tú —contestó Prince manteniendo el temple, dándole la espalda para sujetarse al potro.

Sharon reaccionó de manera imprevista. No las tenía todas con ella.

—¿A qué te refieres? —quiso saber rodeándole la cintura con los brazos. A continuación le desabrochó el pantalón y se lo bajó hasta los tobillos. No llevaba calzoncillos, por eso sus nalgas asomaron esculturales como eran. La mano de Sharon salió disparada hacia su pelo y tiró de él—. Con-tés-ta-me —pronunció sílaba por sílaba.

—A que no he quedado con mi hermano. Pero he visto por cable su reunión con Sherezade —espetó en voz baja.

—¿Cuándo?

—Mientras tú te contoneabas como una lagarta calenturienta con los Calaveras.

A ella también le hubiese gustado verlo.

—¿Ya sabes quién es Sherezade?

—Sí.

—¿Y sabes si tu hermano está metido en...?

—Sí —zanjó él rápidamente—. Y han hablado de más cosas...

Sharon lo soltó de golpe.

—¿Y? —preguntó temerosa.

—Y me muero de curiosidad por saber qué fue lo que mi hermano te hizo, y qué secreto vergonzoso escondes para que él te chantajeara.

Oh, no.

Fue horrible y definitivo.

Cuando escuchó de Prince aquellas palabras, supo que su final y su imagen como mujer ante él, se iba a romper definitivamente.

Se quedó sin fuerzas y el látigo se le resbaló de los dedos.

El reloj seguía contando hacia atrás, aunque ellos no habían movido un solo músculo desde que Prince insinuó que lo sabía todo.

—¿Qué pasa, Reina? —Prince no se dio la vuelta. Clavaba los dedos en la piel curtida del potro. Quería destrozar algo. Romperlo como sentía que a él se le rompía el corazón—. ¿No me vas a enseñar qué fue lo que te hizo? ¿Y si lo disfrutaste o no?

Eso último fue el detonante. Como un activador que, al ser encendido, dio vida a algo oscuro y terrible en su interior, como un monstruo vengativo que aguardaba el momento justo y exacto para asomar la cabeza y presentarse ante todos.

—¿Cómo dices?

—¿Qué te hizo? ¿Qué disfrutaste? Házmelo. Hazme disfrutar a mí también —la provocó.

—Estás loco... —lo miró horrorizada.

—¡Házmelo, Dómina cobarde! —le gritó para que todos oyeran su abierto desafío.

Sus ojos se aclararon y se cubrieron de una furia ciega y anegada en lágrimas de despecho y mucho dolor.

—¿Eso quieres? —volvió a tirar de su pelo y a hablarle al oído—. ¡Porque no pienso detenerme y te juro que ya no habrá vuelta atrás!

—¡Sí, joder! ¡Ten los huevos de hacerlo! ¡Ten los huevos de decirme cuál es ese secreto que él conoce y yo no!

Sharon cogió aire, y cada molécula de oxígeno que absorbió desde entonces, le pesó en el alma.

Se dio la vuelta, volvió a abrir el armario y tomó los objetos que necesitaba para enseñarle, exactamente, lo que Dom le hizo.

—Tú lo has querido —aseveró colocándose el arnés y el dildo mientras se le llenaban los ojos de lágrimas—. Haces que sea horrible. Me conviertes en lo que crees que soy y en algo que yo no quiero ser —lamentó

profundamente.

—¡Házmelo! —gritó Prince deseoso de experimentar lo que Dom hizo sentir a Sharon. No era tonto. No había mal interpretado las palabras de su hermano. Solo quería sufrir lo mismo en sus carnes. Sharon nunca se lo contó, él tampoco le dio ocasión. Pero era una mujer de acción y no de palabras. Y aquel, en su mazmorra, bajo su dominación, sería el mejor modo de aprender la verdad.

Sharon ató sus muñecas al potro y lo dejó inmóvil. Sentía las manos frías y el alma hueca por lo que iba a hacer. Pero tenía que purgar sus pecados como fuera o al final acabarían matándola. Estaba cansada de los secretos, de la desconfianza y de la decepción. Y Prince y su provocación la acababan de llevar al límite.

—Odias ser dominado por una mujer. Pero yo voy a dominarte —murmuró colocándole un gag en la boca para que no pudiera ni hablar ni pronunciar la *codeword*—. Vas a estar tan indefenso como estuve yo con él.

* * *

Prince no iba a moverse. Ella lo sabía.

Sharon no se fue con rodeos, como tampoco Dom los tuvo con ella.

Le abrió las nalgas y le untó lubricante con un bote dispensador. Habían hombres muy heteros como él a los que les encantaba la estimulación anal. A Prince le gustaba, pero solo la básica.

Aquello iba a ser la Masterclass.

—No fue Lion —explicó Sharon con voz temblorosa, mientras colocaba la punta de su pene de goma en el ano de Prince—. Nunca fue Lion —le aseguró.

Él se agarró a las cuerdas de cuero y apretó los dientes. No iba a luchar contra eso. Quería saber la verdad así. Sufriendo como intuía que ella había sufrido.

—¡Arg! —él gritó cuando la cabeza del consolador entró con fuerza y superó el tenso y protector anillo de músculos.

Sharon le azotó la nalga. Y después, sin detener su invasión, llevó su

mano libre al pene de Prince. Para estimularlo.

Él se removió, pues no quería ese contacto. No quería que ella le diera placer. Solo quería dolor.

—¡Quieto! —imperó Sharon—. ¡¿Quieres que te cuente lo que pasó, Prince?! ¡¿Quieres que te explique de qué están hechas mis pesadillas?! —lo estaba poseyendo como nunca lo habían poseído. Y se sentía rastrera.

Prince luchaba para no ser estimulado por ella, pero Sharon lo había amarrado bien. Y mientras avanzaba las caderas y masajeara a su pene erecto, continuaba con su descarnada narración.

—Aquel día quedé con tu hermano para prepararte una fiesta sorpresa de cumpleaños.

Prince cerró los ojos y se alejó de las sensaciones que ella provocaba en su cuerpo. Solo quería escuchar su historia.

—Lion se retrasó y me dijo que iba a venir más tarde, así que me quedé primero a hablar con Dominic —lo penetró por completo sin dejar de masturbarlo por delante. Pero él, aunque estaba tenso y a punto de romperse, no se quejó—. Dom aprovechó para echarme en cara que conocía mis secretos y que me había investigado. Y que si tú los sabías, me dejarías inmediatamente. Porque eras un Steelman, ¿verdad? —esperó apretándole el pene para después acariciárselo de nuevo—. Y tu familia no quiere escándalos como los míos —susurró y se detuvo para sorber las lágrimas por la nariz—. La cuestión es que él sabía que yo —le susurró al oído—, maté a mi padre para que nunca más pegara a mi madre. Fue en defensa propia.

Prince abrió los ojos consternado. ¿Cómo?

—Y también sabía que, conmigo... conmigo tú nunca podrías ser papá. Porque... —con esa declaración se hundiría en la miseria, pero ya no le importaba—. Porque no te puedo dar hijos. Soy estéril. Tú querías hijos, y yo soy incapaz de tenerlos. ¿Te das cuenta? Dom intentó hacerme chantaje, pero apenas me dejó elegir. Me sorprendió atándome al potro, y me violó —espetó abatida—. Me dijo que nunca diría nada... Pero se encargó de hacerte creer que Lion y yo habíamos disfrutado de una sesión juntos. Cuando nunca fue así.

Prince no osaba a interrumpirla. Tampoco le hubiera salido ninguna palabra coherente en ese instante.

—Lion me encontró y me ayudó a reponerme —continuó Sharon—. Me dio consuelo. Y me sostuvo cuando me dejaste y creíste que yo te había engañado. Que te habíamos engañado. Perdiste muchas cosas aquella tarde. Igual que yo —asumió—. Y supongo que... Acabar mi relación contigo de esta manera es obra del karma. Lo siento. Te odiaré por destruirme de muchas maneras, y por hacer que me comporte como un Ama cruel y zorra que no soy —admitió—. Como sea, considera esto como un polvo de despedida. Pero no temas porque, a pesar de ser una asesina y de no estar completa como mujer, a ti te haré disfrutar. Aunque eso haga que me odies todavía más.

Después de aquello, procedió a sodomizar al Príncipe, al Amo criatura, y al hombre del que se enamoró y con quién ya no podría tener ninguna otra oportunidad.

Apuró hasta el último minuto, y consiguió que Prince se corriera en su mano, harto de la estimulación.

Cuando acabó, Sharon se quitó el arnés como si le quemara. Dios, lo odiaba. Odiaba aquello. Detestaba lo que había hecho y le daba vergüenza mirar a los ojos a aquel hombre al que le había hecho sentir cada segundo de su desesperación durante la terrible experiencia.

Avergonzada, se dio la vuelta y salió de la mazmorra corriendo y al borde de la depresión. Necesitaba derrumbarse a solas.

Mientras tanto, Prince se dejó caer de rodillas, apoyó la frente en el potro y lloró como hacía años que no lloraba.

Con la rabia de un niño al que habían roto el mejor de sus juguetes.

* * *

Al cabo de los minutos, Lion y Summers lo desataron del potro. Habían visto a Sharon huir desconsolada del casino, y eso les alertó. Ninguno de ellos estuvo controlando lo que grababan sus ojos de halcón pues seguían la reunión de Dom y Sherezade. Pero Les, Sophie y Cleo vieron el número entero por la pantalla de cine enorme que bajaba del techo.

No obstante, Lion y Nick no habían visto todo el espectáculo, pero por las

caras del resto, se lo podían imaginar.

Nick liberó a Prince del gag, y Lion lo ayudó a levantarse y a subirse los pantalones.

Prince no abrió la boca para nada mientras ellos le echaban un capote por encima para proteger su dignidad perdida.

—Vámonos —le ordenó Lion—. Te llevamos al hotel y ahí te tranquilizas.

—He visto la conversación de mi hermano con Sherezade —murmuró Prince cabizbajo.

Lion asintió, sintiendo empatía por su desazón y su arrepentimiento.

—Sí. Lo sé. Me lo ha dicho Nick.

—Tú nunca... —negó el Príncipe con la cabeza—. Nunca... te acostaste con Sharon.

—No —contestó Lion solemne, sintiendo pena por Prince—. Te dije que nunca tocaría a la mujer de otro hombre. Y Sharon era la mujer de uno de mis mejores amigos. También era mi amiga.

Las palabras de Lion afectaron aún más a Prince. Los tres salieron de la mazmorra, sabiendo que la reputación del Príncipe acababa de recibir un duro mazazo al ser sometido por la implacable Reina. Todos considerarían que, de los dos, ella era la más fuerte. Pero nada de eso le importaba. Solo le importaba el dolor que había provocado con su terrible equivocación. Había perdido a su mejor amigo y al amor de su vida.

Demasiado.

—Lion —se detuvieron frente a frente sin saber muy bien qué decirle. El golpe de la desconfianza en su amistad había sido casi definitivo, de modo que parecía imposible recuperarla. Pero Prince quería y pondría de su parte para que volvieran a ser buenos amigos—. Soy un capullo. Me equivoqué —tragó saliva—. Y nada será suficiente para pedirte perdón.

Romano asintió aceptando las disculpas. Tal vez no era tarde para ellos. Tal vez, con el tiempo, podrían aprender a perdonar y a olvidar. Y construir juntos los cimientos de una nueva amistad. Pero aún no. Por el momento habían otros flecos de los que hacerse cargo.

—Por fin sabes la verdad —dijo Lion aliviado—. Eso es lo único que importa.

—Así es...

—Prince —le dijo Nick—. Ve con Sharon —aconsejó con tiento—. Se ha cruzado con las chicas y les ha dicho que se iba a la suite —recomendó echándole el pelo negro hacia atrás—. No deberías dejar que esté sola en este momento.

—Ve con Sharon ahora —convino Lion poniéndole una mano en el hombro—. Esto ha sido también muy duro para ella. Mañana por la mañana tocará intervenir en esa «entrega» de mercancías y me interesaría que, para entonces, tú y Sharon estéis lejos y a salvo. Esta misma noche de madrugada, partiréis hacia Nueva Orleans. Nick os enviará las tarjetas electrónicas al móvil.

Prince volvió a asentir. Lo obedecería en lo que le pidiera.

—Sabes lo que va a pasar con tu hermano, ¿no? —Lion quería asegurarse de que no encontraría impedimento por su parte para llevarse preso a Dom.

Steelman se pasó la mano por el pelo.

—Solo espero que sea lo que sea, le den su merecido. Y también espero no encontrármelo ahora —aseguró—. O seré yo quien me lo cargue. No quiero volver a verle nunca más. Para mí —dijo alejándose de ellos—, Dom ha muerto.

Sharon luchaba contra su crisis de ansiedad.

Sentada en la cama de su suite, se abrazaba y se mecía adelante y atrás, como si no hubiera consuelo para ella.

Los recuerdos la golpeaban, pues habían salido uno detrás de otro como una olla a presión. Decirlo en voz alta, asumir lo que hizo y aceptar lo que era, fue increíblemente penoso.

Dolía tanto que la presión en el pecho no la dejaba respirar.

Por Dios... Se lo había dicho todo a Prince y no solo eso, le había mostrado físicamente lo que Dom hizo con ella. ¿En qué lugar la dejaba?

No lo quería ni pensar.

Él no la perdonaría jamás. No disculparía ni haberlo sodomizado, ni engañarle respecto a su fertilidad ni ocultarle su terrible pasado.

Ya no tenía nada de lo que vanagloriarse frente a él, porque su orgullo también había sido pisoteado.

El ruido de la puerta de la suite abrirse la puso en guardia. Se levantó sin

dejar de abrazarse, con la mirada fija en las puertas correderas de su alcoba.

Cuando se abrieron de par en par para mostrar a un Prince con el kohl de sus ojos corrido, la camiseta de rejilla hecha jirones, pues ella se la había destrozado, y los ojos inyectados en una emoción que nunca había visto en él, se asustó.

No debería temerle a nada, porque ella era una superviviente. No obstante, Prince parecía un animal dispuesto a despellejar a su presa.

—Nunca, jamás —dijo el moreno. Su mandíbula estaba tan tensa que apenas podía hablar—, me imaginé que pudieras tenerme en tan baja estima.

—¿Qué?

—Nunca —entró en la habitación para cercarla y arrinconarla contra la pared de un modo violento al que ella no supo responder—, pensé que cuando me veías, en realidad, veías a un gilipollas que te querría solo para que pudieras hacer de yegua de crías...

—No, no es...

—¡Y nunca! —gritó haciéndola callar y poniéndole la manaza en la boca. Acercó su nariz a la suya y se aseguró de que viera las llamas del tormento en sus ojos—. ¡Nunca imaginé que me consideraras un clasista y un hombre de juicios abiertos y condenatorios como el que me has hecho sentir hoy que era al ocultarme toda esa información! ¡Yo me abrí a ti, Sharon! ¡Desde el principio! —golpeó la pared con un puño, por encima de su cabeza—. ¡Nunca me oculté! ¡Te dije quién era y qué era! ¡Y resulta que la clasista y la mujer de los juicios eres tú!

Sharon parpadeó para limpiar sus ojos acuosos de lágrimas que ya no podía mantener. Su fortín se había roto y el caudal del lloro se abrió para no detenerse.

—¡Me importa una mierda que me des o no me des hijos! —aseguró con la voz rasgada por la emoción—. Yo no me he enamorado de tu capacidad de darlos; me enamoré de ti. ¡De lo que me dabas con tu cuerpo y con tu forma de ser! Y me importa una mierda, Reina estúpida y soberbia —la zarandeó— lo que hiciste o dejaste de hacer por proteger a tu madre. ¡Tuvo que ser horrible! ¡Pero yo jamás te juzgaría por ello! —sus ojos negros lloraban como los de ella—. Me has menospreciado con tu actitud, y no has confiado en mí. Y nunca, nunca voy a perdonarte por no haber tenido las narices de

contarme que Dom había abusado de ti.

Sharon se lo intentó sacar de encima, luchando por reaccionar a sus palabras. No todo era culpa suya. Puede que en gran parte sí, pero Prince decidió pensar lo peor de ella y de Lion. Le mordió la mano como una leona y lo empujó.

—¡Tú no tienes ni idea de lo que he tenido que pasar! ¡No sabes lo que...!

—¡Me dan igual tus secretos! ¡Me traen sin cuidado! ¡¿No lo entiendes?! —protestó Prince—. ¡Lo único que me importa es saber que Dom te violó, Sharon! —agarró un jarrón de la cómoda de la habitación y lo lanzó contra la pared contraria. La mancha marrón que dejó el impacto de la tierra y las flores naturales en la pared, le recordó a la mancha que acarreaba su conciencia al haberse equivocado tanto. Gritó con todas sus fuerzas, dispuesto a arrasar con el mobiliario, por no ahogar a la beldad rubia que era una fiera cuando se lo proponía, y también una cobarde con quien menos se lo merecía—. ¡Ese cabrón...! —se cubrió el rostro con las manos—. ¡Tocó lo que era mío!

—Sí. Y tú creíste que yo me había acostado con Lion y que había aceptado hacer con él lo que hacía contigo. ¡¿Qué crees que soy?! Yo me sometía solo contigo. ¡Soy una alfa! —gritó con los pulmones repletos de reivindicación.

—¡No eres una alfa! —la volvió a sacudir él—. ¡Eres... tú eres...!

Sharon se mordió el labio inferior y arrancó a llorar, esperando un nuevo insulto de él. Pero, cuando Prince la vio tan desvalida entre sus manos, cualquier atisbo de odio o rencor, desapareció. Su corazón se encendió por ella, por las injusticias que había tenido que vivir, por todo lo malo que tuvo que superar. Por lo mucho que la quería, a pesar de haber creído lo que creía, a pesar de sentir que su vida se partía por la mitad cuando la vio en brazos de su mejor amigo.

—¡Tú no eres una alfa! —le gritó Prince tomándola de la parte superior de los brazos—. ¡Eres... eres...! —no le salían las palabras, no así sus lágrimas, que manchaban sus mejillas con impotencia y sin vergüenza.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué soy para ti?!

—Sharon... —Prince la tomó del rostro y de sus mejillas con pasión y

también con ternura. Una mezcla de emociones que se complementaban—. ¡Tú eres una heroína! ¡Una superviviente! Y la única mujer... la única —recalcó acongojado— que puede ponerme de rodillas, como ahora —sus rodillas cedieron. Se resbaló por el cuerpo de Sharon y acabó ante ella, mirándola, pidiendo una clemencia que no llegaba.

Sharon se quedó sorprendida, cogió aire y sorbió por la nariz. Temblorosa y asustada, porque no quería hacerse ilusiones.

—¿Qué haces? —gimió intentando levantarlo del suelo. Ella no quería eso. No quería que la hiciera más vulnerable. Lo tomó del pelo para exigirle que se alzara—. ¡Levántate! ¡No... no me hagas esto!

Pero Prince se negaba. Permaneció ahí, en el suelo, ante ella, esperando por el corte de la hoja de la espada de Damocles que la Dómina empuñaría, solo para decidir si vivía o no.

—Sharon... Eres la única que me puede tener así. ¿No me ves? —dijo rendido, abriendo los brazos—. Te ruego que me perdones.

—¿Qué...?

—Que me perdones —repitió desdichado—. Por no haber sido el hombre que te merecías. Por haber dudado de ti. Por no haberte dado la confianza suficiente como para que te abrieras a mí y me contaras cuál había sido tu pasado.

No. No había sido su culpa. Ella había aprendido a protegerse y a ponerse la coraza. Siempre fue una niña muy vulnerable. Tuvo que hacerse fuerte e independiente para sobrevivir al infierno de su casa y al de su enfermedad cuando contaba con una edad tan temprana. No fue culpa de Prince que ella no dijera nada. Era culpa suya. Simplemente había elegido no hablar de su pasado, para así poder construir un presente nuevo.

Sin embargo, olvidó que el pasado forjaba a la persona y hacía a cada uno como era. Por eso no desaparecía. Continuaba allí, en la vida, en el aire, en boca de los demás... Para salir a la luz. Como en ese momento.

—Sharon... Perdóname. No quise llevarte tan al límite —admitió.

—¿Cómo lo hago? —susurró rota por la situación. Solía huir de las cosas que le hacían daño. Como esa—. No sé... no sé hacerlo, Prince. Soy vengativa y rencorosa.

—No. No lo eres, preciosa. Quédate aquí. Enfrentame —tomó sus

muñecas y se colocó sus manos en sus mejillas rasposas—. Dame la oportunidad de ser lo que necesitas. Solo... —se encogió de hombros, frágil como nunca lo había visto—. Solo quíereme, Reina.

Sharon no podía hacer nada más que no fuera hipar y llorar a moco tendido, ante ese hombre que claudicaba y le pedía su misericordia.

En un acto de valor, ella cayó de rodillas frente a él, y accedió a sostenerle el rostro por propia voluntad. Prince dejó caer sus manos, muertas sobre sus muslos, inclinó la cabeza a un lado. Ambos dibujaron una estampa de rendición y compasión que hablaba de todo lo que no se podían decir.

Una Reina y un Príncipe, ninguno de los dos soberano del otro.

Sharon se acercó lentamente al guerrero abatido, sin camiseta, con el torso desnudo, lágrimas en sus ojos negros y oscuros, y la boca entreabierta, insegura como él.

La Reina dejó caer los labios sobre los de él. Ambos cerraron los ojos, cogiendo aire por la nariz, disfrutando del primer contacto sincero que tenían en mucho tiempo.

Prince no pudo soportar tanta dulzura, así que alargó los brazos hacia su cintura, la rodeó y la alzó para colocar a Sharon a horcajadas sobre su pelvis.

—No dejes de besarme —suplicó él mordiéndole los labios.

Sharon negó con la cabeza. No podría aunque quisiera.

Ellos se alimentaban de los besos, siempre lo habían hecho.

—Quiero hacerte el amor —reconoció él con desesperación—. Solo el amor. Tú y yo.

Prince le arrancó las tiras de cuero que cubrían su cuerpo, y la dejó desnuda de donde más interesaba. Quería acceso a su cuerpo.

Sharon abrió bien las piernas y cruzó los tobillos en su espalda.

¿Solo el amor? Como si eso no fuera lo más grande. Amor. Amor en mayúsculas. Era lo que ambos necesitaban. Un amor redentor que borrara sus faltas y las aceptara.

—Tómame tú —le pidió Prince contra su boca. No podía dejar de acariciarla con las manos. Todo de ella. Espalda, nalgas, muslos, pechos...

¿Cómo había podido vivir sin eso?, pensó.

Sin dejar de besarse, Sharon desabrochó su pantalón y tomó el miembro de Prince para guiarlo hasta su entrada.

Ella lo miró a los ojos cuando permitió que Prince entrara y la ensanchara como siempre hacía. Nada le gustaba más que su posesión.

¿Cómo demonios había podido vivir sin él?, pensó.

Prince gimió en su boca y la abrazó muy fuerte contra él.

—No he dejado de amarte. Ese corazón que tienes tatuado en tu brazo, no es el tuyo. Es el mío —musitó adelantando las caderas para penetrarla mejor—. Cerrado, impreso en tu piel. Me lo robaste, Sharon. Devuélvemelo o quédatelo para siempre.

—No —dijo ella en voz baja pasando sus dedos por el pelo negro y lacio de Prince.

—¿No qué?

—No te lo devuelvo. Es mío —sentenció acercándolo a su boca para besarlo de nuevo.

Ambos se miraron a los ojos. Prince limpió sus lágrimas con los pulgares y pegó su frente a la de ella.

—Tuyo para hacer con él lo que quieras. —No le llevó la contraria—. Tuyo para abrirlo o cerrarlo.

—Yo no tengo la llave —se encogió de hombros para después dirigirle una mirada de rendición y admisión—. Siempre la tuviste tú en tu poder. No importaba lo malo que fueras. Siempre me tuviste encerrada en tu calabozo —entrelazaron sus dedos, hasta que sus antebrazos se tocaron y sus tatuajes se unieron.

Sharon se empezó a mover con lentitud, rotando las caderas, arriba y abajo... Echó el cuello hacia atrás, y Prince aprovechó para llenarle la garganta de besos.

Hicieron el amor, en el suelo, entregados el uno al otro.

Prince la movió a su antojo y ella acompañó sus exigencias.

Y cuando el orgasmo les azotó a los dos, se dejaron caer en el suelo de la habitación.

Prince hundió su nariz en su cuello.

—Vuelve a mí, Sharon —le pidió luchando por retomar la respiración—. No he dejado de amarte. No importa lo que hagas o quién seas o qué hayas hecho. Yo siempre te amaré.

Ella clavó la mirada en el techo y lo abrazó, tomándolo de la nuca y de la

parte baja de su espalda.

Era ese el tipo de amor que quería. El que hacía click y era para siempre, a pesar de todos los errores, equivocaciones y maldades que pudieran cometer el uno contra el otro.

El amor siempre vencía.

—Yo tampoco he dejado de quererte —contestó ella.

Prince consideró que no era una respuesta definitiva. Sabía que tenían que limar muchas cosas, y antes de nada, debían solucionar lo que estaba pasando en *Los tres días rojos*, y liberar a Alejandra y a Nina.

Como fuera, no quería presionarla aún. Solo deseaba tratarla bien.

La tomó en brazos, y cargó con ella hasta la cama. Sharon apoyó su cabeza en su hombro y se mantuvo en silencio.

Cuando Prince los ubicó debajo de la colcha y se apretó a su cuerpo acoplándose como una cuchara, cerró los ojos.

Después de mucho tiempo, estaba en el paraíso.

Se permitió relajarse unos minutos, disfrutando de las atenciones del Príncipe, y en algún momento, ambos se quedaron dormidos, rendidos por el caudal de emociones y sentimientos encontrados.

Capítulo 14

Era madrugada. Les despertaron unos ruidos en la habitación, mezclados con voces lejanas; una de ellas conocida, y la otra no tanto.

Prince intentó abrir los ojos y moverse. Lo primero lo hizo a duras penas; lo segundo no. Tenía atadas las manos a la espalda, y la boca sellada con cinta aislante plateada.

Su primer pensamiento fue para Sharon. La tenía a su lado, con la cabeza sobre la almohada, y la boca cubierta por el mismo esparadrapo que él.

En la frente tenía escrita la palabra «traidora». Sus ojos permanecían abiertos y asustados, con ese color que cabalgaba en dos tonos maravillosos. Pero esta vez, sus pupilas dilatadas se habían comido el color.

Por un momento, pensó que era una pesadilla. Un mal sueño. Se despertaría, movería las manos, y podría volver a abrazarla, pero la voz que escuchó a continuación le dejó claro que, lo que fuera que les estaba pasando, les pasaba en realidad.

—Nunca debió de ser así —murmuró Dominic.

Prince siguió la voz, y lo encontró de pie, a los pies de la cama de su suite. Una mujer, la misma que lo acompañaba en el video, estaba a su lado, sonriente y de brazos cruzados.

Era Sherezade. Tenían a Sherezade y a Dominic en la misma habitación.

Prince desvió la mirada rápidamente hacia el cuello de Sharon, buscando la gargantilla que poseía el ojo de halcón. Al menos, Sharon lo llevaba puesto. Él no.

—No intentes moverte, zorra —le dijo Sherezade.

Sharon la miró de arriba abajo, y entonces la reconoció.

La conocía del torneo de las Islas Vírgenes. En la Dungeon Annaberg.

Esa mujer había sido una de sus crías de Araña. Se llamaba Sara, y adoraba utilizar el magicclick, un aparato que emitía descargas eléctricas.

Sara sonrió inteligentemente. Era morena, tenía el pelo liso recogido en un moño muy alto, parecido al de una bailarina de ballet clásico.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó Sherezade—. Sí. Ya veo que sí —murmuró encendiendo el magicclick solo para ponerles nerviosos—. Soy Sara. Hice una prueba contigo en las Islas Vírgenes. Una en la que sodomizaste a una pelirroja. Te acuerdas, ¿verdad?

Sharon ni siquiera parpadeó. La mirada que le dirigió podía matarla, si las miradas matasen.

—Esto no debía acabar así —repetía Dominic sin mucho entusiasmo—. Tú no debías estar aquí, hermanito —se dirigió a Prince—. Tú no debiste venir con ella —señaló a Sharon con desprecio—. Dime, ahora —se sentó a su lado de la cama y lo tomó de la barbilla—. ¿Qué debo hacer contigo?

Sharon observó el tatuaje de uno de sus dedos. El mismo círculo con la cruz en Kayla, en Kelly, en Dominic... Desvió los ojos hacia las manos de Sherezade, que seguían presionando el dispensador eléctrico. Sí. Ella también tenía uno en uno de sus dedos.

¿Qué era? ¿Qué significaba?

Prince intentó darle una patada... pero su cuerpo no respondía.

—Os hemos inyectado un paralizante. Estabais tan dormiditos, acurrucaditos... —Sherezade se burló de ellos—. Y tan agotados de follar —volteó los ojos—. Qué patéticos sois.

Dom continuaba mirando a Prince con pena. Dirigió sus dedos a su esparadrapo y lo arrancó sin quitárselo del todo.

Prince movió la boca con incomodidad y después escupió:

—¡¿Por qué?!

—¿Por qué, qué? —Dom insinuaba que no sabía de lo que le hablaba.

—¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué estás metido en esto?

Dom hizo una mueca.

—Porque puedo —se encogió de hombros.

—¿Cómo has sabido en qué habitación estábamos?

—Porque lo teníamos todo controlado. Lo vemos todo, como el ojo de Odín —se señaló la marca de su dedo—. Somos los elegidos para limpiar el

mundo de la mugre.

—¿Pero de qué hablas? ¿Te estás oyendo, loco psicótico? —dijo Prince mirándolo con horror.

—¿Loco yo? —se señaló incrédulo—. No. Loco tú, que permites que razas inferiores manden en tu mundo de dominación.

Sharon parpadeó atónita. Los orificios de la nariz se le dilataron y, entonces, su mente sufrió una revelación. No podía ser que fuera lo que estaba pensando.

—¿Razas inferiores?

—Sí. Nina y su familia de negras... Alejandra y José con su sangre latina... Y tú y Sharon relacionándoos con ellos como si vierais bien que se les tratara por igual y que dominaran a nuestra raza a su antojo.

Al Príncipe se le revolvió el estómago.

—¿Insinúas que estáis cogiendo a gente de color dentro del mundo de la dominación solo para... para...? ¿Para qué, por Dios, Dominic? —preguntó totalmente descolocado.

—Para tratarles como se merecen. Son esclavos, nos deben servir, nunca debe ser al revés —Dom alzó la barbilla con soberbia. Sus ojos lunáticos no transmitían ningún tipo de benevolencia—. Y por culpa de gente como la zorra de tu mujer y como tú, se nos están subiendo a las barbas. No lo podemos permitir —se levantó y echó un vistazo a la desnudez de Sharon—. Sin embargo, a la Reina Araña, le voy a dar una lección que jamás olvidará.

—Dom, no la toques —le ordenó Prince. Era ridículo que diera órdenes cuando estaba tan impedido.

—Ya la toqué una vez. ¿Lo sabías? —se rió de él.

—Sí. Y por eso, Dom, si salgo de aquí, te mataré —le juró con voz de ultratumba—. Lo juro.

—Ah —dio una palmada de sorpresa—. Entonces ya sabes que Sharon es una pequeña asesina, y además, es inservible como mujer.

La joven cerró los ojos lamentando esas palabras, pero Prince salió a su rescate.

—Sharon es más mujer de lo que tú podrás llegar a ser jamás como hombre. No le llegas ni a la suela de los zapatos, perro.

—Lo que tú digas —lo trató como un loco—. Yo no quería llevarte hoy,

que conste —explicó chasqueando con la lengua—. Esta noche solo quería venir a por Sharon, me la llevaría para mi disfrute personal. Es un bocado delicioso —pasó su dedo índice por el contorno de su cadera—. Siempre envidié que tú te la pudieras follar y yo no. Ups —sonrió divertido con su propia ocurrencia—. ¡Pero si ya me la he follado!

Sherezade se echó a reír.

—Ahora os tendré que llevar a los dos —lamentó falsamente.

—¿Adónde, hijo de perra?

—No insultes a mamá —le reprendió.

—¿Adónde?!

—A La Esclavitud. El tercer día rojo, es el día de Sangre. En un par de horas, en mi casino, tendrá lugar una puja. Los esclavos, negros, gitanos, mestizos, latinos, indios... —se frotó el tatuaje del dedo, y no pasó desapercibido ni para Prince ni para Sharon— que han pretendido jugar a ser Amos, se venderán a los miembros de mi Orden. Para hacer con ellos lo que quieran. Cuando quieran. Donde quieran. Como si los quieren sacrificar.

—Sois unos mierdas, todos vosotros.

—¿Eso crees? ¿Sabías que tenemos la fórmula de un polvo blanco maravilloso que hace que tengas dones extrasensoriales? Es el polvo de Dios. Y me meteré un poco de eso mientras Sherezade y yo jugamos a la vez con Sharon. ¿Te lo puedes imaginar?

—Se llama droga. Sexflip. Y no tiene nada de divino, capullo.

Dom arqueó las cejas sorprendido.

—¿Cómo lo sabías?

—Porque lo encontraron en el cuerpo de José... salió en todas las noticias de Nueva Orleans.

—Ah, esa estúpida de Katerina... —gruñó Sherezade—. Está demasiado enganchada al polvo. Se pasó con la cantidad. Le llamaré la atención en cuanto la vea hoy para el intercambio de esclavos.

—¿Para qué la utilizáis? —indagó Prince—. Lo justo es que me lo cuentes todo, ¿no crees? Vas a joderme igualmente.

Los labios de Dom dibujaron una mueca de desaprobación.

—Supongo que es lo justo. Total, no podrás contarle jamás —dejó escapar el aire de la boca con abatimiento—. La vendemos para todo tipo de

consumo, en puticlubs, en barracas, discotecas... En mi casino, para que los de mi Orden disfruten de sus experiencias en las salas inferiores. En fin, en todos lados. Pero nosotros, la Orden, la sabemos hacer servir mejor que nadie.

—¿Qué Orden sois? ¿Desde cuándo formas parte de ella?

—Somos la Orden del Ojo de Odín. Una filial bedesemera nacionalista blanca.

—¿Nacionalista blanca? No me jodas, hombre. Hablas del Ku Klux Klan. ¿Vosotros habéis organizado los tres días rojos?

—Sí —contestó Sherezade—. Y nos hemos asegurado de que nadie que no sea blanco haya podido entrar a jugar. Los que lo intentaron serán hoy vendidos en La Esclavitud. Alejandra, Nina y muchos más...

—¿Por qué matasteis a José?

—Ordené matar a José porque no quiso obedecerme cuando aún me debía mucho dinero por el favor que le hice en Toronto. Le pedí que viniera aquí con su novia latina. Pero no le gustó la idea y decidió huir.

—¿Tú fuiste el Ama de José en Toronto?

—Sí —asintió orgullosa—. Era mi mayordomo, mi... chacha. Y de vez en cuando, también mi puta y la de mis amigos.

—Putra racista.

Sherezade tocó a Sharon con el magicclick, y esta gritó de dolor sin poder moverse. Sostuvo la electricidad en el mismo punto durante varios segundos, en el muslo, hasta que se olió a carne chamuscada.

—¡Para!

Sherezade se echó a reír y se detuvo, pero no porque lo dijera Prince, sino porque Dom se lo pidió levantando la mano.

—Dom... me das tanto asco. Tanto... No creo que mis padres te enseñaran a pensar así —dijo Prince sin pelos en la lengua.

—No. Papá y mamá no son racistas. Sí son clasistas, pero toleran a la gente de color. Sin embargo, me rodearon de lo bueno. Y en lo bueno, todo brilla y es blanco... no hay puntos negros. Llegó un momento en el que cuando los veía me molestaban... y entonces conocí a Sherezade y a su Orden, en una de esas noches locas en Nueva York. Me habló de ellos y sus creencias...

—Y te captó. Es como una secta —sentenció Prince.

—Piensa lo que quieras.

—¿Para qué utilizáis vosotros el sexflip? ¿Lo consumís?

—Nos ayuda a sentir el miedo y el dolor de nuestros esclavos. Es tan...

—buscó una palabra convincente y solo pudo dar con una sencilla—
maravilloso.

—¿La hacéis vosotros?

—La hace Sherezade. El equipo de Katerina se encarga de exportarla a Europa mediante la «mercancía» que no se compra en la puja. Les hacemos viajar con un código de barras en sus cuerpos que indique la cantidad de droga que llevan en su cuerpo y después, la deuda que han adquirido con nosotros.

—Como hacía Hitler con los judíos. Así que los esclavos que aquí no utilizáis, los marcáis.

—Sí. Y allí se encarga de moverlos y de usarlos la organización del padre de Katerina.

—Los prostituís —aclaró Prince.

—Exacto —dijo eufórico—. No eres tan tonto como parece —lo felicitó—. Parece que hilas bastante bien la historia. Es todo un círculo vicioso. También adivinarás entonces lo que haré con Sharon...

—¡Dominic, eres un sádico cabrón! —le gritó con la vena del cuello hinchada—. ¡Suelta a Sharon! ¡Suéltala!

Dom lo observó como si fuera un rara avis.

—Ni siquiera me das pena, ¿lo sabías? —aseguró Dom pasándose los dedos por el pelo repeinado hacia atrás—. Eres tan miserable... —con un gesto de la barbilla indicó a Sherezade que tomara a Sharon—. Vístela con la túnica del sello de Odín.

Sherezade trató a Sharon sin ninguna delicadeza. La levantó, le desató las manos, y la vistió como a una muñeca sin vida. Sharon lloraba en silencio mientras el cuello se le caía hacia un lado y el otro. Era como una muñeca de trapo en manos de una niña malévola, la hija del diablo.

La puerta de la suite se abrió y aparecieron dos tipos altos y fornidos, vestidos de botones, con una mesa camarera cada uno con ruedas cubiertas por unas sábanas blancas. Cargaron a Sharon, y la metieron dentro de la

camarera, en la parte inferior.

—¡Dominic, no me hagas esto! ¡No le hagas nada!

Su hermano mayor no le hizo ni caso.

—Cargadlo a él también. Los quiero a los dos juntos en La Esclavitud.

Dicho y hecho. El otro gorila cargó a Prince y lo metió en la siguiente camarera.

Inmediatamente, Dominic y Sherezade desaparecieron de la habitación.

* * *

En el mismo hotel, en otra habitación ubicada en el mismo pasillo, los cinco agentes más Sophie, escuchaban atentamente lo que grababa el collar de Sharon.

Antes de acostarse, Prince se había colocado el micro intercomunicador a través del cual le hablaban Romano y los demás. Por si le decían algo que debiera saber urgentemente. Ninguno de los dos había olvidado donde se encontraban ni cuál era su objetivo, aunque la pasión y el pasado les arrollase en momentos puntuales.

Cuando Dom invadió la habitación, fue Nick quien despertó a Prince hablándole a través del aparato. Fue Nick quien le decía qué era lo que tenía que preguntar a su hermano, para que todo quedara grabado.

—Bien —dijo Lion con la mirada fija en la pantalla de ordenador que se había oscurecido de repente. La cámara ya no mostraba nada más porque estaba en la gargantilla de Sharon, y la joven estaba en el interior de la camarera. Se había quedado, literalmente, a oscuras—. Nos preparamos.

—He llamado a mi contacto de los servicios especiales de Las Vegas —informó Markus mientras se colocaba la pistola en el arnés—. Vendrán para interceptar la venta en el casino.

—Genial —Cleo se recogió el pelo en una cola alta y se ajustó el cinturón del pantalón—. Entonces en marcha. Vamos a por esos racistas.

* * *

Le quitaron la bolsa de tela negra de la cabeza y le costó acostumbrarse a la poca luz de la sala, iluminada levemente por sistemáticas antorchas.

Estaban en el casino, en las salas inferiores.

Frente a ella se encontraban un montón de personas con capuchas puntiagudas blancas que les daban anonimato, y con todo tipo de objetos en las manos; desde látigos con punzones, a cadenas, floggers con cristales... un arsenal variopinto de instrumentos de tortura.

Sharon entrecerró los ojos. Estaba de rodillas en una plataforma más alta que las del resto de esclavos. Tenía las manos encadenadas al suelo. De ese modo no podía alzar la cabeza como quisiera, pero con lo poco que podía, ya había visto suficiente. Al menos, podía moverse. Señal de que se le pasaba el efecto de la droga.

Los cristales que rodeaban las salas inferiores esta vez no eran opacos. Tras ellos, había gente trajeada mirando lo que allí se mostraba, como un mercado de carne donde cada uno pujaba por el mejor trozo.

Era horrible. Nunca se había sentido tan poca cosa... tan dispensable para los demás. Y de repente, sus ojos se centraron en dos chicas. ¡Dios mío! Eran Alejandra y Nina. Parecían drogadas... No estaban en mal estado, solo algún moretón en los brazos. Ellas no estaban encadenadas, sino, atadas a una columna.

Verlas vivas provocó que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—¿Has visto, Reina?

Se quedó fría y lívida. Tras ella estaba Dominic.

La agarró del pelo y lo tironeó con violencia.

—Mira a tu lado —inclinó su cabeza a un lado.

En el pódium colindante, estaba Prince, exactamente en la misma posición que ella. Sherezade se hacía cargo de él. Tenía un látigo en la mano y un magicclick en la otra; estaba a punto de hacerlo servir con Prince.

—¡Prince! —gritó llamándole la atención.

El primer latigazo que le propinó Dom la hizo encogerse y quedarse sin respiración.

—¿Quién te ha ordenado que hables?

—¡Sharon! —gritó Prince—. ¡Sharon no te...!

Ella, doblegada, contempló con horror cómo el primer latigazo que le

propinaba Sherezade, le cortaba la piel de la espalda. Y después era electrocutado con el magicclick.

Dom se colocó frente a Sharon. Iba vestido como un miembro del Ku Klux Klan. Igual que el resto.

Sonrió como el hombre sin alma que era y después se dio la vuelta para saludar a la multitud.

—¡Hermanos! —gritó para alegría de los asistentes—. ¡Que empiece La Esclavitud!

Dios. Ella no quería vivir eso. No quería morir ahí.

Pero en cuanto vio que los miembros de la Orden golpeaban, flagelaban y castigaban a los supuestos esclavos, se imaginó que no iban a poder salir de ahí enteros.

Miró al lado donde Prince estaba siendo maltratado por la proxeneta. Él tenía los ojos fijos en ella, hablándole sin pronunciar palabras.

En su mirada pudo ver la pena por encontrarse allí juntos, y la rabia que le daba no solo caer en manos del sádico y racista de su hermano, sino tener que ver cómo ella iba a sufrir en sus manos. No podía soportarlo.

Sharon cerró los ojos, y a las puertas de sufrir la paliza que le daría Dom, intentó regalarle a Prince una sonrisa.

Una sonrisa para que supiera que eso era lo que él le provocaba, nunca dolor, solo amor; y así quería que él la recordara.

* * *

Prince gritó con todas sus fuerzas cuando vio el látigo de Dom alzarse contra el cuerpo de Sharon.

Y antes de que el cuero cortara su piel, se oyó un sonido duro y seco.

Dominic cayó hacia atrás, con el brazo en alto, como si le hubieran congelado con un rayo láser.

Incrédulo por lo que estaba viendo, Prince buscó el origen del sonido. Y descendiendo por las escaleras, en tromba, aparecieron Lion y su grupo, equipados con pistolas y demás, apuntando a los miembros de la Orden.

Junto a ellos, agentes de policía de Las Vegas, les apoyaban en aquella

redada.

Lion había disparado a Dom, y ahora su hermano se retorció del dolor, con el hombro reventado por una bala.

Toda la sala empezó a gritar, desde los esclavos a sus compradores, que fueron uno a uno detenidos. A sus espaldas, Sherezade emprendió la huida y Prince le perdió el rastro.

Cleo llegó hasta él y le dijo:

—¿Estás bien, Prince? —preguntó preocupada.

—Sí.

—Retírate. Voy a apuntar a las cadenas —dijo apuntando el arma.

—No. No. Ve a por Sharon primero.

Pero con Sharon ya estaba Leslie, disparando a las cadenas para liberarla. La ayudó a levantarse y a cubrirla de nuevo.

Cleo hizo lo propio con las suyas, y cuando se pudo soltar, Prince corrió a socorrer a la Reina, para bajarla él mismo del pódium y asegurarse de que Dom no se iba a levantar nunca más.

Su hermano estaba tumbado en el suelo, llorando como una niña por el dolor de la bala atravesándole la piel. Estupefacto por el curso que había tomado todo su plan.

Sabía que no se merecía su atención, pero Dom la iba a tener. Una muy especial.

Agarró a su hermano, se colocó sobre él y empezó a darle puñetazos.

—¡Este es por Sharon! ¡Este por engañarme! —cada puñetazo era más doloroso y más hiriente que el anterior—. ¡Este por racista! ¡Este por violador!

No le importó que sus nudillos se pelaran y sangraran. Quería pegar a su hermano, a la persona con la que se había criado, al ser que admiraba... porque le había decepcionado y le había demostrado que todo era luz artificial.

Era un corrupto, un traficante y un racista proxeneta. No había nada que respetar en él.

Cuando acabó de descargar su ira contra él, se levantó renqueante, sin mirar lo deformada que había dejado su cara. Ni en que hacía varios puñetazos que estaba inconsciente.

Ya no le importaba.

Solo había una persona por la que sufría. La única a la que amaba de verdad.

Se dio la vuelta, buscándola con cara de loco, y la encontró, protegida por Leslie, que la había cubierto de nuevo con la capa de seda negra y la abrazaba, pues la Dómina estaba en shock.

—Dios... —susurró Sharon llorosa, sin atreverse a mirar el cuerpo destrozado de Dom—. Prince —le temblaban los labios de los nervios—. ¿Lo has matado?

Lion llegó a aquella plataforma en la que estaba su amigo y corrió a comprobar las constantes vitales de Dom.

—Sigue vivo... Menos mal —dijo el agente.

—Menos mal, no —rectificó Prince—. Merece otra suerte. La cárcel no es suficiente.

—No seré yo quien te lleve la contraria —aclaró Romano. Se incorporó lentamente—. Pero tenemos que llamar a la ambulancia.

—Haced lo que queráis. Por cierto, Lion —el Príncipe se acercó a su ex amigo y reconoció su habilidad, ofreciéndole su mano. Una tregua definitiva para los dos—: Gracias.

—¿Por? —preguntó extrañado aceptando el gesto.

—Tienes una puntería muy buena. Has salvado a Sharon. Nos has salvado a todos.

Lion sonrió agradecido. Se encogió de hombros.

—No tengo buena puntería. En realidad, le había apuntado a la cabeza.

Prince asintió y se echó a reír.

Lion tiró de él y lo abrazó. Y en esos segundos ambos sintieron que podían volver a ser los mejores amigos.

Todo había acabado, y entre aquel caos de detenciones y desagradables revelaciones, solo una persona centraba su atención.

Se dirigió a Sharon, que seguía temblando y la tomó del rostro.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño el látigo, preciosa?

—S-solo es un corte...

—No es profundo —aclaró Leslie—. Os llevaremos a la enfermería a todos. Los médicos están llegando.

Pero Prince no oía a nadie. Solo tenía ojos para ella, para la Reina de las Arañas. La atrajo a su cuerpo y la abrazó besándola con mucho cuidado.

Sharon todavía seguía bajo el shock, pero al menos, estaba viva, y entre sus brazos.

La Dómina apoyó la frente en el hombro de Prince y se desahogó llorando contra él. No de tristeza. Sino de felicidad.

Al menos, estaban todos bien.

—Mirad a quien traigo —dijo Nick desde abajo, con Sherezade agarrado por el antebrazo.

El gesto de la Reina cambió por completo. Bajó la plataforma, agarrada de la mano de Prince, y se plantó delante de la proxeneta.

Prince pensó que Sharon le soltaría algún discurso o una preciosa rima de insultos que pegarían el uno con el otro.

Pero no. Sharon no hizo nada de eso.

Echó la cabeza hacia atrás y entonces le dio un soberano cabezazo que rompió la nariz de Sherezade.

—Jódete, zorra —le dijo.

La secuencia habría sido cómica sino fuera por el horror que les rodeaba. Aun así, Prince pensó que era la mujer más maravillosa del mundo.

Genio y figura hasta la sepultura.

Después de aquello, a su Ama alfa no le importó otra cosa que no fuera el bienestar y la salud de Alejandra y Nina que la recibieron estupefactas, entre abrazos y gritos.

Sharon y Prince sabían que ellas, a la primera, sobre todo, les costaría mucho superar todo lo que había pasado desde su secuestro.

Porque, ninguno de los dos querían imaginar lo que hubiera sido de ellos si alguno hubiese corrido la suerte de José.

Prince estaba convencido de que si hubiera perdido a Sharon, ya no podría vivir sin ella.

Capítulo 15

Una semana después

Nueva Orleans

Si había algo en la vida a lo que Sharon temía, era a las despedidas. Pero se lo había prometido a Alejandra. Nina, por su parte, había preferido quedarse con sus hermanas, para seguir recuperándose en el calor de su familia.

Alejandra quería ir a visitar la tumba de José, para llorarlo y decirle adiós como se merecía. Así que Sharon la acompañó al cementerio de Saint Louis, con la condición de que después, ella la acompañaría a *la Mamasita*.

Su amiga necesitaba salir de su casa y sentirse ocupada. Y Sharon quería ayudarla a recuperarse. Y junto con Prince, habían tenido una idea.

Cuando se plantaron frente a la tumba del chef, se quedaron las dos en silencio, con la mirada fija en la fecha de su nacimiento y de su muerte.

Era tan triste.

—¿Sabes?

—¿Qué? —quiso saber Sharon.

—Aquí donde me ves, tan fuerte, con mi espíritu de dominación intacto a pesar de todo, tan independiente... Siempre me imaginé que envejecería junto a él —reconoció con ojos acuosos—. Lo que quiero decirte es que, el hecho de que seamos de este modo, tú, Nina y yo, puede confundir a los demás y hacerles creer que no amamos, que no somos sensibles y que no tenemos sueños románticos. Pero yo los tenía con él.

Sharon pasó un brazo por su espalda, para darle calor y consuelo.

—Oh, joder, Sharon... —gimió con un sollozo—. Lo quería mucho.

Sharon se emocionó con ella y la abrazó.

—Lo sé, cariño. Lo sé —le frotó la espalda—. Pero José no querría que vivieras tu vida sumida en la tristeza y en la melancolía. Querría verte fuerte y vivaz, y que tiraras hacia delante.

—Sí. Él era tan bueno que parecía tonto... Si hubiese sido al revés, le habría dicho: «como te vea acostándote con otra me levantaré de mi lecho solo para atormentarte».

Sharon sonrió y negó con la cabeza.

—No. No es verdad. También le desearías bien. Porque le querías.

—Sí —reconoció en voz baja—. Solo sé que tengo muchos recuerdos hermosos que atesorar y todos son gracias a él. Me dio una vida muy plena —se limpió las lágrimas con la punta de un pañuelo blanco que después volvió a guardar en el bolsillo de su gabardina negra.

—Quédate con eso. Recuérdalo así.

—Es posible que no quiera volver a estar con nadie más —admitió.

—Eso no lo puedes decir. Ahora llóralo lo que necesites, pero la vida sigue, y eres un mujer muy joven todavía y muy guapa.

—Sharon, no me vengas con esas —le dijo—. Tú nunca estuviste con otro hombre después de que Prince te dejara. Eras incapaz. Y, de hecho, sigo creyendo que te hubieras quedado soltera si las cosas con él no estuvieran empezando a arreglarse.

Ella valoró la opinión de Alejandra. Tenía razón. Prince era insustituible, y no iba a aceptar segundos platos si no se podía quedar con el principal.

Era así de sibarita.

—¿Cómo te va, por cierto?

—No sé si a José le interesa lo que yo pueda...

—No seas boba. José era un chismoso, mucho peor que mi vecina. Le encantará oírlo.

Ella dibujó una sonrisa divertida y a continuación contestó:

—La verdad es que desde que volvimos de Las Vegas, Prince y yo no nos hemos visto mucho. Entre declaraciones, psicólogos y controles médicos, no hemos tenido tiempo de hablar de cuál es nuestra situación. Hemos conversado sobre otras cosas: de lo que va a pasar ahora con *la Mamasita*, del libro de cocina criolla que va a editar a mi abuela...

—¿En serio? —abrió sus ojos castaños oscuros con asombro.

—Sí. Mi abuela vuelve a verlo como a su nieto favorito. Después de no poder ni oír su nombre. ¿Te lo puedes creer?

—Sí. Porque Prince es una zalamero.

—Sí lo es —reconoció sintiendo mariposas en el estómago como hacía mucho tiempo que no sentía—. Y también hemos hablado de sus padres. Su madre está tomando ansiolíticos por todo el tema de Dom, y su padre intenta encauzar de nuevo el SteelLuck de Las Vegas, aunque es muy probable que lo cierren y se queden con los que ya tienen. No van a expandir el negocio. Lo sucedido con Dom les limita mucho y ya no están tan bien considerados.

—Pobres —Alejandra se colocó de nuevo las gafas de pasta oscuras—. No tuvo que ser un buen trago enterarse de cómo era en realidad Dominic.

—No. No lo fue —y Sharon sentía que lo estuvieran pasando tan mal en esos momentos—. Para nadie.

—¿Y Dominic? ¿Sabes si se va a recuperar? Prince le dio una buena paliza...

—Él va a pasar a disposición judicial en cuanto salga del hospital. Tuvieron que reconstruirle la mandíbula, y el disparo de Lion partió su clavícula parcialmente. Seguramente continuará su recuperación del todo en la cárcel. Donde va a pudrirse el resto de sus días.

—Bueno —Alejandra miró al frente valorando la situación—. Al menos, me queda el consuelo de que todos pagarán por lo que hicieron. Sherezade, Katerina, Kayle, Kelly... Todos.

—Sin duda.

Ambas suspiraron descansadas, aunque no exentas de dolor y pena.

—¿Y entonces? ¿Cómo queda la relación entre el Príncipe de las Tinieblas y tú? No me ha quedado claro.

—Entonces, eso. No hemos aclarado en qué punto estamos.

—Pues te voy a decir una cosa, aunque no te interese demasiado mi opinión.

—Sí me interesa —reconoció.

—Creo que debéis aclarar vuestra relación lo antes posible, porque ya has visto que un día estás y al otro no —miró con una pena desoladora la tumba de José—. Hay que disfrutar del ahora, de este momento en el que estás vivo y sientes... Y tú sientes mucho por Prince, al igual que él por ti. Lo que pasa

es que vais con pies de plomo porque no queréis volver a decepcionar al otro. No seas tonta, Reina —le dio un empujoncito hombro con hombro—, y no desaproveches la oportunidad de decirle cuánto lo amas y cuánto lo has echado de menos. Porque él necesita saberlo.

Sharon miró la punta de sus zapatos de tacón negros y después mantuvo la cabeza agachada pensando en el consejo de su amiga.

Tenía razón. Había llegado el momento de hablar con Prince cara a cara, con sinceridad y decirle lo que ella quería de él a partir de ahora.

Porque la vida era muy corta y nunca se debía dejar pasar la oportunidad de decir «te quiero».

* * *

La Mamasita

Era como una segunda inauguración del local.

Prince estaba al lado de Margaret desde el mediodía, preparando sus platos y sus pasteles especiales con un equipo de jóvenes chefs que obedecían sus mandatos.

La abuela no cabía en sí de lo emocionada que estaba. Era mayor, andaba renqueante, pero Prince acababa de darle vida y alargársela al regalarle una nueva ilusión y algo a lo que dedicarse en cuerpo y alma.

La actividad de ese tipo le iría muy bien.

En *la Mamasita*, Prince lo tenía todo listo para celebrar el éxito de la misión en Las Vegas. Se merecían un día así, en el que pudieran hacer hermandad entre todos.

Cuando Sharon entró con Alejandra, se encontró a mucha gente que les sonreían y les daban la bienvenida. Las mesas estaban repletas de comidas dulces y saladas, e incluso había una mesa alargada donde se servían todo tipo de cócteles de Nueva Orleans. Querían relanzar *la Mamasita*, en honor a José, y necesitaban a Alejandra y su don de gentes para que fuera la relaciones públicas y la metre del local, como lo fue con su marido, pero con más responsabilidad y rango.

—Este sitio te necesita —explicó Sharon cruzándose de brazos para admirar tanto las vistas como la hermosa organización de las mesas, y la decoración llena de diminutas luces que parecían salidas de un cuento de hadas—. La pregunta es: ¿Tú necesitas *la Mamasita* ahora? No pasa nada si dices que no —le aclaró—. Buscaremos a otra persona hasta que te sientas preparada.

La latina se pasó el pelo largo por detrás de la oreja y suspiró.

—Es como si José siguiera aquí. Lo veo en cada esquina.

—¿Eso es un no?

—Eso es un sí. No me quiero desvincular de él. Necesito *la Mamasita* para recordar por qué este lugar me encantaba tanto, y si puede seguir gustándome a pesar de la ausencia de mi marido.

—Me alegra oírlo. Pero tú quédate tranquila y te incorporas de aquí a unos días. No hay prisa.

—Está bien —sonrió agradecida—. Sharon.

—Dime —advirtió solícita.

—Eres Reina incluso para ser magnánima. Gracias por ir a buscarnos. Nos has salvado la vida, a mí y a muchísima gente.

—No he sido yo sola —aclaró echando un vistazo a la sala hasta dar con sus nuevos amigos.

Nick tenía en brazos a Cindy, y Sophie acariciaba la espalda de su marido mientras hacía burlas divertidas a la bebé.

Leslie bailaba con la pequeña Milenka, una niña que le había robado el corazón a Sharon con su simpatía y su dulzura. Markus, mientras tanto, lanzaba miradas llenas de amor incondicional a su par de chicas.

Y Lion y Cleo... Bueno, a ellos siempre había que darles de comer aparte. La pelirroja se arrimaba a Lion haciéndole todo tipo de carantoñas mientras bailaban al ritmo de *la Gozadera*.

*Miami me lo confirmó
Puerto Rico me lo regaló*

Y entonces, Prince salió de ese grupo, caminando decidido hacia ella. Para Sharon fue como verlo a cámara lenta.

Tenía el pelo recogido en una coleta alta, una camisa blanca con cuello de mao por fuera de los pantalones tejanos. Y la miraba como si en el mundo no existiera nadie ni nada más.

Alejandra asintió, captando que ella sobraba en aquella escena, y se alejó de Sharon, para dar una vuelta por aquel lugar tan querido por ella.

Prince llevaba algo envuelto en papel de regalo en la mano, y cuando se paró delante de su persona, la miró con una intensidad que hizo que a Sharon le temblaran hasta las pestañas.

—Hola, preciosa —la saludó él cariñosamente.

—Hola. Está todo muy bien decorado, Prince —admitió con sinceridad—. Felicidades.

—Gracias. Tu abuela ha hecho un excelente trabajo con los platos criollos y cajunes.

—Es incansable —se echó a reír.

—Y muy mandona.

—Sí, no sé a quién habrá salido —bromeó sabiéndolo perfectamente. Carraspeó al notar el anhelo en Prince. Un anhelo por tocarla y besarla que ella también sentía hacia él. Maldita sea, estaba nerviosa. Parecía una colegiala—. ¿Qué llevas ahí? —quiso saber sintiéndose muy curiosa.

Prince arqueó una ceja negra y lo miró.

—Pues no sé.

—¿No sabes?

—Míralo tú, a ver qué puede ser...

Se lo ofreció, y ella lo tomó sin saber lo que podría encontrarse.

Lo desenvolvió con cuidado, y cuando vio lo que era, no pudo ni parpadear. Su mundo se detuvo, y su corazón se disparó a toda velocidad.

Era un marco de fotos enorme, con la imagen de una casa magnífica con mucho terreno y muchas habitaciones, cerca del centro del Barrio Francés. A pie de foto, había un cartelito dorado con un nombre y una descripción grabada.

«La Reina. Escuela y Casa de acogida para niños sin hogar».

El nudo del estómago se le subió a la garganta, y allí la atoró. Se cubrió la boca con la mano y lo miró a él expectante.

—¿Qué es esto?

—Es un regalo para ti. Bueno, para los dos, si tú quieres —aclaró contrito—. Me dijiste que tu sueño era montar una casa de acogida para niños necesitados. Y yo quiero formar parte de tu sueño, aunque sea comprándolo. Nada me haría más ilusión que me dejaras participar y ayudarte.

—Prince... —los ojos se le llenaron de lágrimas—. Esto... es demasiado —no se lo podía creer.

—No, por favor, no llores...

Pero Sharon no se sabía controlar. Estaba muy sensible con el estrés de los últimos días.

—Mi amor —Prince tomó su cintura y la acercó a su cuerpo—. Me he esperado hasta hoy para no agobiarte, pero ya no aguanto más. Nada es demasiado para ti.

—Prince...

—Escúchame, Reina —le pidió—. Sé que el pasado nos ayuda a ser lo que somos en el presente. Y yo sólo sé que me gusta ahora más que hace unos días, porque te tengo a mi lado, y porque me has dado la posibilidad de acercarme de nuevo a ti. Hemos salido vivos de los tres días rojos, y allí hemos aprendido que hay cosas que son incontrolables e ingobernables. Como tú —besó la punta de su nariz—. Como yo. Quiero que sepas —le alzó la barbilla temblorosa— que no me importa nada de lo que hayas hecho antes. La historia con tu padre me la contarás cuando estés lista y preparada, no porque yo exija saberla. El por qué, el cómo, el cuándo... Será tu secreto hasta que estés lista para hablar de ello. Tampoco me importa lo que tu cuerpo pueda o no pueda darme. Eso no hace a una mujer ser quien es. Sharon —tomó aire por la nariz e intentó escoger las mejores palabras—... Te quiero a ti por cómo eres, y por lo que representas. Déjame ser el hombre que sé que puedo llegar a ser contigo. Estoy loco por ti, y no quiero vivir en una realidad donde tú no estés al otro lado de la cama, caminando por el mismo camino que yo —se sacó una cajita del bolsillo trasero de su pantalón y la miró con todo el amor que esa valiente mujer le inspiraba—. Te quiero incluso más de lo que me quiero a mí mismo. Cásate conmigo y hazme el puto Amo del mundo.

—Por Dios... —las lágrimas se le deslizaron por las mejillas. Nunca había llorado tanto como en esos últimos días. Se le estaba pegando la

sensiblería de las Connelly—. ¿Es una orden?

—Ni lo dudes —sonrió y su atractivo rostro rejuveneció ante ella—. Pero será la única que te daré, porque si te casas conmigo es para malcriarte, y complacer cada una de tus necesidades. Quiero ser el único hombre al que puedas mandar. Porque tú, mi Reina Araña, eres la única que me enreda en su telar, la única que me puede someter.

Sharon se sintió tan plena en ese momento...

Una semana atrás había estado a punto de perderlo todo. En ese día, estaba en *la Mamasita*, con su abuela Margaret, escuchando esa proposición tan emocionada como ella, secándose las lágrimas con su pañuelito bordado; con un grupo de amigos locos y valientes que nunca imaginó que pudiera tener. Cleo, Lion, Leslie, Markus, Sophie y Nick... Eran sus ángeles guardianes y con sus gestos la animaban a decir que «sí».

Y tenía una vida por delante que se presentaba como la mayor aventura de todas al lado de su amor.

No iba a permitir que el miedo echara atrás su mayor ilusión.

—Sí. Sí quiero. Me quiero casar contigo. Te quiero, Prince, porque eres el único hombre que quiero a mi lado como mi Rey.

Prince la besó en la boca y solo la soltó para gritar:

—¡Dios salve a la Reina!

Prince se echó a reír, la cogió en brazos, y mientras le daba un beso arrebatador, empezó a dar vueltas sobre sí mismo.

La gente empezó a aplaudir mientras continuaron bailando el ritmo latino de la Gozadera, y siguieron la fiesta hasta altas horas de la madrugada. Porque ahí se celebraba la vida y las segundas oportunidades.

Y es que, damos demasiadas cosas por sentadas.

En la vida, nos creemos que podemos catalogar a las personas por dominantes y sumisos. Débiles y fuertes. Pero estamos equivocados porque todos tenemos un poco de todo.

Al juzgar de modo tan liviano y despreocupado, olvidamos la lección más importante de todas: que el ser humano no puede dominarlo todo y que, al final, la sumisión es innegociable, porque de un momento a otro, todos nos sometemos al verdadero amor.

Fin

Diccionario Amos y Mazmorras

Dice la WIKIPEDIA:

24/7: la relación que se establece de forma permanente —y en ciertos casos con pretensión de irrevocabilidad—, 24 horas al día, siete días a la semana.

adult baby: (ingl.) juego de rol en el que una de las partes adopta el papel de un bebé, que debe ser mimado, vestido, limpiado, educado...

age play: (ingl.) termino genérico para todos los juegos de rol en los que se establece la fantasía de que una de las partes es de edad infantil o adolescente.

algolagia: (lat.) también se usa el término algolagnia. Es una de las definiciones paramédicas del erotismo relacionado con el dolor, y puede ser pasiva o activa, según dicho erotismo lo despierte la recepción del dolor o el ejércelo sobre otros/as.

Amo/a: es una más de las acepciones con que se designa al dominante en una relación D/s —en las relaciones S/M no es tan usual, aunque también se utiliza—. En los juegos de rol, especialmente en la escena angloamericana, se habla de top. Otras referencias son Maestro, Dueño, Señor o Master.

Animal Training: (ingl.) entrenamiento de mascotas humanas, en las que la parte pasiva juega el papel de mascota (perro/a, pony, etc.).

Anillo de O: una referencia al clásico contemporáneo de la literatura de BDSM, «Historia de O», de Pauline Réage (publicado en 1954). Se trata del anillo que mostraban en la película (realizada en 1974) las sumisas que eran llevadas al Club por sus Dueños para su adiestramiento y/o iniciación, como muestra de su estado de sumisión a los varones «socios» del Club. Es un anillo de plata, con un pequeño aro en su frontal. Recientemente ha comenzado a llevarse también por parte del Dueño de una sumisa, pero este lo llevará en la izquierda, mientras que aquella lo hace en la derecha. En realidad, el anillo referenciado en la película no era el que figura en la novela original de Pauline Réage, basado en los símbolos celtas y que carecía de aro frontal.

animal play: (ingl.) ver mascota, juegos de animales.

arnés de poni: complementos de cuero, metal o combinados, que se colocan a la sumisa para escenificar su rol como pony. Pueden ser de cuerpo, de cabeza, de cintura, etc.

arnés, bondage de: un tipo de bondage, que se acopla a todo el cuerpo de la sumisa, incluyendo senos, vientre, brazos y piernas. En el bondage japonés tipo (shibari), recibe el nombre de Karada.

arnés, de cuerpo o corporal: un tipo de prenda, muy usada y apreciada en escenarios S/M y D/s, consistente en tiras de cuero y/o metal que enlazan el torso, con ciertas reminiscencias de la imagen que se tiene de los gladiadores romanos y de un atuendo «esclavista». Se basa en enlazados de cuero y cadenas finas de metal, que dejan libre los senos. Los varones sumisos también los suelen usar, con algunas variantes. En su versión «gladiador romano», es muy celebrado en la escena S/M homosexual masculina.

Auto-bondage: atamientos con cuerda (bondage) o con plásticos anchos (momificación) o cintas de caucho (cinching) por parte de una persona sobre su propio cuerpo. Puede tener variadas motivaciones: como practica sensorialmente placentera en sí misma, similar a quien se da un masaje en los pies, por ejemplo. En esta forma, está sumamente difundida en Estados Unidos. También como recurso en casos de relaciones a distancia, siguiendo las instrucciones del dominante por teléfono, por irc, por mensajería electrónica, por notas, etc. Igualmente, como recurso en periodos de ausencia de relaciones estables, o como autoaprendizaje del propio cuerpo y sus reacciones, por parte de una sumisa que desea progresar en la entrega y la comprensión de dicha entrega. Finalmente, como actividad erótica, enlazada o no, previa o no a otras actividades autoeróticas. Debido a sus especiales características, debe practicarse con suma prevención, siendo siempre una práctica de riesgo.

auto-asfixia: práctica erótica de alto riesgo, consistente en dificultarse a sí mismo/a por propia voluntad la respiración hasta alcanzar el éxtasis sexual. Registra un elevadísimo número de muertes accidentales y es desaconsejada por casi todas las organizaciones y personalidades del BDSM.

azotes: golpear con la mano y por extensión con algún instrumento específico —fusta, gato de colas, látigo, paleta, etc.— o bien de uso cotidiano, —zapatillas, paleta de tenis de mesa, regla, vara, etc.— una parte del cuerpo de la persona sumisa, como castigo por una acción impropia, como parte de la relación de ambos, o como juego de preparación sexual. Los puristas interpretan que el spanking, solo es aquél que se propina con la mano sobre las nalgas desnudas de la persona sumisa, recibiendo las demás variantes otros nombres (canning, a los azotes con canne, o vara vegetal, flogging, para los azotes con flogger o gato de colas suaves, etc.). El azote se usa indistintamente en la D/s y en la S/M, aunque con diferentes motivaciones y rituales. Puede llegar a alcanzar una carga erótica

singularmente alta, y no es infrecuente que el dominante deba regular el ritmo y la intensidad de los mismos, para evitar un orgasmo inesperado por parte de la persona sumisa.

bastinado: (lat.) castigo con un bastón rígido, preferentemente en las plantas de los pies.

bastoneado, bastonear: acción de administrar un castigo de bastinado.

BB: (ingl.) abreviatura inglesa para los bondages o atamientos de pechos.

B&D: (abrv.) abreviatura para Bondage y Disciplina, una fórmula que se usó para diferenciarse del S/M, y que paradójicamente formó luego la base del concepto genérico BDSM.

BDSM: (abrv.) acrónimo para la comunidad que practica una sexualidad no convencional y para los estilos de vida con intercambio de poder (EPE), entre otros. Su significado viene a ser Bondage y Disciplina, Dominación y Sumisión, Sadismo y Masoquismo.

bizarr: (ingl.) bizarro, relativo al sexo extremo o actividades extremas de BDSM, por extensión y en ciertas partes del mundo anglosajón, todo lo relativo a la sexualidad no convencional, incluyendo el BDSM.

bondage: (ingl.) juegos de ataduras o inmovilizaciones, que pueden hacerse con cuerdas, cintas de cuero, seda, pañuelos, cadenas, etc., con un propósito estético, o para inmovilizar a la sumisa durante una sesión o durante su uso sexual.

bottom: (ingl.) pasivo, sumiso, sumisa.

branding: (ingl.) marcas y señales practicadas por medio del fuego, utensilios calentados al rojo, etc.

breath control: (ingl.) control de respiración.

caída post-sesión: un estado similar a la depresión, que puede sobrevenir a la persona sumisa tras una sesión, especialmente si en esta se han alcanzado niveles notables de sensaciones. Es recomendable reposo temporal, tranquilidad y quietud. Suele desaparecer en poco tiempo y por sí solo.

cane: (ingl.) término usado para designar varas de bambú o fresno, con las que antiguamente se practicaban los castigos en las escuelas victorianas.

caning: (ingl.) Azotes practicados con una caña de alma de bambú, fresno flexible o similar.

castigo: en la escena D/s, esta palabra tiene múltiples significados, no siempre

coincidentes. En general, es una de esas palabras que en cada relación tiene un significado distinto y muchas veces opuesto. Puede referirse a la acción de un dominante sobre la persona sometida, para penar una falta de aquella o simplemente por placer de este, o incluso provocada por la sumisa, en la busca de su propio placer. También es simplemente una clave verbal mutua, para denominar el punto de arranque de una actividad sexual, integrada en la relación de dominación-sumisión que ambos mantienen.

cepo: elemento de madera o hierro, imitando los antiguos instrumentos punitivos de la Edad Media, usado en juegos de restricción de movimientos en el BDSM.

cinching: (ingl.) rodear el cuerpo sometido con cinta de látex, rubber, cinta americana, etc. Ver momificación.

cinta americana: un tipo de cinta ancha adhesiva de seguridad, muy valorada en escenarios BDSM por su textura y su practicidad para fijar muñecas o tobillos, o para realizar envolvimientos parciales o totales.

codeword: (ingl.) ver palabra de seguridad.

código: conjunto de reglas impuestas en una escena de BDSM respecto al vestuario y el comportamiento.

código de vestuario: el que suele anunciarse como necesario o recomendable a la hora de asistir a una fiesta BDSM privada o pública. Suele contener el negro como color esencial, y elementos fetichistas femeninos (corsé, zapatos de tacón), así como una estética identificadora en los materiales (cuero, látex, vinilo, rubber, etc.) y en los accesorios (collares de sumisión, elementos simbólicos, etc.).

collar: de cuero o metal, simbolizan la entrega. Puede ser tremendamente sofisticado, estilizado o basto y de «castigo», destinado a su uso en sesiones íntimas o para llevar en público. Suele incluir uno o más ganchos para completarlos con un tirante-guía, que el dominante maneja o usa para inmovilizar a la sumisa o sumiso. Collar de perlas es un término coloquial, de la jerga sexual, se refiere a un acto sexual en el cual el hombre eyacula en o cerca del cuello, el tórax o pecho de otra persona.

CNC: (abrv.) del inglés «consensual non-consent». Ver metaconsenso.

consenso, consensuado/a: toda actividad enmarcada en el BDSM, deber ser, por definición, previamente pactada ente los participantes, es decir, debe estar consensuada.

consensual non-consent: (ingl.) ver metaconsenso.

control de respiración: práctica considerada como extrema y de alto riesgo, consistente en controlar la respiración de la persona sometida mediante diferentes sistemas. Sin entrar a valorar la intensidad del placer sexual que pueda causar, es altamente desaconsejable. Es la

práctica que fue la materia base para la película El Imperio de Los Sentidos, sobre un caso real que causó el fallecimiento del amante.

contrato de sumisión: una práctica conocida en algunos sectores minoritarios del BDSM, en los que el contenido, alcance, límites, pactos e incluso duración de la relación, se fija por escrito en un Contrato. Este tiene un carácter meramente simbólico, pues carece de efectividad legal alguna.

Cruz de San Andrés: una cruz de madera, en forma de aspa, a cuyos brazos se atan tobillos, muñecas y otras partes del cuerpo de la persona sometida. El objetivo es dejarla expuesta e indefensa, para subrayar la entrega. Se combina con otras actividades: bondage, pinzas, azotes, etc.

Cruz (Rueda) de Wartemberg: antiguamente usada en las mazmorras de la Edad Media, en forma de rueda de madera sobre un eje móvil, se usa en el BDSM en los juegos de dominación y/o sadomasoquismo, generalmente colocada en posición vertical. A la parte pasiva en el juego se la sujeta a la rueda por los tobillos, muñecas, antebrazos, piernas y cintura, y se gira la rueda hasta invertir la postura, a fin de magnificar la sensación de «indefensión».

clinical, clínico: (ingl.) ver escenarios médicos.

devot: (lat.) sumisa, sumiso, denominación habitual en las áreas de lengua alemana.

disciplina: imposición de normas de comportamiento. Son elementos muy comunes en los juegos de EPE (intercambio erótico de poder) o de dominación-sumisión. Al ser infringidas imponen la necesidad de castigar a la persona sumisa.

disciplina inglesa: se suele dar esa denominación a la flagelación erótica, asumiendo de una parte el uso que durante la época victoriana se hacía de los azotes en las escuelas inglesas, y de otro su empleo actual como medio «disciplinario» en los juegos de «educación».

doma: educación en el arte de la sumisión, ejercida sobre un sumiso/a por parte de su Ama/o.

dom: (abrv.) de Dominante.

domina: se refiere a la mujer que ejerce un rol activo o dominante en una relación BDSM.

dominatrix: vocablo que suele designar a la profesional de la denominada dominación femenina, variante de la prostitución especializada. No se suele usar como sinónimo de ama noprofesional. Ver domina.

dominante: persona que ejerce de manera natural o por juego una relación de poder sobre

otra u otras, que incluye —pero no necesariamente— el área sexual.

dominación: relación de tipo especial, por la que una persona «toma las decisiones» por otra, en todo, o en aquello que ambos han «pactado» (EPE). Puede ser etc. de muchos tipos: reservada exclusivamente al campo sexual, global, con o sin exclusiones, temporal (solo durante los encuentros de ambas personas), permanente (denominada 24 × 7), exclusiva y excluyente o de carácter polígamo, heterosexual u homosexual, ejercida en directo o a través de la distancia.

dominación a distancia: la que se ejerce en ausencia de la presencia física del dominante, usando algún sistema de comunicación a distancia, como teléfono, Internet, correo... etc.

dominación femenina: juegos en donde la parte femenina toma el rol dominante, y la masculina el sumiso.

D&S (DS, D/s): (abrv.) siglas representativas de las relaciones de Dominación-sumisión.

Edgeplay: (ingl.) juego al borde de lo permisible, prácticas extremas donde, sin abandonar la norma esencial del consentimiento previo, se asumen situaciones de riesgo.

entrega: la cesión de poder (de decisión) que hace la parte sumisa ante su dominante, así como la sensación que experimenta y transmite aquélla.

EPE: (abrv.) del inglés Erotic Power Exchange.

EPEIC: (abrv.) del inglés Erotic Power Exchange Information Center.

entrenamiento: la acción por la cual un dominante (Mentor, Master, Tutor, etc.) condiciona de forma activa la respuesta de la sumisa ante determinados estímulos. El objeto del «entrenamiento» es doble, por una parte se justifica en sí mismo como juego pactado por ambos, por otra parte se desea «modelar», igualmente de forma consensuada, el comportamiento sumiso.

Erotic Power Exchange: (ingl.) Intercambio Erótico de Poder, relaciones en las que la persona sumisa cede parte o la totalidad de su capacidad de decisión, de forma pactada, al dominante. En castellano se emplea mucho más la denominación «relaciones de dominación-sumisión» o abreviadamente, D/s.

escena: se puede referir tanto a la realidad de la comunidad BDSM en un país o ciudad concreta, como a la parte formal, escénica, de una sesión con prácticas BDSM.

escenarios médicos: juegos en un escenario «clínico», donde el dominante suele ejercer de «doctor/a» o «enfermero/a», y la/el sumisa/o de «paciente». Se complementa con objetos y muebles especiales, como sillas ginecológicas, camillas, instrumental de observación, y utensilios médicos o paramédicos, destinados a recrear una fantasía de escenografía clínica.

Puede incluir enemas, agujas, masajes, inspección vaginal o anal, etc.

esclava, esclavo: en la comunidad BDSM es una de las denominaciones consensuadas para quien toma el rol pasivo o sumiso.

esclava goreana: se entiende por ese nombre la parte pasiva en un juego de rol de carácter sexual, inspirado en las novelas de la saga de Gor, escritas por John Norman.

espacio sumiso: se refiere a una situación de éxtasis, una especie de transposición corporal que a veces sobreviene a una sumisa durante una sesión de BDSM, cuando esta alcanza una notable intensidad sensorial.

estudio: denominación usual para las salas privadas, decoradas apropiadamente, donde se ejerce la prostitución especializada en escenarios BDSM. En el ambiente no profesional se suele emplear en su lugar «mazmorra» o «sala de juego».

femdom: (ingl.) Término inglés por el cual es conocida la dominación femenina.

feminización: acto consistente en la transformación de un varón sumiso en «mujer», bien con ropajes, ademanes o actuaciones apropiadas. Suele ser realizada por «mandato» de una mujer, que toma en este caso el rol dominante.

flagelación: consiste en azotar, como parte de un rol sexual, por medio de látigos o similar.

flog, flogging: (ingl.) en inglés, azotar con un gato de colas como juego sexual.

flogger: (ingl.) en inglés, gato para azotes.

fusta: vara flexible o látigo largo y delgado que por el extremo superior tiene una trencilla de correa que se usa en equitación. La fusta de montar normal es una vara forrada en cuero con una pequeña lonja de cuero doblada al medio como azotera. Se hacen también forradas en nylon con un cordel de unos 3 cm como azotera y suele medir alrededor de 70 centímetros. Las de salto y adiestramiento algo más de un metro. Su empleo está muy difundido tanto en el SM como en la DS, tanto como instrumento de azote erótico como usado (por el Dominante) por su valor simbólico.

gato: por extensión, cualquier tipo de látigo formado por varias tiras.

gato de nueve colas: gato de tiras, látigo de entre 40 centímetros y metro y medio, con varias colas o tiras (el típico en los antiguos castigos de la marina británica, tenía nueve), al contrario que el látigo clásico, de una sola tira. Su uso es muy frecuente en la llamada flagelación erótica dentro del BDSM.

hogtied: (ingl.) una figura de atamiento o inmovilización muy practicada en juegos de BDSM, consistente en unir, enlazados entre sí por cuerdas o similar, muñecas y tobillos de

la persona pasiva, como paso previo a otros juegos sexuales o como actividad propia.

Historia de 0: novela de la escritora francesa Pauline Réage (seudónimo de Dominique Aury) publicada en 1954. Es considerada una de las obras cumbres de la literatura BDSM contemporánea.

infantilismo: fetichismo consistente en vestirse de bebé y usar ropas, objetos y ademanes de niños muy pequeños.

iniciación: se trata de un espacio muy ritualizado, por el que se «consagra» la entrega de la persona sometida y la aceptación de esta por parte del dominante. Los rituales dependen de cada dominante, pero suelen comprender una especie de introducción formal en cada uno de los aspectos de la sumisión, siempre a juicio de aquél. La sumisa, bañada en aceites y rodeada de una liturgia muy especial, se desliza por una serie de cuadros oníricos y de fuerte contenido sexual.

Intercambio de Poder: ver EPE.

juego: denominación usual para las actividades consensuadas dentro del BDSM.

kajira: es el nombre empleado en la saga de ficción de Gor para designar a una esclava. Se usa para identificar a la sumisa que sigue, en su relación, los rituales y prácticas descritas en dichos libros. Ver Gor.

kinky: (ingl.) palabra usada para designar cualquier tipo de actividad sexual no convencional, o para calificar una mentalidad abierta a la exploración y la experimentación de nuevas actividades.

lady: se usa, entre otras, en el BDSM para designar a una mujer dominante.

látigo: instrumento de juego sexual usado en el sadomasoquismo, pero también en otras subculturas del BDSM, como la disciplina inglesa y las relaciones D/s.

Leather Pride: (ingl.) la bandera del Orgullo del Cuero fue diseñada por el activista americano Tony DeBlase en mayo de 1988 y se ha extendido como símbolo de identidad para toda la cultura BDSM.

lord: (ingl.) Una de las denominaciones empleadas para designar a un varón dominante, poco usual en la escena española.

límites: pacto establecido previo a la sesión, si es puntual, o a la relación, si es global, respecto a lo que las personas que lo establecen NO quieren hacer. Los límites varían entre unas y otras personas y en cada situación.

maestro: aquel que controla un juego sexual de dominación y sumisión, que dirige un

bondage o que es un afamado experto en alguna técnica BDSM. También se emplea como sinónimo de tutor, o empleado como muestra de respeto hacia un reconocido y afamado dominante.

MANIFIESTO SADOMASOQUISTA:

marca: la inscripción de figuras o letras en el cuerpo, que si es permanente suele realizarse mediante hierros al rojo. Las zonas preferidas son: nalgas, vientre y sexo. Si es temporal, se hace con otros instrumentos, como útiles de azote o paletas con protuberancias agudas.

Mascota: término empleado en los juegos de rol donde la parte pasiva adopta los usos y comportamientos de un «animal» de compañía. El «entrenador» es representado en ese caso por la parte activa.

masoquismo: define el placer sexual relacionado con el dolor recibido. El término fue descrito por el médico alemán Kraft Ebbing, tomándolo del austríaco Leopold von Sacher-Masoch, que escribió varias obras («La Venus de las pieles» entre otras) describiendo los goces sexuales del dolor.

maso: forma coloquial para masoquista o masoquismo.

master: (ingl.) maestro, usual en el escenario BDSM para denominar al dominante varón.

mazmorra: lugar habilitado para actividades dentro del BDSM o específicamente sadomasoquistas, dotados de muebles y accesorios que imitan a los que se encontraban en las antiguas mazmorras, pero diseñados para realizar juegos de rol sexual.

metaconsenso: forma específica del consenso usual en el BDSM, en la cual la parte sometida pide que sea el dominante quien juzgue la conveniencia o no de interrumpir la sesión, cuando esto sea solicitado por la parte sometida. Es un concepto controvertido en ciertas esferas del colectivo BDSM, aunque era de uso frecuente en la época pionera de la Old Guard.

momificación: envolvimiento completo del cuerpo sometido, usando cinta americana, plástico de envolver o *vestidos monos* de látex, cuero o rubber, especialmente diseñados para ello. Suele considerarse como un subgénero del bondage.

mordaza: cualquier objeto que amortigüe el sonido procedente de la boca. Se usan como función ornativa o como complemento del juego, acentuando la privación sensorial.

mordaza de bola: accesorio consistente en una bola de silicona o similar, insertada en una banda elástica o de cuero. Se usa, introducida en la boca de persona pasiva y atada la banda

a su nuca, para simular un proceso de privación sensorial.

Movimiento del Cuero: movimiento comenzado en los 50 con algunos de los soldados que volvían de la II Guerra Mundial, relacionado con la estética homosexual del cuero y las motos, y que dio paso a la época de la Old Guard, mediados de los 70, como precursora del BDSM pansexual.

negociación: proceso de consenso previo a un juego, sesión o relación de tipo BDSM, en el que se establecen los pactos que rigen extremos tales como la intensidad, los riesgos, la palabra de seguridad, los límites, etc.

New Gard: (ingl.) a principios de los 90, comienza lo que hoy conocemos como el periodo de la New Guard (Guardia joven o nueva), que se caracteriza por la decidida apertura hacia el mundo heterosexual y de la homosexualidad femenina, la aceptación del fenómeno switch, la inclusión de elementos de sensibilidad interior (dominación psicológica, relaciones D/S sin inclusión de rasgos sadomasoquistas, etc.), la aceptación de quienes practicaban el «solo juego», y la participación activa de la mujer heterosexual en el asociacionismo BDSM.

Old Gard: (ingl.) es la época pionera del BDSM, mediados de los 70, y su libro de cabecera es *Leatherman's Handbook*. Durante este periodo, el movimiento conserva su vinculación con el mundo homosexual masculino, sin abrirse a los espacios hetero y rechazando la aceptación del fenómeno switch (es decir, quienes se confesaban cómodos en ambos roles). También rechazaban frontalmente la admisión de quienes considerasen las relaciones B/D y S/M como «solo juego». Los activistas de esa época era favorables a las relaciones de metaconsenso y muy escépticos respecto al establecimiento de límites.

Other World Kingdom: en 1997 aparece en la localidad de Cerna, a 150 kilómetros de Praga, Checoslovaquia, y es un centro de la denominada dominación femenina por pago, constituido alrededor de antiguas mansiones ducales, en las que «reina» la mujer dominante (profesional) bajo la mirada de la Reina Patricia I, y en la que todos los hombres son «esclavos» que pagan puntualmente sus «impuestos».

palabra de seguridad: la palabra-código (también así llamada) es usada por la parte sumisa para indicar de forma rápida que el grado, las circunstancias o la actividad que se está desarrollando, no es de su gusto y que desea parar. La ética del BDSM prefija que en todo momento la parte dominante respetará dicha manifestación e interrumpirá la sesión.

parafilia: término clínico empleado para designar el gusto intenso por una determinada práctica, generalmente relacionado con el placer sexual por algunas actividad concreta: fetichismo, bondage, sadomasoquismo, voyeurismo, etc.

pasivo/a: designa la parte sometida o sumisa; se usa especialmente en las relaciones sadomasoquistas y con mucha menor frecuencia en las de tipo D/s.

pet play: (ingl.) juego con mascotas, juego de rol en el que la parte sumisa adopta el papel de una mascota.

poder, intercambio de: ver EPE.

pony-play: la persona sometida (ponygirl, ponyboy) adopta un rol de montura equina, que puede contar con elementos enriquecedores de la estética D/s, tales como mascarabocado, arneses de cabeza, sillas de montar especiales, látigos de doma de caballos, etc. Pero también puede adoptar una forma lúdica, combinada con azotes, e incluso con el juego sexual.

pinzas: muy usadas en relaciones D/s y S/M, se utilizan para presionar diferentes partes del cuerpo. Se usan pinzas corrientes del hogar, de madera o plástico, pinzas metálicas especiales, etc. Suelen utilizarse en pezones, áreas próximas, labios vaginales, incluido el clítoris, escroto, testículos y pene en los varones, brazos, etc.

potro: similar al potro usado en competiciones gimnásticas, con ligeras modificaciones en tamaño y altura, y con el aditamento de elementos de fijación. Se usa para inmovilizar, azotar, y muy frecuentemente para interactuar sexualmente con la persona sumisa. Proviene de la iconografía medieval de las salas de tortura.

potro de Berkley: diseñado en la mitad del siglo XIX por una dama inglesa de ese nombre, dedicada a la flagelación profesional, y destinado a inmovilizar a las personas que deseaban ser flageladas. Cobró rápidamente una gran popularidad entre los partidarios de la llamada disciplina inglesa.

privación sensorial: todo juego o actividad en la que se priva, consensuada y temporalmente, a la parte pasiva de uno o varios sentidos: el habla, la capacidad de movimiento, la vista, etc., por medio de mordazas, cuerdas, pañuelos de seda, etc. Su objetivo en el juego es promover o acentuar la sensación de indefensión, como instrumento de excitación mutua, o como parte de una relación D/s.

Quagmyr: promotor y diseñador del triskel símbolo del BDSM mundial, entre otros.

Racsa: (abrv.) equivalencia hispana del rack, que para una parte de la comunidad BDSM ha venido a sustituir con más precisión el del SCC, como elemento definitorio del BDSM. Viene a significar riesgo asumido y consensuado para sexo alternativo (o no convencional).

rebenque: antiguo instrumento de castigo en las marinas mercantes y de guerra, usado en el BDSM hispano en juegos sadomasoquistas.

Roissy: mansión donde se desarrolla en gran parte la novela considerada como la obra cumbre del BDSM, la Historia de O.

rol, juegos de: todos aquellos en los que la persona dominante y la persona pasiva adoptan un papel consensuado y complementario, que puede tener connotaciones sexuales, pero no necesariamente. Ejemplos de ello son los juegos Amo-sumisa, Señora-esclavo, Maestro-alumna, Enfermera-paciente, etc.

rubber: (ingl.) polímero sintético que comercialmente se presenta con la apariencia de goma negra y basta, usado entre otros en la confección de artículos y ropa de tendencia fetichista. Especialmente presente en la subcultura homosexual del S/M.

SADISMO, SÁDICO-A:

Sadomaso: coloquialmente, sadomasoquista o sadomasoquismo.

Sadomasoquismo, Sadomasoquista: (ingl.) ver palabra de seguridad.

sane, safe and consensual: (ingl.) sensato, seguro y consensuado: lema creado por el activista David Stein en 1983 y que para muchos activistas del BDSM identifica la manera correcta de practicarlo.

S/M: abreviatura de Sadismo/masoquismo o más habitualmente, sadomasoquismo.

sensato, seguro y consensuado: lema creado por el activista David Stein en 1983 y que para muchos activistas del BDSM identifica la manera correcta de practicarlo.

servir de criada: actuar de una forma exagerada y escénica, en una dramatización de la figura de criada, enfatizando las actividades que realizaría: limpiar, servir comida o bebida, etc.

servir de mueble: la persona sumisa se coloca en el rol de mueble, generalmente una mesa, donde se colocan platos, vasos, ceniceros, etc.

servir de WC: la persona sometida se ofrece para que el dominante utilice su cuerpo y/o sus cavidades como receptáculo de su orina y/o heces.

sesión: el espacio de tiempo dedicado a actividades BDSM específicas, que pueden incluir prácticas sexuales. Puede durar algunos minutos, horas o incluso días.

shibari: (jap.) variedad tradicional del bondage japonés. Ver artículo principal shibari.

sir: (ingl.) un término usado para designar al dominante varón en las relaciones BDSM.

sissificación: palabra que expresa la conversión de un sumiso (excepcionalmente también

una sumisa) en una forma extremadamente bucólica de doncella.

someter, sometimiento, sometido/a: todo el complejo entramado de actividades mediante las cuales un dominante establece su dominio sobre la persona sometida: pueden ser de carácter exclusivamente sexual, o abarcar todas y cada una de las facetas de la vida (24/7).

spanking: (ingl.) azotes eróticos propinados generalmente con la mano, o con un objeto. Ver azotes.

SSC: (abrv.) abreviatura de sane, safe and consensual Ver sensato, seguro y consensuado.

sub: (ingl.) sumisa, sumiso.

subcultura BDSM: la identificación del BDSM como subcultura, al entender que tiene una identidad social propia y unitaria, un lenguaje interno o argot propio, y un desarrollo cultural autónomo.

subspace: (ingl.) se aplica a la situación, que para algunos tiene elementos del trance místico, a la que puede llegar una persona sumisa durante una sesión, al traspasar la barrera de las sensaciones físicas y entrar en el llamado «espacio sumiso».

suspensión: elevación y permanencia, por medio de ataduras y sin tocar el suelo, en alguna de las formas existentes (pendiendo de las muñecas, invertida, de los tobillos, de muñecas y tobillos, de la cintura, en arneses de suspensión, etc.)

sumisa, sumiso: definición adoptada para la parte pasiva en todas las relaciones en las que una de las partes desarrolla la responsabilidad sobre la acción, mientras que la otra —la pasiva— cede el control de la situación a su compañero/a. Es típica de las relaciones de dominación/sumisión, D/s, aunque no tanto en las relaciones sadomasoquistas (S/M).

sumisión: es el contrapunto a la dominación: la persona que se somete a otra, le entrega determinadas parcelas de su libre decisión, las que ambas partes acuerden.

switch: (ingl.) es quién gusta de ejercer ambos roles (sumiso y dominante), dependiendo de la circunstancia y de la otra persona.

top: (ingl.) término equivalente a activo, dominante.

tortura de pene: manipulación del pene, el glande, el escroto y los testículos, para conseguir sensaciones de dolor más o menos marcado. Se usa la mano, golpes con paletas, fustas o cañas, cera, corrientes, hielo, pinzas, agujas, fijaciones, etc.

Total Power Exchange: (ingl.) traspaso o Intercambio Total de Control, relaciones tipo D/s, donde no se establecen tiempos pactados de sesión, ni límites fuera de los que la razón impone. La parte dominante asume el control total de la relación, durante todo el tiempo.

Otras versión del mismo concepto el de «relaciones 24/7». Sin embargo, puede haber relaciones TPE pactadas para una única sesión, aunque no es lo habitual. Enlaza a su vez con el concepto del metaconsenso, indispensable en relaciones 24/7, TPE o similares.

TPE: (abrv.) ver Total Power Exchange.

trampling: consiste en pisar a la persona sometida o aposentarse sobre él/ella, ya sea con el pie desnudo como con calzado.

triskel: en el BDSM se usa el triskel de origen céltico como símbolo de la comunidad. Su diseñador, Quagmyr, se inspiró en la lectura de la novela de Pauline Réage, Historia de O.

tutor: un tipo específico de master o dominante, que se hace cargo del «entrenamiento» o preparación de una persona sumisa, pero con vistas a que está en algún momento posterior «recupere» su libertad y busque una relación autónoma con una persona dominante. También se puede dar el caso de que la persona sumisa ya tenga establecida tal relación, y con consentimiento y conocimiento de todas las partes, se inicie un proceso de «tutelaje» con un tercero, en este caso el Tutor.

vicio inglés, el: se refiere a la flagelación. En el siglo XVIII los franceses denominaban de esa forma a los que gustaban del azote erótico en cualesquiera de sus modalidades, por creer que provenía directamente del uso de los azotes disciplinarios sobre las desnudas nalgas de alumnas y alumnos de las escuelas victorianas. También es el título de un conocido libro científico sobre la historia de la flagelación, escrito por el hispanista inglés Ian Gibson. (Gibson, Ian, El vicio inglés. Barcelona: Planeta, 1980 / The English Vice. London: Duckworth, 1978.)

NOTA: Este diccionario está íntegramente extraído de la WIKIPEDIA, un texto disponible bajo la Licencia Creative Commons Atribución Compartir Igual 3.0. La autora de esta obra no se proclama dueña de ninguno de los derechos de este diccionario.

Apéndice de acrónimos en inglés

Estos son algunos acrónimos ingleses usados en la escena BDSM y en los debates de foros de Internet dedicados a esa temática.

BBW

Big Beautiful Woman, la mujer gruesa como fetiche.

BDSM

Bondage, Disciplina, D/s, Sadismo y Masoquismo. El cajón de sastre.

BDSMLMNOP

BDSM «y cualquier cosa que deseemos hacer» (prácticas extremas)

CB o C+B

Tortura de pene y testículos.

CBT

igual que anterior.

CIS

Sumisión Completa e Irrevocable.

CNC

Consensuado «No-consenso»

CP

Corporal Punishment, castigo corporal.

D/s

Dominación y Sumisión.

EPE

Erotic Power Exchange, la base ideológica de la D/s.

GS

Golden Shower, lluvia dorada.

IMAO

In My Arrogant Opinion, en Mi opinión dominante (arrogante)

IMHO

In My Humble Opinion, en mi humilde opinión.

LDR

Long Distance Relationship, relación a distancia.

MPD

Multiple Personality Disorder, múltiples desórdenes de personalidad.

MUDs

Multi User Dungeon, calabozos para juego de rol múltiple on-line.

Munch Social gathering of local BDSMpeople.

Reuniones sociales de grupos BDSM.

NC

No-Consensual.

NL

New Leather, los integrantes de la «modernidad» en el BDSM.

NLA

National Leather Association, grupo de ayuda americano a la comunidad S/M.

ObBDSM Obligatory BDSM

Obligadamente BDSM, referido a la necesidad de poner algo sobre la temática, en un mail a un grupo de noticias BDSM.

OG

Old Guard Leather, la «vieja guardia» en el BDSM.

PEP

People Exchanging Power, grupo de ayuda a la comunidad BDSM.

PITA

castigar, golpear las nalgas (punishment in the ass)

S

lave (sub), esclava/o, sumisa/o.

SAM

Smart-Ass Masochist, que le gusta ser azotada/o en las nalgas.

Sex Magick

una palabra inventada, compuesta de Sex (sexo), Magic (magia) y kik, golpe, patada, empujón.

S/M or S&M

Sadismo y masoquismo, sadomasoquismo.

SO

Significant Other, el importante Otro, generalmente referido a la otra parte de una relación D/s.

SSC

Safe, Sane, Consensual: seguro, razonable (o sensato) y consensuado.

S. S. S.

Soc. Sexuality. Spanking, sociedad para la difusión de la sexualidad de los azotes.

SUB/SUBMISSIVE

sumiso/a, sometido/a.

TPE

Total Power Exchange, Intercambio o Cesión Total de Poder.

WS

Water Sports, juegos acuáticos, lluvia dorada.

YKINMK

Your Kink Is Not My Kink: tu afición (gusto sexual) no es el mío.

YKINOK

Your Kink Is Not Okay, tu afición (gusto sexual) no está bien.

YKIOK, IJNMK

Your Kink is OK, It's Just Not My Kink, tu afición (gusto sexual) está bien, pero no es la mía.

YMMV

Your Mileage May Vary, nuestras experiencias pueden ser distintas. Una manera ritualizada de expresar tolerancia con otras prácticas que no se comparten.

Bibliografía

Bartomeu Domènech y Sibila Martí, «*Diccionario multilingüe de BDSM*», Ed. Bellaterra, 2004. ISBN 84-7290-248-X.

Wetzstein, Thomas A./Steinmetz, Linda/Reis, Christa/Eckert, Roland: «*Sadomasochismus - Szenen und Rituale*», alemán, 1993. ISBN 3-499-19632-8.

Hoffmann, Arne: «*SM-Lexikon*», editorial Schwarzkopf & Schwarzkopf, alemán, 2003. ISBN 3-89602-533-3.

Sanchidrián, Isacio (*IKARA*): «*Glosario básico del BDSM*», Cuadernos Extremos, 2001.